

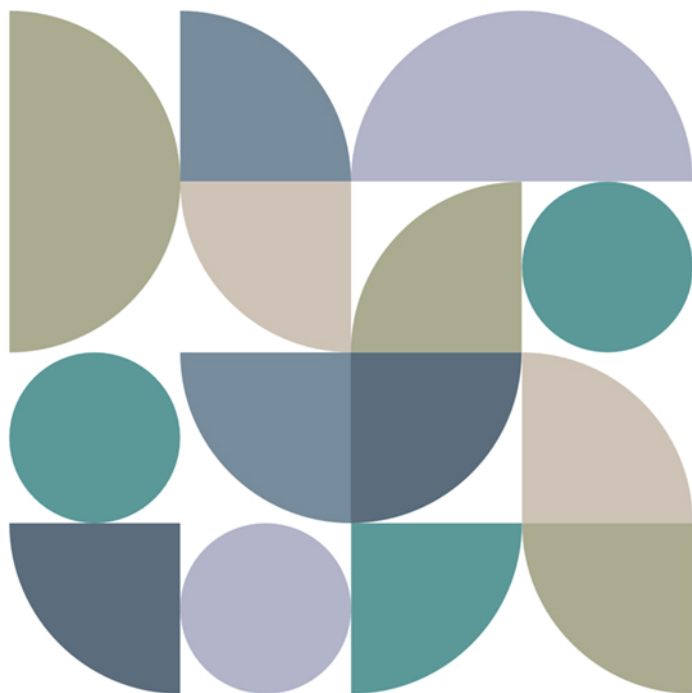
PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

El colonialismo interno

Origen, desarrollo y vigencia de un concepto

Raúl Romero Gallardo
Rebeca Salazar Montiel
Compiladores

antología



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Coordinación de Humanidades
Instituto de Investigaciones Sociales



Forma sugerida de citar:

Romero Gallardo, R., López Leyva, M. A. y Salazar Montiel, R. (2026). Pablo González Casanova : el colonialismo interno : origen, desarrollo y vigencia de un concepto. Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Sociales. <https://ru.iis.sociales.unam.mx>

Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>
Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.



PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

El colonialismo interno

Origen, desarrollo y vigencia de un concepto

**Comité Editorial de Libros
Instituto de Investigaciones Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México**

Presidenta

Marcela Amaro Rosales • IISUNAM

Secretaria

Karina Bárcenas Barajas • IISUNAM

Miembros

Marcos Agustín Cueva Perus • IISUNAM

Bruno Felipe de Souza e Miranda • IISUNAM

Karolina Monika Gilas • FCPYS, UNAM

Lidia Girola Molina • UAM-A

Matilde Luna Ledesma • IISUNAM

Adriana Murguía Lores • FCPYS, UNAM

Juan Cruz Olmeda • Colmex

Sergio Javier Sepúlveda Horta • IISUNAM

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

El colonialismo interno

Origen, desarrollo y vigencia de un concepto

Raúl Romero Gallardo

Rebeca Salazar Montiel

Compiladores

antología



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Coordinación de Humanidades

Instituto de Investigaciones Sociales

Ciudad de México, 2026

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Romero Gallardo, Raúl, editor. | Salazar Montiel, Rebeca, editor.

Título: Pablo González Casanova : el colonialismo interno : origen, desarrollo y vigencia de un concepto / Raúl Romero Gallardo, Rebeca Salazar Montiel, compiladores.

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 2026. | Serie: Antología.

Identificadores: LIBRUNAM 2286372 (impreso) | ISBN 978-607-642-542-8 (impreso).

LIBRUNAM 2286486 (libro electrónico) | ISBN 978-607-642-529-9 (libro electrónico).

Temas: González Casanova, Pablo, 1922-2023 -- Pensamiento político y social. | Poder (Ciencias sociales). | Igualdad. | Estado-nación.

Clasificación: LCC HM479.G65.C65 2026 (impreso) | LCC HM479.G65 (libro electrónico) | DDC 301.0972—dc23

El Comité Editorial de Libros del Instituto de Investigaciones Sociales evaluó la propuesta para publicar este libro en formato electrónico.

Primera edición: febrero de 2026

D.R.© 2025, Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de Humanidades

Instituto de Investigaciones Sociales

Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México

www.iis.unam.mx

<https://ru.iis.sociales.unam.mx/>

Correo electrónico: repositorio.iis@sociales.unam.mx

Coordinación editorial: Sergio Sepúlveda Horta

Cuidado de la edición: Lizbeth Evoli Goya

Diseño de portada y cuidado de imágenes: Cynthia Trigos Suzán

Formación de textos: María Antonieta Figueroa Gómez

Impreso y hecho en México

ISBN: 978-607-50-9739-0 (Colección)

ISBN: 978-607-642-529-9 (Volumen)

Índice

Presentación | 11

Miguel Armando López Leyva

Introducción. La formación de un clásico de la teoría social | 21

Raúl Romero

México: el ciclo de una revolución agraria | 44

Sociedad plural y desarrollo: el caso de México | 70

México: desarrollo y subdesarrollo | 96

La sociedad plural | 116

El colonialismo interno | 150

Colonialismo interno (una definición) | 176

Colonialismo global y la democracia | 184

Colonialismo interno (una redefinición) | 314

Presentación

El colonialismo interno: eje central en la construcción teórica de Pablo González Casanova¹

La presente antología se inscribe en un propósito amplio: reconocer el trabajo de las y los colegas del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, que dejaron un legado en las ciencias sociales. Mediante la recuperación de trabajos que fueron publicados en distintos espacios académicos, se busca hacerlos nuevamente visibles y ponerlos a disposición del público, tanto de quienes los conocieron hace tiempo y estarían dispuestos a leerlos nuevamente, como de quienes no han tenido noticia de ellos y les pueden generar interés. En muchos casos se trata de textos pioneros, primeras aproximaciones a problemas sociales relevantes, en otros forman parte del bagaje acumulativo del cual se nutre el propio conocimiento científico.

La vasta obra de Pablo González Casanova no podía quedar al margen de este propósito. Sus muy conocidas contribuciones en distintos campos temáticos ofrecen la oportunidad de integrar varias antologías, pues ha sido un autor fundamental en los estudios de la democracia, los partidos políticos, el desarrollo, la explotación, la interdisciplina, por citar algunos tópicos (véase las antologías: González Casanova 2015, 2017). Raúl Romero Gallardo, cercano colaborador a él, junto con Rebeca Salazar Montiel han tenido a

1 Agradezco la ayuda de Paulina Arredondo Fitz en la recopilación y sistematización de información para la elaboración de este texto.

bien integrar esta antología con uno de los ejes centrales de su construcción teórica, que tuvo impacto en su pensamiento sobre varios de esos temas indicados: el colonialismo interno.

En su *Introducción* a este volumen, Romero Gallardo tiene la virtud de reconstruir el proceso que González Casanova siguió en su elaboración, desde sus planteamientos iniciales en 1962 a la redefinición realizada en 2003.² Ello brinda el panorama claro para que se comprenda el itinerario del concepto y cómo sus planteamientos fueron evolucionando a la luz de los acontecimientos de cada década. El punto de llegada es el zapatismo, en donde encontró concreción: “[PCG] busca soluciones a los problemas que estudia, y al fenómeno del colonialismo interno encontrará como respuesta las autonomías... [ese fenómeno] tendría una solución teórica y práctica en el zapatismo, y en parte por eso apoyaría esa lucha con toda su energía desde 1994” (Romero Gallardo, 2024: 60 y 62).

Los ocho textos compilados en estas páginas pretenden dar a conocer la profundidad y complejidad de la aportación que generó el colonialismo interno. De acuerdo con Roitman (2015: 41), esa categoría “estudia fenómenos de conflicto y explotación, y su evolución está marcada por el desarrollo histórico que sufren los procesos de cambio en la producción y reproducción del orden social”. Ése es el marco general de comprensión en el que se inscribe esa contribución, y es por esa razón que quedó instalada en una idea general y, a la par ambiciosa, de una sociología de la explotación, la cual desarrolló a lo largo de su trayectoria académica.

Este fenómeno, como lo hace notar Romero Gallardo en su *Introducción*, puede presentarse “dentro de un Estado nación” (intranacional), “entre estados nacionales” (internacional), o en la combinación de estados nacionales y las “corporaciones económicas” (nivel transnacional). Pero esta diferenciación de escalas no fue planteada desde el comienzo, fue parte de la

2 No obstante, autores como Bringel y Leone (2021:3) hacen un matiz y argumentan que la construcción de ese concepto “fue fruto de un proceso colectivo de colaboraciones e intercambios de ideas, inquietudes e investigaciones”, entre el propio González Casanova, Rodolfo Stavenhagen y Roberto Cardoso de Oliveira.

evolución señalada antes. Es decir, el colonialismo interno estuvo relacionado, en una primera etapa, con otros conceptos como “sociedad plural”, “subdesarrollo”, “democracia”, “integración racial”, “integración nacional”, “trabajadores colonizados”, “Estado”, “imperialismo”, “neocolonialismo” y, en una segunda etapa, se relacionó con la globalización, la posguerra fría, las guerras internas, la violencia y el narcotráfico.

A lo largo de este libro, es posible identificar una perspectiva histórica de larga duración, congruente con la relación intelectual de nuestro autor con Fernand Braudel. En sus reflexiones sobre las relaciones entre Estados, entre Estados y corporaciones, y entre componentes nacionales, permanece una pregunta: ¿qué ha cambiado y qué no en términos estructurales, como resultado de las innegables transformaciones del mundo desde al menos el siglo XVIII? En sus respuestas iniciales, parece acercarse a las interpretaciones de Wallerstein, para quien es posible cuestionar el impacto estructural en el sistema mundo de las grandes revoluciones.

En esa misma lógica, González Casanova se preguntará cuál es el peso del pasado colonial en las interacciones sociales en el país, identificando las tendencias de cambio propias de los países desarrollados, al mismo tiempo que en términos absolutos aumenta la población marginada. Así, los procesos con diferentes grados de ruptura como la independencia, la reforma y la revolución en México, a las que se suman la democratización a través de las reformas al régimen mexicano, no habrían terminado con las dinámicas internas de colonialismo.

En esa perspectiva, los primeros dos textos de esta antología, publicados entre 1962 y 1963, tienen implícita la pregunta: ¿qué cambió y qué no con la revolución mexicana? Nuestro autor muestra aquellos indicadores en los que es incuestionable el cambio respecto de 1910; sin embargo, también expresa lo que no se ha modificado, resaltando la existencia de una “sociedad dual” o “plural”, con dos culturas: la de los dominantes y la de los dominados, con sus consecuencias para la integración nacional. En el primer texto se muestra una lectura sobre las “consecuencias no deseadas” de ciertos avances revolucionarios, sobre todo por los ajustes realizados por los grupos dominantes, por ejemplo, el tránsito del latifundio a un manejo comercial con fines personales por parte de los grupos dominantes y la presencia de peculado.

En la evaluación de los resultados de la revolución, identifica dos tipos de tiempo: lineal y de vuelta parcial “al punto de partida”, así como un ciclo revolucionario-contrarrevolucionario. En este texto es de especial relevancia el concepto de país semicapitalista y la caracterización del tipo de revolución que hubo, considerando la dependencia con los mercados exteriores y la “debilidad propia de los Estados semicoloniales”. Y ofrece una afirmación lapidaria:

El incremento de las fuerzas de producción, la industrialización, la urbanización, el crecimiento de las comunicaciones y de los medios de comunicación que desata la dinámica semicapitalista no son suficientes para romper íntegramente la estructura interna y externa de la vieja sociedad colonial y semicolonial, que a la postre se convierte... en el obstáculo principal a la expansión del mercado interno interior y exterior, a la formación de un Estado nación y a la expansión plena del propio capitalismo (González Casanova, 1962: 15).

González Casanova no circunscribe su análisis a México, sino que piensa en clave comparada con los países de la región. En el segundo texto, continúa con el cuestionamiento de los cambios y las continuidades, con cruces entre indicadores y análisis de series con valores absolutos y relativos, para saber cuál es la magnitud de esos dos mundos: el participante del desarrollo y el no participante. Tomando en cuenta estos datos sobre marginalismo, alimentación e indumentaria, el autor llega a la conclusión de que, en efecto, durante el siglo xx, ocurrió la integración nacional: “homogeneización de la población” y la “disminución relativa del marginalismo en los más distintos terrenos”.

Ahora bien, identifica que las tendencias para la población marginada “en sí misma” han sido desfavorables. Es decir, subsisten, al mismo tiempo, una relativa “independencia política y económica”, procesos como la reforma agraria, industrialización y urbanización con población marginal al desarrollo, la cual suele ser la población indígena, que coincide con características regionales. Esta marginación no es sólo económica sino integral: cultural, psicológica y política.

Posteriormente, explora el vínculo entre desarrollo y subdesarrollo, presentando la forma en la que se comunican las asimetrías de poder político y

económico entre naciones y al interior de los países en forma de desigualdad. Muestra que, en México, el cardenismo significó uno de los pocos momentos en los que se conjugaron un proyecto estatal con apoyo popular. En este proceso de relaciones entre estados y dentro de los estados, González Casanova presenta cinco componentes: a) el incremento del poder nacional y la unidad del Estado mexicano; b) el desarrollo económico; c) el factor de dominio externo; d) la evolución interna del desarrollo y la desigualdad, y e) las alternativas existentes.

El tercer texto presenta claves importantes para la comprensión del desarrollo institucional del país posrevolucionario, por ejemplo, las consecuencias de la necesidad de unidad del estado y el diseño de partido hegemónico, la baja participación política y la posterior “democratización”. También, explica la forma en la que se desarrolló el trabajo, con una combinación de “feudalismo, capitalismo, esclavismo, trabajo asalariado, forzado, parcería y peonaje”. En términos externos explica la tendencia al igualitarismo que no afecta la estructura de explotación. Esta realidad nacional se complementa con la revisión de las formas en las que la población marginada se articula o no políticamente con las instituciones nacionales; así se presenta la tensión entre la pretensión de un proyecto nacional con el “problema indígena”, cuyas comunidades serían conceptualizadas como “colonias internas”.

En adelante, nuestro autor afinará el concepto manteniendo la idea —mencionada párrafos atrás— de que el colonialismo interno (intranacional) y externo (internacional) son un subproducto de la explotación estructural. Defenderá el potencial explicativo del colonialismo interno “como variable independiente de otros problemas”. Su reflexión y crítica abarca la forma en la que las ciencias sociales, específicamente la antropología y la sociología “de la modernidad”, se acercaron a los fenómenos del colonialismo y la explotación. Encuentra un paralelismo entre las formas en las que se expresa el colonialismo externo e interno: explotación de recursos, despojo de tierras, racismo y segregación racial, producto del dominio de un grupo sobre otro.

En 1988 continuaría con la definición rastreando sus orígenes al pensamiento leninista, interesado más en las clases que en las nacionalidades. Este énfasis en la clase frente a la etnia encontraría equilibrio en las lectu-

ras de América Central, específicamente en Nicaragua y Guatemala, donde se identifica que se debe sostener la lucha de clases y la lucha contra la dominación étnico-cultural. Estos planteamientos se reforzarían con lo que González Casanova nombra como “colonialismo global” y los límites al sostenimiento de formas democráticas en las regiones con pasado colonial: África, Asia y América Latina. ¿Qué democracia puede haber en países donde permanece una lógica de exclusión “en zonas oprimidas y saqueadas en formas coloniales a las que no prestan la menor atención?”. Suponiendo que hay avances políticos, los límites se expresan en la convivencia entre “colonialismo, el capitalismo y el autoritarismo”, a los que se suman el deterioro ambiental.

El panorama mundial a partir de los ochenta permite profundizar la reflexión sobre el colonialismo transnacional, como una forma y etapa de la globalización que se expresa en el dominio de un grupo de países y sus aparentes intereses por resolver los problemas como la pobreza, la injusta distribución de los recursos y el deterioro del medio ambiente, con explicaciones de todo tipo, menos sobre la “explotación” entre y dentro de los países. Con la deslegitimación justificada del discurso socialista, González Casanova identifica un “igualitarismo” y un “humanitarismo” propio de los países desarrollados y sus instituciones de investigación:

La desigualdad social se atribuye con la mayor seriedad a una desigualdad tecnológica y cultural, sin acordar importancia alguna a la relación de explotación, y al sistema de transferencias como un sistema de explotación, que hoy no sólo plantea un problema de injusticia hacia la mayoría de la humanidad, sino como un problema de sobrevivencia de la humanidad en su conjunto (González Casanova, 1996: 32).

Así, es crítico de las explicaciones centradas en los pueblos y no en la estructura de explotación, tanto por parte de los organismos internacionales, con el énfasis en la “gobernabilidad” y el “desarrollo sostenido”, como de los “estudios críticos”. A su construcción se suman la deuda externa y sus formas de negociación, las “presiones y castigos” como una forma más de dominación con consecuencias graves para la población de los países

periféricos. Además, se explicarían la violencia, las guerras internas, el terrorismo y el narcotráfico.

Los cambios en la lógica del colonialismo y su transnacionalización estarían representados por: “el paso de las “relaciones exteriores” de los Estados —bilaterales y multilaterales— al desarrollo de *networks* o redes que trabajan con líneas parecidas y subordinadas de Estado a Estado, de nación a nación, de empresa a empresa y dentro de los departamentos o subsidiarias de cada organización internacional o continental” (González Casanova, 1996: 43).

A partir de lo anterior, los Estados nacionales, con sus respectivas configuraciones en su régimen y sistema político, y organismos o empresas transnacionales, funden la realidad interna y externa. La vigencia del colonialismo interno como concepto central puede ser asumida si se observa que en la segunda década del siglo *xxi* siguen presentes: “el comercio desigual, las transferencias de excedentes en beneficio de las metrópolis externas e internas, la creciente explotación de un mayor número de trabajadores de la periferia, las discriminaciones culturales y raciales de que son objeto las etnias conquistadas, sometidas y explotadas” (González Casanova, 1996: 51).

González Casanova propone que la explotación no encontrará su fin con “medidas técnicas o humanitarias”, sino políticas, “en función del desarrollo de las fuerzas sociales y políticas”. Encuentra en las fuerzas democráticas y populares una resistencia antigua y nueva.

Como podrán observar las y los lectores después de este breve repaso, la contribución que realizó González Casanova con este concepto tuvo un fuerte impacto y es objeto de estudio hoy día. Torres Guillén (2014: 97) resalta en él un mérito: haberlo incluido en el campo de las ciencias sociales “para entender fenómenos de exclusión, invisibilización y resistencia popular”, con lo cual “el potencial analítico y político de dicha categoría es vigente”. Gonnet (2021: 96-97), por su parte, reconoce debilidades, pero también varias fortalezas, entre las que destacan plantear el colonialismo interno como una forma social (“una forma social que escapa a su inscripción exclusivamente internacional”) y “la ponderación de las fuerzas locales que ejercen el poder colonial”. Favela Gavia (2022: 44), finalmente, valora ese concepto porque permite “registrar y describir los rasgos de las sociedades

latinoamericanas y avanza en el reconocimiento de la articulación entre sectores modernos y atrasados”.

Sirva la lectura de estos textos para apreciar la creatividad de Pablo González Casanova, su capacidad para abreviar de los debates de la época en los que comenzó a pensar en los alcances y límites de los proyectos nacionales en América Latina, así como la coherencia en el pensar en alternativas a formas de explotación que condujeran al siempre utópico camino de la liberación.

Dr. Miguel Armando López Leyva

Director del IIS-UNAM

(2017-2023)

BIBLIOGRAFÍA

- Bringel, Breno y Miguel Leone (2021). “La construcción intelectual del concepto de colonialismo interno en América Latina: diálogos entre Cardoso de Oliveira, González Casanova y Stavenhagen”. *Mana* (22): 1-36.
- Favela Gavia, Margarita (2022). “El colonialismo interno de Pablo González Casanova y la sociología latinoamericana”. En *Pablo González Casanova. Democracia y pensamiento radical*, coordinado por John Ackerman, Ambrosio Velasco Gómez y René Alberto Ramírez Gallegos, 37-44. México: PUEDJS-UNAM.
- Gonnet, Juan Pablo (2021). “Aportes y limitaciones en la conceptualización del colonialismo interno de Pablo González Casanova”. *Espiral* (80): 77-111.
- González Casanova, Pablo y Samir Amin (dirs.) (1996). *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur. Tomo II. El Estado y la política en el Sur del Mundo*, Barcelona: Anthropos.
- González Casanova, Pablo (1962). “México: el ciclo de una revolución agraria”. *Cuadernos Americanos* 1: 7-29.
- González Casanova, Pablo (2015). *De la sociología del poder a la sociología de la explotación. Pensar América Latina en el siglo XXI, Antología*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales/Siglo XXI Editores.
- González Casanova, Pablo (2017). *Explotación, colonialismo y lucha por la democracia en América Latina, Antología*. México: Akal.
- Roitman Rosenmann, Marcos (2015). “Pablo González Casanova: de la sociología del poder a la sociología de la explotación”. En *De la sociología del poder a la*

- sociología de la explotación. Pensar América Latina en el siglo XXI, Antología.* 9-51. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales/Siglo XXI Editores.
- Romero Gallardo, Raúl (2024). “Itinerario del colonialismo interno en Pablo González Casanova”. En *Pablo González Casanova en su centenario*, coordinado por Miguel Armando López Leyva, 53-64. México: IIS-UNAM.
- Torres Guillén, Jaime (2014). “El carácter analítico y político del concepto de colonialismo interno de Pablo González Casanova”. *Desacatos* (45): 85-98.

Introducción

La formación de un clásico de la teoría social

RAÚL ROMERO

LA FORMACIÓN DE UN CLÁSICO

Pablo González Casanova y Del Valle (1922-2023) estudió en la Escuela Nacional Preparatoria Gabino Barreda (plantel 1) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), cuando ésta se encontraba ubicada en lo que hoy es el Antiguo Colegio de San Ildefonso, en el centro histórico de la Ciudad de México. Obtuvo también un diploma en contabilidad por la Escuela Bancaria y Comercial, e ingresó a estudiar Jurisprudencia en la UNAM, carrera que pretendía cursar a la par que aprendía historia (1943) en un programa conjunto por la misma UNAM, la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y El Colegio de México (Colmex). Pero el plan de estudios, cuenta Andrés Lira, exigía dedicación exclusiva y otorgaba beca para ello. Así, “al concluir el año, Pablo González Casanova tuvo que elegir: abandonó el derecho y se dedicó plenamente a los estudios de historia” (González Casanova, 2013: 9-10). El 10 de septiembre 1947, con la tesis titulada *El misonéismo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII*, y con un jurado integrado por José Gaos, Silvio Zavala y José Miranda, entre otros, González Casanova obtendría el título de maestro en Ciencias Históricas y la distinción *magna cum laude*.

Apoyado por el Colmex, el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, y por el gobierno de Francia, González Casanova llega a finales de 1947 a París, para realizar estudios de historia en la Universidad de la Sorbona. Obtiene en 1950 el doctorado con especialidad en Sociología, por la

Facultad de Letras de la Universidad de París, así como el reconocimiento *Mention très honorable*. En la elaboración de su tesis, *Introduction à la Sociologie de la Connaissance de l'Amérique Espagnole à travers les données de l'Historiographie Française*, sería asesorado por Fernand Braudel.

Fernand Braudel, alumno y heredero de las preocupaciones intelectuales de Marc Bloch y de Lucien Febvre, supo transmitir a González Casanova la necesidad del conocimiento interdisciplinario para aprender un mundo rápidamente cambiante en todas sus escalas. Para traer a México esos novedosos planteamientos, don Pablo tradujo, junto a Max Aub, el libro *Introducción a la historia*, de Marc Bloch, para el Fondo de Cultura Económica (1952).

La incorporación de nuevos métodos, técnicas y estrategias de investigación del conocimiento interdisciplinario por parte de González Casanova, comenzarían a verse reflejados en sus primeros libros, donde a la visión histórica, se suma la económica, politológica, sociológica, demográfica, etcétera.: *Sátira anónima del siglo XVIII*. Antología en colaboración con José Miranda (1953), *Una utopía de América* (1953), *La ideología norteamericana sobre inversiones extranjeras* (1955), *La literatura perseguida en la crisis de la colonia* (1958), *Estudio de la técnica social* (1958) y *La democracia en México* (1965).

Al escribir lo más cercano a su autobiografía, don Pablo relató:

En el dominio de mi oficio traté de ir pasando de la historia de las ideas a la sociología del conocimiento, y mi tesis de doctorado fue un intento de esa transición; quiso ser un estudio de América como ideología y utopía. Como muchos libros más, no la corregí suficientemente como para publicarla. La descuidé, como a Fernand Braudel, que hasta mi regreso siempre fue muy generoso y hospitalario conmigo, aunque receloso de ver que abandonaba la historia por la sociología (González Casanova, 2009: 66).

En los artículos académicos de González Casanova también puede observarse esta transición de lo disciplinar a la interdisciplina, así como una mayor presencia de problemas de la explotación, del desarrollo, de la democracia y de la educación y la enseñanza en sus temas de investigación: *Aspectos políticos de Palafox y Mendoza* (1944), *Un estudio de sociología religiosa* (1947), *Sociología de un error. (Notas sobre la mentalidad primitiva)* (1949), *La sátira*

ra popular de la ilustración (1951), *El auge del comercio francés en las Indias Españolas* (1952), *La enseñanza y la investigación de las ciencias sociales en México* (1952), *Ideología de la primera industrialización mexicana* (1952), *El problema del método en la reforma de la enseñanza media* (1953), *El pecado de amar a dios* (1953), *Ensayo sobre México* (1954), *Sociología y Economía* (1955), *El don, las inversiones extranjeras y la teoría social* (1957), *Sobre la situación política de México y el desarrollo económico* (1958), *La democracia como camino de la ciencia social y del conocimiento político* (1958), *el desarrollo, la política y la ciencia social* (1958), *Las ciencias sociales y la guerra fría* (1960), *La opinión pública en México* (1961) y *México: el ciclo de la revolución agraria* (1962).

Con una sólida formación y una abundante producción académica, don Pablo ocupó por aquellos años los cargos de secretario general de la Asociación de Universidades (1953-1954), el de director de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM (1957-1965) y también el de director del Instituto de Investigaciones Sociales (1966-1970). El intelectual se consolidaba también en la conducción de instituciones, y en 1970 sería electo como rector de la UNAM, cargo en el que estuvo sólo dos años (1970-1972).

A su llegada a la rectoría, Pablo González Casanova ya contaba con un importante diagnóstico sobre diferentes problemas nacionales, entre los que destacaba el problema educativo. Lo anterior puede observarse en textos como *El problema del método en la reforma de la enseñanza media* (1953), *Educación superior y desarrollo económico* (1968) o *Aspectos sociales de la planeación de la educación superior* (1970), por mencionar algunos. En su discurso de toma de posesión como rector (UNAM, 1983: 39-45), González Casanova hablaría sobre la “democratización de la enseñanza”, la “apertura de los estudios superiores a más estudiantes”, y “una mayor participación en las responsabilidades y decisiones universitarias”. Se anunciaba así el inicio de un proyecto de avanzada que ha marcado la historia de la UNAM y del país, un proyecto orientado a “enseñar a muchos y enseñar a un alto nivel”.

Como rector de la UNAM, el autor de *La democracia en México* impulsó la creación de los Colegios de Ciencias y Humanidades (CCH) y la Universidad Abierta, con los que además de crear opciones educativas de nivel medio superior y superior, se puso a la vanguardia en la construcción de espacios interdisciplinarios. González Casanova formulaba así una opción para abrir

la universidad a más personas y mantener e incluso elevar la calidad educativa: formar grupos de enseñanza-aprendizaje en todos los niveles; autónomos y articulados en diálogo. Comunidades de conocimiento, grupos que se enlacen y combinen en las escuelas, las universidades, los institutos y los laboratorios, pero también en los centros de trabajo, en los barrios y en las comunidades. En cierto sentido, se sintetiza en este planteamiento mucho de la revolución pedagógica y epistemológica que don Pablo aprendió en el Colegio de México y en el diálogo interdisciplinario en Francia.

La obra de González Casanova es extensa y difícil de resumir. Su primer texto académico largo del que se tiene registro es de junio de 1944 (González Casanova, 1944), y su última publicación fue en septiembre del 2021 (González Casanova, 2021). Son 77 años de trabajo constante, de reflexión académica, de creación de instituciones, de participación política. Entre sus principales libros, además de los ya mencionados, ubicamos *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales* (1967), *Sociología de la explotación* (1969), *Imperialismo y liberación en América Latina* (1978), *La nueva metafísica y el socialismo* (1982), *La hegemonía del pueblo y la lucha centroamericana* (1984), *El poder al pueblo* (1985), *Los militares y la política en América Latina* (1988) y *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política* (2004). Junto a estas obras, habría que sumar otros libros también de su autoría, y otros en los que aparece como coordinador o como coautor. En varios de ellos se profundiza en temas como el desarrollo latinoamericano, la violencia política en América Latina, la clase obrera, elecciones y democracia, partidos políticos, matemáticas y ciencias sociales, socialismos, liberación y democracia; y sobre el vínculo entre el sistema de dominación y acumulación capitalista y el ecocidio. Hay que destacar también su trabajo constante en la formación y actualización de conceptos en las ciencias sociales y en los pueblos indios, así como su continua preocupación sobre los diálogos y avances entre las ciencias sociales, el pensamiento crítico, las ciencias de la complejidad, y lo que él definía como las nuevas ciencias.

COLONIALISMO INTERNO, PRIMERAS REFLEXIONES

Uno de los temas constantes en las investigaciones de González Casanova, es el que se deriva de sus trabajos sobre las relaciones de explotación, y que tiene que ver con las distintas escalas del colonialismo, sea éste dentro de un mismo Estado nación, entre diferentes estados nacionales, o la combinación de estos y las corporaciones económicas, es decir, el colonialismo transnacional. El colonialismo intranacional, internacional y transnacional estará presente de manera central en varias de sus publicaciones entre 1962 y 2003.

En 1962, Pablo González Casanova publicó *México: el ciclo de una revolución agraria*, texto en el que indagó por qué la revolución mexicana se había “detenido”. Desde el inicio de este escrito pueden observarse sus preocupaciones, y también su valoración de la revolución cubana de 1959:

México es uno de los países que más han pesado y pesan en la historia de América Latina. Su lucha permanente por la Independencia Nacional —vecino del Coloso— y su revolución, durante mucho tiempo lo convirtieron en ejemplo y en objeto de admiración para muchos países latinoamericanos. Hoy ha perdido su viejo prestigio revolucionario, sobre todo desde que la revolución mexicana merece los elogios del gobierno y la prensa norteamericanos, y desde que la revolución cubana ha pasado a un primer plano en la lucha contra el imperialismo, por la Independencia nacional y por la justicia social.

El juicio está hecho: México ya no es el ejemplo de América Latina. Pero muchos latinoamericanos preguntan qué pasó en México, quieren saber de boca de los mexicanos si la revolución fracasó, y por qué no hicimos una revolución socialista, y qué pasa hoy, y si es posible otra revolución o cuál es el camino. Más o menos son las mismas preguntas que a menudo escuchamos entre nosotros (González Casanova, 1962: 7).

A lo largo del texto, González Casanova explicará, acompañado de números datos estadísticos lo que será uno de sus sellos en todas sus investigaciones, las contradicciones del ciclo revolucionario en México, y llegará a la conclusión de que el proceso no sólo se ha detenido, sino que también se han registrado políticas contrarrevolucionarias. El autor dirá que la revolu-

ción mexicana significó un paso del modo colonial al desarrollo nacional del tipo semicapitalista, y expondrá que el país no pudo impulsar una revolución socialista por diferentes motivos, como la cultura política, el atraso de la “ciencias revolucionarias”, los “fantasmas ideológicos”, las condiciones mundiales y algunas condiciones internas.

En este texto, don Pablo dejó ver su influencia braudeliana, al plantear que la revolución mexicana podía verse al mismo tiempo de forma *lineal* y otra de tipo circular o *cíclica*: se puede observar el desarrollo acumulativo, de las fuerzas productivas, de las técnicas de trabajo, de la cultura, pero al mismo tiempo se puede ver, en el terreno político, el retorno a las condiciones prerrevolucionarias o al ímpetu revolucionario. El futuro rector de la UNAM será preciso en su descripción del fenómeno: “El caso del ciclo revolución-contrarrevolución, que se repite a distintos niveles, es típico de las revoluciones capitalistas” (González Casanova, 1962a: 14).

Recuperando debates de principios del siglo xx, nuestro autor planteará cómo el nacionalismo puede ser de tipo imperialista y también de tipo defensivo para países que fueron colonia. Ese debate sobre la *cuestión nacional* será trasladado por don Pablo a lo interno de un mismo país, y lo combinará con los debates sobre la *cuestión étnica*, tan en boga en la antropología mexicana de la época. El doctor González Casanova, quien por entonces también era director de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, también comenzó a resaltar el carácter *dual* o *plural* de la sociedad mexicana: “una identificada con los grupos dominantes y otra con los grupos dominados”, lo que lo llevará a proponer la existencia de estructuras coloniales internas, que la revolución mexicana no logró derribar, y que el desarrollo de tipo semicapitalista está reforzando. El problema no se limitaría sólo a pueblos indígenas, también incluye a campesinos y trabajadores no calificados. El imperialismo, el colonialismo y el colonialismo interno, así como las diferencias entre las clases trabajadoras de las metrópolis y las clases trabajadoras de las colonias, se convertirán en una preocupación central en las reflexiones de Pablo González Casanova.

Tabla 1. Colonialismo interno en Pablo González Casanova

| | |
|------|--|
| 1962 | "México: el ciclo de una revolución agraria". <i>Cuadernos Americanos</i> 1: 7-29. |
| 1962 | "Sociedad plural y desarrollo: El caso de México". <i>América Latina, Revista del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales, Río de Janeiro, Brasil</i> , año V, 4, (octubre-diciembre): 31-51. |
| 1963 | " <i>Société pluraliste et développement: le cas du Mexique</i> ". <i>Tiers-Monde</i> 4, (15): 305-333. "México: desarrollo y subdesarrollo". <i>Desarrollo Económico</i> 3, núm. 1/2 (abril-septiembre): 285-302. "Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo". <i>América Latina, Revista del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales</i> , año VI, núm. 3, Brasil, (julio-septiembre): 15-32. "La sociedad plural". <i>La democracia en México</i> . México: Era. (Se terminó de escribir en 1963, y se publicó en 1965). |
| 1964 | " <i>Société plurale-colonialisme interne et developpement</i> ". <i>Tiers-Monde</i> , Vol. 5, (abril-junio), núm. 18: 291-295. |
| 1965 | " <i>Internal colonialism and national development</i> ". <i>Studies in Comparative International Development</i> , núm.1: 27-37. |
| 1969 | "El colonialismo interno". <i>Sociología de la explotación</i> . México: Siglo XXI, 221-250. |
| 1988 | "El colonialismo interno (Una definición)". <i>América Latina. Historia y Destino, libro de Homenaje a Leopoldo Zea, Tomo II</i> , UNAM: México, 1992, 263-266. |
| 1995 | "El colonialismo global y la democracia", <i>La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur. Tomo II. El Estado y la política en el Sur del Mundo</i> , dirigido por Samir Amin y Pablo González Casanova. Barcelona: Anthropos, 11-144. |
| 2003 | "Colonialismo interno (Una redefinición)." En <i>Revista Rebeldía</i> , núm. 12, (octubre). Disponible en <i>Conceptos y Fenómenos Fundamentales de Nuestro Tiempo</i> . |

Fuente: Elaboración Raúl Romero Gallardo y Rebeca Salazar Montiel.

También en 1962, González Casanova publicó en la revista brasileña *América Latina*, del Centro Latinoamericano de Investigación en Ciencias Sociales, el artículo *Sociedad plural y desarrollo: el caso de México*, artículo en el que continuó reflexionando sobre problemas del desarrollo y el subdesarrollo en la pluricultural sociedad mexicana. Ahí, nuestro autor sostenía, entre otras tesis, que los “grandes cambios sociales, estructurales, derivados de la revolución y el desarrollo no son suficientes para quebrantar la estructura en que evoluciona la población marginal y la sociedad plural” (González Casanova, 1962b: 37). El texto perfilaba ya algunas reflexiones que serán el núcleo principal del concepto de *colonialismo interno*. Además, el texto alcanzaría un mayor impacto al ser publicado en francés en la revista *Tiers-Monde*, en el año de 1963.

Igualmente, en 1963, González Casanova terminó de escribir *La democracia en México*, libro que no sería publicado a consecuencia de la censura sino hasta 1965 (Díaz Arciniega, 1994). En el capítulo quinto de este libro, *La sociedad plural*, se incluye un subapartado titulado *Sociedad plural y colonialismo interno*. En el mismo año, pero en la revista *Desarrollo Económico*, publicaría *México: desarrollo y subdesarrollo*. En estos textos, don Pablo ya daría centralidad al concepto y lo utilizaría para sostener dos tesis sumamente importantes en su trayectoria: el colonialismo interno es una de las expresiones del subdesarrollo en México, y tanto el colonialismo interno como el subdesarrollo, son muestras de la falta de democracia —entendida esta de forma ampliada, de carácter social— en el país.

Sin embargo, es en el texto *Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo*, publicado en la revista brasileña *América Latina*, donde González Casanova incorpora el concepto al título de su trabajo, lo que refleja la centralidad de la categoría. Al mismo tiempo, realiza ahí una definición de forma puntual. Su objetivo, escribirá desde el principio, es el de revisar el “carácter relativamente intercambiable de la noción de colonialismo y de estructura colonial como un fenómeno interno” (González Casanova, 1963c: 16). Este ensayo tendría un gran impacto, de forma tal que en 1964, *Tiers-Monde* publicaría la traducción *Société plurale-colonialisme interne et développement*, y en 1965, en la revista *Studies in Comparative International Development* aparecería *Internal Colonialism and National Development*.

En 1969, González Casanova publicaría el libro *Sociología de la explotación*, que será dedicado a dos de sus amigos e interlocutores intelectuales de la época, Camilo Torres y Wright Mills. El libro contiene el apartado *El colonialismo interno*, que es la misma versión de *Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo*, pero con un agregado al final:

4. El valor práctico y político de la categoría del colonialismo interno quizá se distingue de otras categorías (de Lerner, Mac Clelland, Hoselitz) en que éstas proporcionan sobre todo un análisis psicológico y valorativo, útil para el diseño de políticas de comunicación, propaganda y educación, en tanto que la noción de colonialismo interno no es sólo psicológica sino estructural, y más bien estructural. Ligada a la política de los gobiernos nacionales (de integración nacional, comunicaciones internas, y expansión del mercado nacional) puede tener un valor económico y político para acelerar estos procesos e idear instrumentos específicos —infraestructurales, económicos, políticos y educacionales— que aceleren deliberadamente los procesos de descolonización no sólo externa sino interna y, por ende, los procesos de desarrollo. *También puede ser la base de una lucha contra el colonialismo, como fenómeno no sólo internacional sino interno, y derivar en movimientos políticos y revolucionarios que superen los conceptos de integración racial o de lucha racial, ampliando la estrategia de los trabajadores colonizados* (González Casanova, 2006, 250).

Pablo González Casanova nos mostrará así que el concepto es parte de una teoría más amplia, una de sus líneas de investigación y aportes teóricos que estarán presentes en prácticamente toda su vida: la sociología de la explotación.

A grandes rasgos, y como podrá estudiarse a profundidad en esta antología, nuestro autor propone al colonialismo interno como una categoría que describe determinadas relaciones sociales de dominación y explotación dentro de un mismo Estado nación que ha alcanzado su independencia. Una categoría que describe fenómenos diferentes a las categorías de campo-ciudad y a las de clases sociales, en tanto hace énfasis en la pluralidad cultural. Concibe a los distintos grupos culturales, cada uno con sus propias estructuras de clase, en un espacio y en un tiempo determinados. Analiza relaciones de explotación concretas, incorporando el análisis de clases, pero tam-

bién de regiones y culturas. Busca entender las diferencias entre las clases trabajadoras de las metrópolis y las clases trabajadoras de las colonias. El colonialismo interno —indica el autor— implica una forma de explotación y dominación combinada, una especie de mezcla entre “feudalismo, esclavismo, trabajo asalariado y forzado, aparcería y peonaje, servicios gratuitos” (González Casanova, 2006: 202). Sin dejar de observar el racismo, González Casanova enfoca su mirada en categorías concretas: ayuda a cuantificar abstracciones de tipo cultural e identitarias. Pone las anteojeras también en las contradicciones de “los movimientos de liberación nacional o por el socialismo porque, una vez en el poder, olvidados del pensamiento dialéctico o ayunos del mismo, no aceptan reconocer que el Estado-Nación que dirigen o al que sirven, mantiene y renueva muchas de las estructuras coloniales internas que prevalecían durante el dominio colonial o burgués” (González Casanova, 2003).

El colonialismo interno será una explicación del subdesarrollo de determinadas regiones, un fenómeno propio del sistema de acumulación de poder y de riquezas, del sistema de dominación y explotación al que llamamos capitalismo.

EL CONTEXTO

El 25 y 26 de junio de 1965, en el periódico *El Día*, el antropólogo Rodolfo Stavenhagen publicaría el artículo *Siete tesis equivocadas sobre América Latina* (Stavenhagen, 1981: 15-84), en el que también desarrolló el concepto de colonialismo interno. Recurriendo al análisis de las clases sociales del marxismo e integrando elementos propios de la antropología mexicana, Stavenhagen entabló un diálogo disciplinario que le permitió observar a los pueblos del Sur de América desde lo económico, lo político, lo social y lo cultural.

González Casanova y Stavenhagen no sólo eran amigos, el primero fue maestro del segundo y con el tiempo, se convirtieron en colaboradores (Vargas, 2015). En esa relación intelectual y de amistad que encuentra un punto en común en los estudios sobre el colonialismo interno, también intervino el sociólogo norteamericano Charles Wright Mills, autor de libros como *La*

imaginación sociológica, *La élite del poder* y *Escucha yanqui*. Sin profundizar en el concepto, en conferencias, escritos y en conversaciones privadas, Mills usó en algunas ocasiones el concepto de colonialismo interno para referirse a fenómenos del desarrollo desigual dentro del mundo subdesarrollado.

Por aquellos años México se encontraba en pleno *desarrollo estabilizador* (Ortiz Mena, 1998) o “milagro mexicano”, anclado en un proceso de industrialización con el objetivo de romper la dependencia de la exportación de materias primas. La aplicación de este modelo implicó también un proceso de urbanización y construcción de infraestructura de comunicación y de servicios. Las medidas adoptadas fueron de diferentes tipos: fiscales, monetarias, salariales, comerciales, agrarias y de inversión.

En el plano regional, América Latina vivía un agitado proceso de movilizaciones antiimperialistas y de liberación nacional, en el que la revolución de Cuba (1959) marcaría un hito importante. Como respuesta, los sectores más conservadores de la región también preparaban su ofensiva y dirigían golpes de Estado, como el que se realizó contra el gobierno de Jacobo Árbenz en Guatemala (1954). Se trataba de una América Latina en disputa, influida por la Guerra Fría que tenía al mundo entero a la deriva. Todos esos elementos del contexto nacional y regional estamparían la reflexión y acción de González Casanova: cuando ocurrió el golpe de Estado contra Árbenz, por ejemplo, junto a su gran amigo el “lobo feroz”, Luis Cardoza y Aragón, nuestro autor acudió a pedirle armas al expresidente mexicano Lázaro Cárdenas para apoyar a aquella nación. Cuando el general Cárdenas les preguntó: “Bueno, ¿y ustedes las van a usar?”, se morían de la pena, cuenta el periodista Luis Hernández Navarro (Hernández Navarro, 2022). En 1961, para apoyar a la revolución cubana y a otras luchas que se extendían por toda América Latina y África, González Casanova se sumó al Movimiento de Liberación Nacional, junto a personajes como el mismo Lázaro Cárdenas, Heriberto Jara, Rubén Jaramillo, Carlos Fuentes.

Este contexto sociopolítico sería terreno fecundo para la emergencia de diversas corrientes intelectuales y artísticas como la teología, filosofía y pedagogía de la liberación, el *boom* latinoamericano, el desarrollismo, la teoría de la dependencia, el nuevo cine latinoamericano y la nueva trova cubana; todas estas expresiones del llamado *pensamiento crítico latinoamericano*. De

hecho, años más tarde nuestro autor contaría que, a tono con el espíritu de la época, en sus horizontes estaba una *sociología de la liberación*.

En el llamado tercer mundo, las reflexiones de Frantz Fanon (*Los condenados de la tierra*, 1961) así como las de Aimé Césaire (*Discurso sobre el colonialismo*, 1955) cobrarán gran importancia. Las luchas y reflexiones contra el colonialismo y el imperialismo recorrían el sur del mundo, y González Casanova *hacía y teorizaba* desde ese lugar del mundo en el que decidió luchar.

Con todas estas corrientes dialoga y debate Pablo González Casanova en sus tesis, y también con otras como el *indigenismo* y la antropología mexicana, o el populismo latinoamericano.

Un elemento más habría que sumar a este recuento de los antecedentes y el contexto que envuelven las primeras reflexiones públicas de González Casanova sobre el colonialismo interno. Es el que tiene que ver con su vocación democrática y plural en todos los aspectos, pero especialmente en lo que se refiere al conocimiento.

Acusado por los dogmáticos de la época como “eclectico”, González Casanova se caracterizó por un pluralismo que le permitió dialogar con distintas corrientes teóricas, ideológicas y metodológicas. Este pluralismo ideológico le había sido inculcado por su padre, quien creía que “el socialismo es el único sistema que puede alcanzar la justicia” y “que era imposible que la alcanzara sin la democracia y el pluralismo religioso e ideológico” (González Casanova, 2009: 57).

Por otra parte, don Pablo atribuye a su mejor amigo en el Colegio de México, el comunista cubano Julio Le Riverend Brusone, la lección de reconocer las inteligencias dentro del pensamiento burgués y conservador. Así lo escribió:

De Julio aprendí algo notable, que, a diferencia de los comunistas mexicanos a quienes había conocido, hablaba bien de quienes no pensaban como él y respetaba y cultivaba con afecto a ciertos conservadores y burgueses, como don Antonio Pompa y Pompa y don Silvio Zavala, y a muchos más a los que oía para buscar coincidencias y entender razones. Después descubrí que su actitud correspondía a cierto estilo de los comunistas martianos (González Casanova, 2009: 63-64).

En el estudio del marxismo fue por la obra de Antonio Gramsci por quien más se interesó González Casanova. Llegó a dicho autor por medio de Lombardo Toledano, quien le regaló las obras completas publicadas por Einaudi: “el autor que más me interesó fue Gramsci. Fue él quien me acercó con su indiscutible liderazgo intelectual a un nuevo planteamiento de la democracia [...] Yo creo que la forma libre y justa de pensar que me dejó mi padre se reforzó con la filosofía magnífica de Gramsci” (González Casanova, 2009: 66-67). Junto a Gramsci, nuestro autor se sentía atraído por la obra de José Carlos Mariátegui y su radical planteamiento en el Perú andino:

El haber estudiado al indio y el haberle reconocido un papel central en el proceso principal que Mariátegui estudiaba, que era el proceso revolucionario mundial, en el que el propio Mariátegui estaba inserto y en el que participó activamente desde el Perú, fue una aportación muy importante, sobre todo por la tendencia que hubo a convertir en universales las categorías nacidas de la lucha de clases de Europa, y en el pensamiento político europeo. Esta especificidad, esta concreción, de cómo son o cómo se dan los problemas en nuestros países fue una de las grandes aportaciones del pensador y luchador peruano (González Casanova, 1994).

El problema del indio es el problema de la tierra, decía Mariátegui, y don Pablo enriquecía la propuesta: el problema del indio es el problema del colonialismo interno.

González Casanova estudió estadística y sociología empírica para dialogar con las ciencias sociales norteamericanas que en aquel entonces ganaban terreno en todo el mundo. Este hecho representó un nuevo reto:

la estadística me creó un nuevo problema de heterodoxia con marxistas y estructural-funcionalistas en que me resultó tan difícil el alineamiento intelectual con unos y otros como me había resultado el alineamiento con los partidos de izquierda, con el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y aún antes con el Partido de Acción Nacional (PAN) (González Casanova, 2009: 67).

Las luchas por las independencias de las naciones en América Latina no eliminaron las dinámicas de colonialismo interno, como tampoco lo hicie-

ron las guerras de Reforma, las revoluciones, ni el surgimiento del Estado benefactor. Y, por lo que alcanzamos a observar hasta ahora y que es motivo de otras investigaciones, el ciclo neoliberal y el progresista en México y América Latina no han borrado el colonialismo interno. Más problemático todavía es que dichas relaciones de explotación y dominación han encontrado nuevas expresiones en una época donde predomina la acumulación por desposesión, el neodesarrollismo y la expansión del crimen organizado. Estos y otros fenómenos también fueron abordados por nuestro autor en otras de sus obras, en las que llamaba a observar las interacciones del colonialismo su forma intra-nacional, inter-nacional y trasnacional.

DE VUELTA AL COLONIALISMO INTERNO

En 1988 González Casanova volvería al concepto para presentar una definición sobre el concepto, algo que le ayudó a rastrear antecedentes y a aclarar confusiones derivadas de interpretaciones erróneas. En *Colonialismo interno. (Una definición)*, texto que firma en enero de 1988 pero que aparece publicado hasta 1992, el también autor de *La democracia en México* realizó un ejercicio de rigurosa definición conceptual, que estaría muy a tono con otro de sus proyectos de la época: la formación de conceptos en ciencias sociales. En esta definición, don Pablo tomó como punto de partida los debates entre marxistas de la primera mitad del siglo xx, los realizados a lo interno de la Internacional Socialista en la primera mitad del siglo xx, y también los debates entre intelectuales y organizaciones marxistas en Europa, en Asia y en África en la misma época. La precisión conceptual del autor lo llevó a, en apenas cinco páginas, revisar antecedente, hacer una definición y plantear la vigencia del concepto. Ahí González Casanova se leía profundamente influenciado por los debates que habían sucedido en Guatemala y Nicaragua en esa época. El autor concluiría así su definición:

Para nosotros —dice un texto guatemalteco— el camino del triunfo de la revolución entrelaza la lucha del pueblo en general contra la explotación de clase y contra la dominación del imperialismo yanqui, con la lucha por sus derechos de los grupos étnico-culturales que conforman nuestro pueblo, complementán-

dolos de manera dialéctica y sin producir antagonismos (González Casanova, 1992: 266).

En 1995, siete años después de esta definición, y como resultado del profuso e intenso diálogo que mantenía con Samir Amin, François Houtart e Immanuel Wallerstein, don Pablo publicó el texto *Colonialismo global y la democracia* que estaría incluido en *La nueva organización capitalista mundial vista desde el sur. Vol. 2. El estado y la política en el sur del mundo*. Obra coordinada por Pablo González Casanova y Samir Amin. En este texto, nuestro autor reflexionará profundamente sobre un vínculo mencionado líneas atrás: el del colonialismo interno, el colonialismo internacional y el colonialismo global, este último, cómo resultado de la predominancia de las corporaciones, el capitalismo financiero, el neoliberalismo y la globalización del capital. Ahí nuestro autor también hará un fuerte reclamo a las ciencias sociales, que “han suprimido de su campo epistemológico y su abecedario académico” el término de *explotación*.

En 2003 el exrector de la UNAM nuevamente regresará a escribir sobre el tema, pero ahora hará una redefinición, *Colonialismo interno (Una redefinición)*, texto elaborado al calor de las movilizaciones que realizaba el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en aquellos años. De cierta forma, don Pablo actualiza el concepto y profundiza en una relación que nos parece clave: la propuesta autonómica del neozapatismo como salida a las relaciones de explotación y dominación a las que hace referencia el colonialismo interno. En 2006 en el texto introductorio para la nueva edición de *Sociología de la explotación*, González Casanova haría precisiones importantes. Dos de ellas —completamente vinculadas—, nos resultan clave. La primera es la que vuelve a enfatizar que el colonialismo interno es un concepto que forma parte de un corpus teórico mayor, la *Sociología de la explotación*, y la segunda, señala que el “olvido” de lo anterior generó distorsiones que más tarde fueron superadas con la aparición de luchas de pueblos originarios como las del EZLN:

Pero incluso la categoría del “colonialismo interno” fue objeto de graves distorsiones por quienes creyendo acogerla impulsaban categorías abstractas como “la indianidad”. Sólo años después, el “colonialismo interno” sería indirecta-

mente practicado en una lucha por las autonomías de los pueblos y las culturas indígenas, que no descuida ni la lucha de clase ni la lucha contra el imperialismo, que las trae del camino y en el camino las reencuentra (González Casanova, 2006:16).

Esta afirmación nos ayuda a entender el peso del zapatismo en la vida y obra de don Pablo, encuentra en su proyecto de autonomía una respuesta a las preocupaciones que observó durante más de cuarenta años, para ese entonces. Nuestro autor, que constantemente busca soluciones a los problemas que estudia, encuentra en la autonomía zapatista, y en la combinación de ésta y otras estrategias, salidas a las relaciones de explotación y dominación estudiadas en la *Sociología de la explotación*. La autonomía será, junto al socialismo, la libertad y la democracia, pieza fundamental de la *sociología de la liberación* que don Pablo tenía pendiente por escribir:

Al releer este texto *Sociología de la explotación* para una nueva edición viví varias tentaciones que la falta de tiempo me impidió realizar. Mi primer impulso fue quitar la lista de fórmulas matemáticas que aparecía al principio de la edición y que sirvió más para intimidar a los marxistas que para quitar a los empiristas el argumento de que el pensamiento crítico es incapaz de precisar sus tesis con modelos matemáticos. He logrado —con una benévola simpatía de los editores— que en esta nueva edición ya no aparezca al principio ni al final la lista intimidante. Lo que no alcancé, fue a preparar un texto ampliado que incluyera, junto con la sociología de la explotación, la sociología de la liberación. Espero que el propósito no se quede en proyecto pues ese desenlace permitirá leer y entender más a fondo el texto original reencuentra (González Casanova, 2006: 13).

Desde sus primeros trabajos como historiador, dedicados al conocimiento perseguido, y más tarde como sociólogo y sus preocupaciones en torno al desarrollo y la democracia, González Casanova puso especial énfasis en las relaciones de explotación y dominación. Al pensarse desde su realidad concreta y latinoamericana, pudo observar, junto a otros autores, al fenómeno del colonialismo interno como una forma concreta de las relaciones de explotación.

Nuestro autor encontrará en la propuesta de autonomía zapatista una forma de democracia desde abajo, y también una forma de redistribución del poder y las riquezas en que se combinaban varias luchas. No imponía una contradicción principal, y por el contrario se proponía ayudar a dismantelar el complejo tejido de relaciones que impiden una sociedad más justa, democrática y solidaria. Desde la universidad o en las calles, en asambleas o foros académicos, don Pablo encontraría espacio para explicar esto y apoyar las soluciones. El colonialismo interno, una relación presente en su obra académica y en su acción política, tendría una solución teórica y práctica en el zapatismo y sus *Caracoles* y *Juntas de Buen Gobierno*, y en parte por eso apoyaría esa lucha con mucha energía desde 1994. Ese apoyo y ese espíritu crítico planteado desde sesenta años atrás, sería reconocido también por el EZLN al nombrarlo como uno de sus comandantes en 2018.

LA VIGENCIA DEL CONCEPTO

Desde aquella década de los sesenta mucho se ha reflexionado sobre el colonialismo interno como concepto, sobre sus usos analíticos y políticos, y sobre el fenómeno al que hace referencia. Hay incluso quien habla de una teoría del colonialismo interno (Henrique, 2018: 311-344). Con el tiempo, también se han encontrado antecedentes sobre la utilización de dicha categoría en otros autores y autoras y en otros continentes. Muchos de estos textos se plantean la vigencia del concepto, las variaciones, los debates y las posibles soluciones o alternativas a los problemas que se plantean. Con la emergencia de teorías decoloniales hubo una recuperación de la categoría. Trabajos como el de Luis Tapia (2022), *Dialéctica del colonialismo interno*, el de Silvia Rivera Cusicanqui (1993), *La raíz: colonizadores y colonizados*, o el de Natividad Gutiérrez Chong (2010), *Los pueblos indígenas en los nacionalismos de independencia y liberación: el colonialismo interno revisitado*, dan cuenta de ello. Sin embargo, en muchos trabajos de estos se fue dejando de lado su carácter explicativo de las relaciones de explotación y su carácter de herramienta teórica en la lucha contra el capitalismo, para dar prioridad a las relaciones de dominación y sus expresiones raciales y culturales, y sus salidas dentro del multiculturalismo.

Los debates actuales sobre extractivismo y megaproyectos de infraestructura, desarrollo y energéticos en México han profundizado el debate sobre el papel de los pueblos originarios y sus territorios en el desarrollo nacional. La crisis climática y las economías criminales son otros de los fenómenos que también impulsan este debate. En otras regiones de Sudamérica, comienza a utilizarse el concepto de Zonas de Sacrificio en una forma similar en que se usó el de colonialismo interno, pero agravado por las “consecuencias negativas” del desarrollo.

Otros autores y autoras han hecho un esfuerzo por recuperar las raíces e intencionalidades del concepto de González Casanova y actualizar el debate. Destacan entre ellos los textos de José Gandarilla (2018) y Jaime Torres Guillén (2014). Son de suma relevancia las antologías *De la sociología del poder a la sociología de la explotación* (2015) y *Explotación, colonialismo y lucha por la democracia en América Latina* (2017), ambas realizadas por Marcos Roitman Rosenmann. Con ambas antologías, Roitman ayuda a entender el concepto de colonialismo interno en la propuesta teórica general de Pablo González Casanova.

De igual forma, la bibliografía sobre el colonialismo interno es ya muy extensa, como lo son también los debates y búsqueda de sus raíces. Trabajos sobre el desarrollo del concepto, sus interpretaciones, variaciones y esfuerzos de actualización son muchos y muy importantes. Hacer un estudio sobre esto ayudará sin duda a la teoría social. Nuestro interés en la presente antología es otro: que quienes consulten esta obra puedan observar el proceso de elaboración que don Pablo siguió con el concepto de colonialismo interno. Una antología temática que ayude a conocer los orígenes, desarrollo y vigencia del concepto desde la óptica de Pablo González Casanova, y al mismo tiempo, que facilite el abordaje desde ese concepto a la larga y prolífica obra de nuestro autor.

Con este objetivo es que se han seleccionado ocho textos. En la lectura integral de la antología se pueden observar las continuidades, rupturas y descubrimientos del ex rector de la UNAM. Se puede observar, igualmente, como González Casanova era un hombre que no se enamoraba de sus ideas, que estaba dispuesto a abandonar lo que fuera necesario, a corregir donde había errores y a profundizar donde la idea llevaba a un nuevo planteamiento. La antología también nos ayuda a ver a don Pablo como un hombre

preocupado por los problemas de su tiempo y de su espacio, de pensar los problemas locales vinculados a los problemas globales; de apostar por la unidad en la lucha contra un sistema de explotación y dominación, sin dejar de observar las particularidades de los sujetos que construyen esa lucha.

Sirva también esta antología como un pequeño homenaje a don Pablo, quien es, al igual que el concepto de colonialismo interno, un clásico de la teoría social.

Ciudad Universitaria a 10 de agosto de 2023

BIBLIOGRAFÍA

- Bloch, Marc (1952). *Introducción a la Historia*. Traducción de Pablo González Casanova y Max Aub. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Césaire, Aimé (1955). *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid: Akal.
- Díaz Arciniega, Víctor (1994). "Entrevista con Arnaldo Orfila. La huella indeleble". *La Jornada Semanal*, 9 de octubre. pp. 18-27.
- Fanon, Frantz. (1961). *Los condenados de la tierra*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Gandarilla, José. (2018). "Notas sobre la construcción de un instrumento intelectual. El 'colonialismo interno' en la obra de Pablo González Casanova". *Pléyade (Santiago)*, (21): 141-162.
- González Casanova, Pablo (1944). "Aspectos políticos de Palafox y Mendoza". *Revista de Historia de América* (17): 27-67.
- González Casanova, Pablo (1947). "Un estudio de sociología religiosa". *Revista Mexicana de Sociología* (3): 353-365.
- González Casanova, Pablo (1949). "Sociología de un error. (Notas sobre la mentalidad primitiva)". *Revista Mexicana de Sociología* (2): 229-245.
- González Casanova, Pablo (1951). "La sátira popular de la Ilustración". *Historia Mexicana* (1): 78-95.
- González Casanova, Pablo (1952a). "El auge del comercio francés en las Indias Españolas". *Revista de Comercio Exterior* (1): 24-107.
- González Casanova, Pablo (1952b). *La enseñanza de las ciencias sociales en América Central y el Caribe*. Ciudad de México: Unesco.
- González Casanova, Pablo (1952c). "Ideología de la primera industrialización mexicana". *Jornadas Industriales*. 2ª época, núm. 21, pp. 25-48, en la Ciudad de México, en octubre de 1952.

- González Casanova, Pablo (1953a). "El problema del método en la reforma de la enseñanza media". *Boletín de la Asociación Nacional de Universidades* (2): 1-24.
- González Casanova, Pablo (1953b). "El pecado de amar a Dios en el siglo XVIII". *Historia Mexicana* (4): 529-548.
- González Casanova, Pablo (1954). "Ensayo sobre México". *Cuadernos Americanos* (3): 256-259. mayo-junio, núm. 3, vol: LXXV, p. 256.
- González Casanova, Pablo (1955). "Sociología y economía". *Investigación Económica* (3): 279-301, vol. 15, núm. 3, tercer trimestre.
- González Casanova, Pablo (1957). "El don, las inversiones extranjeras y la teoría social". *Problemas Científicos y Filosóficos* (2): 230-252.
- González Casanova, Pablo (1958a). "Sobre la situación política de México y el desarrollo económico". *Cuadernos Americanos*: 49-75.
- González Casanova, Pablo (1958b). *Estudio de la técnica social*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- González Casanova, Pablo (1958c). "El desarrollo, la política y la ciencia social". Inédito.
- González Casanova, Pablo (1960). "Las ciencias sociales en América Latina". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* (30): 117-8.
- González Casanova, Pablo (1961a). "La opinión pública en México". En *México: Cincuenta Años de Revolución*, III, *La Política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- González Casanova, Pablo (1961b). "México: el ciclo de la revolución agraria". *Cuadernos Americanos* (1): 7-29.
- González Casanova, Pablo (1962a). "México: el ciclo de una revolución agraria". *Cuadernos Americanos* 1: 7-29.
- González Casanova, Pablo (1962b). "Sociedad plural y desarrollo: El caso de México". *América Latina* (4): 31-51.
- González Casanova, Pablo (1963a). "*Société pluraliste et développement: le cas du Mexique*". *Tiers-Monde* 15 (4): 305-333.
- González Casanova, Pablo (1963b). "México: desarrollo y subdesarrollo". *Desarrollo Económico* 1 / 2 (3): 285-302.
- González Casanova, Pablo (1963c). "Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo". *América Latina* 3 (vi): 15-32.
- González Casanova, Pablo (1964). "*Société plurale colonialisme interne et developpement*". *Tiers-Monde* (18): 291-295.
- González Casanova, Pablo (1965a). *La democracia en México*. Ciudad de México: Era.
- González Casanova, Pablo (1965b). "Internal colonialism and national development". *Studies in Comparative International Development* (1): 27-37.
- González Casanova, Pablo (1968). "Educación superior y desarrollo económico". *Revista del Movimiento Estudiantil Universitario Reforma Universitaria* (2): 25.
- González Casanova, Pablo (1969). *Sociología de la explotación*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.

- González Casanova, Pablo. (1970). *Aspectos sociales de la planeación de la educación superior. Planeación universitaria en México*. Ciudad de México: UNAM.
- González Casanova, Pablo (1992). “El colonialismo interno. (Una definición)”. En *América Latina. Historia y destino: homenaje a Leopoldo Zea Tomo II*, 263-266. Ciudad de México: Dirección General de Publicaciones, UNAM.
- González Casanova, Pablo (1994). Palabras pronunciadas como presidente del Comité de Homenaje Nacional a José Carlos Mariátegui (México), en el acto de inauguración del Ciclo de Mesas Redondas Mariátegui: entre la memoria y el futuro de América Latina. México, D.F., 20 de septiembre, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- González Casanova, Pablo (2003). “Colonialismo interno (una redefinición)”. *Revista Rebelión* (1).
- González Casanova, Pablo (2006). *Sociología de la explotación*. Nueva edición. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- González Casanova, Pablo (2013). *Obras históricas, 1948-1958*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- González Casanova, Pablo (2015). *De la sociología del poder a la sociología de la explotación: pensar América Latina en el siglo XXI*, compilado por Marcos Roitman. Bogotá: Siglo del Hombre Editores / Clacso.
- González Casanova, Pablo (2017). *Explotación, colonialismo y lucha por la democracia en América Latina. Antología*. México: Akal.
- González Casanova, Pablo (2021). “Epistemología del animal político”. *El Perfil de La Jornada*, 5 de agosto.
- González Casanova, Pablo, y Samir Amin (dirs.) (1995). *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur. Tomo I. Mundialización y acumulación*. Barcelona: Anthropos.
- González Casanova, Pablo, y Samir Amin (dirs.) (1996). *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur. Tomo II. El Estado y la política en el Sur del Mundo*. Barcelona: Anthropos.
- Gutiérrez Chong, Natividad (2010). “Los pueblos indígenas en los nacionalismos de independencia y liberación: El colonialismo interno revisitado”. *Independencia y revolución: contribuciones en torno a su conmemoración*, 117-150. Ciudad de México: IIS-UNAM.
- Hernández Navarro, Luis (2022). “A contracorriente”. *Suplemento. 100 años de amor y lucha. Pablo González Casanova*, 12 de febrero, págs. 8-9.
- Henrique Martins, Paulo (2018). “La actualidad de la teoría del colonialismo interno para el debate sobre la dominación y los conflictos inter-étnicos”. En *Encrucijadas abiertas. América Latina y el Caribe. Sociedad y pensamiento crítico Abya Yala. Tomo II*, editado por Alberto L. Bialakowsky, Nora Garita Bonilla, Marcelo Arnold Cathalifaud, Paulo Henrique Martins y Jaime A. Preciado Coronado, 311-334. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

- Ortiz Mena, Antonio (1988). *El desarrollo estabilizador: reflexiones sobre una época*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rivera Cusicanqui, Silvia (1993). “La raíz: colonizadores y colonizados”. *Violencias encubiertas en Bolivia*, coordinado por Xavier Albó y Raúl Barrios, 27-142. La Paz: CIPCA.
- Stavenhagen, Rodolfo (1981). *Sociología y subdesarrollo*. México: Nuestro Tiempo.
- Tapia, Luis (2022). *Dialéctica del colonialismo interno*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Torres Guillén, Jaime (2014). “El carácter analítico y político del concepto de colonialismo interno de Pablo González Casanova”. *Desacatos* (45).
- Universidad Nacional Autónoma de México (1983). *Pablo González Casanova 6 de mayo de 1970-7 de diciembre de 1972. La Universidad y sus rectores*. Ciudad de México: UNAM.
- Vargas, Ángel (2015). “Rodolfo Stavenhagen resalta las condiciones desoladoras de América Latina”. *La Jornada*, 27 de junio.
- Wright Mills, Charles (1961). “The problem of industrial developments”. *Power Politics and People. The Collected Essays of C. Wright Mills*, editado por Irving Louis Horowitz, 150-156. Nueva York: Oxford University Press.

México: el ciclo de una revolución agraria¹

¹ Este texto se publicó originalmente en 1962, en *Cuadernos Americanos*, núm. 1, México, pp. 7-29.



México es uno de los países que más han pesado y pesan en la historia de América Latina. Su lucha permanente por la Independencia Nacional —vecino del Coloso— y su revolución, durante mucho tiempo lo convirtieron en ejemplo y en objeto de admiración para muchos países latinoamericanos. Hoy ha perdido su viejo prestigio revolucionario, sobre todo desde que la revolución mexicana merece los elogios del gobierno y la prensa norteamericanos, y desde que la revolución cubana ha pasado a un primer plano en la lucha contra el imperialismo, por la Independencia Nacional y por la justicia social.

El juicio está hecho: México ya no es el ejemplo de América Latina. Pero muchos latinoamericanos preguntan qué pasó en México, quieren saber de boca de los mexicanos si la revolución fracasó, y por qué no hicimos una revolución socialista, y qué pasa hoy, y si es posible otra revolución o cuál es el camino. Más o menos son las mismas preguntas que a menudo escuchamos entre nosotros.

Es necesaria una explicación que despeje las incógnitas y que procurando acabar con las falsas analogías y la falta de perspectiva histórica, en que frecuentemente se incurre, no trate de ocultar la realidad por un falso nacionalismo, emocional y acomplexado, que considere a los habitantes de América Latina —este “gran país artificialmente divino”— como extranjeros.

Por ingenuas o agresivas que parezcan hoy muchas preguntas sobre México, el único problema reside en descubrir la esencia de una revolución que fue paradigma de nuestros pueblos, y en no incurrir en errores de juicio que debiliten nuestra acción política.

¿LA REVOLUCIÓN FRACASÓ?

Cuando se comparan las condiciones económicas y sociales de México y algunos de los países más avanzados de América Latina, las conclusiones no son halagüeñas. México tiene una tasa bruta de mortalidad de 12.5 (1958), más alta que la de Bolivia (7.2), Chile (12.1), Perú (10.3), Argentina (8.1). La mortalidad infantil en México (80.8 de 1,000 nacidos vivos en 1958) es superior a la de Argentina (66.3); el número de personas por médico es en México de 2,200 (1955), mientras en Chile es de 1,900 (1954), en Argentina de 760; en México según cálculos de la FAO la población tiene un déficit de calorías de -24.4, mientras la de Argentina tiene un excedente de 22.7 (1950); la población urbana es en México el 42.6% de la población total (1950), mientras en Chile es el 59.9% (1950) y en Argentina el 62.5% (1950); la población analfabeta es en México el 43.2% (1950), mientras en Chile es el 19.4% (1952) y en Argentina el 13.3% (1947); en México hay 48 periódicos por 1,000 habitantes (1952), mientras en Argentina hay 159 (1956), en Chile 74 (1952).

Los índices económicos y políticos señalan una situación parecida: el ingreso per cápita es de dólares 282 en México (1958), de dólares 484 en Chile (1958) y de 313 en Argentina (1958); la población económicamente activa que corresponde a agricultura es el 57.8% del total en México (1957), el 25.2 en Argentina (1947), el 29.6% en Chile (1952); la población ocupada en la manufactura es el 11.7% de la económicamente activa en México (1957), mientras en Argentina desde 1947 alcanza el 22.1%, en Chile el 18.7% (1952); en México sólo el 51.2% de la población asalariada está organizada (1950), agremiada, mientras en Argentina está agremiada el 92.91% (1947), en Bolivia el 77.64% (1950); en las últimas elecciones sólo votó el 23.1% de la población en México (7/6/58), mientras en Argentina votó el 44.8% (2/33/58), en

Bolivia el 28.8% (6/17/56) (*Committee of Latin American Studies*, 1957; Food and Agriculture Organization of the United Nations, 1952).

Es cierto que México tiene índices económicos, sociales y políticos muy superiores a los de Colombia, Perú, incluso —a veces— Brasil, no se diga ya los países de Centroamérica; pero al ver las altas cifras de mortalidad, mortalidad infantil, analfabetismo, desnutrición, población ocupada en la agricultura, población trabajadora no organizada, población que no vota —y contando el estado actual de las organizaciones obreras—, y el extraño significado de las elecciones políticas, mucha gente se pregunta: ¿Y no fracasó la revolución mexicana? ¿Y para llegar aquí se murió un millón de personas?

Después, cuando se observa la distribución del ingreso y las enormes diferencias que hay en los niveles de vida, cuando se lee que en 1955 el 1% de la población ocupada con remuneración recibió el 66% del presupuesto nacional —es decir, de la suma total de gastos realizados en el país— mientras el 99% restante, los trabajadores, sólo recibieron el 34% (Parra) ; cuando se lee que si suponemos *grosso modo* que el ingreso medio por familia de 700 pesos mensuales para toda la República era apenas suficiente para satisfacer las necesidades mínimas de alimentación, vestuario, habitación y diversión en el año de 1956, y que siguiendo este criterio carecían de capacidad económica el 33% de las familias del Distrito Federal y del Pacífico Norte, el 60% de las familias del Golfo de México y la Zona Norte; el 80% de las familias de los Estados del Centro y del Pacífico Sur, y que “aproximadamente dos de cada tres familias carecían de capacidad económica en el sentido que tenían un ingreso inferior al medio, ya de por sí bajo” (Navarrete, 1960: 75); cuando se conocen todos estos datos y se ve en la realidad la miseria que priva en grandes sectores de la población, nuevamente viene la pregunta que nos hacemos entre nosotros mismos y que nos hacen muchos amigos latinoamericanos: ¿no es cierto que la revolución mexicana fracasó?

Al intentar responder a esta pregunta de una manera objetiva nos encontramos con grandes dificultades, y fácilmente oscilamos entre la crítica y la apología. Ciertos elementos de juicio nos obligan a hacer observaciones históricas: Es que —decimos—, es que hay que ver de dónde salió México, cuál fue el punto de partida.

México era un país muy pobre en 1910, un país en el que la inmensa mayoría de la población vivía en un estado semejante a la esclavitud; en que

la población asalariada tenía niveles de vida muy inferiores a los de otros países —como Argentina o Uruguay—; en que 11,000 hacendados poseían casi el 60% del territorio nacional; en que el 88.4% de la población agrícola eran peones —en situación semejante a los esclavos—, el 97% eran cabezas de familia rural sin propiedad agrícola, y sólo el 0.02% eran hacendados; en que los índices de analfabetismo alcanzaban la cifra de 80%; en que la población que no hablaba español era el 13%; en que el 52% de los habitantes vivían en chozas; en que la mortalidad infantil era de más de 304 niños por cada 1,000 nacidos vivos (Dirección General de Estadística, 1956).

De allí salimos. Y los gobiernos revolucionarios alcanzaron tasas de crecimiento muy superiores a las de Argentina, Brasil, Colombia, y una de las tasas de acumulación de capital más altas en América Latina. Que el desarrollo hasta hace poco espectacular de México se hubiera logrado sin la revolución, no sólo es una de esas suposiciones absurdas —en que la historia se pone entre paréntesis—, sino que es una suposición infundada. Con el reparto de tierras se creó un amplio mercado interno que no existía, con las expropiaciones se creó una independencia económica que no había y la posibilidad de una política económica nacional; con las altas tasas de inversión del sector público (a menudo más del 40% de la inversión nacional fija) (Nacional Financiera, 1962) se creó una estructura económica nacional, una red carretera que aumentó el mercado interno, una inversión de mexicanos, que incrementó notablemente el crecimiento de la clase media y el mercado de trabajo industrial, una integración nacional y una conciencia nacional, en un país hasta entonces aislado y que hoy es uno de los mejores comunicados y más conscientes de América Latina.

Aceptando la hipótesis absurda, concediendo en el absurdo, ¿qué habríamos tenido sino un país semejante a los de Centroamérica?, un desarrollo típicamente colonial y dependiente, como el de tantos otros vecinos nuestros, cuya condición general es aún más triste, y que ayunos de una política nacional, de una política de desarrollo, tienen una clase media diminuta, un proletariado casi inexistente, niveles de vida más bajos que los nuestros, gobiernos dictatoriales y serviles.

Es cierto que la revolución mexicana no ha beneficiado a la totalidad de la población; que del desarrollo que engendró y de las libertades que creó sólo han podido participar ciertos sectores —empresarios, clases medias ur-

banas y rurales, proletariado calificado—, mientras grandes núcleos de la población se encuentran todavía al margen del desarrollo, tanto en lo económico, como en lo cultural, como en lo político. En realidad, la revolución mexicana sólo logró dar un paso que va del desarrollo colonial al desarrollo nacional de tipo semicapitalista. De un sistema dependiente que reduce los beneficios del desarrollo a un grupo pequeñísimo de extranjeros, funcionarios, militares y latifundistas, la revolución permitió el paso a un sistema que aumenta los beneficios del desarrollo, que da lugar a la expansión de las clases medias, la burguesía rural, los trabajadores calificados. Que estos beneficios no llegan a la totalidad de la población es un hecho, que la expansión de estos beneficios —económicos, políticos, culturales— no ha llegado a su máximo dentro del sistema capitalista, y que la expansión de estos beneficios se puede lograr con un sistema socialista son hechos también indudables.

Pocos son los que se preguntan por qué México no ha llegado al máximo de los beneficios sociales dentro del sistema capitalista y en cambio generalmente preguntan, ¿por qué México hizo una revolución socialista? Es ésta también una de esas preguntas muy elementales que el observador común plantea. Pero es una pregunta que hoy nos hacen constantemente y que completa se formula así: ¿Por qué México no hizo una revolución socialista como la cubana?

Las comparaciones, en el terreno histórico fácilmente hacen caer en una trampa de abstracciones y analogías mecánicas.

Hay muchas cosas qué decir, muchos llamados a observar: desde luego la cultura política de entonces, el atraso de la “ciencia de las revoluciones”, la cantidad de fantasmas ideológicos que vagaban por todo el mundo hace cincuenta años y que hoy se han retirado; en segundo lugar, las condiciones mundiales, la geografía política de la tierra en 1910 e incluso en 1940 —cuando, según se dice fue necesario optar entre una radicalización de la revolución y una conciliación—, en tercer lugar las condiciones internas, la estructura semifeudal, la heterogeneidad de la población, la falta de comunicaciones internas y de medios de comunicación rápida como la radio, la televisión.

Todas estas circunstancias culturales, internacionales, internas, tan distintas entonces y ahora, tan distintas en el México de 1910 y en la Cuba de

1960, todas ellas quizás sirvan para contestar las inquietudes naturales de muchos latinoamericanos, incluidos algunos mexicanos. Y sobre todo: estas circunstancias pueden remitirnos a un planteo del problema que nos saque de las abstracciones, de las excusas, de las invectivas, y nos lleve a formular la pregunta en términos más objetivos: ¿Qué pasó en México?, y sobre todo: ¿Cómo se comportaron los hechos —políticos, económicos, culturales— en el proceso histórico que se conoce con el nombre de la revolución mexicana?

¿CÓMO SE COMPORTÓ LA REVOLUCIÓN MEXICANA?

Hay en todo el proceso histórico que se conoce con el nombre de revolución mexicana dos tendencias principales, una predominantemente lineal —relacionada al desarrollo industrial técnico, educacional, etc., al desarrollo acumulativo—, y otra de tipo circular que semeja el “eterno retorno”, la vuelta al punto de partida. La primera corresponde a la vieja idea de progreso y es la que se presta a las conclusiones eufóricas más simples. La segunda es más complicada: tiene dos puntos de partida principales: de una parte, el porfirismo, la sociedad semicolonial, y de otra la revolución *stricto sensu*, el rompimiento de la estructura semicolonial en lo interno y en lo exterior, mediante presiones populares, políticas e incluso militares.

En efecto, a lo largo de su trayectoria, la Revolución mexicana ha regresado al punto de partida prerrevolucionario, a ciertas formas sociales del porfirismo, y también ha regresado a sus puntos de partida originales —como revolución— esto es, ha recuperado su ímpetu revolucionario: el caso más notable, aunque no único, es el periodo cardenista que sucede al maxismo de Calles y vuelve por los fueros revolucionarios.

En ambos casos el retorno no es completo: el desarrollo lineal, acumulativo, el desarrollo de las fuerzas de producción, de las técnicas de trabajo, de la cultura, el desarrollo mismo de las clases sociales impide el regreso a una situación exactamente igual: porfirista o revolucionaria. Los pesimistas, que piensan que las oleadas contrarrevolucionarias nos han llevado o llevarán al México de 1910, quieren ignorar que la burguesía mexicana domina hoy la situación, que el latifundismo feudal ha desaparecido, que la economía colonial ha sido rota, que el regreso no puede ser completo. Los

optimistas que esperan la vuelta a una recuperación del ímpetu revolucionario igual a la de Cárdenas no encontrarían jamás un México igual al de los treinta: concretamente, la alianza de la burguesía y el campesinado contra el latifundismo y el imperialismo, ya no se puede dar en todos sus términos, en la medida en que el latifundismo ha desaparecido, y en que la burguesía rural —grande y pequeña— domina hoy directamente las relaciones de producción en el campo.

En todo caso, cada uno de los fenómenos —económicos, políticos, culturales— presenta esta tendencia lineal o —además— una tendencia circular, contrarrevolucionaria o revolucionaria.

Dentro de la tendencia lineal, con frecuencia acumulativa, en que se pueden legítimamente eliminar las variaciones cíclicas, se encuentran los más distintos fenómenos: el ingreso nacional en términos reales era de 18 048 millones en 1940 y de 56 800 millones en 1959 (a precios de 1950); (con una tasa de desarrollo de 2.9 en el periodo de 1939-1950); la energía eléctrica consumida en el país era de 2354 millones de kilowatios hora en 1942 y de 9587 millones en 1959; el kilometraje de caminos era de 695 en 1925-28 y de 37 615 en 1959; el uso de caballos de fuerza mecánica por hectárea cultivada alcanza entre 1930 y 50 un aumento de 428.57%. La mortalidad infantil era de 304.46 en 1910 y de 80.8 en 1957; la mortalidad general era de 33.25 en 1910 y de 12.5 en 1958; el número de habitantes por unidad de vivienda era de 8.2 en 1900 y de 4.9 en 1950; en 1910 el 13% de la población eran monolingües —que sólo hablaban idiomas y dialectos indígenas— y en 1950 sólo era monolingüe el 3.64%; en 1910 el 80% de la población era analfabeta y en 1950 el 43.2% (Anuario Estadístico de México, 1960; Echaniz y Mújica; Yañez). Dentro de estas tendencias que indican el progreso y el desarrollo de México, se pueden considerar los más distintos elementos económicos, culturales, sociales e incluso políticos. Siempre que hay desarrollo se dan estas tendencias.

El caso del ciclo revolución-contrarrevolución, que se repite a distintos niveles, es típico de las revoluciones capitalistas. En la revolución mexicana, semicapitalista, el ciclo revolución-contrarrevolución también se presenta. Sólo que la estructura en que opera es bien distinta. La revolución acaba con el latifundismo semifeudal, impulsa la empresa nacional, inicia la industrialización; modifica así infinidad de estructuras económicas, políticas,

culturales. Pero la revolución es semicapitalista: el país no llega a tener una industria pesada, y a constituir una hegemonía económica-política y cultural, esto es, que depende en gran parte para el abastecimiento de sus medios de producción de los Estados Unidos, que ve amenazada su capacidad de competencia por las grandes potencias —en particular por el capital norteamericano—, que importa sobre todo productos manufacturados y exporta productos primarios, que tiene un mercado exterior predominante (el de los Estados Unidos) y que tiene un mercado intenso que corresponde a las fases anteriores al desarrollo pleno del capitalismo, y una cultura típicamente heterogénea. Romper esta situación es difícil; la revolución crea una estructura con sus propios cuellos de botella —económicos, políticos y culturales— en que se ahoga la dinámica del desarrollo capitalista. Las clases dirigentes que no se pueden volver imperialistas, tampoco llegan a tener la capacidad de negociación de los pequeños países capitalistas. Su dependencia del mercado exterior se vuelve una función de la situación interna en que se encuentran: el nacionalismo perdura en ellas incluso en los momentos más regresivos, bajo formas de competencia capitalista internacional, y no vuelven a la condición de empleados y funcionarios semicoloniales ajenos a la producción económica y al comercio de los productos nacionales; participan de la producción económica, defienden su producción, tienen la mentalidad del empresario, la comprensión de la dinámica mundial del capitalismo; pero si su capacidad de negociación es débil frente al imperialismo, su situación interna y la dinámica que cobra es la razón principal de su debilidad: deseando mantener e incrementar su capacidad de negociación y de competencia con una política nacional independiente, no fortalecen su posición mediante amplias alianzas con los sectores populares, o mediante un libre juego de las fuerzas de estos que dé lugar a una expansión del mercado interno y a una homogeneización de la cultura nacional, sino que la fortalecen con una parte de los sectores populares, que enfrentan a la población depauperada, no organizada, sin cultura política, sin cultura nacional, manteniendo la debilidad estructural de los Estados semicoloniales.

En la revolución capitalista y semicapitalista el nacionalismo perdura siempre; pero mientras en aquella se vuelve agresivo e incluso imperialista, en ésta sigue siendo defensivo y semicolonial. En la revolución capitalista, y semicapitalista hay una expansión de los beneficios del desarrollo que

abarcaban un número mucho más grande de la población y provocan el tipo de alianza y lucha de las clases sociales, funcional a la expansión del mercado nacional y exterior y del Estado nacional; en la revolución semicapitalista la expansión del desarrollo no da lugar al tipo de alianza y lucha de las clases sociales para la expansión de un mercado nacional y exterior, sino para la expansión de un mercado interno dominante y de un mercado exterior dependiente. La revolución semicapitalista no acaba así con la estructura interna de la sociedad colonial, en que hay nacionalidades y razas dominadas, grandes núcleos de población marginales y una cultura heterogénea, y no acaba con la debilidad de los Estados semicoloniales. El incremento de las fuerzas de producción, la industrialización, la urbanización, el crecimiento de las comunicaciones y de los medios de comunicación que desata la dinámica semicapitalista no son suficientes para romper íntegramente la estructura interna y externa de la vieja sociedad colonial y semicolonial, que a la postre se convierte —a un nivel más alto— en el obstáculo principal a la expansión del mercado interno y exterior, a la formación de un Estado nación, y a la expansión plena del propio capitalismo.

Esta situación general da un sentido especial a todos los movimientos regresivos que se presentan a lo largo de la historia de la Revolución y que brevemente enunciados son los que siguen:

1. De la eliminación del latifundismo, y la implantación de la pequeña propiedad y las formas de propiedad y usufructo colectivo (ejidos) el ciclo de la revolución lleva al neolatifundismo o la acumulación de tierras, y la formación de empresas rurales de tipo capitalista.² De las formas de explotación para esclavistas (al través del peonaje) se pasa a formas de explotación capitalista (trabajo asalariado combinadas con los residuos históricos del peonaje). De otra parte, los pequeños

2 El neolatifundismo de tipo capitalista “supera en mucho lo que el Artículo 27 Constitucional reformado señal como propiedad inafectable, es decir, de más de 100, de más de 130 y de más de 300 hectáreas, según los cultivos”; menos del 0.5% de individuos o familias son dueños de más de la mitad de las tierras de labor “en algunas regiones del Norte como en la Baja California Sur, Nayarit, Sonora”; y la situación es semejante en Sinaloa, Chihuahua y Tamaulipas, cfr. Jesús Silva Herzog (1959). *El agrarismo mexicano y la reforma agraria*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 565.

propietarios y ejidatarios son explotados mediante una expansión de la usura y mediante la especulación con los productos, y el control del mercado.

2. Del nacionalismo agresivo, que se alía al campesinado y al proletariado para romper el monopolio colonial, se pasa a la integración de un sector de la burguesía nacional con la burguesía norteamericana, en una situación de alianza y competencia, de tipo comercial, en que tanto las vinculaciones como la lucha económica exigen cierta fuerza de negociación para obtener un máximo de utilidades. Esta fuerza de negociación se logra con una independencia-limitada, competitiva. Los sectores nacionalistas revolucionarios quedan reducidos a un juego político muy secundario, y sus presiones, junto con las de los sectores populares y nacionalistas, sólo sirven al Estado para lograr negociaciones en mejores términos. Por otra parte, la burguesía empleada y los monopolios extranjeros constituyen un grupo de presión mucho más poderoso, aunque tampoco dominan directa y totalmente la situación. Al nivel nacional, los grupos imperialistas y de extrema derecha pugnan por cambiar el equilibrio de fuerzas mediante acciones contrarrevolucionarias, económicas y políticas, mientras la clase media —de pauperizada— y ciertos sectores del proletariado, buscan volver a la etapa del frente nacionalista y, con posteridad, cuando se radicalizan buscan integrar un frente común de las fuerzas de izquierda, con un programa coherente de desarrollo nacional capitalista (*Llamamiento al pueblo mexicano y Programa del Movimiento de Liberación Nacional*, 1961).

Desaparece así de la política estatal el nacionalismo agresivo y la alianza estrecha con la población mayoritaria para la implantación de medidas revolucionarias que afecten la estructura. La alianza se establece sólo con ciertos sectores de la población para el desarrollo de las fuerzas de producción y de los servicios sociales, estos últimos, destinados a consolidar la alianza. De tomar medidas revolucionarias que destruyen los intereses del imperialismo y del latifundismo, se pasa a tomar medidas de crecimiento económico y social que no afectan básicamente los intereses creados, confundiendo el crecimiento de ciertas fuerzas y servicios con una política de desarrollo.

Los intereses creados son los intereses de la burguesía nacional y extranjera. Es imposible la aparición de un frente nacional como el de los treinta para luchar contra esos intereses, incluso cuando la lucha puede significar de hecho una mejoría y un paso hacia la política de desarrollo capitalista, mediante medidas de redistribución del ingreso, diversificación de mercados exteriores, control de inversiones extranjeras, planeación de inversiones públicas. El Estado llega a exigir una política de conciliación nacional y crecimiento económico y social dentro de los intereses creados, con reformas y medidas políticas de un alcance muy interior a los del Estado capitalista.

3. De la capitalización nacional que proviene de las expropiaciones de bienes extranjeros, y que constituye una verdadera acumulación original de capital, se pasa a una acumulación basada en el abatimiento del consumo popular, mediante procesos inflacionarios que afectan particularmente a los grupos de ingresos fijos. Del incremento del mercado interno general, nacional, mediante la repartición de la riqueza, particularmente de las tierras, y las alzas considerables de salarios reales y prestaciones sociales a los trabajadores, se pasa a una expansión del mercado interno por ramas y sectores: la industrialización, la urbanización y la división del trabajo que implica, la expansión de las zonas de economía monetaria, el crecimiento de la clase media, el crecimiento de los obreros calificados y semicalificados, generan una demanda intermedia e incluso final, que siendo insuficiente por sí misma para dar empleo pleno a los recursos productivos, combinada con la demanda que generan las inversiones extranjeras, los ingresos por turismo y de trabajadores migratorios a los Estados Unidos, y el mercado exterior, es el motor del crecimiento económico.

Así, de desalentar totalmente las inversiones extranjeras (mediante las expropiaciones) que son una forma de independencia nacional y de capitalización nacional, se pasa a alentar las inversiones extranjeras, a cuidar el turismo, y a mantener la exportación estacional de trabajadores.

Por otra parte, el cuasi-monopolio que ejerce sobre la economía nacional la gran potencia norteamericana se rompe en forma limita-

da y en el ciclo llega a incrementarse. Las inversiones directas norteamericanas pasan de ser el 60% del total de inversiones directas extranjeras en 1938 a ser el 80% del total en 1957 (Banco de México, 1962); y mientras en 1935 corresponde a los Estados Unidos el 65% de nuestras importaciones y el 63% de nuestras exportaciones, en 1959 corresponde a ese mismo país el 72.93% de nuestras importaciones y el 60.72% de nuestras exportaciones, con lo cual aumenta la dependencia económica del mercado norteamericano, salvo una ligera baja en las exportaciones, y a pesar de que en ciertos momentos del ciclo se toman medidas parciales para la diversificación de los mercados.

Al mismo tiempo el país mantiene una situación privilegiada en comparación relativa con otros países de América Latina y con su propia situación en el pasado, en la medida en que es dueño de sus sistemas de comunicación y de casi toda su energía. El proceso de apropiación de estos instrumentos básicos continúa a lo largo del ciclo, aunque se pasa de las formas originales de apropiación (expropiaciones) a formas comerciales de nacionalización. México va adquiriendo así los ferrocarriles, el petróleo, los transportes carreteros y algunas líneas aéreas, el acero, la electricidad, progresivamente la minería.

Estos instrumentos y el hecho de que no se encuentra en una situación colonial de monocultivo, sino que logra diversificar su producción, le dan una fuerza competitiva de tipo semicapitalista, lo alejan de la condición de las “naciones aparentes” y lo acercan a los países desarrollados e independientes. Sin embargo, no son suficientes para romper vigorosamente el predominio norteamericano en las inversiones y en el comercio exterior, predominio que alcanza a sus principales productos de exportación, y que es un residuo de la situación de dependencia contra la que luchó originalmente la revolución.

La estructura del mercado exterior, la estructura de las inversiones extranjeras, por sí solas limitan cualquier medida de independencia económica. El peligro de la devaluación, de la suspensión de la inversión extranjera, de la suspensión del turismo, de la suspensión del trabajo estacional, del boicot en las importaciones y las exportaciones, por sí solos, en las condiciones estructurales a que se llega en

el ciclo revolucionario, son peligros efectivos, reales, que configuran las decisiones políticas estatales de liberación nacional.

El ciclo de la revolución lleva así de desalentar las inversiones extranjeras a alentar las inversiones extranjeras, sin que ello implique una posición de entrega, sino de debilidad política estructural, que corresponde a la existencia de una estructura de la economía y del poder en que las resistencias al imperialismo y los intentos de liberación nacional continúan, pero se enfrentan a obstáculos considerables que determinan el razonamiento y la decisión política del gobierno: sus riesgos, su cautela, su estrategia. A un nivel más alto de independencia económica y política el país semicapitalista se encuentra; sin embargo, ante estructuras internacionales semejantes a las de la época prerrevolucionaria.

4. Dentro del proceso de capitalización el peculado ha sido una de las formas más comunes. El sistema mismo en que se vive, la inestabilidad de la carrera política, la inseguridad del hombre sin fortuna, son algunos de los principales motores que determinan esta forma de acumulación original, característica del sector público en ciertas etapas del desarrollo del capitalismo. En este terreno no se advierte un ciclo revolucionario-contrarrevolucionario. El peculado acompaña la historia de los gobiernos anteriores y posteriores a la revolución. Su incidencia en ciertas etapas, en que la pérdida de sentido de la revolución alcanza dimensiones considerables (como el maximato y el alemanismo) es sucedida por otras de mucho mayor honestidad en el manejo de los fondos públicos, como el cardenismo y el ruizcortinismo, en que se va creando y perfeccionando la burocracia del Estado moderno.

Desde un punto de vista estructural existen siempre contradicciones entre el sector público y el privado, entre el papel de gerente de una empresa de Estado y el de gerente de una empresa propia —papeles que con frecuencia juega la misma persona—, pues la alta burocracia estatal se va desdoblado en la inmensa mayoría de los casos hasta llegar a desempeñar los papeles de propietaria y empresaria privada. Esta circunstancia —el deseo de ser empresario privado o el hecho de serlo— determina el manejo comercial con fines perso-

nales de un buen número de gestiones públicas, incluso cuando no hay peculado. A ello se añaden las operaciones y concesiones que se hacen con fines personales de carácter político o por presiones políticas circunstanciales. Tal es la estructura que invalida o entorpece la realización de planes globales de desarrollo económico. Pero como la aparición de la empresa pública y privada mexicana imprime al país la dinámica del desarrollo capitalista, estas limitaciones no conducen a la política de saqueo y atesoramiento, característica de los países que no han hecho la revolución de los empresarios.

La creación de empresas públicas y privadas, el éxito comercial de unas y otras, la existencia de técnicos y funcionarios a los que se aplica el tipo de controles jurídicos y administrativos, propios de la empresa capitalista, son un fenómeno que no se puede ignorar. El desarrollo del capitalismo estatal y privado ha hecho necesaria —en México como en otras partes— la integración de una burocracia empresarial mucho más eficaz, productiva, que la burocracia tradicional. Y esa burocracia empresarial no sólo ha manejado con éxito las empresas, sino que ha llegado a controlar la iniciativa del desarrollo, al grado que la inversión privada es una variable dependiente de la pública, y que la pública ha sido el motor principal del desarrollo nacional. En este terreno se da plenamente la lógica y la dinámica del desarrollo del capitalismo estatal. Las limitaciones están fuera de la empresa pública y privada —en la estructura nacional e internacional del mercado— y son las que determinan que el peculado no siempre derive en la formación de capitales, sino que busque a menudo resguardo seguro mediante depósitos en el extranjero.

5. Uno de los problemas que afectan a la inmensa mayoría de los países coloniales y semicoloniales y que es característico de ellos —esencial al colonialismo—, es el que los sociólogos llaman la sociedad dual, la sociedad plural, esto es, la existencia en el interior de las colonias y semicolonias de dos culturas, una identificada con los grupos dominantes y otra con los grupos dominados.

En los países semicoloniales la existencia de estas dos culturas revela su falta de integración nacional, y es uno de los instrumentos de sometimiento nacional. En efecto, la falta de integración cultural y la

existencia de grupos con cultura distinta, que se hallan dominados y en situación de inferioridad debilita al conjunto del país. En México este problema data de la época española, y llega hasta nuestros días. La revolución mexicana no ha podido resolverlo, sino en forma muy limitada y parcial. La reforma agraria no llegó a las comunidades indígenas con la misma intensidad que a las mestizas, ni los derechos, ni los recursos.

Hoy, el 10% de la población nacional por lo menos, es decir, tres y medio millones de habitantes son indígenas, según la definición de Alfonso Caso que dice:

es indio aquel que se siente pertenecer a una comunidad indígena, y es una comunidad indígena aquella en que predominan elementos somáticos no europeos, que habla preferentemente una lengua indígena, que posee en su cultura material y espiritual elementos indígenas en fuerte proporción y que, por último, tiene un sentido social de comunidad aislada dentro de las otras comunidades que la rodean, que la hacen distinguirse a sí misma de los pueblos de blancos y de mestizos (Caso, 1958).

Estos tres y medio millones de mexicanos *de jure*, carecen de tierras buenas e incluso de tierras, de crédito, de aperos, de servicios.³ Pagan más atributos que cualquier mexicano y reciben menos servicios e inversiones que cualquier mexicano: “Mientras el Gobierno Federal invierte \$197 por cabeza en los municipios no indígenas del país en crédito agrícola, educación, obras de riego, caminos, hospitales y atención médica; invierte sólo \$39 por cabeza en los municipios

3 “De los datos parciales de que se dispone se puede estimar que alrededor del 28% de los indígenas dedicados a la agricultura carecen a la fecha de tierras y los que disponen de ellas, confrontan una situación lamentable por la pobreza de sus suelos, el desfavorable régimen de lluvias, lo incomunicado de sus comarcas, su gran atraso tecnológico y la explotación de que son víctimas por los demás sectores de la población, sumándose a ello la inseguridad en que viven respecto a la tenencia de la tierra” (Instituto Nacional Indigenista, 1960). Otros datos son peores aún: “como puede comprobarse con el censo, vemos que, de los indígenas monolingües, sólo 55,861 jefes de familia han recibido tierras ejidales, y si consideramos la familia tipo formada por 5 personas, viven de tierras ejidales 279,305 monolingües, o lo que es lo mismo, que hay 1,143,266 que no han recibido tierras” (Caso, 1958: 21).

indígenas, por estos mismos conceptos” (Caso, s.f.). Si en México no hay una discriminación racial, sí sobrevive la discriminación colonial de las comunidades indígenas. Y este problema no es sólo un problema indígena, sino un problema nacional, en la medida en que deja al país con una estructura interna colonial, que lo debilita como país en el interior y el exterior.

La estructura plural de la sociedad en realidad va mucho más allá de los grupos de cultura nacional y de los grupos de cultura indígena. El desarrollo mismo del país es un desarrollo dual, plural, en que —como es típico en todas las colonias— hay un grupo que participa del desarrollo colonial y otro que es marginal. Con una proporción de participantes distinta a la de las colonias y que permite participar del desarrollo a conglomerados inmensos —en comparación con los reducidos que participan en aquéllas— el desarrollo de México no deja de tener, sin embargo, la estructura típica del desarrollo colonial: un inmenso sector participa del desarrollo y otro es marginal al desarrollo, y las relaciones entre uno y otros sectores siguen siendo las de colonizador a colonizado.

La magnitud del problema no ha sido suficientemente estudiada. Ifigenia Navarrete ha dicho que “puede considerarse que debido al bajo nivel del Ingreso Nacional en el caso de México se ha incorporado a los beneficios del desarrollo económico solamente la población que recibe un ingreso igual o superior al ingreso medio, y que era el 30% de la población total en 1950 y el 35% en 1957”.⁴ Si aceptamos esta observación, preliminar, tenemos que de cada 100 mexicanos sólo participan del desarrollo 35 mientras 65 son marginales, hallándose en la condición suprema de marginalidad por lo menos 10, que corresponden a la población indígena.

4 Una idea de lo que ha sido la movilidad social se puede deducir de los siguientes datos: “En 1930 los jornaleros agrícolas representaban el 54% de la población económicamente activa en tanto que en 1950 sólo el 20% [...] México va dejando de ser un país de jornaleros de campo para convertirse en uno de pequeños propietarios y de usufructuarios” (Yáñez, 1957: 16). Según Ifigenia Navarrete (1960: 89) mientras la clase baja era el 70% de la población en 1950 sólo era el 65% en 1957.

Lo que es peor, en las relaciones económicas, políticas, culturales del grupo que participa del desarrollo; en los procesos electorales, en las luchas sindicales, etc., del propio grupo participante se dan las mismas actitudes colonialistas, que entre uno y otros sectores. El país no evoluciona o por lo menos no evoluciona con el mismo ritmo hacia el tipo de relaciones sociales a que conduce la dinámica del capitalismo en los países no coloniales, en que se van reconociendo —en medio de las luchas económicas y políticas— las fuerzas organizadas populares, sino que continúa o permanece a lo largo de su trayectoria histórica, con el tipo de relaciones de dominio, de solución de conflictos y de represiones violentas que caracterizan a los países coloniales.

Es más, esta estructura dual se presta a manipulaciones políticas también características de la sociedad colonial, en que se busca la alianza de los participantes del desarrollo para controlar a los grupos marginales, que en nuestro país no son solamente los indígenas, como dijimos, sino los campesinos pobres y los trabajadores descalificados, esto es, la inmensa mayoría de la fuerza de trabajo. Al efecto, las diferencias de salarios y prestaciones para los trabajadores participantes se estudian y acuerdan con un tipo de solución a los conflictos relativamente mucho más generosa, creando una casta privilegiada que va desde el empresario hasta el trabajador calificado (irónicamente llamado trabajador millonario).

Los trabajadores calificados, que poseen las más grandes organizaciones y las posibilidades más efectivas de lucha, se convierten así en grupos intermedios, en una especie de proletariado colonial, privilegiado, con mentalidad de clase media. Esta estructura general de la sociedad, no sólo no es rota por la Revolución, sino que dio lugar a que la capitalización se hiciera sobre todo a costas del sector marginal al desarrollo, cuya miseria es semejante a la de los trabajadores de los países coloniales, y mediante la alianza de la clase obrera calificada, cuyas protestas y demandas por salarios y prestaciones son semejantes a las del burócrata y en general a las de clase media de los países capitalistas, en que no existe la sociedad plural, y cuyos niveles de vida en comparación con los indígenas y con los trabaja-

dores no calificados son semejantes —por sus diferencias— a los de los trabajadores blancos en las sociedades coloniales.

La depauperación cíclica de la clase obrera que participa del desarrollo no conduce a formas de lucha radicales en la medida en que se le acuerdan alzas de salarios y prestaciones, a costas de los trabajadores marginales, cuyo nivel de organización, político, cultural, etc., es muy bajo y muy poco eficaz para la lucha, y cuyas resistencias se atacan con el máximo de violencia que conoce nuestra sociedad, en forma local y silenciosa, sin que la violencia provoque nunca las reacciones de protesta que alcanza entre los sectores participantes, cuando estos son los afectados.

En tales condiciones la estructura de la sociedad dual es el freno más perjudicial al desarrollo político y económico del país, hacia estadios superiores, no se diga ya dentro del socialismo, sino dentro de un capitalismo que coincida con una sociedad homogénea, en que las diferencias de ingresos, cultura, conocimientos políticos, etc., no mantengan las dimensiones de la sociedad colonial o semicolonial.

6. A esta estructura de la sociedad plural, que subsiste a lo largo del ciclo revolucionario, se añaden ciertos procesos regresivos en los factores del poder: aunque los militares no han vuelto a ocupar el lugar preeminente que tuvieron en México hasta hace treinta años, el carácter oscilante de la política nacional, y los actos alternativos de fuerza y debilidad, pueden ser un llamado a su regreso. Otras organizaciones sí han seguido más claramente la traza del ciclo revolucionario: la Iglesia, derrotada en sus actividades políticas y militares, y reducida al ejercicio religioso, vuelve a ocupar la palestra política, organizando manifestaciones y actos de presión sin precedente desde la época del maximato. Manejando el descontento popular, vuelve a alcanzar éxito al ofrecer el pan y la gloria. Los sindicatos y los derechos sindicales han ido evolucionando hacia formas de control obrero, en que incluso ciertos elementos jurídicos destinados a defender a los trabajadores (como la cláusula de exclusión, etc.) se aplican en su contra. Los partidos de oposición siguen siendo de poca importancia: México es todavía en realidad un país de “partido único”. Pero ese partido, que ayer fue poderoso instrumento de defensa nacional, hoy

está reducido a la indecisión y a la retórica, (aunque sus bases y líderes locales sigan cumpliendo una eficaz función de proselitismo y de solución de problemas concretos, que explican su fuerza). Con el gobierno, su política oscilante responde débilmente a un imperialismo, que puede manejar a la vez los resortes económicos, la gran prensa, la Iglesia y el descontento popular.

El desarrollo semicapitalista frena así su propia evolución y se mantiene como tal, por el giro que cobran sus instituciones políticas. El paso hacia un Estado capitalista que alcance el máximo histórico de la dinámica del capitalismo se torna difícil. Los sindicatos no funcionan para incrementar el mercado interno nacional del conjunto de la población trabajadora, sino del sector “blanco” de la población trabajadora; el partido predominante logra prestaciones para ese sector y padece las mismas debilidades del gobierno; mide con cautela cualquier paso que conduzca a la liberación nacional, económica, política y cultural. Los demás partidos no resuelven problemas de masas y no tienen éxito entre las masas; no constituyen así una institucionalización de los conflictos sociales que logren hasta hoy —como ocurre en las sociedades capitalistas— éxitos efectivos: aumentos de salarios y prestaciones, reformas fiscales, asignación de inversiones, etcétera. En estas condiciones, la lucha política por la redistribución del ingreso y de las prestaciones sociales —tan necesaria para el desarrollo del capitalismo— tiene éxito sólo dentro de la estructura de la sociedad dual, que no logra superar, y la lucha por la independencia económica se mantiene en los límites de un estado semicapitalista, que en sus relaciones internacionales no alcanza un plano de igualdad económica y política con las grandes potencias. Ambos factores son el freno político más importante para el desarrollo pleno del propio capitalismo.

7. Las ideologías revolucionarias tienen en México un proceso de expansión —se van convirtiendo en lugares comunes a toda la población politizada— y de anonadación, de anulación. Los clásicos de la Revolución Mexicana se vuelven fuentes de inspiración incluso de los partidos reaccionarios —que defienden ideas y hasta leyes revolucionarias para ganarse a un pueblo de sensibilidad realmente revolucionaria.

En esta forma se llega a una situación paradójica. Cuando no se tiene el poder se es muy revolucionario, incluso cuando se es reaccionario. Cuando se tiene el poder se es muy cauto. En este caso, frente a la ideología revolucionaria surgen las más variadas formas de evasión: unas retóricas —de discurso cívico— otras retrospectivas, históricas, abstractas. Con la guerra fría ciertas ideas concretas y concretamente aplicables de los clásicos de la Revolución Mexicana se vuelven “ideas exóticas”. El político de pro —cortesano— sabe que el lenguaje del éxito es un lenguaje retórico con ambigüedades reaccionario-revolucionarias. Así, mientras la demagogia de derecha usa el lenguaje agresivo y concreto revolucionario, que suma a los símbolos religiosos, el palacieguismo político usa el lenguaje vacuo, ambiguo.

La izquierda, y en particular la izquierda marxista, sufre a lo largo de todo el ciclo un movimiento de columpio entre el oportunismo y el sectarismo. A la vinculación efectiva, útil de la izquierda con el frente nacional y con la lucha antiimperialista, que renueva periódicamente el gobierno durante el ciclo, se añade la frecuente actuación —también efectiva— en el desarrollo del capitalismo. Surge así un oportunismo estructural. Todo hombre de izquierda en el momento más inesperado, por la situación política concreta se suma a la lucha nacional gubernamental, y siendo efectivo es también oportunista. El sectarismo es la contraparte.

La preocupación por la “pureza” seguramente se da con su máxima intensidad entre los izquierdistas de un país como México. La psicosis que algunos alcanzan y la forma en que libran una competencia pequenoburguesa por ser hombres de izquierda, son parte de su dificultad para comprender y actuar en el terreno de una revolución imprevista, que ha desatado la dinámica social de un país semicapitalista, en que la lucha de clases presenta características semicoloniales, en que el nacionalismo nunca es imperialista, ni desaparece íntegra o permanentemente de los actos gubernamentales, y obliga así a frecuentes alianzas de las clases sociales frente al imperialismo.

Algunos temores de la izquierda son fundados. Muchos marxistas de ayer son grandes empresarios de hoy. Si en Inglaterra el protestantismo fue la ética del capitalismo, en México el marxismo cum-

plió idéntico papel. Hubo un marxismo para burgueses, de burgueses. México es un país en el que no es raro encontrar banqueros que hicieron fortuna aplicando las leyes de *El capital*, o políticos —hoy conservadores— que tienen un *background* marxista y que racionalizan su posición hablando de “las contradicciones del capitalismo” y de “incrementar, en la etapa actual, las fuerzas de producción hasta que llegue el momento de que entren en contradicción definitiva con las relaciones de producción”. Esta génesis y evolución del marxismo, entre buena parte de la élite dirigente, es por lo demás un obstáculo serio para la guerra fría. La idea de que todo marxista de hoy puede ser un empresario de mañana, debilita la desconfianza al marxismo. El joven burgués es marxista; el viejo, empresario.

A esta confusión ideológica y al ciclo de la ideología de izquierda se enfrenta un proceso de conocimiento político acumulativo, científico, con ideas claras sobre el porvenir inmediato de México y el mundo, sobre el significado de la revolución cubana, de la guerra fría, de la lucha anticolonial. México es un país en que la mayoría de sus dirigentes tienen una amplia conciencia política. La búsqueda, sin embargo, de las formas que debe revestir la acción política concreta para ser efectiva en un país semicapitalista, no alcanza aún plena madurez. Todos sabemos —digámoslo o no— que el dilema ya no está en escoger entre el capitalismo o el socialismo, sino en escoger el camino por el que llegaremos al socialismo —pacífico o violento— y en escoger el tipo de socialismo democrático o dictatorial. Pero ¿cuál es el camino?

¿CUÁL ES EL CAMINO?

Las acciones probables y efectivas de este México semicapitalista son fundamentalmente de dos tipos, según México pueda pasar a una etapa capitalista en que alcance la dinámica plena del capitalismo, o según se mantenga en la etapa actual, en la estructura actual, en el ritmo actual de desarrollo,

con luchas y dificultades cada vez más violentas o incontrolables, y de ellas pase al socialismo.

Por de pronto, quienes piensan que puede haber de inmediato una nueva revolución de tipo socialista cometen un grave error. El malestar y la protesta no son equivalentes a la desesperación absoluta. Y nadie va a la revolución, sino cuando no hay otra salida. En el México actual que se industrializa y se urbaniza hay una movilidad social permanente. Los campesinos de ayer son obreros de hoy, los hijos de los obreros pueden ser profesionales. En la conciencia del pueblo se halla esta posibilidad de salvarse individualmente, mediante la emigración del campo a la ciudad, y el ascenso de clase por la educación, el trabajo o la “suerte”.

Ignoramos la intensidad actual de la movilidad social horizontal y vertical (Navarrete, 1960: 90). Pero es un hecho que en la conciencia de fuertes núcleos de la población existe la idea de que la salvación personal es factible. Y ya podemos nosotros ver las condiciones miserables en que vive el trabajador de la construcción que ayer era campesino y es hijo de campesino, que para él el cambio —en medio de esas condiciones miserables— es una mejoría. Añádase a esto, el hecho de los dos Méxicos, el participante y el marginal, y véase cómo en cuanto aquél se radicaliza es atendido, cuidado por los instrumentos políticos y económicos del gobierno y el partido gubernamental, y cómo sin concederle independencia en sus organizaciones, acaba por concederle prestaciones que están incluso por encima de las exigencias de los líderes de la oposición democrática sindical —como ha ocurrido en innumerables ocasiones— y se comprenderá que en el sector participante existe incluso la idea de la salvación colectiva mediante adhesión al gobierno; idea que debilita incluso su espíritu de lucha por la democratización sindical, no se diga ya el espíritu de una nueva revolución.

En cuanto a los marginales, algunos tienen una capacidad mínima de exigencias y de lucha —como la inmensa mayoría de los grupos indígenas— y otros, la esperanza de integrarse al sector que participa del desarrollo, cuyo crecimiento y ampliación es un hecho histórico que conocen varias generaciones de mexicanos. En estas condiciones pensar en una revolución es un absurdo, y sólo quienes emplean la vieja táctica del agente provocador, o padecen una peligrosa ingenuidad política, pueden hablar de otra revolución. Que un día pueda venir una revolución; que un día venga la depauper-

ración permanente de las clases medias y los trabajadores “blancos”, se detenga o disminuya hasta la extinción el crecimiento del sector participante, se suspenda la industrialización y la urbanización, cese la movilidad social y vertical, son hechos que caen en la escatología y que de modo inmediato no pueden preverse. Que hoy cualquier movimiento de violencia hará inexorablemente el juego de la derecha, servirá para hacer abortar los movimientos democráticos de los partidos y sindicatos, y será útil instrumento de una dictadura servil, tampoco cabe duda.

Conocedor de estas condiciones, creemos que el general Lázaro Cárdenas ha señalado el camino correcto: Apoyar a las instituciones y organizar al pueblo. Apoyar al gobierno, cuando con debilidad, pero de hecho toma medidas en defensa de la soberanía nacional, y fortalecer las organizaciones populares, independientes, que impongan la institucionalización democrática de los conflictos sociales, y presionen por la implantación de medidas que aceleren la dinámica del desarrollo de México dentro del capitalismo, sentando las bases de una genuina fuerza democrática que, en la hora del socialismo, presente los pilares políticos y culturales para la aparición de un socialismo democrático.

La organización del pueblo independiente, y su capacidad para resolver los conflictos dentro de las instituciones que surgieron de la revolución mexicana, constituyen así el instrumento básico de cuya fuerza y eficacia dependerá el tipo de desarrollo económico y de evolución política del pueblo mexicano. Las incógnitas son, sin embargo, muy grandes, en una historia que no tiene precedente: ¿Puede México, en esta coyuntura del ciclo revolucionario pasar de una etapa semicapitalista a una etapa capitalista, a una sociedad de cultura homogénea, a una polis en que el juego sindical sea un hecho, en que las organizaciones populares sirvan para resolver el conflicto institucionalmente, y en que se llegue mañana pacíficamente al socialismo? ¿O la organización del pueblo va a ser reprimida, la extrema derecha va a apoderarse del gobierno, los golpistas, los militares, el clero van a volver a ocupar una primera fila para mantener por la fuerza la sociedad plural, el desarrollo semicapitalista, incrementando incluso —como sería necesario para controlar el pueblo— la dependencia nacional respecto de los Estados Unidos, en cuyo caso el camino de México al socialismo sería también el de la violencia y el socialismo que surgiría un socialismo sin

cultura democrática, dictatorial? De la organización de las fuerzas populares, independientes e institucionales, depende el futuro y la recuperación de una revolución que se ha detenido.

BIBLIOGRAFÍA

- Banco de México (1962). "Informe Anual".
- Caso Alfonso (s.f.). *Memoria de las labores del INI presentada al Secretario de Hacienda y Crédito Público en 1954*. Trabajo inédito.
- Caso Alfonso (1958a). "Definición del indio y lo indio". *Indigenismo*. Instituto Nacional Indigenista.
- Caso Alfonso (1958b). "Demografía indígena". *Indigenismo*. Instituto Nacional Indigenista.
- Committee of Latin American Studies. (1957). *Statistical abstract of Latin America for 1957*. University of California: Los Ángeles.
- Dirección General de Estadística (1956). *Estadísticas Sociales del Porfiriato, 1877-1910*. México.
- Food and Agriculture Organization of the United Nations. (1952). *Second World Food Survey*. Roma, noviembre.
- Instituto Nacional Indigenista (1960). *La situación agraria de las comunidades indígenas*. Gobierno del Estado de México.
- Llamamiento al pueblo mexicano y Programa del Movimiento de Liberación Nacional* (1961).
- Nacional Financiera (1962). "Informe Anual".
- Navarrete, Ifigenia (1960). *La distribución del ingreso y el desarrollo económico de México*. México: Escuela Nacional de Economía.
- Yáñez Pérez Luis (1957). *Mecanización de la agricultura mexicana*. México: Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas; Censo de Población.

Sociedad plural y desarrollo: el caso de México¹

1 Este texto se publicó originalmente en 1962, en *América Latina*, revista del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales, Brasil, año v, núm. 4, octubre-diciembre de 1962, pp. 31-51.



- I. Una de las características más generales de los países subdesarrollados es la estructura dual o plural de sus sociedades, la heterogeneidad cultural, económica, política que divide a cada país subdesarrollado en dos o más mundos de tal modo distintos, que el investigador se ve impulsado a hablar de dos o más países, como Lambert que escribe su libro sobre *Os Dois Brasis* o Simpson que escribe el suyo intitulado *Many México*.

La heterogeneidad es característica del subdesarrollo, de la cultura rural, de la vida social anterior a la industrialización. El desarrollo, la urbanización, la industrialización tienden a hacer más homogénea la cultura. Todo esto es bien sabido. Pero hay un elemento más que cabe considerar.

- II. Todas las que son “colonias de emigrantes o colonias de granjeros”, todas las que son “colonias de explotación”, en que se usa el trabajo de nativos o de trabajadores importados de distinta cultura que la del colonizador, son sociedades con una estructura dual o plural, que contienen en una misma región al “europeo evolucionado” y al “indígena arcaico” (o al negro arcaico), esto es a las que caracteriza una heterogeneidad de amplias repercusiones en la vida de la colonia, en el desarrollo de la colonia y sus habitantes, en el trabajo, la técnica, la

propiedad, la política. La sociedad dual y plural es así característica de los países subdesarrollados y los países coloniales.

III. Ahora bien, el problema que nos planteamos es éste: cuando un país que ha sido típicamente colonial y típicamente subdesarrollado, logra:

- a) Su independencia política y alcanza un grado de independencias económica relativamente superior al de otros países que fueron colonias y b) rompe el estancamiento, inicial el “*take off*” del desarrollo de la acumulación de capitales de la industrialización, de la tecnificación de la formación de cuadros profesionales y técnicos, ¿qué es lo que pasa? O para decirlo de otro modo, cuando un país hace su revolución política, hace su revolución económica, inicia un desarrollo sostenido durante varias décadas, ¿en qué forma resuelve el problema de la sociedad plural, de la heterogeneidad cultural, social y política?

IV. El problema se puede contemplar de distintos modos:

- a) Se puede buscar hasta qué punto cuando se habla en abstracto de que la independencia política o económica, de que la revolución política o económica, son la base del desarrollo, se están ignorando una serie de importantes variables que limitan o anulan los efectos que puede tener en el desarrollo la independencia o la revolución o que tiene el propio desarrollo.
- b) Se puede buscar en un país que ha hecho la revolución y la independencia y que ha iniciado el desarrollo sostenido:
 - 1. ¿Dónde subsiste o se ubica primordialmente el problema de la sociedad plural?
 - 2. ¿Qué elementos de la población se van integrando a la sociedad nacional y cuáles quedan al margen del desarrollo, son marginales al desarrollo?
 - 3. Si los elementos marginales lo son en un aspecto o en varios a la vez.
 - 4. ¿Hasta qué punto la independencia, la revolución, el desarrollo, el cambio social, etc., rompen o no la estructura del cauce del desarrollo?

5. ¿Con qué velocidad se acaba la sociedad plural, disminuyen los habitantes marginales al desarrollo, se vuelve más homogénea la sociedad?

Este trabajo está destinado a analizar el problema de la sociedad plural sobre todo en los términos del inciso b, tratando de responder a los problemas uno a cinco, aunque sin duda apunta a un análisis mucho más vasto y complejo como es el que corresponde al inciso a. El caso que se estudia es el de México. El periodo de análisis abarca como máximo cincuenta años de la historia contemporánea, que corresponde a los cincuenta años de la revolución mexicana. El fenómeno que se analiza es sobre todo el de la población marginal al desarrollo, el problema de los que no tienen nada; (de los “*have not*”) que es precisamente el tipo de población que caracteriza al país colonial o al país subdesarrollado, constituyendo las “zonas negras” de la sociedad dual o plural. Los indicadores que se utilizan son algunos de los que han ido recogiendo los censos generales de población y que permiten hacer series históricas. Excepcionalmente se utilizan otros datos.

- V. El marginalismo como fenómeno que se asocia a la vida rural y se disocia de la urbana.
- a) De acuerdo con el Censo de 1960 existen en el país 27980.000 habitantes de 6 o más años. De ellos 17419.000 son alfabetos y 10570.000 son analfabetos. (cfr. cuadro 1). Entre la población urbana el número de alfabetos es de 10750.000, el de analfabetos de 3430.000. Entre la población rural el número de alfabetos es de 6660.000, el de analfabetos de 7150.000. Esto es, que mientras en la población urbana el 76% es alfabeto en la rural sólo el 48% es alfabeto, y mientras la población urbana sólo cuenta con un 24% de analfabetos, la población rural alcanza un 52%. Hay una evidente correlación entre el analfabetismo y la vida rural ($Q = 4.55$). El analfabetismo se asocia a la vida rural ($fr = 71$; $ft = 51$) y se disocia de la urbana ($fr = 34$; $ft = 54$).
- b) En un país como México el que la población como o no coma pan de trigo tiene un significado cultural muy importante. La tortilla

de maíz es el pan nativo por excelencia, y aunque el proceso de aculturación ha hecho que el maíz se convierta en un alimento nacional su uso exclusivo y la falta de posibilidades o de costumbre de comer pan de trigo es indicador de la coexistencia de las dos grandes culturas que formaron originalmente a la nación: la indígena y la española. De acuerdo con el censo de 1960 de un total de 33 778 942 habitantes mayores de un año comían pan de trigo 23 160 216 y no comían pan de trigo 10 618 726 (*cfr.* cuadro II). Entre la población urbana comían pan de trigo 14 941 376 y no comían pan de trigo 2 184 274, y entre la población rural comían pan de trigo 8 218 840 y no comían pan de trigo 8 434 452. Esto es que mientras entre la población urbana sólo el 13% no comían pan de trigo entre la población rural se encontraba en esas circunstancias el 51% de los habitantes mayores de un año. La correlación entre la población que no come pan de trigo y la población rural es altamente significativa. ($Q = 76$).

La población que no come pan de trigo se asocia a la vida rural ($fr = 84$): $ft = 52$) y se disocia de la vida urbana ($fr = 21$, $ft = 53$).

- c) En 1960 de acuerdo con el censo 25 633 520 habitantes de uno o más años tomaban uno o más de estos alimentos: carne, pescado, leche y huevos, mientras 8 145 422 no tomaban ninguno de esos alimentos. Como se trata de alimentos básicos en una dieta equilibrada, el indicador es excelente para tener los países subdesarrollados. Ahora bien, entre la población urbana comían uno o más de esos alimentos 14 969 295 habitantes, y no comían ninguno de esos alimentos 2 156 355 habitantes. Entre la población rural 10 664 225 habitantes comían uno o más de esos alimentos, mientras 5 989 067 no comían ninguno de esos alimentos. Esto es, que entre la población urbana 87% comía carne, pescado, leche y (o) huevos, y no comía ninguno de esos alimentos el 13%; mientras ente la población rural si los comía el 49% del total y no los comía el 51%. La correlación entre la población rural y los habitantes que no comen ni carne, ni pescado, ni leche, ni huevos es muy alta y significativa ($QQ = 59$). La población que no come ninguno de los

alimentos anteriormente señalados se asocia a la vida rural (fr = 59; ft = 39) y se disocia de la vida urbana (fr = 21; ft = 40).

- d) Las diferencias en la indumentaria, derivadas de culturas diversas o de diferencias radicales en los recursos económicos se pueden registrar de muy distintos modos. En México el censo utiliza como indicadores el uso de zapatos, el de huaraches —el calzado nativo—, y la falta de uso de unos y otros entre los individuos que andan descalzos.

En 1960 usan zapatos 21 038 595 habitantes (de uno o más años), usan huaraches o sandalias 7 912 170 y andan descalzos 14 446.151 habitantes, y no usan zapatos 2 679.499. Entre la población rural usan zapatos 6 592.444 y no usan zapatos 10 060 848. Así, el 84% de la población urbana usa zapatos y no usa zapatos el 16%, mientras sólo el 40% de la población rural usa zapatos y no los usa el 60%. Por lo que respecta a la población descalza asciende a 1 074.959 en las ciudades y a 3 753 218 habitantes en el campo, esto es, que mientras en las ciudades el 6% de la población anda descalza en el campo anda descalza el 23%. La correlación entre la población que no usa zapatos y la población rural es incluso más alta ($Q = 78$) que la que existe entre esta última y la que no come pan de trigo. El no usar zapatos (porque se usa el calzado nativo, el huarache, o porque se anda descalzo), está asociado a la vida rural (fr = 100; ft = 62) y disociado de la vida urbana (fr = 27; ft = 64).

Por todo lo anterior vemos que el marginalismo característico de la sociedad plural es un fenómeno fundamentalmente rural; que el analfabetismo, el no comer pan de trigo, el no comer ni carne, ni pescado, ni leche, ni huevos, el no usar zapatos está estrechamente asociado a la vida rural y disociado de la vida urbana. Se da, en cierto, en las ciudades; pero no con la intensidad, con la magnitud que se da en el campo. Es más, a las ciudades se asocia la alfabetización (fr = 110; ft = 90) que se disocia del campo (fr = 67; ft = 87), a las ciudades se asocia el comer pan de trigo (fr = 149 ft = 117) que se disocia del campo (fr = 82; ft = 114), a las ciudades

se asocia el comer carne, pescado, leche u (o) huevos (fr = 149; ft = 129) que se disocia del campo (fr = 66; ft = 103).

VI. Los últimos y los primeros en la vida rural y en la vida marginal.

El fenómeno anterior se ve confirmado y presenta nuevas perspectivas cuando lo analizamos en relación con el desarrollo desigual del país en sus distintas regiones y entidades políticas, y en particular con la cantidad y proporción de población rural que hay en cada una de ellas. La cantidad de población rural que hay en cada entidad federativa va de un máximo de 1 650.000 habitantes hasta un mínimo de 34 400 y en números relativos abarca desde el 78% del total de la población de la entidad hasta el 4% como es el caso del Distrito Federal (cf. Cuadro VI).

Considerando así las entidades políticas principales en que se divide el país los estados— y el peso de la población rural en números absolutos, y relacionando a esta última con los distintos indicadores de la existencia de la población marginal, vemos que el rango que ocupan los estados, según tengan más o menos población rural, está estrechamente relacionado con el rango que ocupa en población analfabeta ($\rho = .92$)², con el rango que ocupan en población que no come pan de trigo ($\rho = .92$), con el rango que ocupan en población que como carne, ni pescado, ni leche, ni huevos ($\rho = .84$), con el rango que ocupan en población que no usa zapatos ($\rho = .87$).

Así, en una escala que va de más a menos y en que se asigna a las entidades federativas el lugar correspondiente, se observa una alta correlación entre el lugar que ocupan por su población rural y el lugar que ocupan por su población marginal.

Otros factores que son decisivos en el marginalismo y que provocan desviación —como las riquezas naturales del lugar, la emigración, las costumbre, el empleo de la fuerza de trabajo no son suficientes para

2 El coeficiente de correlación entre población rural y población analfabeta por entidades es de .93; y cuando se analiza la correlación que guarda la población rural con el analfabetismo rural (eliminado el analfabetismo urbano) $\rho = .97$.

impedir que la correlación de rango— entre población rural y población marginal sea muy alta en todos los casos.

VII. El marginalismo como fenómeno integral.

Finalmente, es necesario precisar que el marginalismo no sólo está asociado a la vida rural y disociado de la urbana, sino que forma un fenómeno integral, y que hay altas posibilidades de que quienes no comen pan de trigo, no coman carne, pescado, leche ni huevos anden descalzos o no usen zapatos, y sean analfabetos.

Este hecho del “*have not*” por excelencia, del que no tiene nada de nada, se podría seguramente ampliar con otros indicadores como la escasez o falta de vivienda, de agua entubada, y se podría analizar de muy distintos modos.

Si nos limitamos a los indicadores que hemos manejado con anterioridad y a un análisis de correlación de rango encontramos coeficientes muy altos y suficientemente significativos. Vemos así, que la población que no come pan de trigo está asociada con la que no toma leche ($\rho = .96$), con la que no usa zapatos ($\rho = .88$) con la que anda descalza ($\rho = .78$); que la población que no toma leche está asociada con la que anda descalza ($\rho = .74$) y con la que no usa zapatos ($\rho = .81$); que la población analfabeta está asociada con la que no come pan de trigo ($\rho = .91$), con la que no toma leche ($\rho = .87$), con la que anda descalza ($\rho = .85$), con la que no usa zapatos ($\rho = .91$). Los coeficientes anteriores se ven precisados por el coeficiente r de correlación en que: $r = .96 + .12$ para la población que no come pan y la que no toma leche; $r = .84 + .05$ para la población que no come pan y no usa zapatos; $r = .68 + .009$ para la población que no toma leche y no usa zapatos; $r = .86 + .1$ para la población analfabeta y la que no come pan; $r = .92 + .028$ para la población analfabeta y la que no toma leche; $r = .92 + 0.027$ para la población analfabeta y la que no usa zapatos.

VIII. El marginalismo y la estructura de sus cauces.

Los hechos anteriores nos revelan la existencia de una población de varios millones de habitantes que se encuentran al margen del desarrollo del país. Su proporción respecto del conjunto de la población total ha venido disminuyendo, como veremos después, pero en nú-

meros absolutos representa hoy día uno de los grandes problemas del desarrollo de México.

Es un hecho que hay 10 millones y medio de habitantes que no comen pan de trigo, 8 millones que no toman leche, ni comen huevos, pescado o carne, 13 millones que no usan zapatos, 10 millones y medio que son analfabetos. Es evidente que dentro de esa enorme población hay una proporción elevada que carece de cada uno y todos de los bienes materiales y culturales que caracterizan mínimamente a la población desarrollada, y que es una población que vive en condiciones características de la población colonial y subdesarrollada.

Ahora bien, como por otro lado esta población está asociada a la vida rural y como en México hemos vivido una revolución política y económica desde 1910, y un desarrollo que alcanzó en la década de los cuarentas las tasas más elevadas de América Latina; como al mismo tiempo es evidente que México ha hecho una reforma agraria que amplió el mercado interno, nacionalizaciones e inversiones que promovieron la capitalización del país y que han dado lugar a la industrialización, al incremento absoluto y proporcional de las actividades secundarias y terciarias más remuneradas, al crecimiento de la clase media, de la población urbana, etc., esto es, a fenómenos innegablemente relacionados con el desarrollo; como es indudable el cambio de la estructura del país por la revolución y el desarrollo, nuestro problema se plantea así: ¿Hasta qué punto la revolución y el desarrollo han modificado la estructura de los cauces en que evoluciona el marginalismo?

Sabemos que en números relativos el desarrollo ha provocado la disminución del marginalismo (cf. *infra*) ¿pero hasta qué punto ha roto la estructura que conduce a la existencia de una población marginal? Comparando la situación entre 1940 y 1960 en el periodo precisamente más característico del desarrollo y la industrialización del país, encontramos que entre el lugar que les corresponde a las distintas entidades federativas en 1940 por la cantidad de población rural que tienen y el lugar que les corresponde en 1960 hay una estrecha asociación ($\rho = .99$) y lo que parece todavía más significativo que esta asociación subsiste en un alto grado cuando comparamos las ci-

fras de 1910 y de 1960 ($\rho = .96$) en que media no sólo la etapa del desarrollo sino toda la etapa revolucionaria.³ Este hecho se ve confirmado cuando comparamos la situación que guarda la población analfabeta de 1960 con la de 1940, en que vemos que hay una asociación igualmente elevada ($\rho = .97$), hecho que se halla confirmado también con los datos de 1960 y 1910 sobre analfabetismo ($\rho = .94$).⁴

La asociación es también muy alta cuando en vez de considerar el problema en números absolutos se considera en números relativos. El significado es distinto, pues mientras en el primer caso la subsistencia del rango a lo largo del tiempo indica que la estructura en que evoluciona el marginalismo no se ha roto, en el segundo, la subsistencia del rango indica que la estructura en que evoluciona la sociedad plural y heterogénea no se ha roto.

Si ordenamos por grados de heterogeneidad e integración los distintos estados y tomamos los indicadores disponibles para comparaciones en periodos más o menos largos (la proporción de la población rural y la proporción de la población analfabeta) vemos que hay una elevada correlación entre los lugares que ocupaban los estados según tuvieran una mayor o menor proporción de población rural en 1940 y los lugares que ocupan por la misma razón en 1960 ($\rho = .94$) y que esta correlación subsiste cuando se compraran los datos de 1910 y 1960 ($\rho = .70$), no obstante las diferencias en las normas a que se aludió arriba. El mismo hecho se observa cuando se compara el orden que ocupan los estados según tengan una mayor o menor proporción de población analfabeta de 6 o más años en 1940 y en 1960 ($\rho = .97$), asociación que subsiste en alto grado cuando se comprara su orden según la proporción que tiene de población analfabeta de 1 o más años en 1910 y de 10 o más años en 1960 ($\rho = .90$). Esto es, que si la

3 La correlación entre los datos de población rural de 1910 se hizo no obstante que las normas variaron de uno a otro censo, pues mientras en 1910 se considera población rural la que vive en localidades de menos de 4.000 habitantes en 1960 el límite es de 2.500.

4 La correlación entre los datos de la población analfabeta de 1910 y 1960, se hizo no obstante que el censo de 1910 sólo recoge a la población analfabeta de 1910, se hizo no obstante fue relacionada en este caso con la de 6 o más años del censo de 60.

proporción de población rural o analfabeta varía en estos periodos y es menor en 1960 que en 1940 o en 1910, lo que no varía es el hecho de que los estados que tenían una proporción mayor o menor de población rural y analfabeta en 1910 o en 1940 son los que tiene en general proporción también mayor o menor en 1960.

Todos los datos anteriores nos indican así que es compatible una revolución social y un desarrollo económico como el de México, con la subsistencia de los mismos cauces estructurales en que evoluciona el marginalismo. Los grandes cambios sociales, estructurales, derivados de la revolución y el desarrollo no son suficientes para quebrantar la estructura en que evoluciona la población marginal y la sociedad plural. Esta estructura sigue siendo muy parecida después de cincuenta años de revolución y de veinte años de desarrollo, dentro de los nuevos marcos creados a raíz de las grandes reformas agrarias y de las grandes nacionalizaciones. Los cambios estructurales y la dinámica de la revolución deben buscarse en otros terrenos.

IX. Las tendencias del marginalismo

Pero si la estructura en que aparece y evoluciona el marginalismo sigue siendo la misma, el marginalismo ha variado y sigue variando a lo largo de estos dos periodos, tanto en números relativos como en números absolutos. Considerar ambas variaciones —la relativa y la absoluta— tiene significados distintos desde el punto de vista del cambio social operado. La variación relativa alude a la menor o mayor integración y homogeneización del país. La variación absoluta alude al orden de magnitud del problema de la población marginal en sí misma.

Observando la variación relativa de algunos indicadores del marginalismo se advierte los siguientes cambios: A) La población rural constituye el 71.3% del total de la población en 1910; el 69% en 1921; el 66.5% en 1930; el 64.9% en 1940; el 57.4% en 1950; el 49.0% en 1960. B) La población analfabeta (de 1 o más años) constituye el 75.3% de ese grupo de edad en 1910; el 65.7% en 1921; el 61.5% en 1930. A partir de esa fecha los censos consideran al analfabetismo la población de 6 o más años. En 1960 sabemos, sin embargo, que la población analfabeta de 10 o más años sólo constituye el 33.49% (*cfr.* cuadro VIII).

Los datos anteriores son por sí solos significativos de la integración del país a lo largo del periodo llamado de la Revolución Mexicana. Desgraciadamente no es fácil encontrar otros datos que permitan establecer series históricas de esa magnitud. Limitándonos, pues, a un periodo más corto (que va de 1930 a 1960, y en ocasiones de 40 a 60) encontramos un proceso similar de integración y desarrollo a través de otros indicadores: I. La población analfabeta de 6 o más años constituye el 66.6% del total en 1930, el 58.3% en 1940, el 44.07% en 1950, el 37.77% en 1960. II. La población de seis a catorce años que no recibe educación escolar es el 48.7% del total de ese grupo de edad, en 1930, el 54.7% en 1940, el 49.5% en 1950, el 36.6% en 1960. III. La población que no come pan de trigo es el 56.46% de la población de 1 o más años en 1940, el 45.57% en 1950, el 31.43% en 1960. IV. La población que no usa zapatos es el 51.53% en 1940; el 45.67% en 1950; el 37.71% en 1960 (respecto de la población de 1 o más años). V. La población indígena (monolingüe) que constituye la población super-marginal del país es el 8.44% de la población de 5 o más años en 1930; el 7.36% en 1940; el 3.64% en 1950. Y aunque no se dispone de los datos de 1960 sabemos por un estudio del departamento de muestreo que en 1959 el 2% de los niños de 6 a 14 años eran monolingües. VI. La población indígena monolingüe-bilingüe es el 16.02% de la población de 5 o más años en 1930; el 14.82% en 1940; el 11.21 en 1950. Igualmente, sabemos por el Departamento de Muestreo que la población indígena monolingüe-bilingüe de 6 a 14 años es el 7% en 1960. De acuerdo con nuestras estimaciones la población monolingüe-bilingüe en 1960 constituye el 8.52% de la población de 5 o más años.

La conclusión que se deriva del análisis de ambas series en sus valores relativos, es que tanto la revolución mexicana, como el desarrollo económico del país coinciden con un proceso de integración nacional, de homogeneización de la población, y de disminución relativa del marginalismo en los más distintos terrenos.

Esta circunstancia no impide que al contemplar el problema del orden de magnitud de la población marginal considerada en sí misma, y al analizar sus tendencias generales de descubran los siguientes hechos: I. La población rural es de 10.812,028 habitantes en 1910;

de 9 869 276 en 1921, de 11 012 091 en 1930; de 12 756 883 en 1940; de 14 807 534 en 1950; de 17 218 011 en 1960. II. La población analfabeta de 11 o más años es de 7 817 064 en 1910, de 6 973 855 en 1921, de 7 223 901 en 1930, de 7 980.685 en 1960.⁵ III. La población analfabeta de 6 o más años es de 9 017 540 en 1940: de 9 449 957 en 1940; de 9 272 484 en 1950, de 10 573 163 en 1960. IV. La población de 6 a 14 años que no recibe educación es de 1 693 100 en 1930, de 2 549 000 en 1940, de 2 970 700 en 1950, 33 115 300 en 1960. V. La población que no come pan de trigo es de 10,795,582 en 1940; de 11 383 923 en 1950; de 10 618 726 en 1960. VI. La población que no usa zapatos es de 9 853 203 en 1940; de 11 409 450 en 1950; de 12 740 347 en 1960. VII. La población indígena monolingüe es de 1 185 273 en 1930: de 1 237 018 en 1940; de 795 069 en 1950. VIII. La población indígena bilingüe es de 1 065 670 en 1930; de 1 253 891 en 1940; de 1 652 540 en 19950. IX. La población indígena (monolingüe-bilingüe), es de 2 250.943 en 1930; en 2 490.909 en 1940; de 2 447.609 en 1950.

Por los datos anteriores se deduce que la población marginal de México ha venido creciendo a lo largo de estos cincuenta años, o ha permanecido prácticamente estancada. De continuar las tendencias la magnitud del problema de la población marginal en 1970 será como sigue; I. Población analfabeta 10,700,000 (+360 000); III. Población que no come pan de trigo 10 600.00 (+_ 940.000); IV. Población que no usa zapatos 14 130.000 (+_120.000); V. Población indígena (monolingüe-bilingüe) 2 660.000 (+_60 000).

O para decirlo de otro modo, de continuar las tendencias, en 1970 México tendrá una población analfabeta de una magnitud similar a la que tiene en 1960; tendrá una población en edad escolar (de 6 a 14 años) que no vaya a la escuela mayor que la de 1960; tendrá una población que no come pan de trigo igual a la de 1960; tendrá una población que no usa zapatos mayor que la de 1960; tendrá una población indígena (monolingüe-bilingüe), aproximadamente igual o ligeramente menor a la de ahora.

5 En este último censo se considera la población de 10 o más años.

Los hechos y tendencias anteriores se dan al mismo tiempo, como dijimos, que la tendencia a una disminución relativa de la población marginal; pero hay más, al crecimiento o estancamiento rectilíneo de la población marginal se añade un crecimiento exponencial general de la población, y un crecimiento exponencial de la población participante, cuyo ritmo de incremento es mayor que el de la población general y que el de la población marginal. En efecto: I. La población total es de 15160369 en 1910; de 14334780 en 1921; de 16552722 en 1930; de 19653552 en 1940; de 25791017 en 1950; de 34923,129 en 1960. II. La población urbana es de 4348341 en 1921; de 5540631 en 1930; de 6896669 en 1940; de 10983483 en 1950; de 17705118 en 1960; III. La población alfabetizada de 6 o más años es de 4525035 en 1930; de 6770.359 en 1940; de 11766258 en 1950; de 17414675 en 1960. V. La población que come pan de trigo es de 8322073 en 1940; de 13592780 en 1950; de 231602216; VI. La población que usa zapatos es de 9264452 en 1940; de 10773190 en 1950; de 21038595 en 1960; VII. La de 6 a 14 años que recibe educación es de 1786300 en 1930; de 2113900 en 1940; de 3031700 en 1950; de 5401500 en 1960.

Los datos anteriores nos hacen ver que no sólo ha disminuido en forma relativa la población marginal, sino que ha crecido paralelamente y a un ritmo mucho mayor de población participante del desarrollo. Todo ello ha ocurrido simultáneamente al crecimiento o estancamiento de la población marginal. De la dinámica y tendencia de estos hechos se da uno cuenta con más claridad y bajo una perspectiva distinta cuando se repara en las tasas de crecimiento de la población marginal y de la población participante.

Tasas de crecimiento de la población marginal y participante (1910-1960)

| <i>Tasas de crecimiento de la población</i> | <i>1910-1921</i> | <i>1921-1930</i> | <i>1930-1940</i> | <i>1940-1950</i> | <i>1950-1960</i> |
|---|------------------|------------------|------------------|------------------|------------------|
| Total | -5.44 | 15.47 | 18.73 | 31.23 | 35.40 |
| Rural | -8.71 | 11.57 | 15.84 | 16.07 | 16.27 |
| | 2.69 | 24.07 | 24.47 | 59.25 | 61.19 |
| Analfabeta (de 11 o más años) | -10.78 | 3.58 | 3.49 | 3.49 | +6+ |
| | 19.14 | 26.93 | 83.41 | 83.41 | 83.41 + |
| Alfabeta (de 11 o más años) | | | | | |
| Analfabeta (de 6 o más años) | | | 4.79 | -1.87 | 14.02 |
| | | | 49.62 | 73.79 | 48.00 |
| Alfabeta (de 6 o más años) | | | | | |
| Que no comen pan | | | | 5.44 | -6.72 |
| Que sí comen pan | | | | 63.33 | 70.38 |
| Que no usan zapatos | | | | 15.79 | 11.66 |
| Que sí usan zapatos | | | | 16.23 | 95.28 |
| Que no recibe educación | | | 50.55 | 16.54 | 4.86 |
| | | | 18.33 | 43.41 | 18.16 |
| Que sí recibe educación | | | | | |
| Indígena | | | | | |
| Monolingüe | | | 4.36 | -35.72 | |
| Bilingüe | | | 17.66 | 31.79 | |
| Monolingüe-bilingüe | | | 10.66 | -1.73 | |
| De cultura nacional | | | 18.42 | 35.49 | |

Fuente: Elaboración propia, 1962.

Si se observa el cuadro anterior se advierte:

- I. Que las tasas de crecimiento de la población participante consideradas por décadas son cada vez más altas en el caso de la población urbana (periodo 1910-1960); en el caso de la población alfabeta de 6 o más años (periodo de 1930-1960); en el caso de la población que usa zapatos (periodo 1940-1960): en el caso de la población que recibe educación (periodo 1930-1960); en el caso de la población de cultura

6 De 11 o más años (1910,1921,1930) y de 10 o más años 1960. De 30 a 60 se considera una tasa media.

nacional (periodo 1930-1950) II. Que en excepción de la década 30-40, en el renglón de la población que no recibe educación, las tasas de crecimiento de la población marginal son siempre inferiores (y a veces varias veces inferiores) a las tasas de crecimiento de la población participante. III. Que las tasas de crecimiento de la población marginal sólo en el periodo bélico de la revolución (renglones de población rural y población analfabeta), en la década 1940-50 renglones de población analfabeta, de población monolingüe, de población monolingüe-bilingüe y en la década de 1950-1960 (renglón de la población que no como pan de trigo). IV. Que las tasas de crecimiento de la población marginal presentan una tendencia creciente en el caso de la población rural (periodo 1910-1960) y analfabeta (1940-1960); en el caso de la población que no come pan de trigo (1940-1960); en el caso de la población que no usa zapatos (1940-1960); en el caso de la población que no recibe educación (1930-1960); en el caso de la población monolingüe y en el caso de población monolingüe-bilingüe. Estas tasas de crecimiento revelan los procesos y la política de integración nacional y de participación económica y social en las distintas décadas, revelan que la velocidad que adquiere la población participante es cada vez mayor, década por década revelan que las tasas de crecimiento de la población marginal son decrecientes en la mayoría de los casos, es decir, que la población marginal crece cada vez a una menor velocidad, salvo las excepciones señaladas, entre las cuales se encuentran uno de sus indicadores, la población rural, que tiene tasas crecientes. Revelan en fin que la velocidad con que crece la población participante es superior a la velocidad con que crece la población marginal y, sin embargo, salvo las excepciones arriba señaladas, que se limitan sobre todo a la década 40-50.

CONCLUSIONES

De las observaciones anteriores se derivan algunas conclusiones muy importantes para el estudio de los aspectos sociales del desarrollo. La sociedad plural, característica de los países coloniales y subdesarrollados, puede

subsistir en periodos relativamente largos en países que han logrado una relativa independencia política y económica, que han hecho una reforma agraria, que ha iniciado el proceso de capitalización industrialización y urbanización característicos del desarrollo. La revolución social y el desarrollo económico se puede dar con los cambios profundos en la estratificación y movilidad social que surgen de la repartición de la tierra, del crecimiento de los centros industriales y del crecimiento de la clase media rural y urbana, del crecimiento de los centros industriales y del crecimiento de la clase media rural y urbana, sin que ello impida que al mismo tiempo subsista una población marginal al desarrollo, que se ubica primordialmente en las regiones campesinas y en las zonas en que ya se daba antes de la revolución social y del desarrollo económico. Esta población marginal, lo es —o lo sigue siendo— no sólo en un aspecto de su vida social y cultural, sino frecuentemente en varios a la vez, en forma integral, lo que hace más aguda y compleja la necesidad de una solución.

Finalmente, es posible la integración y homogeneización de un país, el proceso de desaparición de la sociedad plural propiamente dicha, la disminución del peso relativo que tiene la población marginal en el conjunto de la población y el crecimiento simultáneo de la población marginal en números absolutos. Y esta población puede crecer o mantenerse estática. Aun cuando la velocidad de crecimiento de la población participante (de los que sí van a la escuela, saben leer, etc.), sea mucho mayor que la velocidad de crecimiento de la población marginal, en virtud de que la tasa de crecimiento general de la población es muy superior a la tasa de crecimiento del desarrollo social, y hace insuficientes las medidas de cambio social y desarrollo económico para erradicar el fenómeno. Por ello, al manejar en la investigación sociológica y económica conceptos como el de reforma agraria, revolución social, desarrollo económico, es necesario precisar más concretamente de qué tipo de reforma, de revolución y de desarrollo se trata.

En lo que al caso concreto de México respecta es evidente que los esfuerzos hechos hasta ahora, por espectaculares que sean, han sido y son insuficientes para resolver el problema, y que si el país no quiere pasar varias décadas con la subsistencia de una estructura característica de la sociedad colonial y subdesarrollada, habrá de replantear con toda profundidad su política de desarrollo económico y social.

Cuadro I
Alfabetismo en la población urbana y rural en 1960

| Entidad federativa y sexo | Población total | Menores de 1 año | Personas que por costumbre | | | | | Usan zapatos | Usan huaraches | Andan descalzos |
|---------------------------------|--------------------|---------------------|----------------------------|--|------------|-----------------------------------|------------|-----------------|-------------------|--------------------|
| | | | Comen pan de trigo | Toman uno o más de estos alimentos: | | carne, pescado, leche y huevos | | | | |
| | | | Sí | No | Sí | No | | | | |
| México | 34 923 129 | 1144 187 | 23 160 216 | 10 618 726 | 25 633 520 | 8 145 422 | 21 038 595 | 7 912 170 | 4 828 177 | |
| Hombres | 17 415 320 | 586 022 | 11 432 272 | 5 397 026 | 12 705 527 | 4 123 771 | 9 913 380 | 4 878 040 | 2 037 878 | |
| Mujeres | 17 507 809 | 558 165 | 11 727 944 | 5 221 700 | 12 927 993 | 4 021 651 | 11 125 215 | 3 034 130 | 2 790 299 | |
| Urbana | 17 705 118 | 579 468 | 14 941 376 | 2 184 274 | 14 969 295 | 2 156 355 | 14 446 151 | 1 604 540 | 1 074 959 | |
| Hombres | 8 604 990 | 297 230 | 7 235 911 | 1 071 849 | 7 248 978 | 1 058 782 | 6 888 039 | 953 220 | 466 501 | |
| Mujeres | 9 100 128 | 282 238 | 7 705 465 | 1 112 425 | 7 720 317 | 1 097 573 | 7 558 112 | 651 320 | 608 458 | |
| Rural | 17 218 011 | 564 719 | 8 218 840 | 8 434 452 | 10 664 225 | 5 989 067 | 6 592 444 | 6 307 630 | 3 753 218 | |
| Hombres | 8 810 330 | 288 792 | 4 196 361 | 4 325 177 | 5 456 549 | 3 064 989 | 3 025 341 | 3 924 820 | 1 517 377 | |
| Mujeres | 8 407 681 | 275 927 | 4 022 479 | 4 109 275 | 5 207 676 | 2 924 078 | 3 567 103 | 2 382 810 | 2 181 841 | |

Fuente: Dirección General de Estadística, 1962.

Cuadro II
Características de alimentación y calzado de la población urbana y rural,
por sexo

| <i>Urbana- rural</i> <i>Sexo</i> | <i>Población</i> <i>de 6 o más</i> <i>años</i> | <i>%</i> | <i>Alfabetos</i> | <i>%</i> | <i>Analfabetos</i> | <i>%</i> |
|-------------------------------------|--|----------|------------------|----------|--------------------|----------|
| Estados Unidos Mexicanos | 27 987 838 | 100 | 17 414 675 | 62.23 | 10 573 163 | 37.77 |
| Hombres | 13 886 456 | 100 | 9 102 747 | 65.56 | 4 783 709 | 34.44 |
| Mujeres | 14 101 382 | 100 | 8 311 928 | 58.95 | 5 789 454 | 41.05 |
| Urbana | 14 176 078 | 100 | 10 749 345 | 75.84 | 3 426 733 | 24.16 |
| Hombres | 6 813 561 | 100 | 5 387 722 | 79.09 | 1 425 839 | 20.91 |
| Mujeres | 7 362 517 | 100 | 5 361 633 | 72.84 | 2 000 894 | 27.16 |
| Rural | 13 811 760 | 100 | 6 665 330 | 48.26 | 7 146 430 | 51.74 |
| Hombres | 7 072 895 | 100 | 3 715 025 | 52.54 | 3 357 870 | 47.46 |
| Mujeres | 6 738 865 | 100 | 2 950 305 | 43.79 | 3 788 560 | 56.21 |

Fuente: Elaboración propia, 1962.

Cuadro III

Características de alimentación y calzado de la población rural y urbana (%) en 1960

| Personas que por costumbre | | | | | | | | | |
|----------------------------|--------------------------------|--------|-----------------------|-------|---|-------|-----------------|-----------------------------|--------------------|
| Urbana- rural Sexo | Población de 1 año o más | % | Comen pan de trigo | | Toman carne, pescado, leche y huevos | | Usan zapatos | Huaraches o sandalias | Andan descalzos |
| | | | Sí | No | Sí | No | | | |
| México | 33778942 | 100.00 | 68.57 | 31.43 | 75.89 | 24.11 | 62.28 | 23.43 | 14.29 |
| Hombres | 16829293 | 100.00 | 67.94 | 32.06 | 75.51 | 24.49 | 58.90 | 29.00 | 12.10 |
| Mujeres | 16949644 | 100.00 | 69.20 | 30.80 | 76.28 | 23.72 | 65.63 | 17.91 | 16.46 |
| Urbana | 17125650 | 100.00 | 81.25 | 12.75 | 87.42 | 12.58 | 84.35 | 9.38 | 6.27 |
| Hombres | 8307760 | 100.00 | 87.11 | 12.89 | 87.27 | 12.73 | 82.91 | 11.49 | 5.60 |
| Mujeres | 8817890 | 100.00 | 87.39 | 12.61 | 87.56 | 12.44 | 85.72 | 7.39 | 6.89 |
| Rural | 16653292 | 100.00 | 49.36 | 50.64 | 64.04 | 35.96 | 39.58 | 37.89 | 22.53 |
| Hombres | 8521538 | 100.00 | 49.25 | 50.75 | 64.05 | 35.95 | 35.50 | 46.07 | 18.43 |
| Mujeres | 8131754 | 100.00 | 49.47 | 50.53 | 64.04 | 35.96 | 43.86 | 29.32 | 26.82 |

Fuente: Censo General de Población, 1960.

Cuadro IV
Marginalismo en 1910 (%) *

| <i>Entidad</i> | <i>Rural (1)</i> | <i>Analfabeta (2)</i> |
|------------------|------------------|-----------------------|
| Aguascalientes | 58 | 48 |
| Baja California | 90 | 35 |
| Campeche | 72 | 48 |
| Coahuila | 66 | 40 |
| Colima | 66 | 35 |
| Chiapas | 82 | 53 |
| Chihuahua | 78 | 40 |
| Distrito Federal | - | 28 |
| Durango | 84 | 48 |
| Guanajuato | 72 | 53 |
| Guerrero | 92 | 55 |
| Hidalgo | 91 | 51 |
| Jalisco | - | 45 |
| México | 84 | 49 |
| Michoacán | 84 | 58 |
| Morelos | 77 | 48 |
| Nuevo León | 72 | 36 |
| Oaxaca | 87 | 56 |
| Puebla | 81 | 52 |
| Querétaro | 82 | 56 |
| Quintana Roo | 100 | 44 |
| San Luis Potosí | 78 | 51 |
| Sinaloa | 86 | 48 |
| Sonora | 83 | 38 |
| Tabasco | 93 | 46 |
| Tamaulipas | 80 | 41 |
| Tepic | 81 | 51 |
| Tlaxcala | 85 | 45 |
| Veracruz | 78 | 49 |
| Yucatán | 73 | 49 |
| Zacatecas | 85 | 50 |

*% respecto a la población total en cada estado.

(1) Aquella que vive en localidades con menos de 400 habitantes.

(2) Mayores de 12 años.

Cuadro V

Marginalismo por entidades en 1940 (% respecto a la población total de cada entidad)

| <i>Entidad</i> | <i>Rural</i> | <i>No comen pan</i> | <i>Analfabetos</i> |
|---------------------|--------------|---------------------|--------------------|
| Aguascalientes | 43 | 52 | 34 |
| Baja California | 50 | 5 | 16 |
| Baja California (T) | 64 | 45 | 29 |
| Campeche | 51 | 13 | 38 |
| Coahuila | 49 | 43 | 29 |
| Colima | 54 | 28 | 32 |
| Chiapas | 84 | 62 | 62 |
| Chihuahua | 63 | 48 | 30 |
| Distrito Federal | 6 | 12 | 19 |
| Durango | 76 | 63 | 38 |
| Guanajuato | 65 | 75 | 56 |
| Guerrero | 85 | 79 | 63 |
| Hidalgo | 82 | 69 | 57 |
| Jalisco | 59 | 60 | 42 |
| México | 77 | 70 | 55 |
| Michoacán | 71 | 70 | 55 |
| Morelos | 72 | 33 | 43 |
| Nayarit | 70 | 37 | 40 |
| Nuevo León | 56 | 30 | 24 |
| Oaxaca | 85 | 60 | 64 |
| Puebla | 72 | 69 | 54 |
| Querétaro | 81 | 78 | 61 |
| Quintana Roo | 74 | 68 | 32 |
| San Luis Potosí | 75 | 75 | 52 |
| Sinaloa | 78 | 66 | 41 |
| Sonora | 67 | 27 | 30 |
| Tabasco | 82 | 62 | 48 |
| Tamaulipas | 54 | 43 | 27 |
| Tlaxcala | 71 | 75 | 47 |
| Veracruz | 71 | 44 | 50 |
| Yucatán | 51 | 6 | 36 |
| Zacatecas | 75 | 80 | 45 |

(T) Territorio.

Cuadro VI

Marginalismo por entidades

Relativos a 1960 (% respecto a la población total de cada entidad)

| <i>Entidades</i> | <i>Rural</i> | <i>No comen pan (1)</i> | <i>No comen carne (2)</i> | <i>No usan zapatos</i> | <i>Analfabetos</i> |
|------------------------|--------------|-----------------------------|-------------------------------|----------------------------|--------------------|
| Aguascalientes | 40 | 42 | 36 | 20 | 21 |
| Baja California | 22 | 5 | 6 | 3 | 15 |
| Baja California (T) | 63 | 15 | 5 | 15 | 16 |
| Campeche | 37 | 11 | 9 | 32 | 26 |
| Coahuila | 33 | 19 | 18 | 10 | 16 |
| Colima | 38 | 21 | 13 | 53 | 25 |
| Chiapas | 76 | 34 | 18 | 73 | 48 |
| Chihuahua | 43 | 25 | 18 | 14 | 20 |
| Distrito Federal | 4 | 5 | 8 | 5 | 13 |
| Durango | 64 | 48 | 36 | 28 | 20 |
| Guanajuato | 53 | 52 | 50 | 37 | 39 |
| Guerrero | 74 | 48 | 28 | 73 | 50 |
| Hidalgo | 78 | 47 | 43 | 61 | 45 |
| Jalisco | 42 | 35 | 22 | 39 | 28 |
| México | 61 | 40 | 36 | 41 | 54 |
| Michoacán | 59 | 41 | 30 | 41 | 39 |
| Morelos | 47 | 12 | 15 | 27 | 31 |
| Nayarit | 57 | 26 | 16 | 20 | 27 |
| Nuevo León | 30 | 14 | 5 | 10 | 16 |
| Oaxaca | 76 | 34 | 24 | 80 | 48 |
| Puebla | 61 | 45 | 43 | 61 | 40 |
| Querétaro | 72 | 59 | 56 | 56 | 45 |
| Quintana Roo | 68 | 18 | 8 | 33 | 28 |
| San Luis Potosí | 66 | 55 | 40 | 44 | 37 |
| Sinaloa | 62 | 24 | 6 | 40 | 27 |
| Sonora | 42 | 8 | 5 | 10 | 19 |
| Tabasco | 73 | 35 | 9 | 62 | 30 |
| Tamaulipas | 40 | 20 | 8 | 11 | 18 |
| Tlaxcala | 56 | 57 | 54 | 54 | 30 |
| Veracruz | 60 | 22 | 16 | 37 | 36 |
| Yucatán | 41 | 8 | 7 | 39 | 28 |
| Zacatecas | 73 | 63 | 42 | 37 | 29 |
| México | 49 | 30 | 23 | 36 | 30 |

(1) De trigo.

(2) 1 o más de estos alimentos: carne, pescado, leche, huevo.

(T) Territorio.

Cuadro VII

Rango de las entidades según la cantidad de población marginal, 1960

| <i>Entidades</i> | <i>Población rural</i> | <i>No comen pan</i> | <i>No toman leche</i> | <i>No usan zapatos</i> | <i>Son analfabetos</i> |
|---------------------|------------------------|---------------------|-----------------------|------------------------|------------------------|
| Veracruz | 1.º | 6.º | 6.º | 3.º | 1.º |
| Oaxaca | 2.º | 7.º | 9.º | 1.º | 2.º |
| Puebla | 3.º | 2.º | 2.º | 2.º | 3.º |
| México | 4.º | 5.º | 3.º | 7.º | 8.º |
| Michoacán | 5.º | 4.º | 4.º | 8.º | 4.º |
| Jalisco | 6.º | 3.º | 5.º | 4.º | 5.º |
| Guanajuato | 7.º | 1.º | 1.º | 9.º | 6.º |
| Chiapas | 8.º | 12.º | 15.º | 5.º | 10.º |
| Guerrero | 9.º | 9.º | 12.º | 6.º | 9.º |
| Hidalgo | 10.º | 11.º | 7.º | 10.º | 11.º |
| San Luis Potosí | 11.º | 8.º | 8.º | 11.º | 12.º |
| Zacatecas | 12.º | 10.º | 11.º | 14.º | 14.º |
| Chihuahua | 13.º | 14.º | 14.º | 21.º | 13.º |
| Sinaloa | 14.º | 18.º | 24.º | 12.º | 15.º |
| Durango | 15.º | 13.º | 13.º | 17.º | 20.º |
| Tamaulipas | 16.º | 17.º | 20.º | 24.º | 16.º |
| Tabasco | 17.º | 20.º | 26.º | 13.º | 21.º |
| Sonora | 18.º | 25.º | 27.º | 27.º | 2.º |
| Nuevo León | 19.º | 22.º | 23.º | 23.º | 18.º |
| Coahuila | 20.º | 21.º | 18.º | 25.º | 23.º |
| Querétaro | 21.º | 16.º | 16.º | 18.º | 19.º |
| Yucatán | 22.º | 26.º | 25.º | 16.º | 17.º |
| Nayarit | 23.º | 24.º | 21.º | 19.º | 26.º |
| Distrito Federal | 24.º | 15.º | 10.º | 15.º | 7.º |
| Tlaxcala | 25.º | 19.º | 17.º | 20.º | 25.º |
| Morelos | 26.º | 27.º | 22.º | 22.º | 24.º |
| Baja California | 27.º | 29.º | 28.º | 31.º | 27.º |
| Aguascalientes | 28.º | 23.º | 19.º | 29.º | 28.º |
| Colima | 29.º | 28.º | 29.º | 26.º | 30.º |
| Campeche | 30.º | 30.º | 30.º | 28.º | 29.º |
| Baja California (T) | 31.º | 31.º | 32.º | 32.º | 31.º |
| Quintana Roo | 32.º | 32.º | 31.º | 30.º | 32.º |

Fuente: Elaboración propia, 1962.

| <i>Cuadro VIII</i> | | | | | | | | |
|--|-----------------|----------|-----------------|----------|-----------------|----------|-----------------|----------|
| <i>Población marginal y participante (1930-1960)</i> | | | | | | | | |
| | <i>1930</i> | | <i>1940</i> | | <i>1950</i> | | <i>1960</i> | |
| <i>Conceptos</i> | <i>Absoluto</i> | <i>%</i> | <i>Absoluto</i> | <i>%</i> | <i>Absoluto</i> | <i>%</i> | <i>Absoluto</i> | <i>%</i> |
| Población total | 16 552 722 | 100 | 19 653 552 | 100 | 25 791 017 | 100 | 34 923 129 | 100 |
| Urbana | 5 540 631 | 33.5 | 6 896 669 | 35.1 | 10 983 483 | 42.6 | 17 705 118 | 51.0 |
| Rural | 11 012 091 | 66.5 | 12 756 883 | 64.9 | 14 807 534 | 57.4 | 17 218 001 | 49.0 |
| <i>Alfabetismo</i> | | | | | | | | |
| Población menor de 6 años | 3 010 147 | | 3 433 236 | | 4 752 275 | | 6 935 291 | |
| Población de 6 o más años | 13 542 575 | 100 | 16 220 316 | 100 | 21 037 742 | 100 | 27 987 838 | 100 |
| Alfabetas | 4 525 035 | 33.4 | 6 770 359 | 41.7 | 11 766 258 | 55.9 | 17 416 75 | 62.2 |
| Analfabeta | 9 017 540 | 66.6 | 9 449 957 | 58.3 | 9 272 484 | 44.1 | 10 573 163 | 37.8 |
| <i>Educación</i> | | | | | | | | |
| Población de 6 a 14 años | 3 479 400 | 100 | 4 662 900 | 100 | 6 002 400 | 100 | 8 516 800 | 100 |
| Que recibe educación | 1 789 300 | 51.4 | 2 113 900 | 45.3 | 3 031 700 | 50.5 | 5 401 500 | 63.4 |
| Que no recibe educación | 1 693 100 | 48.7 | 2 549 000 | 54.7 | 2 970 700 | 49.5 | 3 115 300 | 36.6 |
| <i>Alimentación y calzado</i> | | | | | | | | |
| Población menor de 1 año | 261 346 | | 535 899 | | 814,314 | | 1 144 187 | |
| Población de 1 o más años | 16 291 372 | | 19 117 653 | 100 | 24 976 703 | 100 | 33 778 942 | 100 |
| Que comen pan de trigo | --- | | 8 322 071 | 46.5 | 13 559 278 | 54.4 | 23 160 216 | 68.6 |
| Que no comen pan de trigo | --- | | 10 795 582 | 56.5 | 11 383 923 | 45.6 | 10 618 726 | 31.4 |
| Que usan zapatos | --- | | 9 264 450 | 48.5 | 13 567 203 | 54.3 | 21 038 595 | 62.3 |
| <i>Lengua</i> | | | | | | | | |
| Población menor de 5 años | 2 510 521 | | 2 864 892 | | 3 969 991 | | 4 776 747 | |
| Población de 5 o más años | 14 042 201 | 100 | 16 788 660 | 100 | 21 821 026 | 100 | 30 146 382 | |

| | | | | | | | | |
|-------------------------|----------|-------|----------|------|----------|------|----------|-----|
| De habla española | 11791258 | 83..9 | 14297751 | 85.1 | 19373417 | 88.8 | 30146382 | 100 |
| Indígena monolingüe | 11852273 | 8.5 | 1237018 | 7.4 | 795069 | 3.6 | | |
| Indígena bilingüe | 1065670 | 7.6 | 1253891 | 7.5 | 165254 | 7.6 | | |
| Monolingüe- bilingüe | 2250943 | 16.1 | 2490909 | 14.9 | 2447609 | 11.2 | | |

Fuente: Elaboración propia, 1962.

México: desarrollo y subdesarrollo¹

¹ Este texto se publicó originalmente en 1963 en *Desarrollo Económico*, vol. 3, núm. 1/2, México, pp. 285-302.



Recientemente la ciencia económica ha entrado de nuevo a una corriente política y cada vez con mayor frecuencia maneja categorías políticas. El proceso del desarrollo se ve como un proceso político. Pero la investigación se encuentra todavía en una etapa artesanal y las categorías tienen la riqueza y la variedad propias de un folclor científico. Algunas de ellas se irán seguramente convirtiendo en normativas, en universales, en categorías estándar. Creemos que tal es el destino de las que utiliza Perroux para el estudio del desarrollo, cuando habla del efecto de dominio de la gran potencia sobre la pequeña nación, y de la dinámica de la desigualdad internacional y exterior, como característica del subdesarrollo. Estas categorías tienen antecedentes y parangones en otras similares del pensamiento ilustrado, de la teoría marxista, y de la investigación económica anglosajona. No es nuestro propósito ver las semejanzas y diferencias de un país —México— y ver cómo juegan en el proceso descriptivo y explicativo del desarrollo concreto de ese país.

El estudio del desarrollo de México en relación con la dinámica de la desigualdad se puede contemplar desde distintos puntos de vista: a) El efecto de dominio de la gran potencia —los Estados Unidos de Norteamérica— sobre la pequeña nación; b) el incremento del poder nacional y de la unidad de decisión del Estado mexicano en relación con la gran potencia; c) el efecto de dominio de los grupos y clases más poderosos en el interior de la

nación sobre los grupos y clases menos poderosos y marginales; d) el incremento del poder de negociación de los grupos sociales menos favorecidos y marginales frente a los que participan del desarrollo y son más poderosos.

Del juego de estos factores —como es obvio— depende el que continúe o se rompa la dinámica de la desigualdad en lo interior y en lo exterior; a mayor poder nacional menor influencia del efecto de dominio de la gran potencia y mayor desarrollo nacional, a mayor poder de las clases y grupos marginales menor influencia del efecto de dominio de los grupos participantes y las clases favorecidas y mayor desarrollo en el interior del país.

El problema no es, sin embargo, tan sencillo y presenta una complejidad mínima y esencial: es evidente que hay un conflicto entre la necesidad de aumentar el poder nacional, la unidad de decisión del Estado, por una parte, y la necesidad de aumentar el poder social, el poder de los grupos menos favorecidos, por la otra. Si se contempla el problema desde un punto de vista mecánico, parece insoluble. El círculo vicioso de la pobreza no se puede romper ni en lo exterior ni en lo interior: si se acentúa la lucha de grupos y clases y se rompe la dinámica interna de la desigualdad, se debilita el poder nacional, se aumenta la dinámica externa de la desigualdad, y viceversa.

Afortunadamente este razonamiento mecánico es relativamente falso. Sabemos que hay momentos en la historia de los pueblos en que el incremento del poder social puede coincidir con el incremento del poder nacional en que la organización de las masas y el incremento de su capacidad de negociación frente a los grupos más favorecidos puede coincidir con la organización del Estado nación y con el incremento del poder de negociación frente a la gran potencia. Tal es el caso del México de Cárdenas (1934-1940); del Egipto de Nasser; de la India del Nehru, hasta hace algunos años, y se podrían citar muchos ejemplos más de África, Asia y América Latina, para llegar a una conclusión: Hay un momento histórico-social en que es compatible el incremento del poder nacional y el poder social, que es cuando coincide la revolución nacional y la revolución agraria, la lucha contra la gran potencia y la lucha contra los latifundistas.

Es el momento más típico y característico en que se rompe el círculo vicioso de la pobreza, en que la pobreza deja de ser “autoperpetuante” en lo internacional y lo interno. Este hecho es hoy bien conocido. Pero este hecho —revolución nacional y reforma agraria— da lugar a una dinámica

poco estudiada, en que los mismos factores u otros parecidos van a jugar en distintas estructuras, sin romper definitivamente con la dinámica de la desigualdad, y dando incluso pie a que surjan nuevas formas dinámicas de la desigualdad, que se superponen y mezclan con las viejas. En estas condiciones el simple arranque, el mero lanzamiento no produce un movimiento ascendente lineal, una dinámica permanente de igualitarismo y desarrollo, ni en lo exterior ni en lo interno, y, bajo nuevas formas, se plantea el problema del incremento del poder nacional y del poder social de los grupos y clases menos favorecidos, de sus posibilidades de armonía y de conflicto.

La evolución de México a este respecto es digna de ser estudiada en la medida en que México ha sido uno de los pioneros de la experiencia contemporánea del desarrollo, del incremento del igualitarismo. ¿En qué forma se plantean en México los problemas del poder nacional y del poder social, de la unidad de decisión como Estado y de la fuerza de negociación de las clases y grupos que lo integran, de la dinámica exterior e interior del igualitarismo y el desarrollo? Dado el hecho de que México es un país que se ha desarrollado y que sigue siendo subdesarrollado, ¿en qué forma han jugado y juegan estos factores? Para responder a una pregunta tan amplia dentro de las limitaciones de espacio que tenemos, vamos a estudiar en sus grandes tendencias y con unos cuantos indicadores: a) el incremento del poder nacional y de la unidad de decisión del Estado mexicano; b) el desarrollo de México; c) la evolución del factor de dominio y la dinámica externa de la desigualdad; d) la evolución del subdesarrollo y la dinámica interna de la desigualdad, y, e) vamos a esbozar muy brevemente las alternativas políticas que existen, tras el saldo de un proceso de desarrollo —de igualitarismo internacional e interno— para que continúe ese proceso.

EL INCREMENTO DEL PODER NACIONAL Y DE LA UNIDAD DE DECISIÓN DEL ESTADO MEXICANO

La concentración del poder en manos de los jefes revolucionarios se inicia desde la época del presidente Carranza (1917-1920). Se trata de un control de los caudillos de la revolución, de los caciques y jefes militares por el jefe del Ejecutivo. Este proceso continuó con el control de la Cámara de Diputados,

a partir del presidente Obregón, y se acentuó con el control institucional del ejército revolucionario, de los gobernadores y caciques, de los políticos y diputados en la época de Calles, en que se funda el Partido de la Revolución, que viene a agrupar y controlar a los antiguos partidos y facciones personales y regionales.

Las organizaciones obreras y campesinas, los burócratas y funcionarios sufren a lo largo de este tiempo un proceso de control por el Ejecutivo y de organización vertical de arriba para abajo. Los únicos, recalcitrantes son los latifundistas —que empiezan a sentir los efectos de una reforma agraria oscilante— y el clero. Estos últimos quedan fuera del gobierno, frente al gobierno.

El proceso de concentración del poder alcanza su grado máximo hasta 1934 con el ascenso a la presidencia del general Lázaro Cárdenas. En ese momento el control del aparato estatal por el jefe del ejecutivo se acentúa, al constituirse un frente organizado por el gobierno en que adquieren una gran fuerza las organizaciones obreras y campesinas. Durante esa época la reforma agraria se acelera, los campesinos reciben armas, los obreros reciben el apoyo contra las empresas nacionales y extranjeras, y obtienen salarios y prestaciones sin precedente. El clímax del proceso ocurre con la expropiación de las grandes compañías petroleras. Después disminuye el ritmo de concentración e incremento del poder nacional: de la unidad de las fuerzas revolucionarias se pasa a la política de unidad nacional, más amplia, menos radical. Pero el poder nacional queda fortalecido y la unidad de decisión del Estado mexicano asegurada.

De este mismo proceso se da uno cuenta, bajo una perspectiva distinta, si se repara en los siguientes hechos: desde la fundación del partido revolucionario en 1929 el gobierno no ha perdido nunca una elección presidencial, una elección de gobernador, una elección de senador. En ese periodo el partido ha llevado al poder a 6 presidentes, 168 gobernadores, 282 senadores.

Desde las últimas elecciones presidenciales anteriores a la revolución —las de 1910— hasta las últimas elecciones presidenciales del periodo revolucionario —las de 1958— la oposición no alcanza nunca a registrar más del 25% de los votos y esto una sola vez, en 1952. Normalmente, el candidato oficial a la presidencia tiene más del 90% del registro. La fuerza de los partidos de oposición es insignificante.

Las centrales obreras gubernamentales agrupan a más del 90% de los trabajadores organizados. La vinculación de sus líderes al gobierno lleva varias décadas y desde 1940 los principales de ellos unas veces son diputados y otros senadores. La influencia del Ejecutivo en el movimiento obrero es tan grande que hasta el número de huelgas llega a depender de la política presidencial.

El poder del Ejecutivo frente al Congreso llega a ser enorme. En la época de Cárdenas y Ávila Camacho, todos los proyectos de ley son aprobados por unanimidad; con posterioridad lo son más del 70% y la minoría que se opone es del 3% 64 % de los votos. La Suprema Corte de Justicia apoya al presidente en todas las grandes decisiones, sin excepción; los gobernadores pueden ser depuestos constitucionalmente, están sometidos a un sistema de control militar y político muy eficaces, y dependen en sus finanzas del gobierno federal, que concentra el 90%, por término medio, de los ingresos estatales. La dependencia de los municipios es aún mayor.

El Ejecutivo y en particular el presidente no sólo concentra el poder de la maquinaria gubernamental, de los partidos, sindicatos y organizaciones campesinas, sino de los factores reales de poder: la geografía política nos entrega en 1920 un México en que todo el país está en manos de los caudillos armados —grandes caciques— y en 1960 un México en que han desaparecido prácticamente los caciques, salvo dos o tres excepciones que tienen un poder muy menguado; el ejército representa una proporción cada vez menor de la fuerza de trabajo, y pasa de absorber el 44% del total de egresos federales a gozar del 10 y el 8%, es decir, menos que cualquier país latinoamericano, a excepción de Costa Rica. El país se seculariza: hoy el 25% de la población no practica religión alguna y hay pueblos en que la asistencia a la misa dominical es de 5 a 6%.

El clero —que en los últimos años recupera su fuerza religiosa e incluso política— ya no puede pretender ser un Estado dentro del Estado: privado de sus grandes riquezas desde el siglo pasado, dividido en su visión política en un clero tradicionalista y otro moderno, se encuentra con un México en que la afiliación político-religiosa no sólo está prohibida constitucionalmente, sino que en la realidad no opera. Sólo en algunas regiones del país prospera el fanatismo político-religioso.

De otro lado, el poder económico del gobierno tiende a crecer. El sector público contribuye desde hace tiempo con más de una tercera parte de la inversión territorial bruta (en 1961 contribuía con el 46%). La inversión privada se comporta como variable dependiente de la pública. El Estado llega a producir y controlar la casi totalidad de la energía disponible en el país (el 100% de la producción petrolera corresponde al sector público, y casi el 90% de la generación de energía eléctrica). En las comunicaciones y transportes los organismos estatales participan con el 48% del total nacional (con el 100% de los ferrocarriles); en la producción nacional de manufacturas las empresas estatales sólo contribuyen con el 3% del total pero concentran su actividad en industrias básicas para el desarrollo, destacando la producción de hierro y acero, la producción de fertilizantes, carros de ferrocarril, armado de vehículos de motor, ingenios azucareros, artículos textiles, especialmente algodón y producción de papel. Y aunque en la industria extractiva la participación del Estado en la producción nacional es también muy reducida (3% en 1960), se concentra en la extracción de hierro y carbón mineral. El Estado tiene un poder semejante en las finanzas. Pasa de constituir el 30% del total en 1942 a constituir más del 50% en 1960. Las instituciones de crédito gubernamentales, financieras, agrícolas, de transportes, del pequeño comercio, de la armada, abarcan grandes núcleos de la población.

Bajo estas circunstancias político-económicas el Estado mexicano constituye un gran centro de decisión para el desarrollo del país, presenta una estructura que conduce a la unidad de decisión tan necesaria al desarrollo, y tan fútil para la negociación internacional con la gran potencia. El desarrollo del país es un hecho. En el México de 1934 a 1962 no sólo hay crecimiento económico, hay desarrollo económico.

EL DESARROLLO

El producto nacional bruto a precios constantes se quintuplica de 1910 a 1962 y crece tres veces y medio de 1939 a 1962; el ingreso real por habitante casi se triplica de 1929 a 1962, no obstante que México alcanza en esta época una de las más altas tasas de crecimiento de la población. Pero hay más, el desarrollo del país supone una gigantesca redistribución de la riqueza, en

particular de la propiedad agrícola: los gobiernos revolucionarios reparten 48 000 000 de hectáreas entre 2 500 000 jefes de familia. La proporción de la población rural va disminuyendo paulatinamente de 80% en 1910 a 49% en 1960, con el significado que este hecho tiene en el incremento de los niveles de vida; el crecimiento de las actividades secundarias y terciarias es el doble y hasta de dos veces y media el de las actividades primarias, menos remuneradas; la agricultura, que en 1910 ocupaba al 72% de la población, en 1960 sólo ocupa al 53%.

Hay una gigantesca movilización de la población —en el sentido que da Germani a este término de integración de la población al desarrollo nacional—: la población alfabeta de 116 más años es de 3 millones en 1910, de 16 millones en 1960; la población que come pan de trigo es de 8 millones en 1940, de 23 en 1960; la población que usa zapatos es de 9 millones en 1940, de 21 millones en 1960; la población de 6 a 14 años que recibe educación es de un millón ochocientos mil en 1930, de cinco millones y medio en 1960.

En números relativos la población alfabeta de 11 o más años es el 25% en 1910 y el 60% en 1960; la población que come pan de trigo es el 44% de la población de 1 o más años en 1940, el 70% en 1960; la población que usa zapatos es el 49% en 1940 y el 62% en 1960; la población de 6 a 14 años que recibe educación escolar es el 53% en 1930 y el 63% en 1960. El desarrollo económico del país coincide con un proceso de integración nacional, de homogeneización de la población, que abarca incluso a los grupos indígenas monolingües y bilingües, que pasan de constituir el 16% de la población (5 o más años en 1930) a constituir el 10% en 1960. A los fenómenos anteriores se añade el crecimiento de la clase media, que pasa de ser el 7,8% de la población en 1895, a ser el 33,5% en 1960 (Cline, 1962). En números relativos y absolutos la población que participa del desarrollo crece considerablemente. La mortalidad general disminuye de 33,3 en 1910 a 10,6 en 1961; la esperanza de vida aumenta de 27,4 años en 1910 a 62 en 1960.

Para tener una idea somera del desarrollo, a los datos anteriores habría que añadir las inversiones en infraestructuras y algunos indicadores de la producción. La red carretera de México pasa de 695 kilómetros en 1925-28 a 49 309 en 1961; la longitud de las vías férreas es de 16 658 kilómetros en 1905 y de 23 487 en 1961; las obras de irrigación (nuevas y mejoradas) benefician

20 000 hectáreas en 1930 y 2 383 000 en 1962; la energía eléctrica generada (en millones de kWh) es de 308 en 1910 y de 12 499 en 1962.

La productividad general de la mano de obra se duplica y pasa de \$2.704 en 1910 a \$5.577 en 1960 (base 1950); la productividad en el sector industrial durante ese mismo periodo se triplica. La producción agrícola casi se triplica entre 1910 y 1960; el ganado mayor crece a más del doble entre 1930 y 1960; el hierro pasa de una producción de 54 898 toneladas métricas en 1910 a una producción de 1 091 310 en 1962; la producción de petróleo crudo que en el año de la expropiación de las compañías era de 38 800 000 barriles de 159 litros, aumenta casi ininterrumpidamente contra lo que dice Dumont, hasta alcanzar 121 500 000 en 1962; en fin, la inversión nacional aumenta en más de 30 veces de 1939 a 1961.

Pero si todos estos datos y los que vimos con anterioridad revelan que hay un indudable incremento del poder nacional y de la unidad de decisión del Estado mexicano, y que es innegable la existencia de un proceso de crecimiento y desarrollo de la economía mexicana y de la sociedad mexicana, no por ello deja de seguirse planteando, bajo nuevos términos, el problema del factor de dominio de la gran potencia y el problema del subdesarrollo, ligados unos y otro a la dinámica de la desigualdad en lo internacional y lo interno. Para tener una idea cabal del proceso —así sea en una forma muy somera— es pues necesario analizar también el comportamiento de estos hechos.

EL FACTOR DE DOMINIO Y LA DINÁMICA EXTERNA DE LA DECISIÓN

Aunque “la aportación total del exterior a la capitalización interna apenas significa el 2,3% de la inversión territorial bruta”, las empresas más poderosas de México, aquellas que, como ha mostrado J. L. Ceceña, prácticamente controlan la economía nacional, corresponden en más de un 50% a empresas extranjeras o de fuerte participación extranjera. Dentro de las empresas extranjeras, las empresas predominantes son las norteamericanas.

La participación norteamericana en la inversión extranjera directa, lejos de disminuir se incrementa a lo largo de las dos últimas décadas. En los tres últimos años del gobierno de Cárdenas la inversión norteamericana

representaba el 62% del total de las inversiones extranjeras, en la actualidad representa más del 75%. Del total de créditos del exterior, la proporción más alta corresponde a los Estados Unidos de Norteamérica. En 1960, de los créditos contratados el 88% correspondió a los Estados Unidos. En el mismo año de 1960, Alemania sólo contribuyó con el 4,4%, Canadá con el 2,2%, Francia con el 2%, Italia con el 0,3%, Suecia con el 0,1% y el BIRF con el 2,7%.

La actividad económica interna depende en un 15% del mercado exterior. El mercado exterior dominante es el norteamericano, que a lo largo de los últimos 35 años ha absorbido más del 60% del total de las importaciones y más del 60% de las exportaciones, con ligeras disminuciones en la postguerra, que corresponden a una política destinada a diversificar el mercado exterior. La economía mexicana en sus exportaciones depende en más de un 30% de tres productos, en más de un 40% de cinco productos y en más de un 50% de diez productos, en su mayoría no manufacturados. Su vulnerabilidad —desde este punto de vista— siempre ha sido relativamente menor que la de otros países subdesarrollados, pero no ha disminuido considerablemente.

A los datos anteriores, que revelan el predominio de la economía norteamericana en las inversiones extranjeras y en el mercado exterior, combinado con una relativa vulnerabilidad nacional por el tipo y la cantidad de productos de exportación, se añaden una serie de datos políticos y culturales, que reafirman los hechos anteriores. Ciertamente, ha pasado la época de las invasiones norteamericanas armadas, de las incursiones y agravios característicos del siglo XIX, que encuentran en nuestro siglo su última expresión con la invasión de Veracruz y la expedición (el historiador Gastón García Cantú registra 74 invasiones y actos de intervención armada de 1801 a 1878), pero la penetración política e ideológica continúan teniendo una gran importancia, y de hecho crecen considerablemente en nuestro tiempo. Basta con señalar que entre las dos terceras y las tres cuartas partes de las noticias del mundo exterior, que aparecen en los diarios de México, son de fuentes norteamericanas; que según un estudio de John C. Merrill, dos grandes diarios de la Ciudad de México publicaron en enero de 1960, respectivamente, más noticias sobre los Estados Unidos de las que publicó el *New York Times* en ese mismo periodo sobre el mundo entero; que tres revistas norteamericanas en español, publicadas en México, alcanzan un tiraje medio

mayor que las diez principales revistas mexicanas; que del total de películas estrenadas en México de 1951 a 1960, el 54% son norteamericanas y el 24% mexicanas, y que en esa misma década, del total de películas extranjeras el 71% son norteamericanas.

Todas estas circunstancias y muchas más que podrían citarse, revelan la existencia del factor de dominio de la gran potencia y están relacionadas con la dinámica exterior de la desigualdad, que México no ha roto definitivamente y que se revela sobre todo en el proceso de “descapitalización” del país por las inversiones extranjeras, y en la cada vez más desfavorable relación de intercambio.

En efecto, de 1941 a 1961 hay un promedio anual de inversiones extranjeras (incluidas reinversiones) de 65 255 619 dólares, mientras el promedio anual en ese mismo periodo por remesas de utilidades, intereses, regalías, es de 65 609 762. Las nuevas inversiones son siempre inferiores a las sumas remitidas al extranjero. De otra parte, la disminución permanente de los precios de los productos que exporta México y el aumento permanente de los precios de los productos que importa, provocan en los años 1957-61 una pérdida para el país de 321,2 millones de dólares el 79% del valor promedio de la reserva monetaria en los mismos años, “perdida superior en 22,73% al promedio total de préstamos directos o indirectos que nos han llegado del exterior en tal periodo” (Ramírez, 1962).

Así, no obstante, el incremento del poder nacional y la unidad de decisión del Estado Mexicano el factor de dominio de la gran potencia sigue siendo una realidad en el México contemporáneo y sigue planteando —a distintos niveles— el mismo problema de la dinámica de la desigualdad internacional, característica de los países subdesarrollados. Si el círculo vicioso de la pobreza se ha roto persiste el círculo vicioso de una dinámica desigual y de una “relación irreversible” en que “se pagan los factores por debajo de su productividad marginal y se venden los productos por encima de su costo marginal”.

EL SUBDESARROLLO Y LA DINÁMICA INTERNA DE LA DESIGUALDAD

De otra parte, México sigue teniendo en lo interior múltiples características de un país subdesarrollado. La distribución del ingreso sigue siendo muy desigual. La parte correspondiente al sector trabajo alcanza el 31% del ingreso nacional, proporción notablemente inferior a la de cualquier país desarrollado. Las diferencias de ingreso por hombre ocupado y por actividades son muy grandes; en la agricultura el ingreso es la mitad del producto medio, en el petróleo hasta nueve veces el producto medio (1957). Las diferencias entre el ingreso per cápita de la ciudad y del campo son del orden de cuatro, en favor naturalmente de la ciudad. Sólo el 20% de las familias tienen ingresos mensuales mayores de 1000.00 (80 USD) y sólo el 6,5 % ingresos mayores de \$ 2000.00 (160 USD).

El desarrollo es muy desigual también cuando se considera por regiones, característica de todo país subdesarrollado. Una tercera parte de la población del país tenía en 1960 más de las tres cuartas partes de la industria, mientras dos terceras partes poseían menos de la cuarta parte. En los niveles de vida ocurre algo semejante. Mientras el Distrito Federal y los Estados del Norte alcanzan niveles de vida superiores al promedio nacional en proporciones que van del 35 al 100%, hay una serie de entidades federativas que en contraste tienen niveles de vida inferiores en dos terceras partes al promedio nacional. La mayoría de la población carece de capacidad económica. Si se supone grosso modo —dice Ifigenia Navarrete— que el ingreso medio por familia de \$700 mensuales para toda la República era apenas el necesario para satisfacer las necesidades mínimas de alimentación, vestuario, habitación y diversión se desprende que en noviembre de 1956 dos familias de cada tres carecían de capacidad económica en el sentido que tenían un ingreso inferior al medio de por si bajo.

Esta situación se ve confirmada por la encuesta de 1958, en que si aceptamos que \$ 1000.00 mensuales constituyen el mínimo para vivir una vida modesta, de cada cinco familias mexicanas sólo una se encontraba en esas o mejores condiciones.

La subsistencia de una población marginal al desarrollo es un hecho de magnitud nacional. México sigue siendo una sociedad plural —heterogénea— esto es, una sociedad con la estructura típica del subdesarrollo. Las di-

ferencias no solo existen entre el que tiene poco y el que tiene mucho, sino entre el que tiene y el que no tiene. La población rural constituye el 49% del total; la población analfabeta de 11 o más años constituye el 35.5%; la población analfabeta de 6 o más años constituye el 38%; la población en edad escolar que no recibe educación es el 37% de la población en edad escolar; la población que no come pan de trigo es el 31%; la población que no usa zapatos es el 38%, la población que no come ni carne, ni pescado, ni huevos y que no toma leche es el 24%; la población indígena (monolingüe-bilingüe) es el 10%, la población que no habla español es el 4%. En números absolutos la población marginal es hoy mayor o igual que en el pasado. Las tasas de movilización y de participación en el desarrollo han sido insuficientes para contrarrestar en números absolutos las altas tasas de crecimiento general de la población.

La población rural que era de 11 millones en 1910 es de 17 millones en 1960; la población analfabeta de 6 o más años que era de 9 millones en 1930 es de 10 millones 500 000 en 1960; la población en edad escolar que no recibe educación que era de un millón 700 000 en 1930 es de tres millones en 1960; la población que no come pan de trigo que era de 10 millones 800 000 en 1940, es de 10 millones 600 000 en 1960; la población que no usa zapatos es de 9 millones 800 000 en 1940 y de 12 millones 700 000 en 1960. La población monolingüe era de 1 millón 200 000 en 1930 y es del millón cien mil en 1960; la población monolingüe-bilingüe era de dos millones 250 000 en 1930 y es de tres millones en 1960.

El subdesarrollo se percibe con muchos índices más y surge en todas las mediciones: el potencial de energía eléctrica del país se estima en unos siete millones de kw y se aprovecha menos de la quinta parte; sólo la cuarta parte de la población aprovecha la energía eléctrica; hay 13 millones de hectáreas que son susceptibles de convertirse en tierras de riego; sólo las poblaciones de más de 10 000 habitantes están totalmente comunicadas, por debajo de ellas la proporción de poblaciones sin caminos es considerable. Y el país tiene una población sumamente dispersa con más de 145.000 localidades en un área de dos millones de kilómetros cuadrados, lo que plantea serios problemas para la política de caminos, servicios, escuelas.

Que el subdesarrollo sigue siendo una realidad nacional y el problema principal de México nadie lo duda ni discute. Y el problema está en que

subsiste como condición estructural del México contemporáneo la dinámica interna de la desigualdad y que esta condición estructural abarca no sólo la estructura económica sino la política: 1. En la zona metropolitana se concentra el 55 % de la producción industrial con el 15% de la población; 2. La zona metropolitana y algunos estados del norte del país con la tercera parte de la población dispone del 78 % de la industria; y el resto, las dos terceras partes de la población, poseen sólo el 22 %. Esta desproporción se manifiesta como es natural en los créditos, las inversiones, las obras públicas, los niveles de vida y, lo que es más grave, va en aumento.

En 1940 —escribe Lamartine Yates— la diferencia del producto nacional bruto per cápita entre las zonas más ricas y los 10 estados más pobres fue de cerca de \$ 4.500,00 (valor monetario de 1960); en 1960, la diferencia fue de \$ 6,500.00.

Aunque la producción por persona —añade— está aumentando más rápidamente en los estados pobres que en los ricos 4,3% en comparación con 2 % con dichas tasas de crecimiento tendrían que transcurrir más de 70 años para que las entidades pobres lograsen alcanzar a las prósperas (Yates, 1962).

Este hecho se ve confirmado en un periodo mucho más largo, cuando se descubre que los estados más pobres en 1940 son dos más pobres en 1960 y viceversa, y que hay una correlación de rango muy alta con distintos indicadores —población rural, población analfabeta— en la escala de la pobreza y el desarrollo, no sólo entre los datos de 1940 y 1960 sino entre los de 1910 y 1960.

La dinámica de la desigualdad está obviamente ligada a los polos de crecimiento, a las leyes del mercado, y al factor de dominio de las ciudades y regiones desarrolladas sobre las subdesarrolladas. En efecto, es evidente que hay una contradicción entre los “polos de desarrollo” y el “desarrollo armonizado” y que esta contradicción se manifiesta no sólo en el terreno económico sino en el político. Es indudable que las leyes del mercado aceleran la dinámica de la desigualdad y que los créditos e inversiones tienden naturalmente hacia los polos de crecimiento del país, mientras una especie de fuerza centrípeta los arroja de las regiones subdesarrolladas. Es indudable de otra parte, que una sana política económica aconseja cautela en las inversiones de infraestructura cuando éstas se van a hacer lejos de los

polos de crecimiento ya existentes y que la creación de nuevos polos de crecimiento es seguramente uno de los problemas más arduos de la política de desarrollo. Es así comprensible que el Estado mexicano haya orientado la mayor parte de sus escasos recursos hacia los polos ya existentes, y que con ello haya acelerado la dinámica de la desigualdad característica de las distintas regiones. Pero, ello no impide el que ciertas metas del desarrollo, que se resuelven políticamente y mediante una lucha política, no se hayan alcanzado por razones también políticas. Si consideramos que la población marginal, la población característicamente subdesarrollada es políticamente la menos poderosa tenemos un elemento más que se añade a la dinámica de la desigualdad. Y la población marginal al desarrollo es efectivamente, una población marginal a la política, a la organización política, a la votación, a la oposición.

La población agrícola —la más pobre de la población económicamente activa— es la que tiene una menor proporción de miembros que pertenezcan a organizaciones de trabajadores. Del total de la fuerza de trabajo de 1960 no estaba agremiada el 89%, y de la fuerza de trabajo agrícola no estaba agremiada el 98 %. La población rural —es decir la más pobre— se asocia con la que menos vota ($P = 0,90$) y es en su seno donde se encuentra el mayor número de quienes votan en forma “colectiva”. La población analfabeta está asociada con la que menos vota ($P = 0,90$). En fin, la población rural que vota es la que menos oposición presenta, y los estados más pobres son los que menos oposición registran en las elecciones. Estas circunstancias están evidentemente ligadas a la dinámica de la desigualdad, como en la historia del desarrollo está ligada a la dinámica del igualitarismo la organización obrera y la organización campesina, la organización política, bases fundamentales del incremento del mercado interno, del proceso de desarrollo y de igualitarismo que caracterizan la evolución de países como Inglaterra, Francia y los Estados Unidos.

Los hechos anteriores —como es obvio— se ven complementados con el factor de dominio en el interior del país, factor de dominio que es fácilmente perceptible en todas sus líneas cuando se contemplan las relaciones entre la población ladina y la población indígena, en que se advierte como la comunidad indígena-monoproductora depende en sus compras y ventas de la comunidad mestiza, que monopoliza prácticamente su comercio de bie-

nes, capitales y trabajo, y que establece relaciones de intercambio siempre desfavorables para los indígenas. Pero si es en la comunidad indígena frente a la mestiza o ladina donde se percibe más claramente el factor de dominio, éste también aparece como es natural en las relaciones de las regiones más y menos desarrolladas, de la ciudad y el campo, de la aldea y la granja. La dinámica interna de la desigualdad continua pues también con sus características estructurales, económicas y políticas.

PODER NACIONAL Y PODER SOCIAL

En estas condiciones, después de un desarrollo indudable se plantea un subdesarrollo igualmente indudable; después de un incremento del poder nacional y la unidad de decisión del estado frente a la gran potencia se sigue planteando el problema del factor de dominio de la gran potencia y la dinámica exterior de la desigualdad; y hoy, tras el desarrollo económico, social y político del país se sigue planteando el problema de la dinámica interna de la desigualdad y del factor de dominio de las zonas desarrolladas sobre las subdesarrolladas, de la población que participa en el desarrollo sobre la población marginal al desarrollo, de la población mestiza sobre la indígena. Y así en un México mucho más poderoso, mucho más desarrollado, el problema primordial es saber cómo puede continuar el proceso de desarrollo, cómo acabar con el subdesarrollo. Es un problema de difícil solución y que no pretendemos responder, sino formulando algunas alternativas políticas, de acuerdo con las experiencias anteriores.

1. Es prácticamente imposible que se repita el incremento simultáneo del poder nacional y del poder social tal y como ocurrió en el momento en que se produjo la unión revolucionaria por la liberación nacional y la reforma agraria, contra los empresarios extranjeros y los latifundistas. Esta unión ya no puede existir en la medida en que los latifundistas han desaparecido y en que el neolatifundismo de tipo empresarial y capitalista está directamente ligado al poder y forma parte de la actual estructura política dominante.

2. Es muy difícil prever en México un desarrollo de organizaciones obreras y partidos políticos que alcancen la fuerza independiente y la capacidad de cambio político pacífico que alcanzaron en el desarrollo clásico del capitalismo, y que provocaron la redistribución del ingreso, el incremento del mercado interno y la dinámica del igualitarismo. La implantación de un sistema clásico de partidos políticos afectaría profundamente la unidad de decisión del Estado mexicano, y su fuerza de negociación frente a la gran potencia, por lo que es de proveerse una desviación en el sistema de partidos y uniones obreras respecto del modelo clásico.
3. Es probable que se repita en México un proceso sui géneris de bismarckismo político en que se vayan concediendo más y más prestaciones y derechos a los grupos participantes del desarrollo, incluidos los aumentos de salarios y servicios, la disminución de la carga fiscal en los grupos de bajos ingresos del sector participante, etc., junto con la liberalización relativa de sus organizaciones obreras y políticas, la democratización interna de sus organizaciones y la liberalización de su derecho de crítica, así como el incremento de su participación en la formulación y control de los planes de desarrollo. Y es posible que a estas modificaciones en la economía y la política del sector participante del desarrollo corresponda una dinámica de igualitarismo en el sector participante, y una expansión del sector participante, una expansión de los polos de crecimiento y de los espacios económicos desarrollados, tal y como el que ha venido ocurriendo a lo largo de estos años. Lo que parece imprevisible, desde el punto de vista económico y político, es que se acabe con la dinámica de la desigualdad exterior e interna en formas radicales parecidas a la experiencia anterior de Francia o Estados Unidos, con el clásico régimen de partidos y organizaciones obreras poderosas e independientes del gobierno.

Cuando decimos que en las condiciones actuales del México contemporáneo no es creíble que se rompa la estructura de la dinámica de la desigualdad exterior e interna, ni en las formas revolucionarias ni en las formas de la democracia clásica, no sólo nos basamos en la propia experiencia sino en una experiencia universal: México ha tenido una revolución capitalista

e históricamente no se sabe de un solo país que habiendo tenido una revolución capitalista y varios años de estabilidad y desarrollo haya tenido otra revolución. En cuanto al modelo clásico de la democracia y el capitalismo euroamericano es un modelo que lejos de repetirse en el desarrollo de los países más atrasados y de las nuevas naciones, encuentra obstáculos permanentes, estructurales, mientras que por el contrario se repite el modelo del partido predominante y del desarrollo del capitalismo en México.

Al no variar todas las condiciones que impiden el tipo de desarrollo democrático clásico particularmente el factor de dominio de la gran potencia y la heterogeneidad interna de la población nacional no es creíble que se repita el modelo clásico y por el contrario es creíble que se desarrollen las formas democráticas representativas, liberales, críticas, etc., en el interior del sector participante, fenómeno que por lo demás tiene antecedentes en los procesos internacionales e internos de desarrollo y democracia. Efectivamente, si se considera el desarrollo a un nivel mundial y se olvidan por un momento las categorías nacionales, se ve que las regiones participantes del desarrollo, las metrópolis, se democratizan, mientras en las regiones marginales-coloniales no ocurre un proceso semejante. Aplicando este mismo modelo teórico a la evolución interna de una nación donde encontramos también las regiones desarrolladas y subdesarrolladas, los grupos y clases participantes y marginales, y ciertas formas estructurales que se pueden identificar con toda justicia a una especie de “colonialismo interno” es creíble que ocurra en el interior de la nación un proceso semejante, y que la democratización surja en el interior de los grupos participantes y con las características sui géneris que les impone el factor de dominio de la gran potencia. En esas condiciones parece lo más probable que la dinámica interior de la desigualdad se rompa por una expansión de los polos de crecimiento y de los espacios económicos desarrollados de la nación, por la fundación y expansión de nuevos polos de crecimiento, en un proceso de expansión de los universos económicos internos, que vaya aumentando en números relativos y absolutos la cantidad de la población participante del desarrollo hasta eliminar la existencia de una sociedad heterogénea con marginales y participantes, y llegar a una sociedad de clases característica de los países desarrollados. Que este proceso no sea alentador desde un punto de vista romántico, que suponga una larga etapa de evolución en que la democrati-

zación interna no alcance a los grupos marginales, y que la dinámica de la desigualdad que los afecta y el factor de dominio que sobre ellos ejercen los grupos participantes, sólo se rompan en forma indirecta y mediata por el incremento del mercado nacional, el crecimiento y surgimiento de los polos de crecimiento, la expansión de los universos económicos, y el establecimiento de servicios educacionales, no impide el que este proceso parezca ser el más viable de acuerdo con la estructura a que ha llegado el país y si nos basamos en las experiencias históricas. En todo caso la solución que encuentre México a su desarrollo constituirá una valiosa aportación para los países que hoy se encaminan a una situación parecida, y que viven experiencias y cambios también parecidos a los que México vivió hace años.

BIBLIOGRAFÍA

- Banco de México (1962). "Informe Anual".
- Cline, Howard F. (1962). *Mexico: Revolution to Evolution, 1940-1960*.
- González Casanova, Pablo (1962). "Sociedad plural y desarrollo económico". En prensa.
- González Casanova, Pablo (1963). "La democracia en México. estructura política y desarrollo económico". Inédito.
- Nacional Financiera (1962). "Informe Anual".
- Navarrete Ifigenia M. De (1960). "La distribución del ingreso y el desarrollo económico de México".
- Presidencia de la República. "50 años de Revolución mexicana en cifras".
- Ramírez Ramón (1962). "Tendencias de la Economía Mexicana".
- Secretaría del Patrimonio Nacional: "Memoria 1961".
- Varios: "Cincuenta años de Revolución". 4 vols. 1960.
- Yates Paul, Lamartine. (1962). "El desarrollo regional de México".

La sociedad plural¹

¹ Este texto se publicó originalmente en 1965 en *La democracia en México*. México: Era. (El texto se escribió en 1963 y se publicó hasta 1965).



I. MARGINALISMO Y DESARROLLO

El marginalismo, o la forma de estar al margen del desarrollo del país, el no participar en el desarrollo económico, social y cultural, el pertenecer al gran sector de *los que no tienen nada* es particularmente característico de las sociedades subdesarrolladas. No sólo guardan éstas una muy desigual distribución de la riqueza, del ingreso, de la cultura general y técnica, sino que con frecuencia —como es el caso de México— encierran dos o más conglomerados socioculturales, uno superparticipante y otro super marginal, uno dominante —llámese español, criollo o ladino— y otro dominado, llámese nativo, indio o indígena.

Estos fenómenos, el marginalismo o la no participación en el crecimiento del país, la sociedad dual o plural, la heterogeneidad cultural, económica y política que divide al país en dos o más mundos con características distintas, se hallan esencialmente ligados entre sí y ligados a su vez con un fenómeno mucho más profundo que es el *colonialismo interno*, o el dominio y explotación de unos grupos culturales por otros. En efecto, el “colonialismo” no es un fenómeno que sólo ocurra al nivel internacional, —como comúnmente se piensa— sino que se da en el interior de una misma nación, en la medida en que hay en ella una heterogeneidad étnica, en que se

ligan determinadas etnias con los grupos y clases dominantes, y otras con los dominados. Herencia del pasado, el marginalismo, la sociedad plural y el colonialismo interno subsisten hoy en México bajo nuevas formas; no obstante, tantos años de revolución, reformas, industrialización y desarrollo y configuran aún las características de la sociedad y la política nacional.

El marginalismo se puede medir de las más distintas maneras. Los censos mexicanos recogen datos de tipo universal y otros específicos que son de gran utilidad para analizar el fenómeno: así, registran la población que es analfabeta, la población que no come pan de trigo porque come exclusivamente maíz o no; come ni lo uno ni lo otro —hecho estrechamente vinculado a los niveles de vida y al marginalismo—, la población que no usa zapatos porque usa huaraches o anda descalza, la población en edad escolar que no va a la escuela, la población que no bebe leche, ni come carne o pescado.

Algunos de estos indicadores aparecen en todos los censos desde principios de siglo, otros no; pero en cualquier caso con los que existen podemos tener una imagen del problema actual y de su evolución en la época contemporánea.

1. En primer término, es conveniente precisar cómo el marginalismo, que se da en las ciudades, bajo formas por demás impresionantes, características del modo de vivir en las zonas de tugurios y los “cinturones de la miseria”, es un fenómeno que tiende, sin embargo, a asociarse de una manera muy estrecha a la vida rural. La sociedad marginal es predominantemente rural.
 - a) De acuerdo con el censo de 1960 existen en el país 27 980 000 habitantes de 6 o más años. De ellos, 17 410 000 son alfabetos y 10 570 000 son analfabetos. Entre la población urbana el número de alfabetos es de 10 750 000, el de analfabetos de 3 430 000. Entre la población rural el número de alfabetos es de 6 660 000, el de analfabetos es de 7 150 000. Esto es, que mientras en la población urbana el 76% es alfabeto, en la rural sólo el 48% es alfabeto, y mientras la población urbana sólo cuenta con un 24% de analfabetos, la población rural alcanza un 52%.
 - b) De acuerdo con el mismo censo de 1960, de un total de 33 780 000 habitantes mayores de un año, comían pan de trigo

160 000 y no comían pan de trigo 10 620 000. Entre la población urbana comían pan de trigo 14 940 000 y no comían pan de trigo 2 180 000, y entre la población rural comían pan de trigo 8 220 000 y no comían pan de trigo 8 430 000. Esto es, que mientras entre la población urbana sólo el 13% no comía pan de trigo entre la población rural se encontraba en esas circunstancias el 51% de los habitantes mayores de un año.

- c) En 1960, de acuerdo con el censo, 25 630 000 habitantes de uno o más años tomaban uno o más de estos alimentos: carne, pescado, leche y huevos, mientras 8 140 000 no tomaban ninguno de esos alimentos. Entre la población urbana comían uno o más de esos alimentos, 14 970 000 habitantes y no comían ninguno de esos alimentos 2 160 000. Entre la población rural 10 660 000 habitantes comían uno o más de esos alimentos, mientras 5 990 000 no comían ninguno de esos alimentos. Esto es, que entre la población urbana 87% comía carne, pescado, leche y huevos, y no comía ninguno de esos alimentos el 13% mientras entre la población rural los comía del 49% del total y no los comía el 51%.
- d) En 1960 usan zapatos 21 040 000 habitantes (de uno o más años), usan huaraches o sandalias 7 910 000 y andan descalzos 4 830 000. Esto es, que no usan zapatos 12 740 000 habitantes. Entre la población urbana usan zapatos 14 450 000 habitantes y no usan zapatos 2 680 000. Entre la población rural usan zapatos 6 590 000 y no usan zapatos 10 060 000. Así, el 84% de la población urbana usa zapatos y no usa zapatos el 16%, mientras sólo el 40% de la población rural usa zapatos y no los usa el 60%. Por lo que respecta a la población descalza, asciende a 1 010 000 en las ciudades y a 3 750 000 en el campo, esto es, que mientras en las ciudades el 6% de la población anda descalza en el campo anda descalza el 23%. El análisis estadístico de estos indicadores revela que el analfabetismo, el no comer pan de trigo, el no comer ni carne, ni pescado, ni leche, ni huevos, el no usar zapatos o el andar descalzo son fenómenos estrechamente asociados a la vida rural.

Se dan, es cierto, en las ciudades; pero no con la intensidad, con la magnitud que se dan en el campo.

2. De otro lado el análisis de estos mismos datos revela que la población que no come pan de trigo está vinculada con la que no toma leche; la que no toma leche con la que no usa zapatos, con la que es analfabeta, con la que no come pan de trigo, etcétera. Hay una especie de marginalismo integral. La población que es marginal en un aspecto tiene altas probabilidades de serlo en todos los demás, constituyendo una inmensa cantidad de mexicanos que no tienen nada de nada (Pozas y de la Fuente, (1957).

3. Si del estado actual del problema pasamos a su análisis en el tiempo observamos varios hechos muy importantes:

Aunque la proporción de la población marginal respecto de la población total ha ido disminuyendo a lo largo de estos cincuenta años, lo que revela un proceso de integración del país, la cantidad de población marginal ha ido aumentando en números absolutos y, de continuar las tendencias, aumentará todavía más en los próximos años.

Observando la variación relativa de algunos indicadores del marginalismo se advierten los siguientes cambios: a) La población rural constituye el 71.3% del total de la población en 1910; el 69% en 1921; el 66.5% en 1930; el 64.9% en 1940; el 57.4% en 1950; el 49.0% en 1960; b) La población analfabeta (de 11 o más años) constituye el 75.3% de ese grupo de edad en 1910; el 65.7% en 1921; el 61.5% en 1930. A partir de esa fecha los censos consideran al analfabetismo de la población de 6 o más años. En 1960 sabemos, sin embargo, que la población analfabeta de 10 o más años sólo constituye el 33.49%.

Los datos anteriores son por sí solos significativos de la integración del país a lo largo del periodo llamado de la revolución mexicana. Desgraciadamente no es fácil encontrar otros datos que permitan establecer series históricas de esa magnitud. Limitándonos pues a un periodo más corto (que va de 1930 a 1960, y en ocasiones de 40 a 60) encontramos un proceso similar de integración y desarrollo a través de otros indicadores: a) La población analfabeta de seis o más años constituye el 66.6% del total en 1930; el 58.3% en 1940; el 44.1% en 1950; el 37.8% en 1960. b) La población escolar de seis a catorce años

que no recibe educación escolar es el 48.7% del total de ese grupo de edad en 1930; el 54.7% en 1940; el 49.5% en 1950; el 36.6% en 1960. c) La población que no come pan de trigo es el 56.5% de la población de uno o más años en 1940; el 45.6% en 1950; el 31.4% en 1960. d) La población que no usa zapatos es el 51.5% en 1940; el 45.7% en 1950; el 37.7% en 1960 (respecto de la población de uno o más años).

La conclusión que se deriva del análisis de estas series en sus valores relativos, es que tanto la revolución mexicana, como el desarrollo económico del país coinciden con un proceso de integración nacional, de homogeneización de la población, y de disminución relativa del marginalismo en los más distintos terrenos. De aquí podemos derivar y derivamos conclusiones muy optimistas.

4. Pero estas circunstancias no impiden; sin embargo, que al contemplar el problema del orden de magnitud de la población marginal, considerada en números absolutos y al analizar sus tendencias generales se descubran los siguientes hechos: a) La población rural es de 10 810 000 habitantes en 1910; de 9 870 000 en 1921; de 11 010 000 en 1930; de 12 760 000 en 1940; de 14 810 000 en 1950; de 17 220 000 en 1960; b) la población analfabeta de 11 o más años es de 7 820 000 en 1910; de 6 970 000 en 1921; de 7 220 000 en 1930; de 7 980 000 en 1960.² c) la población analfabeta de seis o más años es de 9 020 000 en 1930; de 9 450 000 en 1940; de 9 270 000 en 1950; de 10 570 000 en 1960; d) la población escolar de seis a catorce años que no recibe educación es de 1 690 000 en 1930; de 2 550 000 en 1940; de 2 970 000 en 1950; de 3 120 000 en 1960; e) la población que no come pan de trigo es de 10 800 000 en 1940; de 11 380 000 en 1950; de 10 620 000 en 1960; f) la población que no usa zapatos es de 9 850 000 en 1940; de 11 410 000 en 1950; de 12 740 000 en 1960.
5. Por los datos anteriores se deduce que la población marginal de México ha venido creciendo a lo largo de estos cincuenta años, o ha permanecido numéricamente estancada. De continuar las mismas tendencias, la magnitud del problema de la población marginal será

2 En este último censo se considera la población de diez o más años.

en 1970 como sigue: a) Población analfabeta 10 700 000 (\pm 600 000); b) población en edad escolar que no recibe educación 3 650 000 (\pm 360 000); c) población que no come pan de trigo 10 600 000 (\pm 940 000); d) población que no usa zapatos 14 130 000 (\pm 120 000).

O para decirlo de otro modo, de continuar las mismas tendencias, México tendrá en 1970 una población analfabeta de una magnitud similar a la que tiene en 1960; tendrá una población en edad escolar (de 6 a 14 años) que no vaya a la escuela mayor que la de 1960, tendrá una población que no coma pan de trigo igual a la de 1960, tendrá una población que no use zapatos mayor que la de 1960.

6. Los hechos y tendencias anteriores dan lugar a una interpretación pesimista del proceso social. Pero si se manejan en sentido estricto y con visión de conjunto se tienen que relacionar no sólo con la integración del país, que se advierte del análisis en números relativos, sino con el crecimiento absoluto de la población que sí participa del desarrollo. En efecto, el crecimiento lineal o el estancamiento de la población marginal se compagina con un crecimiento exponencial de la población general, y de la población participante del desarrollo. Y el ritmo de incremento de la población participante es mucho mayor que el de la población general y por supuesto que el de la población marginal. Estos hechos se observan a través de las siguientes cifras: a) la población total es de 15 160 000 en 1910; de 14 330 000 en 1921; de 16 550 000 en 1930; de 19 650 000 en 1940; de 25 790 000 en 1950; de 34 920 000 en 1960; b) la población urbana es de 4 350 000 en 1910; de 4 470 000 en 1921; de 5 540 000 en 1930; de 6 900 000 en 1940; de 10 980 000 en 1950; de 17 700 000 en 1960; c) la población alfabetizada de 11 o más años es de 2 990 000 en 1910; de 3 560 000 en 1921; de 4 530 000 en 1930; de 15 850 000 en 1960 (de diez o más años); d) la población alfabetizada de seis o más años es de 4 530 000 en 1930; de 6 770 000 en 1940; de 11 770 000 en 1950; de 17 410 000 en 1960; e) la población que come pan de trigo es de 8 320 000 en 1940; de 13 590 000 en 1950; de 23 160 000 en 1960; f) la población que usa zapatos es de 9 260 000 en 1940; de 10 770 000 en 1950; de 21 040 000 en 1960; g) la población de seis a 14 años que recibe educación es

de 1 790 300 en 1930; de 2 110 000 en 1940; de 3 030 000 en 1950; de 5 400 000 en 1960.

Los datos anteriores nos explican el que haya disminuido en forma relativa la población marginal, pues, aunque en números absolutos se haya estancado e incluso crecido, paralelamente y a un ritmo mucho mayor ha crecido la población participante del desarrollo.

7. De la dinámica general y la tendencia de estos hechos se da uno cuenta con más claridad y bajo una perspectiva distinta cuando se repara en las tasas de crecimiento de la población marginal y de la población participante:

Cuadro A

Tasas de crecimiento de la población marginal y participante (1910-1960)

| <i>Tasas de crecimiento de la población</i> | <i>1910-1921</i> | <i>1921-1930</i> | <i>1930-1940</i> | <i>1940-1950</i> | <i>1950-1960</i> |
|---|------------------|------------------|------------------|------------------|-------------------|
| Total | -5.44 | 15.47 | 18.73 | 31.22 | 35.40 |
| Rural | -8.71 | 11.57 | 15.84 | 16.07 | 16.27 |
| Urbana | 2.69 | 24.07 | 24.47 | 59.25 | 61.19 |
| Analfabeta (De 11 o más años) | -10.78 | 3.58 | 3.49 | 3.49 | 3.49 ³ |
| Alfabeta (De 11 o más años) | 19.14 | 26.93 | 83.41 | 83.41 | 83.414 |
| Analfabeta (De 6 o más años) | | | 4.79 | -1.87 | 14.02 |
| Alfabeta (De 6 o más años) | | | 49.62 | 73.79 | 48.00 |
| Que no comen pan | | | | 5.44 | -6.72 |
| Que sí comen pan | | | | 63.33 | 70.38 |
| Que no usa zapatos | | | | 15.79 | 11.66 |
| Que sí usa zapatos | | | | 16.28 | 95.28 |
| Que no recibe educación | | | 50.55 | 16.54 | 4.86 |
| Que sí recibe educación | | | 18.33 | 43.41 | 78.16 |

Fuente: Elaboración propia, 1963.

3 De 11 o más años (1910, 1921, 1930) y 10 o más años 1960. De 1930 a 1960 se considera una tasa media.

Si se observa el cuadro A se advierte:

- a) Que las tasas de crecimiento de la población participante, consideradas por décadas son cada vez más altas en los siguientes casos: de la población urbana (periodo 1910-1960); de la población alfabetizada de 11 o más años (periodo 1910-30); de la población alfabetizada de seis o más años (periodo 1930-1960); de la población que come pan de trigo (periodo de 1930-1960); de la población que usa zapatos (periodo 1940-1960); de la población que recibe educación (periodo 1930-1960); b) que las tasas de crecimiento de la población marginal son siempre inferiores (y a veces varias veces inferiores) a las tasas de crecimiento de la población participante, a excepción de la década 30-40, en el renglón de la población que no recibe educación; c) que las tasas de crecimiento de la población marginal son negativas —esto es, suponen una disminución absoluta de la población marginal— sólo en el periodo bélico de la revolución (renglones de población rural y población analfabeta) en que la guerra civil mermó sobre todo a la población rural y analfabeta; en la década 1940-50 (renglones de población analfabeta) y en la década de 1950-60 (renglón de la población que no come pan de trigo); d) que las tasas de crecimiento de la población marginal presentan una tendencia creciente en el caso de la población rural (periodo 1910-60) y analfabeta (1940-60); y una tendencia decreciente en los siguientes casos: el de la población analfabeta (1921-1940); el de la población que no come pan de trigo (1940-1960); el de la población que no usa zapatos (1940-1960); el de la población que no recibe educación (1930-1960).

Estas tasas de crecimiento descubren los procesos de integración nacional y de participación económica y social en las distintas décadas, y revelan que la velocidad que adquiere la población participante es cada vez mayor, década por década. Revelan igualmente que las tasas de crecimiento de la población marginal son decrecientes en la mayoría de los casos, es decir, que la población marginal crece cada vez a una menor velocidad. (Entre

las principales excepciones se encuentra la población rural, que tiene tasas crecientes). Revelan, en fin, que la velocidad con que crece la población participante es superior a la velocidad con que crece la población marginal, y que, sin embargo, es insuficiente para disminuir en cifras absolutas el número de mexicanos marginales, salvo en la década 1940-50, por lo que se refiere a la población analfabeta y en la década 1950-60 por lo que se refiere a la población que no come pan de trigo.

8. Haciendo un balance de todos estos datos se derivan algunas conclusiones muy importantes, directamente vinculadas a los problemas actuales de la política y el desarrollo: a) A la integración del país, a la disminución relativa de la población marginal y al incremento absoluto de la población participante —datos todos ellos halagüeños— corresponde sin embargo un incremento absoluto de la población marginal. Esto es, que si hoy existe en México una proporción menor de población marginal; sin embargo, en números absolutos, hay una cantidad mayor que en el pasado de mexicanos marginales, que constituyen un problema —económico, cultural y político— de magnitud nacional; y b) que esta población marginal tiende a ubicarse en el campo y a ser marginal no sólo en un aspecto sino en varios a la vez, con lo que tenemos una población marginal integral, desprovista —según los indicadores que hemos usado— de todos los bienes mínimos del desarrollo, de la alimentación, el calzado, la educación, etcétera. Ambos hechos constituyen el reto más vigoroso al desarrollo del país y a la política nacional, y dan a la estructura social de México las características de una sociedad dividida en dos grandes sectores, la de aquellos mexicanos que participan del desarrollo y la de aquellos que están al margen del desarrollo, que son marginales al desarrollo. La dinámica interna de la desigualdad presenta pues esta primera característica que no se puede ignorar ni en la descripción ni en la explicación de los grandes problemas nacionales.

II. MARGINALISMO Y SOCIEDAD PLURAL

La sociedad típicamente dual o plural está formada por el México ladino y el México indígena; la población supermarginal es la indígena, que tiene casi todos los atributos de una sociedad colonial.

La división entre los dos Méxicos —el participante y el marginal, el que tiene y el que no tiene— esboza apenas la existencia de una sociedad plural, y constituye el residuo de una sociedad colonial; pero las relaciones entre el México ladino y el México indígena tipifican de una manera mucho más precisa el problema de la sociedad plural y del colonialismo interno. Desgraciadamente al analizar estos fenómenos encontramos muy pocos elementos. Para el análisis de la sociedad plural disponemos de un indicador: el idioma. Para el análisis del colonialismo interno sólo contamos con indicadores indirectos, que revelan la existencia de una discriminación y de una explotación semicoloniales: 1. La proporción de mexicanos que no hablan español porque hablan exclusivamente una lengua o dialecto indígena es de 8.4% en 1930; de 3.8% en 1940; de 3.6% en 1950; de 3.8% en 1960 (respecto de la población de 5 o más años). 2. En números absolutos las cifras son como siguen: 1190 000 en 1930; 1240 000 en 1940; 800 000 en 1950 y 1104 000 en 1960. 3. La población que hablando una lengua o dialecto indígena habla o “chapurrea” el español, y que, como han observado los antropólogos, es una población de cultura predominantemente indígena, que no pertenece o no está integrada a la cultura nacional alcanza las siguientes proporciones: 7.6% en 1930; 7.5% en 1940; 7.6% en 1950; 6.4% en 1960. 4. En números absolutos las cifras son como siguen: 1 070 000 en 1930; 1 250 000 en 1940; 1 650 000 en 1950; 1 930 000 en 1960. 5. La suma de la población indígena monolingüe y de la bilingüe constituye en números gruesos, conservadores, el problema de la población indígena, no integrada a la cultura nacional. Su proporción ha variado como sigue respecto al total de población de 5 o más años: 16% en 1930; 14.8% en 1940; 11.2% en 1950; 10% en 1960. 6. En números absolutos las cifras son como siguen: 2 250 000 en 1930; 2 490 000 en 1940; 2 450 000 en 1950; 3 030 000 en 1960.

Frente a ella la población de cultura nacional presenta las siguientes características: 1. Es el 83.9% del total de 5 o más años en 1930; el 85.1% en 1940; el 88.8% en 1950; el 90% en 1960. 2. En números absolutos corres-

ponde a 11 790 000 habitantes en 1930; a 14 300 000 en 1940; a 19 370 000 en 1950; a 25 970 000 en 1960. Si se observan los datos anteriores se advierten los siguientes hechos: 1) La proporción de la población indígena monolingüe disminuye de 1930 a 1940 y de 40 a 50, y vuelve a aumentar de 1950 a 1960. 2) La cantidad de la población indígena monolingüe permanece prácticamente igual a lo largo de estos treinta años. En números absolutos, sólo disminuye en 1950 respecto de 1940, pero aumenta de 50 a 60, y en 60 es prácticamente igual a lo que era en 1930. 3) La proporción de la población indígena bilingüe permanece prácticamente igual de 1930 a 1950 y disminuye entre 1950 y 60. 4) En números absolutos la población indígena bilingüe tiene un aumento constante década por década y en todo el periodo. 5) La proporción de la población monolingüe y bilingüe, esto es, del total de la población indígena disminuye década por década y a lo largo del periodo 1930-60. 6) En números absolutos aumenta de 1930 a 1940, disminuye de 1940 a 1950 y vuelve a aumentar en 60. 7) La población de cultura nacional aumenta en números absolutos, década por década y a lo largo del periodo. De las características de este fenómeno se da uno mejor cuenta si se analizan las:

Tasas de crecimiento de la población de cultura nacional y de la población indígena (1930-1940)

| Tasas de crecimiento de la población | 1930-1940 | 1940-1950 | 1950-1960 |
|--------------------------------------|-----------|-----------|-----------|
| Total | 18.73 | 31.22 | 35.40 |
| Rural | 15.84 | 16.07 | 16.27 |
| Monolingüe | 4.36 | -35.72 | 26.47 |
| Bilingüe | 17.66 | 31.79 | 16.52 |
| Monolingüe-bilingüe | 10.66 | -1.73 | 23.80 |
| De cultura nacional | 18.42 | 35.49 | 34.04 |

Fuente: Elaboración propia, 1963.

Las cifras anteriores nos llevan a las siguientes conclusiones: 1) Que las tasas sólo son negativas y por lo tanto suponen una disminución absoluta

en la década 40-50 por lo que respecta a la población monolingüe y a la suma de la población monolingüe y bilingüe. Como no es de suponer que en esa década haya disminuido la natalidad o aumentado la mortalidad de los indígenas, parece ser que es la única década en que aumenta el número de aquellos que aprenden el español y se integran a la cultura nacional; o bien que hay una subestimación de la población monolingüe en el censo de 50, hecho que se puede dar al mismo tiempo que el anterior. 2) En esa misma década de 40-50 la población bilingüe y la población nacional alcanzan las tasas más altas de crecimiento, hecho significativo sobre todo por lo que respecta a la población bilingüe, en tanto que parece crecer a expensas de la monolingüe, lo que supone el aprendizaje del español por grandes núcleos de indígenas que conservan sus lenguas y dialectos. 3) En la década de 1950-60 la población monolingüe crece a un ritmo mucho mayor que la rural, la monolingüe-bilingüe a un ritmo mayor, la bilingüe a un ritmo igual.

Ahora bien, todos estos datos y los anteriores nos llevan a una conclusión muy sencilla: Si bien la proporción de la población indígena disminuye en estos treinta años, en números absolutos aumenta la cantidad de indígenas. La situación, parece ser todavía más notable en la última década, en que los censos registran a la vez un aumento relativo y absoluto de la población monolingüe, un aumento absoluto de la población bilingüe, un aumento absoluto de la población indígena en general, y una alta tasa de crecimiento, casi increíble, de la población monolingüe y de la población indígena en general. Es posible considerar que el censo de 1950 subestimó la cantidad de población indígena, y que en realidad había más indígenas en 1950 de los que se censaron. Este hecho, implicaría que la situación real y la evolución del problema indígena en los últimos diez años, no es tan grave como parece, que no empeoró el problema indígena y la falta de integración de la población indígena a la cultura nacional, sino que mejoró el registro censal. Pero tal circunstancia no podría servir para negar otro hecho indiscutible: que la solución del problema indígena, no obstante ser uno de los grandes objetivos de la revolución mexicana, no obstante contar México con una de las escuelas de antropólogos más destacadas del mundo, y con técnicas de desarrollo que han probado su eficacia en lo particular y a pequeña escala, no obstante, eso, sigue siendo un problema de magnitud nacional. Es cierto que la proporción de indígenas respecto al total de la población ha

venido disminuyendo; pero es no menos cierto que en números absolutos la cantidad de mexicanos que no pertenecen a la cultura nacional ha aumentado de 2 a 3 millones de 1930 a 1960, y que lejos de ser más pequeño hoy el problema indígena en números absolutos es mayor en un tercio a lo que era en 1930. De continuar las tendencias, en 1970 tendremos una población monolingüe de 910 000 habitantes (más o menos 20 000) y una población indígena (monolingüe-bilingüe) de 3 130 000 habitantes, es decir, estaremos aproximadamente en la misma situación que ahora.

Y todos estos cálculos resultan conservadores: se basan sólo en los datos censales y en el criterio lingüístico. La realidad los supera en mucho, porque como han observado los antropólogos Isabel H. de Pozas y Julio de la Fuente: “1. Con alguna frecuencia encuentran los investigadores que los datos censales respecto a idioma difieren mucho de la realidad y que la disminución que se observa cada 10 años en la población indígena monolingüe es más bien aparente, porque se censa, como hablantes de español, a indígenas que apenas hablan unas cuantas palabras de este idioma” y 2. Porque, con tal criterio (el lingüístico) la población indígena representa el 10% del total en 1960; pero si se toman otros indicadores, no menos importantes para definir al indígena, y ampliamente utilizados por los antropólogos, como la conciencia de pertenecer a una comunidad distinta de la nacional y aislada de las demás, o la cultura espiritual y material de tipo tribal o prehispánico, (Caso, 1958a) el número de indígenas “crece hasta llegar al 20 o 25%” y es en nuestros días de 6 y hasta de siete y medio millones de mexicanos.

Este problema es mucho más importante y trascendente de lo que se haya dicho hasta ahora, no sólo por las características esenciales que tiene —sobre las cuales no han hecho énfasis ni la antropología ni la política revolucionaria— sino porque no se reduce a un problema de los indígenas, sino que es un problema de la estructura nacional, constituye la esencia de la estructura del país, y por lo tanto no sólo sirve para explicar y analizar la conducta y situación de los indígenas sino la de los mexicanos en general, y con mucha mayor precisión y probabilidad objetiva que el simple análisis de la estructura de clases o de la estratificación social del país.

III. SOCIEDAD PLURAL Y COLONIALISMO INTERNO

Evidentemente la ideología del liberalismo, que considera a todos los indígenas como iguales ante el derecho, constituye un avance muy grande frente a las ideas racistas prevalecientes en la colonia. En la misma forma la ideología de la revolución constituye un avance no menos importante frente a las ideas darwinistas y racistas del porfirismo. Hoy el problema indígena es abordado como un problema cultural. Ningún investigador o dirigente nacional de México piensa —por fortuna— que sea un problema racial, innato. La movilidad social y política del país ha llevado a hombres de raza indígena a los más altos cargos y les ha permitido alcanzar el estatus social más elevado en la sociedad mexicana. Este fenómeno se ha dado desde la independencia y, particularmente, desde la revolución. Incluso la historiografía nacional y el culto de los héroes han colocado entre sus más altos símbolos a Cuauhtémoc, el líder de la resistencia contra los españoles y a Juárez, el presidente indio, el constructor del México moderno.

El mismo fenómeno ha sido registrado por los antropólogos a niveles nacionales y locales: los individuos de raza indígena que tienen cultura nacional pueden alcanzar el mismo *status* que los mestizos o los blancos, desde el punto de vista económico, político y de las relaciones personales y familiares. Un hombre de raza indígena con cultura nacional no resiente la menor discriminación por su raza: puede resentirla por su estatus económico, por su papel ocupacional o político. Nada más. Los hechos anteriores han llevado a la antropología mexicana a afirmar que el problema indígena es un problema cultural. Esta afirmación representa un avance ideológico frente al racismo predominante de la ciencia social porfiriana. Desde el punto de vista científico se trata de una afirmación que corresponde a la realidad. Sin embargo, no la explica en todas sus características esenciales.

El problema indígena es esencialmente un problema de colonialismo interno. Las comunidades indígenas son nuestras colonias internas. La comunidad indígena es una colonia en el interior de los límites nacionales. La comunidad indígena tiene las características de la sociedad colonizada.

Pero, este hecho no ha aparecido con suficiente profundidad ante la conciencia nacional. Las resistencias han sido múltiples y son muy poderosas. Acostumbrados a pensar en el colonialismo como un fenómeno internacio-

nal, no hemos pensado en nuestro propio colonialismo. Acostumbrados a pensar en México como antigua colonia o como semicolonia de potencias extranjeras, y en los mexicanos en general como colonizados por los extranjeros, nuestra conciencia de ser a la vez colonizadores y colonizados no se ha desarrollado. A este hecho ha contribuido la lucha nacional por la independencia —lucha antigua y actual— que ha convertido a los luchadores contra el coloniaje en héroes nacionales. A oscurecer el fenómeno, también ha contribuido, en forma muy importante, el hecho universal de que el coloniaje interno como el internacional presenta sus características más agudas en las regiones típicamente coloniales, lejos de las metrópolis, y que mientras en éstas se vive sin prejuicios colonialistas, sin luchas colonialistas, e incluso con formas democráticas e igualitarias de vida, en las colonias ocurre lo contrario: el prejuicio, la discriminación, la explotación de tipo colonial, las formas dictatoriales, el alineamiento de una población dominante con una raza y una cultura, y de otra población —dominada— con raza y cultura distintas. Esto es lo que también ocurre en México: en las áreas de choque, en las regiones en que conviven los indígenas y los “ladinos” se dan el prejuicio, la discriminación, la explotación de tipo colonial, las formas dictatoriales y el alineamiento racial-cultural de las poblaciones dominantes y dominadas. La diferencia más notable que hay con el colonialismo internacional desde el punto de vista social es que algunos miembros de las comunidades indígenas pueden escapar física y culturalmente de las colonias internas, irse a las ciudades y ocupar una posición, o tener una movilidad semejante a la de los demás miembros de las clases bajas sin antecedentes indígenas culturales. Pero éste es un proceso que se reduce a pocos individuos y que no acaba con el colonialismo interno. El colonialismo interno existe donde quiera que hay comunidades indígenas, y de su existencia puede uno darse cuenta hurgando en los trabajos de los antropólogos mexicanos, y viendo cómo en todos y cada uno de ellos se habla de fenómenos que analizados en forma sistemática corresponden exactamente a la definición histórica del colonialismo: estos fenómenos afectan a los amuzgos, a los coras, cuicatecos, chatinos, chinantecos, choles, huastecos, huaves, huicholes, mayas, mayos, mazahuas, mazatecos, nahoas, mixes, mixtecos, otomíes, popolocas, tarahumaras, tarascos, tepehuanos, tlapanecos, tojolabales, totonacas, tzeltales, tzotziles, yaquis, zapotecos, es

decir a una población de varios millones de mexicanos, muchas veces mayor de la que corresponde a las colonias que conserva España. (Para el sector monolingüe de estas poblaciones.

Las formas que presenta el colonialismo interno son las siguientes:

1. Lo que los antropólogos llaman el “Centro Rector” o “Metrópoli” (San Cristóbal, Tlaxiaco, Huauchinango, Sochiapan, Mitia, Ojitlán, Zaca-poaxtla) ejerce un monopolio sobre el comercio y el crédito indígena, con “relaciones de intercambio” desfavorables para las comunidades indígenas, que se traducen en una descapitalización permanente de éstas a los más bajos niveles. Coincide el monopolio comercial con el aislamiento de la comunidad indígena respecto de cualquier otro centro o mercado; con el monocultivo, la deformación y la dependencia de la economía indígena.
2. Existe una explotación conjunta de la población indígena por las distintas clases sociales de la población ladina. La explotación es combinada como en todas las colonias de la historia moderna, mezcla de feudalismo, capitalismo, esclavismo, trabajo asalariado y forzado, aparcería y peonaje, servicios gratuitos. Los despojos de tierras de las comunidades indígenas tienen las dos funciones que han cumplido en las colonias: privar a los indígenas de sus tierras y convertirlos en peones o asalariados. La explotación de una población por otra corresponde a salarios diferenciales para trabajos iguales (minas, ingenios, fincas de café), a la explotación conjunta de los artesanos indígenas (lana, ixtle, palma, mimbre, cerámica), a discriminaciones sociales (humillaciones y vejaciones), a discriminaciones lingüísticas, a discriminaciones por las prendas de vestir; a discriminaciones —como veremos— jurídicas, políticas y sindicales, con actitudes colonialistas de los funcionarios locales e incluso federales, y por supuesto, de los propios líderes ladinos de las organizaciones políticas.
3. Esta situación corresponde a diferencias culturales y niveles de vida que se pueden registrar según sea la población indígena o ladina, aunque el registro de las diferencias no puede practicarse exclusivamente entre la población que habla lenguas indígenas y la que no las habla, en virtud de que una gran parte de la población campesina

cercana, no indígena, tiene niveles de vida tan bajos como aquella (De la Fuente, Marroquín, 1956; Mendizábal, 1946, De la Peña, 1946; Vivó, 1947; Beltrán y Pozas, 1954).

Así, se advierten entre las comunidades indígenas hechos como los siguientes: economía de subsistencia predominante, mínimo nivel monetario y de capitalización; tierras de acentuada pobreza agrícola o de baja calidad (cuando están comunicadas) o impropias para la agricultura (sierras) o de buena calidad (aisladas); agricultura y ganadería deficientes (semillas de ínfima calidad, animales raquícos, de estatura más pequeña que los de su género; técnicas atrasadas de explotación, prehispánicas o coloniales, (coa, hacha, malacate); bajo nivel de productividad; niveles de vida inferiores al campesino de las regiones no indígenas (insalubridad, alta mortalidad, alta mortalidad infantil, analfabetismo, raquitismo); carencia acentuada de servicios (escuelas, hospitales, agua, electricidad); fomento del alcoholismo y la prostitución (por los enganchadores y ladinos), agresividad de unas comunidades contra otras (real, lúdica, onírica), cultura mágico-religiosa y manipulación económica (que es la realidad del tequio y de la economía de prestigio) y, también como veremos, manipulación política.

Todos y cada uno de estos fenómenos corresponden a la esencia de la estructura colonial y se encuentran en las definiciones y explicaciones del colonialismo desde Montesquieu hasta Myrdal y Fanon; todas ellas se encuentran dispersas en los trabajos de los antropólogos y viajeros de México, y constituyen el fenómeno de colonialismo interno, característico de las regiones en que conviven el indígena y el ladino, pero característico *también* de la *sociedad nacional* en la que hay un *continuum* de colonialismo desde la sociedad que reviste íntegramente los atributos de la colonia hasta las regiones y grupos en que sólo quedan resabios. Por ello si el colonialismo interno afecta a tres millones de indígenas —con el criterio lingüístico—, a siete millones con el criterio cultural, a casi doce con el “Índice de la Cultura Indo colonial Contemporánea” que ideó Whetten (1953), en realidad abarca a toda la población marginal y penetra en distintas formas y con distinta intensidad —según los estratos y regiones— a la totalidad de la cultura, la sociedad y la política en México.

El problema indígena sigue teniendo magnitud nacional: define el modo mismo de ser de la nación. No es el problema de unos cuantos habitantes, sino el de varios millones de mexicanos que no poseen la cultura nacional y también de los que sí la poseen. De hecho, este problema, relacionado con el conjunto de la estructura nacional, tiene una función explicativa mucho más evidente que las clases sociales, en una sociedad preindustrial, donde éstas no se desarrollan aún plenamente con su connotación ideológica, política y de conciencia de grupo, de clase.

IV. MARGINALISMO, SOCIEDAD PLURAL Y POLÍTICA

El marginalismo social y cultural tiene relaciones obvias con el marginalismo político; influye y es influido por el marginalismo político. Para entender la estructura política de México es necesario comprender que muchos habitantes son marginales a la política, no tienen política, son objetos políticos, parte de la política de los que sí la tienen. No son sujetos políticos ni en la información, ni en la conciencia, ni en la organización, ni en la acción.

Vamos a tomar dos indicadores de este problema: la información y la votación, dejando para más tarde el análisis del marginalismo respecto de la afiliación en partidos y sindicatos.

1. Las tres principales ciudades de México, que en 1964 tienen aproximadamente el 19% de la población, poseen el 57% del tiraje de periódicos; a la Ciudad de México, que tiene el 15% de la población, le corresponde el 48% del tiraje; o para decirlo en otra forma de 4.200.000 ejemplares que tiran los periódicos en el país 2.400.000 corresponden a la Ciudad de México, a Guadalajara y a Monterrey. Nada más en la Ciudad de México se tiran 2 millones de ejemplares. Al resto del país, con el 81% de la población, corresponde el 43% del tiraje. Y si bien es cierto que, los grandes periódicos de la capital circulan en el interior de la república, su circulación en provincia es, por término medio, una cuarta parte del tiraje total, que es la más alta proporción de periódicos de mayor circulación en el interior: *Excélsior* y *Últimas*

Noticias, Novedades, El Universal, La Prensa, El Sol (edición matutina y vespertina) y *El Herald*o.

Como es natural la circulación se limita fundamentalmente a la población urbana, con lo que el 50% de la población, o más, carece de la información periodística que es básica para estar enterado, para tener el tipo de información —nacional e internacional— que es característica de la política del siglo xx. Y aunque algunos piensen, como Lerdo de Tejada, que entre la prensa que tenemos y el pueblo lo mejor es el desierto, la verdad es que el aislamiento, la falta de comunicación y la ausencia de los males de una moderna enajenación, sólo dan pábulo a un tipo de enajenación y de ignorancia política propio de la sociedad cerrada, tradicional, o aldeana, e incluso arcaica, y plantean el problema de la lucha por el conocimiento político a un nivel mucho más bajo y rudimentario.

El problema del marginalismo en la información periodística es todavía más serio de lo que puede deducirse por las cifras anteriores. Si consideramos que cada periódico va por lo menos a una familia —como es costumbre calcular en los medios periodísticos— vemos que de los 8 millones de familias que hay en México en 1964, sólo 4.2 millones tienen periódicos mientras que 3.8 millones no lo tienen; o sea, el 52.5% sí tienen y el 47.5 no tienen periódico. Naturalmente estas proporciones varían de una entidad a otra porque mientras en el Ciudad de México—altamente urbanizada— hay un promedio de cinco periódicos por cada tres familias, en Campeche, Hidalgo, Oaxaca y Zacatecas, por ejemplo, más del 90% de las familias no tienen periódico.

2. La abstención de votar es un fenómeno universal y característico de todo régimen democrático. Siempre se da el caso de ciudadanos que no votan, por desinterés, por enfermedad, o como una forma de protesta. La proporción de la población que vota respecto de la población nacional es sin embargo inferior en México a la proporción de votantes de otros países más avanzados. En 1917 vota en México el 5% de la población, mientras en Estados Unidos de Norteamérica, en las elecciones presidenciales que se celebran un año antes vota el 18%;

en 1920, respectivamente en México y los Estados Unidos, votan el 8 y el 25%; en 1924 y 1928 en México vota el 11% y en Estados Unidos en esos mismos años el 25 y el 31%; en 1929, 34 y 40 vota en México el 13%, y en Estados Unidos (elecciones de 1932, 1936 y 1940) vota respectivamente el 32, 36 y 38%; en 1946, 52 y 58 vota en México el 10, 13 y 23% respectivamente y en Estados Unidos (en 1948, 52 y 56), el 33, 40 y 37%. En las elecciones presidenciales ocurridas en México en 1958 la proporción de votos se eleva considerablemente en virtud de que es acordado el derecho de voto a la mujer.

Los datos anteriores dan una idea muy burda del marginalismo en la votación. Un cálculo más cercano a la realidad y que permite eliminar la desviación que provocan los grupos de menores de edad es aquél que toma como punto de referencia a la población de 20 o más años. De acuerdo con la Constitución, desde el punto de vista de la edad, se tiene derecho a votar cuando se han cumplido 18 años y se es casado, o 21 años independientemente del estado civil. Tomando como base de comprobación la población masculina de 20 o más años —que es la que registran los censos— se aproxima uno con bastante exactitud a la población que teniendo derecho a votar no vota, que es marginal al acto definitivo de la lucha democrática. Con esta base —y las limitaciones que supone— advertimos que el marginalismo ha ido disminuyendo a lo largo del periodo revolucionario: en las elecciones de 1917 aproximadamente el 75% de los ciudadanos se quedan sin votar, en las de 1920 el 65%, en las de 1924 el 56%, en las de 1928 el 57%, en las de 1929 el 47%, en las de 1933 el 44%, en las de 1940 el 42%, en las de 46 el 58% en las de 52 el 42%. En las elecciones de 1958 y 1964 el punto de referencia debe cambiar por el ingreso de la mujer a la ciudadanía. Así, si se toma como base de comparación el total de hombres y mujeres, pensando que el no haber tenido derecho a votar las mujeres no era en realidad sino la consagración legal del marginalismo político de una gran parte de la población —aproximadamente la mitad de la población es de mujeres—, nos encontramos como es natural con que los puntos de partida fueron mucho más bajos. En efecto, con este punto de vista el marginalismo político comprende el 88% (1917), el 83% (1920), el 79% (1924), el 80% (1928), el 75% (1929), el 74% (1934), el 72% (1940), el 79% (1946), el 72% (1952), el 51% (1958), el 46% (1964).

Pero si se es optimista, al ver que mientras en 1917 de cada 10 ciudadanos no votaban 7, y que en 1964 ya sólo dejaban de votar 5, y si el optimismo aumenta cuando se piensa que no teniendo voto las mujeres sino hasta 1958, de los ciudadanos potenciales —hombres y mujeres— sólo votaba uno de cada diez en 1917 mientras que en 1964 votaron 5 de cada 10, si estos datos son optimistas, hay otros elementos que reducen el optimismo, y que cualquier espíritu crítico aducirá de inmediato, como los que se refieren al respeto del voto, a la información y conciencia política con que se vota, etcétera. Sin considerar estos elementos, los números absolutos de la votación nos revelan que si bien la proporción de marginales tiene una obvia tendencia a disminuir —tendencia que se refuerza al acordar el derecho de voto a la mujer—, el total de ciudadanos que no votan se mantiene aproximadamente en dos millones desde las elecciones de 1917, para subir respectivamente a 3 y dos millones y medio en las elecciones de 1946 y 1952, pero considerando no sólo la población masculina sino la total, esto es, hombres y mujeres de 20 años o más que no votan, el número de marginales aumenta de 6 millones en 1917 a 9 millones en 1946 y 1952 para descender, con el voto de la mujer, a poco más de siete y medio millones en 1958 y ocho millones en las últimas elecciones presidenciales de 1964.

Por su parte la clase gobernante no puede ocultarse que la democratización es la base y el requisito indispensable del desarrollo, que las posibilidades de la democracia han aumentado en la medida en que ha aumentado el ingreso per cápita, la urbanización, la alfabetización; que subsisten obstáculos serios y de primera importancia como la sociedad plural y que el objetivo número uno debe ser la integración nacional; que la condición prefascista de las regiones que han perdido estatus amerita planes especiales de desarrollo para esas regiones; que las regiones con cultura tradicionalista, con población marginal considerable, sin derechos políticos, sin libertad política, sin organizaciones políticas funcionales, son los veneros de la violencia, y exigen para que ésta no surja esfuerzos especiales para la democratización y la representación —política— de los marginales y los indígenas y tareas legislativas, políticas y económicas que aseguren el ingreso de esa población a la vida cívica, la admisión e integración de los estratos marginales a una “ciudadanía económica y política plena”; que es necesario acentuar la unidad de nuestra cultura política secular y mantener el princi-

pio constitucional de que los alineamientos políticos no deben estar ligados a los religiosos; que es necesario redistribuir el ingreso y mantener y organizar a la vez las presiones populares y la disciplina nacional, que es necesario a la vez democratizar y mantener el partido predominante, e intensificar el juego democrático de los demás partidos, lo cual obliga a la democratización interna del partido como meta prioritaria, y a respetar y estimular a los partidos de oposición revisando de inmediato la ley electoral; que la democratización del partido debe estar ligada a la democratización sindical y a la reforma de muchas de las leyes e instituciones laborales, entre otras tareas; que un desarrollo económico constante es el seguro mínimo de la paz pública, y que para lograr estas metas la personalidad del presidente, el carácter técnico del plan, y la democratización del partido son requisitos ineludibles, en un país en que el presidente tiene una extraordinaria concentración del poder, en un momento en que ya no se puede ni desconfiar de los planes técnicos ni hacer demagogia con ellos, y en una etapa en que se necesita canalizar la presión popular, unificando al país, para la continuidad y aceleración de su desarrollo y, dejar que hablen y se organicen las voces disidentes para el juego democrático y la solución pacífica de los conflictos.

Con las nuevas metas que representan un evidente avance al consagrarse el derecho de voto de la mujer, y tomando como referencia el total de ciudadanos hombres y mujeres, los no votantes son más de siete millones y medio y la marginalidad absoluta sólo baja con respecto a las elecciones de 1946 y 52 en que los no votantes hombres y mujeres habían alcanzado nueve millones y nueve millones cuatrocientos mil respectivamente. Y es aquí, como en la marginalidad social y cultural, el desarrollo de México y de sus instituciones, no obstante, la magnitud y velocidad que alcanza, y que logra disminuir en números relativos la marginalidad política, no ha podido superar la explosión demográfica de la población socialmente marginal, con lo que hoy tenemos —paradójicamente y a pesar del progreso relativo— más ciudadanos sin voto, y en la medida en que el voto sea representativo de la política más ciudadanos sin política.

La interpretación demagógica —apologética o crítica— que se puede hacer, según se tomen unos u otros datos, es evidente. Pero si se analiza con cuidado su significación se advierte que son compatibles estas dos afirmaciones:

1. El país se ha desarrollado cultural y políticamente se ha integrado como nación y su cultura social y política se ha vuelto relativamente más homogénea de lo que fue en el pasado. La proporción y la cantidad de ciudadanos que votan pasa del 12% en 1917 al 54% en 1964, de 812 900 en 1917 a 9 400 000 en 1964; pero
2. La población nacional ha crecido con tanta velocidad que hoy el número absoluto de marginales —sociales, culturales y políticos— es mayor que en el pasado.

La verdad es que es posible colocarse en la perspectiva que se quiera, pero si la primera nos indica que hemos resuelto problemas, la segunda nos indica la magnitud de los problemas que debemos resolver entre los que se encuentran: el hecho de que casi cuatro millones de familias no tienen la información política del México moderno; de que más del 50% del total viven al margen de la información política nacional directa, y poseen sólo una información local o verbal, coincidente en gran medida con la falta de una conciencia nacional, actualizada, al día, operante; el hecho de que en las últimas elecciones presidenciales no votaron aproximadamente 8 millones de ciudadanos que deberían haber votado, cantidad que aumentó considerablemente en las elecciones de diputados y en las de otros puestos representativos, y que deja al margen del sufragio a una parte considerable de la ciudadanía: al 50% aproximadamente. Estos hechos son indudables. No se prestan a la menor interpretación demagógica. Nos indican la existencia de una estructura social, en que es marginal a la política democrática por lo menos el 50% de la población.

Los datos y proporciones anteriores pueden ser sometidos a una crítica más rigurosa. Los indicadores que hemos tomado son el número de periódicos que deberían informar y de votos, que tras sí deberían representar el sufragio efectivo; las estadísticas que hemos manejado son las que proporcionan los propios organismos, periódicos y archivos oficiales. ¿Qué hay de cierto en todo ello? ¿Cuántas verdades ocultan sobre información serena y racional, sobre la ausencia de una discusión cívica en que se escucharan los más distintos y opuestos criterios de la ciudadanía, de sus líderes e intelectuales, para que el ciudadano los analice, los critique y pondere? No es necesario llegar a estos terrenos para darse cuenta de que en México,

estructuralmente, una gran parte del pueblo está al margen del ingreso, de la cultura, de la información, del poder. Con las estadísticas proporcionadas por los propios periódicos, con los propios datos oficiales, se percibe la existencia de un marginalismo político que afecta al conjunto de la sociedad nacional. El hecho requiere una actitud especial, una cuidadosa reflexión, y nuestra preocupación no debe consistir en buscar al culpable —gobierno o prensa— sino simplemente en reconocer y descubrir la estructura en que vivimos, en desenvolverla, en esclarecerla ante la conciencia nacional como la realidad en que opera y operará cualquier proyecto de vida democrática, y como un límite, como una barrera resistente a los modelos de participación democrática, límite con el que es necesario contar y que es necesario rebasar si queremos que aumente la vida democrática del país. No se puede olvidar que existe un México social y políticamente marginal al hablar en serio de democracia, o de estabilidad política o de progreso nacional o de desarrollo económico.

V. COLONIALISMO INTERNO, SOCIEDAD PLURAL Y POLÍTICA

No conocemos estudios serios y sistemáticos sobre la manipulación política de los ciudadanos. Por la prensa y la experiencia cotidiana, por los debates públicos en que se mezclan la verdad, la pasión y la demagogia sabemos vagamente que existe el voto automático, el voto colectivo; que se dan fenómenos de fraude electoral, de venta de votos, de colocación en las urnas de votos prefabricados, de elecciones en que votan los muertos, etcétera. Pero ignoramos hasta qué punto se trata de fenómenos generales, o localizados en ciertas zonas, o que ocurren en unos momentos y en otros no.

Es muy difícil hacer una estadística de la forma máxima de manipulación de la ciudadanía que es el fraude electoral, o hacer una geografía del fraude, hacer un análisis estratificado del fraude por regiones, cultura, grupo o clase. Si en general la investigación de los fenómenos políticos presenta obstáculos considerables, este tipo de investigación que nos permitiría hacer generalizaciones fundadas es más difícil aún. Indirectamente veremos el problema al analizar cómo se manifiesta la oposición en el país, dónde se manifiesta más y dónde menos. Aquí vamos a limitarnos a formu-

lar un simple esbozo de la forma en que unos ciudadanos son manipulados por otros en la sociedad típicamente plural, donde el indígena y el ladino se encuentran y hacen política. Sus ecos en el conjunto de la conciencia y la cultura nacional quizás servirán para esclarecer la condición política de los mexicanos, y para hacer estudios más precisos y generales en el futuro.

En el México indígena hay dos tipos de autoridades, las tradicionales y las constitucionales (Fabila, 1959: 112), las que corresponden al gobierno indígena “que nuestro sistema constitucional no reconoce”, y las que corresponden al “gobierno municipal” (Aguirre 1953: 83-92), las que corresponden a “sistemas de tipo colonial y contemporáneo” (Cámara, 1948: 246). En ocasiones esta dualidad se complica: hay jefes de clan, caciques y autoridades “jurídicas” (Guiteras, 1948: 45-48). Más lejos de la conciencia política indígena está lo que los tarahumaras llaman “Tata Gobierno” —el gobierno estatal— y más lejos aún está “Guarura Gobierno”, el de la Ciudad de México, que sostiene los internados para sus “cúruhui” (niños) (Plancarte, 1954: 34). que manda los procuradores y maestros de escuela, o que manda los soldados, e incluso los aviones. Pero entre estas y muchas autoridades más que se pueden encontrar (gobernadores, alcaldes, alguaciles, jefes de policía) hay dos tipos principales de autoridades: unas de los indios y otras de los mestizos, aquéllas identificadas con la sola tradición y éstas con el derecho, aquéllas sirviendo al indio y éstas al ladino.

Todos los investigadores señalan un hecho. Las autoridades “tradicionales” son elegidas democráticamente, por sus méritos, en reuniones que a veces duran varios días. Los tarahumaras hacen carrera política “desde *topil* o *topiri* en que se comienza a servir al pueblo sin salario, en forma abnegada, honesta, leal e inteligente, hasta el puesto de gobernador *Tatuhuán* o *Itzocán*, y por último como retirado relativo o *Cahuitero*”. A las autoridades no se les paga. El pueblo las elige “por sus servicios abnegados, honestos, leales e inteligentes a la comunidad” (Fabila, 1959: 109-112). Y así pasaba en Sayula donde el pueblo elegía a sus autoridades tradicionales de entre los mejores (Guiteras, 1952: 112), y pasa con las autoridades tradicionales de la Tarahumara donde “cada hombre tarahumara es un funcionario en potencia y las elecciones dependen de la reputación de que se goza en la comunidad” (Benett y Zingg, 1935: 202), las elecciones se celebran en forma directa y por mayoría de votos. A las elecciones suceden en el gobierno asambleas, reu-

niones de las tribus previa convocatoria, juicios previo examen, discusiones sobre la conducta a seguir cuando no hay antecedentes jurídicos de un caso; deposición del poder cuando no se ejerce con honradez y eficiencia la autoridat; discursos de los jefes en que exponen los problemas del pueblo y se comprometen a ser fieles y honrados; plebiscitos.

Al leer a los antropólogos cuando se refieren a este gobierno tradicional de los indígenas, le acosa a uno la idea de que quizás han sido influidos por la imagen del “buen salvaje”. El sistema de gobierno que pintan parece casi ideal, seguramente idealizado. Sólo cuando se ve la imagen completa de la política en las zonas indígenas se entiende que esta democracia primitiva puede tener un carácter funcional. Sirve en efecto para defender a las tribus y comunidades —de escasísima estratificación— como un todo frente al acoso de los ladinos. En las zonas más estratificadas donde existe el “cacique indio” la situación cambia. El ladino lo utiliza como su intermediario, lo consulta para las decisiones, se sirve de él para el control político y económico de la comunidad. Pero en ambos casos los indígenas se enfrentan al poder ladino, formal, constitucional, y ven a sus intermediarios o representantes, como una especie de autoridades extranjeras.

Los “indios no gustan de tratar sus asuntos con las autoridades municipales, constituidas siempre por blancos o mestizos, y es por eso que se hacen justicia en la forma más indicada, y sólo recurren a los presidentes municipales y demás autoridades cuando tienen quejas contra algún blanco” (Basuari, 1929: 43). Los yaquis “no reconocen a otro estado que el suyo. Se consideran una nación autónoma, pero las circunstancias los han hecho por la realidad de la fuerza y no por la razón, admitir cierta injerencia de las instituciones de la República Mexicana” (Fabila, 1940: 159). Las autoridades constitucionales son representantes de los blancos y mestizos (Pozas, 1954: 159). Las designa el gobernador, de acuerdo con los blancos: cuando hay elecciones de este tipo de autoridades las planillas son confeccionadas por los delegados del poder estatal (Guiteras, 1952: 118). Por supuesto toda elección carece absolutamente de sentido: El “representante *constitucional*” ni remotamente representa a la comunidad. Las autoridades constitucionales son el instrumento de los ladinos. Los escribanos de la región Chamula representan los intereses del estado ladino (Pozas, 1954); las autoridades locales, “representadas generalmente por los mestizos, son para los tarahu-

maras, la maquinaria de que se valen *los chabochis* para legalizar sus abusos y mandarlos presos a Batopilas, Urique, o a cualquiera otra de las cabeceras municipales. Hay que obedecerlas porque no queda otro remedio” (Plan-carte, 1954). En cuanto al gobierno “municipal” sería ridículo negar que no está en manos de *los chabones*, quienes son los presidentes seccionales y los comisarios de policía. He ahí el motivo por el cual los tarahumaras se rehúyen a dar a conocer sus problemas a *los chabones* (Beltrán, 1953). Entre los tzeltales “algunos municipios libres pueden elegir representantes. También hay representantes en las agencias municipales. Generalmente estos puestos importantes son para los ladinos” (Villa, 1940). Entre los yaquis algunas dependencias gubernamentales “ponen al frente de las comisarías municipales a nativos de la misma tribu, incondicionales suyos (*torocoyoris*). El problema es sencillo: todas estas autoridades son de los ladinos y sirven a los ladinos. Desconocen y restan autoridad a las propias autoridades indígenas, las humillan de las más distintas formas y sirven a todo tipo de latrocinios, ataques, injusticias, vejaciones, humillaciones, explotaciones, provocaciones militares, ataques, y actos de violencia, desde los más arbitrarios hasta los más racionales, desde los que obedecen al capricho hasta que sancionan el robo de tierras o la eliminación líderes nativos.

No hay casi estudio de antropólogo, por descriptivo tímido que sea, que no registre este género de actos. La vida indígena es eso exactamente: la vida de pueblos colonizados. Y es de tal modo una vida típicamente colonial que hasta los servicios públicos que les prestamos desde el gobierno del centro, y que suelen oscurecer ante nuestra propia conciencia la situación real, son actos semejantes a los que cualquier metrópoli ejerce. Entre las comunidades indígenas hay medidas educacionales, pequeños programas de cambio social y hasta grupos de religiosos mexicanos y sobre todo extranjeros que hacen actos de caridad; pero nada de ello es extraño a la vida de las colonias. Que estas instituciones están produciendo efectos indirectos, sentando las bases para una actitud más decidida, y que, en torno a sus actividades de servicio social, educación y caridad, surgen efectos indirectos, de aculturación, de liberación; también es un hecho característico el desarrollo colonial. Que los caminos, la apertura de mercados, la expansión de la economía nacional —menor en esas zonas que en las puramente ladinas—, están sentando las bases de un cambio, es una historia semejante a la de las

antiguas colonias de África y Asia. Y el problema se complica, nuestra enajenación se incrementa porque —como dijimos arriba— tenemos un concepto de nosotros mismos como revolucionarios y anticolonialistas. Nuestras escuelas en México y las comunidades indígenas enseñan a conocer a Juárez; nuestros libros de texto enseñan que Juárez era indio, no sabía español, y que fue uno de los más grandes presidentes de México. Esto es bueno: esto distingue al niño indio de México del africano colonial al que se enseñaba el culto a los héroes de los conquistadores. Pero esto mismo nos impide identificarnos en la interpretación de nosotros mismos como colonialistas, ignorar el hecho de que en la realidad todos nuestros programas de desarrollo de las zonas indígenas se enfrentan a una debilidad política del centro frente a los intereses creados locales, intereses hilvanados con los estatales y que nos inhiben a nosotros mismos, dejando que sólo en acciones esporádicas rompamos la explotación colonial de los pueblos indígenas.

Es obvio que, del contacto de los dos gobiernos, el tradicional y el constitucional, el indio y el ladino, surge una imagen del hombre y la política. El indio tiene una imagen del blanco y su política. “Los de razón tienen un sistema y está bien; sus presidentes municipales conquistan sus puestos mediante la política, y sus jueces muchas veces venden la justicia, máxima cuando se trata de nosotros que no tenemos protección de arriba” (Tibón, 1961:125).

Los tarahumaras —(dice en 1954)— son legalmente ciudadanos mexicanos, con todos los derechos que les conceden, las obligaciones que les imponen las leyes. Sin embargo, en lo general desconocen su situación legal. Para ellos sólo los miembros de su grupo son su gente, los suyos. El resto son *chabochis*, gente extraña, que vino a meterse en su territorio, y que les acarrea molestias y perjuicios incontables; ladrones que les han arrebatado sus mejores tierras, que abusan de sus mujeres, que les roban su ganado, y que, en el mejor de los casos, realizan con ellos tratos y transacciones comerciales en que mañosamente siempre les quitan lo más para darles lo menos” (Plancarte, 1954: 34).

¿Qué hay de extraño que se interesen poco por la política formal, constitucional, nacional? No son sus leyes, ni su constitución, ni su nación. Su indiferencia por la política se debe a que su destino se decide fuera (Guiteras,

1952: 120). “Su abstención en las elecciones municipales, estatales o de la república es total ya que no les importa porque nada tiene de común con sus intereses” (Fabila, 1940: 48). Todo se explica. Su abstencionismo de votar, o la forma automática en que van a votar cumpliendo con las “ceremonias” del ladino; su conformismo, su ignorancia de la política “nacional”, de las leyes “nacionales”, su actitud de sumisión al paternalismo cuando *piden* humildes. No son ni pueden ser, en semejantes condiciones ciudadanos que exigen.

La imagen del blanco inspira la más profunda desconfianza: “Los esfuerzos de las autoridades (cuando los hay) no encuentran eco entre los moradores, por la desconfianza tan grande que sienten los indígenas por los mestizos, que siempre se han dedicado a explotarlos, vejarlos y humillarlos inicuaamente”. El propio indio tiene “un profundo escepticismo respecto de la paz [...] y hasta se ha creado una filosofía de la pobreza y la humildad” (Fabila, 1940: 150). Su mundo es la inseguridad: “Esta gente buena y trabajadora sufre el peor de los tormentos, el de la inseguridad” (Blom y Duby, 1955: 154), dice Blom hablando de los lacandones. La sentencia del zapoteca es muy significativa: “Soy indio, es decir, gusano que se cobija en la hierba: toda mano me evita y todo pie me aplasta (Mendieta y Núñez, 1949: 228). Sus reacciones ante el acoso, los despojos, los agravios de los mestizos y sus autoridades varían mucho: “no pueden tomar venganza y están tranquilos” (Plancarte, 1954) se “pliegan, se someten callados”, “aprenden el idioma ajeno para defender a sus compañeros (Guiteras, 1952) y defenderse, huyen y se desplazan o se extinguen -como los lacandones (Blom 1955, p.154) y guardan un rencor hierático, imperceptible a “los hombres del gobierno blanco” (Villa, 1946).

Y a esta imagen que el indio tiene del ladino y de las autoridades ladinas o constitucionales, se añade la imagen que el ladino tiene del indio. Y no pensamos en los antropólogos, en los historiadores de la historia de México, en los políticos del centro, en los maestros de buena fe, en los sacerdotes de espíritu moderno, sino en la autoridad que está frente al indio, manipulándolo, dominándolo, usando la coerción del gobierno local para la explotación colonial. La imagen que tiene esta autoridad local del indio es la imagen de un ser inferior, de un ser-cosa: “Las autoridades dicen de los habitantes de Jicaltepec: —es gente mala—” (Tibón, 1961: 125), son “flojos”,

“ladrones”, “mentirosos”, “buenos para nada” (Blom 1955, p.154) y este concepto del indio varía en cuanto el indio se acultura —aprende la lengua, se viste como ladino—.

Los ladinos en general, los que habitan los pueblos indígenas o viven de explotarlos en una u otra forma —escribe Calixta Guiteras— siempre los acusan de mentirosos, bandidos, sinvergüenzas. Nunca toman parte en sus fiestas y cuando lo hacen es con el pretexto de emborracharse más de lo acostumbrado. Existe una marcada discriminación hacia el indígena y un trato despectivo cuando no insultante. Cuando un indio ha aprendido a expresarse en lengua española y regresa al pueblo vestido de ladino, estos lo respetan y se guardan mucho de maltratarlo. Si su mujer e hijos adoptan el vestido ladino y se alejan de su grupo los ladinos lo tratan de igual a igual y sólo se recordará su pasado indígena en el momento de insultarlo (Guiteras, 1948: 61).

Otra cosa es cuando un indio se alza, se enfrenta. “Los mestizos consiguen conservar su hegemonía política por medio de la fuerza, de las armas, asesinando incluso a dirigentes indios”. Y en la generalidad —una generalidad que no podemos ignorar por toda la experiencia y todos los informes, aunque no dispongamos de datos estadísticos—: “los blancos y los mestizos (ciudadanos y autoridades) consideran a sus conciudadanos mixtecos (esto es aplicable a todos los indios) como desiguales a ellos”, y los tratan con una “brusquedad digna de los aventureros de la conquista”. La forma en que la autoridad mira al indio, en que lo hace sufrir, en que se divierte con él, en que se siente “inteligente” frente a él, en que lo humilla, en que lo intranquiliza, en que lo agrede, en que le habla de “tú”, todas son formas ligadas a la violencia del dominio y a la explotación colonial.

Desgraciadamente hasta hoy, la antropología mexicana, que por muchos conceptos nos ha permitido conocer la realidad de nuestro país, y que ha tenido un sentido humanista del problema indígena, nunca tuvo un sentido anticolonialista, ni en las épocas más revolucionarias del país. Influida por la metodología de una ciencia que precisamente surgió en los países metropolitanos para el estudio y control de los habitantes de sus colonias, no pudo proponerse como tema central de estudio el problema del indígena como un problema colonial y como un problema eminentemente político. Los datos dispersos que a lo largo de su obra se encuentran, tienen el carác-

ter de denuncia u obedecen a simples registros y descripciones. La distancia que hay entre estos estudios y los que pueden surgir en el futuro es la misma de la que surgió entre dos famosos antropólogos: Malinowski y Keniata, aquél inglés, éste negro, que se convirtió en líder de su pueblo y advirtió la necesidad de estudiar en forma sistemática el problema de la explotación y la política.

Quizás un estudio profundo de este tipo de relaciones nos permita conocer en el futuro el verdadero problema indígena, y ahondar más precisamente en su estrecha vinculación con el conjunto de la política mexicana. Porque si bien es cierto que cuando un indio se viste de ladino y aprende el español la autoridad lo trata de otro modo, es también cierto que en el conjunto de México las relaciones de autoridad y ciudadano suelen estar teñidas con los más distintos matices de violencia y desprecio, con reacciones que encuentran sus fuentes y sus características más típicas en las relaciones de la autoridad ladina con el “ciudadano” indio. El ejemplo que da Oscar Lewis en la familia Sánchez, de cómo tratan las autoridades al “pelado” de la ciudad, es uno de tantos ejemplos de este grave problema. Los fenómenos de agresividad política, de injuria polémica en la prensa (en que se ataca a las gentes como si fueran “torturados”) las actitudes que tiene el político de sentirse “muy vivo” y manipular como cosas a los ciudadanos; los sentimientos de ofensa violenta de la autoridad ante los individuos o grupos de *status* inferior que protestan y exigen en vez de solicitar suplicantes —se equiparan en el nivel nacional a las reacciones frente al indio alebrestado— así como su contraparte en grandes grupos de la ciudadanía no indígena: el conformismo, el abstencionismo, el automatismo ciudadano, el paternalismo, el escepticismo, la inseguridad, y una serie de fenómenos más que caracterizan nuestros principales defectos y males políticos y que impiden nuestro desarrollo democrático —el diálogo racional con los grupos que se organizan y protestan—, no se reducen ciertamente a las relaciones de ladinos y de indios. Si en las regiones indígenas el indio es indio y el ladino es autoridad y representa el “principio de autoridad”, en la política mexicana, el hombre juega los papeles de indio y ladino, según las circunstancias y clases. Por ello el conocimiento del indio como ser político, y de la autoridad ladina de los pueblos indígenas, es seguramente el mejor modo de conocer

al mexicano como ser político, en lo que tiene de más paciente o de más antidemocrático.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre Beltrán, Gonzalo. (1953). *Formas de gobierno indígena*. México: Imprenta Universitaria, pp. 83-92.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo, y Ricardo Pozas (1954). *Instituciones indígenas en el México actual*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Basauri, Carlos (1929). *Monografía de los tarahumaras*. México: Talleres Gráficos de la Nación, p. 43.
- Benett, Wendell Clark, y Robert M. Zingg (1935). *The Tarahumara, an Indian Tribe of Northern México*. Chicago: The University of Chicago.
- Blom, Frans, y Gertrude Duby (1955). *La selva Lacandona*. México: Editorial Cultura.
- Cámara Barbachano, F. (1948). *Cambios culturales entre los indios tzeltales del Alto Chiapas. Estudio comparativo de las instituciones religiosas y políticas de los municipios de Tenejape y Oxchua*. México: Escuela Nacional de Antropología.
- Caso, Alfonso (1958). "Definición del indio y de lo indio". *Indigenismo*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Fabila, Alfonso (1940). *Las tribus yaquis de Sonora. Su cultura y anhelada autodeterminación*. México: Primer Congreso Interamericano. Departamento de Asuntos Indígenas.
- Fabila, Alfonso (1959). *Los huicholes de Jalisco*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Guiteras, Calixta (1948). "Organización social de Tzeltales y Tzotziles". *América Indígena*. México, tomo VIII, núm. 1, pp. 45-48.
- Guiteras Holmes, Calixta (1952). *Sayula*. México: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.
- Marroquín. Alejandro D. (1956). "Problemas económicos de las comunidades indígenas de México". *Programa de un curso. (Mimeógrafo)*. México.
- Mendieta y Núñez, Lucio (1949). *Los zapotecos. Monografía histórica, etnográfica y económica*. México: Imprenta Universitaria.
- Mendizábal. Miguel O. de. (1946). "Los problemas indígenas y su más urgente tratamiento". *Obras completas* IV, México.
- Pavía Crespo (s.f.). "Los mixtecos de la Costa Chica". *El maestro rural*. Tomo VIII, núm. 6, p.14.
- Peña, Moisés T. de la (1946). "Panorama de la economía indígena de México". *1er. Congreso Indígena Interamericano*. Pátzcuaro.
- Plancarte, Francisco M. (1954). *El problema indígena Tarahumara*. México: Instituto Nacional Indigenista.

- Pozas, Isabel H. de, y Julio de la Fuente (1957). "El problema indígena y las estadísticas". *Acción indigenista*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Pozas, Ricardo (1959). *Chamula. Un pueblo indio de los Altos de Chiapas*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Primer Congreso Interamericano. Departamento de Asuntos Indígenas. México.
- Villa Rojas, Alfonso (1940). "Los mayas del actual territorio de Quintana Roo". *Enciclopedia*.
- Vivó, Jorge A. (1947). "Aspectos económicos fundamentales del problema indígena". *Revista América Indígena*, núm. 1, vol. III, enero.
- Whetten, Nathan L. (1953). "México rural". *Problemas agrícolas e industriales de México*. México, vol. v, núm. 2, pp. 245 y ss.
- Tibón, Gutiérrez. *Pinotepa Nacional. Mixtecos, negros y triques* México: Universidad Nacional. 1961, p. 125.
- Villa Rojas, Alfonso (1940). *Sobre la organización política de los indios tzeltales del Estado de Chiapas*, México: Pátzcuaro: Congreso Indigenista Interamericano.
- Villa Rojas, Alfonso. (1946). "Los mayas del actual territorio de Quintana Roo". *Enciclopedia Yucatanense*. T. VI. p. 36.

El colonialismo interno¹

1 Este texto fue publicado originalmente en 1969 en *Sociología de la explotación*. Nueva edición. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 185-205. Primera edición.



- I. Las fronteras políticas han influido directa o indirectamente en la formulación y el uso de las categorías sociológicas. Ciertas categorías han aparecido y se han manejado en relación con los problemas internos de una nación o un territorio y otras con problemas internacionales, sin que se precise sistemáticamente hasta qué punto unas y otras son intercambiables, esto es, sin que se investigue suficientemente hasta donde las categorías que generalmente se usan para explicar los problemas internos sirven para explicar los problemas internacionales y viceversa. Estas circunstancias han oscurecido o puesto en un segundo plano cierto tipo de fenómenos, que no se ajustan al carácter internacional, o interno de las categorías. La idea de civilización ha correspondido sobre todo a un análisis internacional o universal de la historia; mientras la noción de sociedad dual o plural ha correspondido a análisis internos de naciones y territorios subdesarrollados. El concepto de clases y el de estratos sociales se han aplicado al estudio interno de las sociedades, sin que usualmente se liguén a las relaciones de clase, o a la estratificación de las naciones. El concepto de colonialismo ha buscado señalar sobre todo un fenómeno internacional, que se lleva a cabo entre pueblos y naciones distintos.

Sólo eventualmente se han hecho extrapolaciones de categorías, como cuando se ha hablado de las “naciones proletarias” o de la “estratificación de las naciones”, siendo la principal excepción de los hechos anteriores la noción de cultura, que sistemáticamente se ha aplicado a las naciones, las regiones, las comunidades, las clases.

- II. El objeto de este trabajo es precisar el carácter relativamente intercambiable de la noción de colonialismo y de estructura colonial, haciendo hincapié en el colonialismo como un fenómeno interno. Se busca con ello destacar, en el interior de las fronteras políticas, un fenómeno que no sólo es internacional sino intranacional, y cuyo valor explicativo para los problemas de desarrollo quizá resulte cada vez más importante, desde el punto de vista interno del desarrollo de las nuevas naciones de África y Asia, como lo es para la explicación de las antiguas “nuevas naciones” de América donde existe una sociedad plural, e incluso de aquellas, como México, donde ha habido un proceso de desarrollo y movilización que no ha resuelto el problema de la sociedad plural.
- III. La noción de “colonialismo interno” sólo ha podido surgir a raíz del gran movimiento de independencia de las antiguas colonias. La experiencia de la independencia provoca regularmente la aparición de nuevas nociones, sobre la propia independencia y sobre el desarrollo. Con la independencia política lentamente aparece la noción de una independencia integral y de un neocolonialismo; con la creación del Estado nación, como motor del desarrollo aparece en un primer plano la necesidad de técnicos y profesionales, de empresarios, de capitales. Con la desaparición directa del dominio de los nativos por el extranjero aparece la noción del dominio y la explotación de los nativos por los nativos. En la literatura política e histórica de los siglos XIX y XX se advierte cómo los países latinoamericanos van recogiendo estas nuevas experiencias, aunque no las llamen con los mismos nombres que hoy usamos. La literatura “indigenista” y liberal del siglo XIX señala la sustitución del dominio de los españoles por el de los “criollos”, y el hecho de que la explotación de los indígenas sigue teniendo las mismas características que en la época anterior a la independencia.

El fenómeno se ha registrado nuevamente en nuestros días con la proliferación de las nuevas naciones. Emerson habla de que “el fin del colonialismo” por sí solo no elimina sino los problemas que surgen directamente del control extranjero, y señala en las nuevas naciones la “opresión” de unas comunidades por otras, “opresión” que aquéllas ven incluso como más intolerable que la continuación del Gobierno colonial; Coleman hace ver que, en los nuevos estados, “por especiales razones ligadas a la racionalización del colonialismo esta clase —los militares, el clero y los burócratas— apoya la idea del “derecho divino” de la gente educada para gobernar; y sus miembros no han quedado sin ser afectados por las predisposiciones burocrático-autoritarias derivadas de la sociedad tradicional o de la experiencia colonial”. Hoselitz observa que “...las clases altas, incluyendo a muchos intelectuales del gobierno, están preparados para manipular a las masas desamparadas en una forma muy similar a la que empleaban los amos extranjeros cuyo dominio han roto”; Dumont recoge las quejas de los campesinos del Congo (“La independencia no es para nosotros...”), y de Camerún (“Vamos hacia un colonialismo peor de clase”) y él mismo dice: “los ricos se conducen como colonos blancos...” ; Fanon en su célebre libro *Les Damnés de la Terre* aborda la sustitución de los explotadores extranjeros por los nativos, haciendo hincapié sobre todo en la “lucha de clases”. Wright Mills en un seminario organizado hacia 1960 por el Centro Latinoamericano de Pesquisas en Ciências Sociais observó con precisión hace algunos años: “Dado el tipo de desarrollo desigual que ha aclarado tan precisamente el profesor Lambert, las secciones desarrolladas en el interior del mundo subdesarrollado en el capitolio y en la costa son una curiosa especie de poder imperialista, que tiene a modo de colonias internas”. Sería inútil seguir citando más autores. Todo estudioso de los problemas económicos y políticos de las nuevas naciones registra estos hechos.

- IV. El registro, sin embargo, es esporádico, casi circunstancial. Un estudio más a fondo del problema invita a hacer una serie de delimitaciones, a buscar una definición estructural, que en su caso pueda servir para una explicación sociológica e histórica del desarrollo.

La delimitación del fenómeno supone: a) indicar hasta qué punto se trata de una categoría realmente distinta de otras que emplean las ciencias sociales y que presentan un comportamiento en parte similar, como las categorías de la ciudad y el campo; de la sociedad tradicional y las relaciones del “señor” y el “siervo”, de las relaciones obrero-patronales en la primera etapa del capitalismo; de las clases sociales y el planteamiento y solución de conflictos sociales; de la sociedad plural, de los estratos sociales; b) impedir el uso de esta categoría en procesos de racionalización, justificación, impugnación y manipulación irracional y emocional, como ocurre con todas las categorías que se refieren a conflictos (así las de colonialismo, neo-colonialismo, imperialismo, clases sociales) que se usan en estado de tensión dentro de la propia literatura científica; c) precisar el valor explicativo (y práctico, político) frente a otras categorías bien distintas como la del protestantismo de Weber, las de “adscripción” y “desempeño” o “éxito” de Parsons y Hoselitz, el “achieving” de Mac Clelland, la “empatía” de Lerner, los “valores” de Lipset en su libro sobre Estados Unidos como nueva nación.

Las preguntas ante la proposición de una nueva categoría para el estudio del desarrollo, como lo es el colonialismo interno, serían: ¿Hasta qué punto esta categoría sirve para explicar los fenómenos de desarrollo desde un punto de vista sociológico, en su mutua interacción, en análisis integrales y analíticos? ¿Hasta qué punto esta categoría no va a registrar los mismos fenómenos que registran las categorías de la ciudad y el campo, de las clases sociales, de la sociedad plural, de los estratos? ¿Cómo impedir el que se use o vea esta categoría con la vaguedad, el sentido emocional o irracional, agresivo, difuso con que se emplean y miran las categorías que aluden a los conflictos sociales, y que entran automáticamente en los procesos de racionalización y justificación de las partes? Y en fin, ¿qué “significación operacional” práctica, desde el punto de vista de la política de desarrollo actual y alternativa, tiene esta categoría? A las preguntas anteriores habría que añadir otras sobre el comportamiento del fenómeno y su valor explicativo a lo largo de las diferentes “etapas del desarrollo”, y a distintos niveles de movilización social.

Si el hecho de que los grupos y clases dominantes de las nuevas naciones jueguen papeles o “roles” similares a los que jugaban los antiguos colonialistas es censurable o deplorable, o digno de registrarse en el estudio de estas naciones, no es lo que primordialmente nos interesa, sino la capacidad explicativa de un colonialismo interno, su potencial de explicación sociológica del subdesarrollo, y de explicación práctica de los problemas de las sociedades subdesarrolladas. Para ello vamos a abordar el problema en dos formas, una que nos permite la tipificación del colonialismo como fenómeno integral, intercambiable de categoría internacional a categoría interna, y otro que nos permite ver cómo se ha comportado el fenómeno en una nación nueva que ya está pasando de la etapa del “despegue”, que ha pasado por una etapa de reforma agraria, de industrialización, de construcción de la infraestructura y que ha vivido un amplio proceso de “movilización” de la población marginal, de incremento acelerado de la población que participa del desarrollo, es decir, en un país que se encuentra relativamente más avanzado en el proceso del desarrollo y cuya experiencia puede ser políticamente útil a otras naciones recién nacidas a la independencia. A tal efecto vamos a esbozar el fenómeno del colonialismo interno y su comportamiento en el México contemporáneo.

- V. Originalmente el término *colonia* se emplea para designar un territorio ocupado por emigrantes de la madre patria. Así, las “colonias griegas” estaban integradas por los emigrantes de Grecia que se iban a radicar a los territorios de Roma, del norte de África, etcétera. Este significado clásico del término colonia subsistió casi hasta los tiempos modernos, en que una característica muy frecuente de las colonias ocupó la atención: el dominio que los emigrantes radicados en territorios lejanos ejercían sobre las poblaciones indígenas. A mediados del siglo XIX Herman Merivale observaba este cambio en el significado del término. Por entonces se entendía por colonia, tanto en los círculos oficiales como en el lenguaje común, toda posesión de un territorio en que los emigrados europeos dominaban a los pueblos indígenas, a los nativos.

Hoy al hablar de colonias o al hablar de colonialismo se alude por lo común a este dominio que unos pueblos ejercen sobre otros, y el término ha llegado a tener un sentido violento, se ha convertido en una especie de denuncia, y, en ciertos círculos, hasta en una palabra tabú. En las Naciones Unidas se habla de “territorios sin gobierno propio” (*non-self-governing territories*), término que es de por sí una definición, y que aclara aún más el artículo 73 de la Carta de las Naciones Unidas al decir que son “territorios cuyos habitantes no han alcanzado totalmente a gobernarse a sí mismos”. En las asambleas de las Naciones Unidas distintas delegaciones han procurado precisar este apunte de definición. La delegación de Estados Unidos hizo una contribución que puede tener cierto valor empírico... Según observó, el término, tal y como se usa en la Carta, “parece poderse aplicar a cualquier territorio administrado por un miembro de las Naciones Unidas, que no goce en la misma medida que el área metropolitana de un gobierno propio”.

La delegación francesa señaló tres hechos que debían ser considerados para definir una colonia: “la dependencia en relación con un Estado miembro; la responsabilidad ejercida por ese Estado en la administración del territorio, y la existencia de una población que no ha logrado completamente gobernarse a sí misma”. La delegación soviética sugirió que “los territorios sin gobierno propio son todas aquellas posesiones, protectorados, o territorios que no se gobiernan a sí mismos y cuyas poblaciones no participan en la elección de los más altos cuerpos administrativos”. La India declaró que “los territorios que no se gobiernan a sí mismos se pueden definir y pueden incluir a todos aquellos territorios en que los derechos de sus habitantes, su estatus económico y sus privilegios sociales son regulados por otro Estado”. Egipto hizo ver que el factor determinante “es el estado de dependencia de una nación respecto de otra con la que no tiene lazos naturales. A este respecto —dijo— deben ser considerados como territorios sin gobierno propio todos los territorios extrametropolitanos, en los que sus poblaciones tienen una lengua, una raza y una cultura distinta de los pueblos que los dominan”.

Ahora bien, si tomamos todas estas observaciones sobre el fenómeno colonial para elaborar una definición, que surja de la propia arena política, vemos que la colonia es: 1. Un territorio sin gobierno propio; 2. Que se encuentra en una situación de desigualdad respecto de la metrópoli donde los habitantes sí se gobiernan a sí mismos; 3. Que la administración y la responsabilidad de la administración conciernen al Estado que la domina; 4. Que sus habitantes no participan en la elección de los más altos cuerpos administrativos, es decir, que sus dirigentes son designados por el país dominante; 5. Que los derechos de sus habitantes, su situación económica y sus privilegios sociales son regulados por otro Estado; 6. Que esta situación no corresponde a lazos naturales sino “artificiales”, producto de una conquista, de una concesión internacional; y 7. Que sus habitantes pertenecen a una raza y a una cultura distintas de las dominantes, y hablan una lengua también distinta.

Todas estas características, a excepción de la última se dan, en efecto, en cualquier colonia. La última no se da siempre, aunque sí en la mayoría de los casos. En efecto, como excepciones se pueden señalar las antiguas colonias que formarían más tarde los Estados Unidos de Norteamérica o la Argentina, el Canadá o Australia. Sin embargo, aun en esos casos los colonos vivieron cerca de poblaciones nativas con una raza y una cultura distintas, a las que no emplearon en el trabajo de la colonia y que desalojaron de sus territorios, o exterminaron. Y si no emplearon en el trabajo de la colonia a los nativos, la importación de negros y de la cultura negra produjo efectos similares a las relaciones de dominio de colonias más típicas, en el sentido moderno de la palabra.

Esta definición no es, sin embargo, suficiente para analizar lo que es una colonia. Por una parte, se trata de una definición jurídico-política, formalista, cuyos atributos pueden estar ausentes, sin que en realidad desaparezca la situación colonial, por lo que pueden escapar de sus análisis fenómenos tan importantes como el neocolonialismo. Por otra, no permite el análisis estadístico del colonialismo como una verdadera variable, un análisis dinámico que vaya de la estructura “colonial” a la estructura independiente y que mida los distintos

grados de coloniaje o de independencia; y lo que es más grave deja fuera el objeto del dominio, la función inmediata y más general que cumple ese dominio de unos pueblos por otros, y la forma en que funciona ese dominio. “El objeto de las colonias —escribía Montesquieu hace más de doscientos años— es hacer comercio en mejores condiciones del que se hace con los pueblos vecinos en que las ventajas son recíprocas. Se ha afirmado —añadía— que sólo la metrópoli puede negociar con la colonia, y ello con gran razón porque el objeto del establecimiento colonial ha sido la extensión del comercio y no la fundación de una ciudad o un nuevo imperio”.

A esta función inmediata y más general del fenómeno colonial —que puede enriquecer extraordinariamente la definición y el análisis— se añaden otras de tipo cultural, político, militar que tienen un efecto a más largo plazo, o funciones que se desvían de la tendencia general. El desarrollo internacional ocurre dentro de una estructura colonial: la expansión de la “civilización”, del progreso social y técnico de la occidentalización del mundo, de la evangelización, de la difusión de las ideas liberales y socialistas, ocurre en un cuadro de relaciones desiguales entre los países desarrollados y subdesarrollados. Y los motivos o motores de la colonización no sólo son económicos, como es obvio, sino militares, políticos, espirituales. Pero la función económica y comercial de las colonias es inmediata y general, marca un tipo de tendencias, de constantes en el fenómeno colonial, que ya apuntaba Montesquieu cuando daba la razón a quienes afirmaban “que sólo la metrópoli puede negociar con la colonia”, es decir, que es natural que la metrópoli monopolice el comercio de la colonia, e impida cualquier competencia, para hacer comercio en mejores condiciones que con sus vecinos e iguales. Merivale lo diría todavía con más claridad en las conferencias que dictó en Oxford sobre la colonización y las colonias: “Para ajustar —decía— nuestras nociones económicas sobre las ganancias a un país en particular, las ganancias en cuestión deben ser algo exclusivo y monopolizado”. Este dato es muy importante y no sólo es útil para analizar las colonias típicas, es decir, aquellos territorios que en todo son coloniales, que en todo son dependientes de un imperio, sino para estudiar el grado de depen-

dencia de las propias colonias o de las nuevas naciones, y el problema del colonialismo interno.

Siempre que hay una colonia se da, en efecto, una condición de monopolio en la explotación de los recursos naturales, del trabajo, del mercado de importación y exportación, de las inversiones, de los ingresos fiscales. No se trata de una afirmación tautológica. El país dominante ejerce el monopolio de la colonia, impide que otros países exploten sus recursos, su trabajo, su mercado, sus ingresos. El monopolio se extiende al terreno de la cultura y la información. La colonia queda aislada de otras naciones, de su cultura y su información. Todo contacto con el exterior y con otras culturas se realiza por medio de la metrópoli. Cuando el dominio colonial se extiende y fortalece es porque se extiende y fortalece el monopolio económico y cultural. La política colonialista —como ha observado Myrdal— consiste precisamente en reforzar el monopolio económico y cultural, mediante el dominio militar, político y administrativo.

En esas condiciones se puede abordar el estudio del colonialismo y la dependencia, por el monopolio que un país ejerce sobre otro. En la medida en que ese monopolio se acentúa, se acentúa el coloniaje y viceversa. Es este monopolio el que permite explotar irracionalmente los recursos de la colonia, vender y comprar en condiciones de desigualdad permanente, privando al mismo tiempo a otros imperios de los beneficios de este tipo de relaciones desiguales, y privando a los nativos de los instrumentos de negociación en un plan igualitario, de sus riquezas naturales y de una gran parte del rendimiento de su trabajo.

El monopolio aísla la colonia de otros imperios y de otros países, y en particular de otros países coloniales, según se ha observado en reiteradas ocasiones. De ahí surgen varios fenómenos característicos de la sociedad colonial, algunos de los cuales han sido señalados por el propio Myrdal:

1. La colonia adquiere las características de una economía complementaria de la metrópoli, se integra a la economía de la metrópoli. La explotación de los recursos naturales de la colonia se realiza en función de la demanda de la metrópoli, buscando integrarlos a la

economía del imperio. Esto genera un desarrollo distorsionado de los sectores y regiones, en función de los intereses de la metrópoli, desarrollo que se refleja en las vías de comunicación, en el nacimiento y crecimiento de las ciudades. Da lugar a un desarrollo desigual, no integrado, de la región. En realidad, fomenta más que un proceso de desarrollo un proceso de crecimiento, en el sentido que da Perroux a estos términos. La falta de integración económica en el interior de la colonia, la falta de comunicaciones entre las distintas zonas de la colonia y entre colonias vecinas corresponden a una falta de integración cultural.

2. La colonia adquiere sucesivamente otras características de dependencia que facilitan el trato colonial. En el comercio exterior no sólo depende de un solo mercado —el metropolitano— que opera como consumidor final o como intermediario, sino de un sector predominante —el minero o el agrícola— y de un producto predominante, el oro o la plata, el algodón, el azúcar, el estaño, el cobre.

Surge así en la colonia una situación de debilidad que proviene de la dependencia de un solo mercado, de un sector predominante o único, o de un producto único o predominante. Todo ello aumenta el poder de la metrópoli y sus posibilidades de negociar en términos de desigualdad con la colonia, impidiendo la competencia de otros imperios, e impidiendo que la colonia compita con la metrópoli. La capacidad de negociación de la colonia es nula o mínima.

El monopolio se establece en los distintos tipos de colonias y de sistemas coloniales, aunque en algunas predomine el monopolio fiscal, en otras el monopolio para la explotación de los recursos naturales, en otras el monopolio del comercio exterior.

3. La colonia es igualmente usada como monopolio para la explotación de un trabajo barato. Las concesiones de tierras, aguas, minas, los permisos de inversión para el establecimiento de empresas sólo se permiten a los habitantes de la metrópoli, a los descendientes de ellos o a algunos nativos cuya alianza eventualmente se busca.

4. Los niveles de vida de las colonias son inferiores al nivel de vida de la metrópoli. Los trabajadores —esclavos, siervos, peones, obreros— reciben el mínimo necesario para la subsistencia y a menudo están por debajo de él.
 5. Los sistemas represivos predominan en la solución de los conflictos de clases; son mucho más violentos y perdurables que en las metrópolis.
 6. Todo el sistema tiende a aumentar —como observa Myrdal— la desigualdad internacional las desigualdades económicas, políticas y culturales entre la metrópoli y la colonia y también la desigualdad interna, entre los metropolitanos y los indígenas: desigualdades raciales, de castas, de fueros, religiosas, rurales y urbanas, de clases. Esta desigualdad universal tiene particular importancia para la comprensión de la sociedad colonial, y está estrechamente vinculada a la dinámica de las sociedades duales o plurales, en que la cultura dominante —colonialista— oprime y discrimina a la colonizada.
- VI. La existencia de la sociedad dual o plural coincide y se entrelaza en efecto con la existencia de la sociedad colonial, aunque quepa distinguir entre “colonias de emigrantes” o “colonias de granjeros”, por una parte, y “colonias de explotación” por la otra. Aquéllas han tendido a ser, sin duda, sociedades homogéneas, que “se han movido en dirección a una situación de igualdad con la Madre Patria, tanto en las finanzas como en el equipo industrial, y hacia una independencia política, formal o potencial”. En cambio, la situación de dependencia, la situación típicamente colonial se acentúa en las colonias de “explotación”, de “plantaciones”, con culturas heterogéneas: “La sociedad colonial por regla general consiste en una serie de grupos (o etnias) más o menos conscientes de sí mismos, a menudo separados entre sí por distintos colores, y que tratan de vivir sus vidas separadas dentro de un marco político único. En resumen, las sociedades coloniales tienden a ser plurales”.
- En realidad, es difícil precisar si la desigualdad en el desarrollo técnico tiene más influencia sobre la formación del sistema colonial respecto de la influencia que el propio sistema colonial tiene en el desa-

rollo desigual. Ciertamente es que las sociedades duales, plurales, ocurren por el contacto de dos civilizaciones, una técnicamente más avanzada y otra más atrasada, pero también es cierto que la sociedad dual o plural ocurre por el desarrollo colonial, caracteriza el crecimiento colonial, las relaciones típicas del “europeo evolucionado” y el “indígena arcaico”, y las formas en que aquél domina y explota a éste, y en que se refuerzan sus relaciones desiguales con procesos discriminatorios. La estructura colonial está estrechamente ligada a la sociedad plural, al desarrollo desigual —técnico, institucional, cultural—, y a formas de explotación combinadas, simultáneas y no sucesivas como en el modelo clásico de desarrollo.

En efecto, en las colonias se combinan y coexisten las antiguas relaciones de tipo esclavista y feudal y las de la empresa capitalista, industrial, con trabajo asalariado. La heterogeneidad técnica, institucional y cultural coincide con una estructura en que las relaciones de dominio y explotación son relaciones entre grupos heterogéneos, culturalmente distintos.

Esta característica de la vida colonial interna tiene implicaciones psicológicas y políticas, que es conveniente determinar en su cuadro natural y añadir a los fenómenos señalados en los incisos anteriores. Es bien sabido que el racismo y la discriminación racial son el legado de la historia universal de la conquista de unos pueblos por otros, desde la antigüedad hasta la expansión de los grandes imperios y sistemas coloniales de la época moderna. Ya Hobson lo decía, pensando él mismo en términos de razas superiores e inferiores:

“Siempre que las razas superiores —escribió— se establecen en territorios donde pueden ser empleadas provechosamente las razas inferiores para los trabajos manuales y la agricultura, para la minería y el trabajo doméstico, las últimas no tienden a morir, sino a constituir una clase servil”. El racismo aparece en todas las colonias donde se encuentran dos culturas, en América Hispánica, en el Cercano y el Lejano Oriente, en África. Es el “dogma oficial” de la colonización inglesa, y corresponde a la “línea de color” que levantan los japoneses en los pueblos asiáticos que dominan, a pesar de su famoso slogan de “Asia para los asiáticos”. El racismo y la segregación racial

son esenciales a la explotación colonial, de unos pueblos por otros, e influyen en toda la configuración del desarrollo y la cultura colonial: Son un freno a los procesos de aculturación, al intercambio y traspaso de técnicas avanzadas a la población dominada, a la movilidad ocupacional de los trabajadores indígenas que tienden a mantenerse en los trabajos no calificados, a la movilidad política y administrativa de los indígenas. El racismo y la discriminación corresponden a la psicología y la política típicamente coloniales.

La psicología colonial, la mentalidad colonialista han sido poco estudiadas. No disponemos que yo sepa de un estudio empírico y riguroso sobre la “personalidad colonialista”, no obstante, lo necesario que es y lo útil que sería. Los autores que han hablado sobre el problema lo han hecho en forma de denuncia, y cualquier lector de los textos participa de la emoción en formas de aceptación o rechazo. Algo semejante ocurre con los estudios sobre el colonizado, su psicología y personalidad. El pequeño libro de Memmi con observaciones muy agudas, los casos clínicos que registró Fanon en su trabajo como psiquiatra, con observaciones muy agudas, los casos clínicos que registró Fanon en su trabajo como psiquiatra se suman a una gran cantidad de denuncias y acusaciones políticas de viajeros, historiadores e ideólogos.

En medio de esta situación es evidente que dos de los problemas más característicos de la personalidad colonialista consisten en una complicada riqueza de actitudes adscritas al trato con los individuos, según el lugar que ocupan en la escala social, y en la deshumanización del colonizado. En la sociedad colonial hay una etiqueta complicada que señala los términos en que debe y puede uno dirigirse a los diferentes grupos sociales, “el grado de cortesía o grosería que son aceptables” el tipo de “humillaciones que son naturales”. “Conjunto de conductas, de reflejos aprendidos, ejercitados desde la primera infancia... el racismo colonial, dice Memmi, se halla tan espontáneamente incorporado a los gestos, incluso a las palabras más banales, que parece constituir una de las estructuras más sólidas de la personalidad colonialista”.

A estas complicadas formas de la humillación y la cortesía, típicas de la adscripción de la sociedad tradicional, se añade la deshumanización del colonizado, o su percepción como una cosa, cuyas funciones psicológicas, sociales y políticas sólo pueden encontrar paralelo en los estudios sobre la psicología de los nazis. Este fenómeno da lugar a los procesos de manipulación, sadismo, agresividad, que aparecen en tantas denuncias del trato colonial y que Memmi señala con violencia:

“¿Qué deber serio se tiene frente a un animal, o una cosa, que es a lo que se parece más y más el colonizado? A eso se debe que el colonizador pueda permitirse las actitudes y los juicios que se permite sobre el colonizado. Para él un colonizado que conduce un automóvil, es un espectáculo al que no se acostumbra; le niega todo carácter normal, le parece que es una pantomima simiesca. Un accidente incluso grave, que afecta al colonizado casi lo hace reír. El ametrallamiento de una multitud colonizada lo hace levantar los hombros con indiferencia. Por lo demás, una madre indígena que llora la muerte de su hijo o de su marido no le recuerda sino vagamente el dolor de una madre o de una esposa”.

Esta psicología con reglas muy complicadas de trato, prejuicios y formas de percepción del hombre colonizado como cosa, está vinculada a las formas de la política interna de la sociedad colonial, a una política de manipulación y discriminación que aparecen en el orden jurídico, educacional, lingüístico, administrativo y que tienden a sancionar y aumentar el “pluralismo” social y las relaciones de dominio y explotación características de la colonia. Sobre este punto la literatura histórica y jurídica es demasiado amplia para intentar siquiera una síntesis.

VII. Pero si éstas son las características típicas del colonialismo, el problema radica en saber hasta qué punto se dan en lo que hemos llamado el “colonialismo interno”, y hasta qué punto se da el fenómeno mismo del colonialismo interno.

Es un hecho bien conocido que al lograr su independencia las antiguas colonias, no cambia súbitamente su estructura internacional

e interna. La estructura social internacional continúa en gran parte siendo la misma y amerita una política de “descolonización”, según se ha visto con toda claridad, particularmente por los dirigentes de las nuevas naciones y por los investigadores europeos. En el terreno interno ocurre otro tanto, aunque el problema no haya merecido el mismo énfasis sino, como dijimos anteriormente, observaciones ocasionales. Las nuevas naciones conservan, sobre todo, el carácter dual de la sociedad y un tipo de relaciones similares a las de la sociedad colonial, que ameritan un estudio objetivo y sistemático.

El problema consiste en investigar hasta qué punto se dan las características típicas del colonialismo y de la sociedad colonial en las nuevas naciones y en la estructura social de las nuevas naciones; su situación en un momento dado, y su dinámica, su comportamiento a lo largo de las distintas etapas del desarrollo.

Quizá al llegar aquí debamos preguntar ¿qué valor puede tener esta investigación?, e intentar responder algunas de las preguntas que formulamos con anterioridad. ¿Hasta qué punto esta categoría —el colonialismo interno— es realmente distinta de otras que emplean las ciencias sociales? ¿Hasta qué punto se puede estudiar en forma sistemática y precisa? y, en suma, ¿qué valor explicativo puede tener en un análisis sociológico del desarrollo?

1. El colonialismo interno corresponde a una estructura de relaciones sociales de dominio y explotación entre grupos culturales heterogéneos, distintos. Si alguna diferencia específica tiene respecto de otras relaciones de dominio y explotación (ciudad-campo, clases sociales) es la heterogeneidad cultural que históricamente produce la conquista de unos pueblos por otros, y que permite hablar no sólo de diferencias culturales (que existen entre la población urbana y rural y en las clases sociales) sino de diferencias de civilización.

La estructura colonial se parece a las relaciones de dominio y explotación típicas de la estructura urbano-rural de la sociedad tradicional y de los países subdesarrollados, en tanto que una población integrada por distintas clases (la urbana o la colonialista) domina y explota a una población integrada también por

distintas clases (la rural o colonizada); se parece también porque las características culturales de la ciudad y el campo contrastan en forma aguda; se distingue porque la heterogeneidad cultural es históricamente otra, producto del encuentro de dos razas o culturas, o civilizaciones, cuyas génesis y evolución ocurrieron hasta un cierto momento —la conquista o la “concesión” —, sin contacto entre sí, y se juntaron por la violencia y la explotación, dando lugar a discriminaciones raciales y culturales que acentúan el carácter adscriptivo de los grupos de la sociedad colonial: los conquistadores y los conquistados.

De otra parte la estructura colonial se parece a las relaciones de dominio y explotación típicas de “los propietarios ingleses de fábrica y los capataces de principios del siglo XIX, que no dudaban en usar el látigo sobre las espaldas de los niños cuando no trabajaban o se caían dormidos” porque, como dice Hoselitz —de quien hemos tomado el párrafo anterior— aquéllos operaban en condiciones similares a las de los colonialistas extranjeros y nativos de los países subdesarrollados: abundancia de mano de obra, masas de gente que tiene que ajustarse a la disciplina y la regularidad de la sociedad industrial, en la que “la manipulación sin freno y a menudo inhumana ofrece amplios rendimientos en la producción, el dinero y el poder social”.

La estructura colonial y el colonialismo interno se distinguen de la estructura de clases, porque no son sólo una relación de dominio y explotación de los trabajadores por los propietarios de los bienes de producción y sus colaboradores, sino una relación de dominio y explotación de una población (con sus distintas clases, propietarios, trabajadores) por otra población que también tiene distintas clases (propietarios y trabajadores). La estructura interna colonial, el colonialismo interno, tiene amplias diferencias con la estructura de clase, y suficientes diferencias con las relaciones de la estructura ciudad-campo como para utilizarla como instrumento analítico. Su función explicativa necesariamente aclarará estas diferencias.

2. Siendo una categoría que estudia fenómenos de conflicto y explotación, el colonialismo interno, como otras categorías similares amerita un estudio analítico y objetivo si queremos avanzar en su comprensión y derivar de su conocimiento preciso, su riqueza explicativa y práctica. Al efecto podemos emprender estudios similares a los que ha hecho Shannon para medir —con objetivos distintos— la capacidad de las naciones para ser independientes; o a los que ha hecho Deutsch —en forma ejemplar— para medir la movilización de la población marginal en los procesos de desarrollo, y para levantar un inventario de las tendencias y patrones básicos de la política. Anexo a este trabajo presentamos un esquema con los distintos atributos y variables que hemos registrado, en los trabajos de los antropólogos, sobre la situación indígena en México. Una gran parte de estas variables no presenta dificultades analíticas, y algunas de ellas corresponden a indicadores que son objeto de registro estadístico nacional e internacional. La medición del monopolio y la dependencia, de la discriminación agraria, fiscal, en créditos oficiales, inversiones públicas y salarios, así como la medición de los bajos niveles de vida de la población indígena o “para-colonizada”, quizá presenten los menores problemas.

En todo caso para una serie de características se hace necesario el trabajo directo, que presenta las dificultades propias de toda investigación basada en categorías que estudian fenómenos de conflicto y explotación. Quizá la obra clásica de Myrdal sobre *El dilema americano*, y el uso abundante que hace de las técnicas de investigación histórica y documental, pueda ser ejemplar para este tipo de estudios. La realidad es que los obstáculos que presenta el problema ni han sido ni son insuperables, en la historia de la investigación científica sobre conflictos y explotación.

Las formas del colonialismo interno

| <i>Monopolio y dependencia</i> | <i>Relaciones de producción y discriminación</i> | <i>Cultura y niveles de vida</i> |
|--|--|--|
| 1. El “centro rector” o Metrópoli y el aislamiento de la comunidad indígena (zonas de difícil acceso, falta de vías de comunicación, aislamiento cultural). | 1. La explotación conjunta de la población indígena por las distintas clases sociales de la explotación ladina. | 1. Economía de subsistencia, mínimo nivel monetario y de capitalización. |
| 2. Monopolio del comercio por el “centro rector” (relaciones de intercambio desfavorables para la comunidad indígena; especulaciones, compras prematuras de cosechas, ocultamiento de mercancías). | 2. Explotación combinada (esclavista, feudal, capitalista; aparcería, peonaje, servicios gratuitos). | 2. Tierras de acentuada pobreza agrícola o de baja calidad (cuando están comunicadas) o impropias para la agricultura (sierras) o de buena calidad (aisladas). |
| 3. Monopolio del crédito (usura, control de la producción indígena). | 3. Despojos de tierras comunales y privadas: creación de asalariados. | 3. Agricultura y ganadería deficientes. |
| 4. Monocultivo, población económicamente activa dedicada a la agricultura y dependencia. | 4. Trabajo asalariado (salarios diferenciales: minas, ingenios, fincas de café). | 4. Técnicas atrasadas de explotación (prehispánicas o coloniales). |
| 5. Deformación y dependencia de la economía indígena. | 5. Explotación del artesano (lana, ixtle, palma, mimbre, cerámica). | 5. Bajo nivel de productividad. |
| 6. Descapitalización. | 6. Discriminación social (humillaciones y vejaciones). | 6. Niveles de vida inferiores al campesino ladino (salubridad, mortalidad, mortalidad infantil, analfabetismo, subalimentación, raquitismo). |
| 7. Migración, éxodo y movilidad de los indígenas. | 7. Discriminación lingüística. | 7. Carencia de servicios (escuelas, hospitales, agua, electricidad). |
| 8. Reforzamiento político del monopolio y la dependencia (medidas jurídicas, políticas de información, militares y económicas). | 8. Discriminación jurídica (utilización de la ley contra el indígena, abuso de su ignorancia de la ley). | 8. Cultura mágico-religiosa y manipulación económica (economía de prestigio) y política (elecciones colectivas). |
| | 9. Discriminación política (actitudes colonialistas de los funcionarios locales y federales; carencia del control político por los indígenas en los municipios indígenas). | 9. Fomento del alcoholismo y la prostitución. |

- | | |
|---|---|
| 10. Discriminación sindical. | 10. Agresividad de unas comunidades con otras (agresividad real, lúdica y onírica). |
| 11. Discriminación agraria. | 11. Rutinarismo, tradicionalismo y conformismo. |
| 12. Discriminación fiscal (impuestos y alcabalas). | 12. Reforzamiento político del tradicionalismo (técnico e ideológico), el conformismo y la agresividad de unas comunidades con otras. |
| 13. Discriminación en inversiones públicas. | |
| 14. Discriminación en créditos oficiales. | |
| 15. Otras formas de discriminación (regateo, pesas, medidas). | |
| 16. Proceso de desplazamiento del indígena por el ladino (como gobernante, propietario, comerciante). | |
| 17. Reforzamiento político de los sistemas combinados de explotación. | |

Fuentes: Julio de la Fuente, "Población indígena" (inédito); Alejandro D. Marroquín, "Problemas económicos de las zonas indígenas" (inédito); Alejandro D. Marroquín, "Problemas económicos de las comunidades indígenas de México", *Programa de un curso (mimeógrafo)*, México, 1956; M. O. de Mendizábal, "Los problemas indígenas y su más urgente tratamiento", *Obras completas* IV, México, 1946; M. T. de la Peña, "Panorama de la economía indígena de México", *I.º Congreso Indigenista Interamericano*, Pátzcuaro, 1946; Jorge A. Vivó, "Aspectos económicos fundamentales del problema indígena", *Revista América Indígena*, núm. 1, vol. III, enero de 1947; Manuel Gamio, *Consideraciones sobre el problema indígena*; G. Loyo, "Estudio sobre la distribución de los grupos indígenas en México", *I.º Congreso Indigenista Interamericano de Pátzcuaro*, 1946; G. Aguirre Beltrán, "Instituciones indígenas en el México actual"; Alfonso Caso, *Indigenismo*.

El valor explicativo, práctico y político del colonialismo interno, en el orden nacional y a lo largo de las distintas etapas del desarrollo y la movilización social se percibe claramente cuando se buscan las características del fenómeno en una estructura concreta. El caso de México puede ser útil para ese fin.

México es un país que hace 150 años logró la independencia política; que ha repartido 48 millones de hectáreas de tierra cultivable entre 2 millones y medio de campesinos, acabando con el antiguo sistema latifundista; su población rural es menos del 50% en 1960 (considerando como límite de lo rural-urbano los poblados de 2.500 habitantes), y en ese mismo año ya sólo el 53% de la fuerza de trabajo se ocupa en la agricultura y el resto en actividades secundarias y terciarias. Tiene tasas muy altas de movilización de la población o de integración de ésta al desarrollo y la cultura nacional. Con el triunfo de los grandes movimientos liberales y progresistas, desde la independencia hasta la revolución social de 1910, los símbolos nacionales y oficiales de este país mestizo son los indígenas: Cuauhtémoc —que luchó contra el conquistador español— y Juárez, que de niño sólo hablaba zapoteco, una lengua indígena, y que era “indio de raza pura”. En las escuelas y los cultos cívicos los héroes indígenas son objeto de veneración, y el valor simbólico que tienen, aglutinante, corresponde a una sociedad mestiza, sin prejuicios raciales en la órbita nacional y en la ideología nacional. El problema indígena de México se contempla —en los círculos gubernamentales e intelectuales— como problema cultural y no racial, y ligado a la ideología de la revolución se atribuyen al indígena innumerables valores positivos, orgullo de una política “indigenista” y “nacionalista”.

El “problema indígena”, sin embargo, subsiste: el número de habitantes de 5 o más años que no hablan español por hablar sólo una lengua o dialecto indígena es de más de un millón en 1960, es decir de 3.8% respecto de la población nacional de 5 o más años; el número de habitantes que hablando una lengua o dialecto indígena chapurrean el español es de casi 2 millones en 1960, es decir, el 6.4% del total. Enmarcado desde un punto de vista lingüístico el problema indígena comprende un poco más del 10% de la población; pero si se toma otros indicadores, no menos importantes para definir al indígena, y ampliamente utilizados por los antropólogos —técnicas de

trabajo, instituciones, etc. —, el número de indígenas “crece hasta llegar al 20 o 25%”, esto es, a más o menos siete millones de habitantes.

Ahora bien, la situación de estos habitantes y en particular de los menos aculturados presenta muchas características típicas del colonialismo, de un colonialismo interno, y esto ocurre no obstante la antigüedad de la independencia nacional, la revolución, la reforma agraria, el desarrollo sostenido, la industrialización del país, la simbología cívica y las ideologías indigenistas.

Las formas que presenta el colonialismo interno y que registran los antropólogos, en forma constante, aunque no sistemática, son las siguientes:

- a) Lo que los antropólogos llaman el “Centro Rector” o “Metrópoli” (ciudades de San Cristóbal, Tlaxiaco, Huauchinango, Sochiapan, Mitla, Ojitlán, Zacapoaxtla, etcétera) ejerce un monopolio sobre el comercio y el crédito indígenas, con relaciones de intercambio desfavorables para las comunidades indígenas, que se traducen en una descapitalización permanente de éstas a los más bajos niveles. Coincide el monopolio comercial con el aislamiento de la comunidad indígena respecto de cualquier otro centro o mercado; con el monocultivo, la deformación y la dependencia de la economía indígena. Existe una explotación conjunta de la población indígena por las distintas clases sociales de la población ladina: “Tlaxiaco —dice un antropólogo refiriéndose a un centro rector o metrópoli— presenta una estratificación social heterogénea; su composición social tiene una división de clases bastante pronunciada; pero la característica de estas clases sociales es el hecho de que todas descansan en la explotación del indígena como trabajador o como productor”. La explotación es combinada —mezcla de feudalismo, esclavismo, capitalismo, trabajo asalariado y forzado, aparcería y peonaje, servicios gratuitos. Los despojos de tierras de las comunidades indígenas tienen las dos funciones que han cumplido en las colonias; privar a los indígenas de sus tierras y convertirlos en peones o asalariados. La explotación de una población por otra corresponde a salarios diferenciales por trabajos iguales (minas, ingenios, fincas de café), a la explotación conjunta de los artesanos indígenas por la población ladina (lana, ixtle, palma, mimbre, cerámica), a discriminaciones sociales (humi-

llaciones y vejaciones), a discriminaciones lingüísticas (“era gusano hasta que aprendí el español”), a discriminaciones por las prendas de vestir; a discriminaciones jurídicas, políticas, sindicales, con actitudes colonialistas de los funcionarios locales, e incluso federales, y por supuesto de los propios líderes ladinos de las organizaciones políticas.

- b) Esta situación corresponde a diferencias culturales y de niveles de vida, que se pueden registrar fácilmente según sea la población indígena o ladina. Así, se advierten hechos como los siguientes, entre las comunidades indígenas: economía de subsistencia predominante; mínimo nivel monetario y de capitalización; tierras de acentuada pobreza agrícola o de baja calidad cuando están comunicadas, o impropias para la agricultura (sierras), o de buena calidad pero aisladas; agricultura y ganadería deficientes (semillas de ínfima calidad, animales raquíticos de estatura más pequeña que los de su género); técnicas atrasadas de explotación, prehispánicas o coloniales (coa, hacha, malacate); bajo nivel de productividad; niveles de vida inferiores a los de las regiones no indígenas (mayor insalubridad, índices más altos de mortalidad general e infantil, analfabetismo, raquitismo); carencia acentuada de servicios (escuelas, hospitales, agua, electricidad); fomento del alcoholismo y la prostitución por los enganchadores y ladinos; agresividad de unas comunidades contra otras (real, lúdica, onírica), cultura mágico-religiosa y manipulación económica (economía de prestigio) y, también, política (vejaciones, voto colectivo). Estas manipulaciones corresponden a estereotipos típicamente coloniales, en que los indios “no son gentes de razón”, son “flojos”, “buenos para nada” y en que la violación de las reglas estrictas de cortesía, lenguaje, vestido, tono de voz por parte de los indígenas provoca reacciones de violencia verbal y física en los ladinos.
- c) Aunque el desarrollo del país, la movilización nacional, el incremento de las comunicaciones y el mercado nacional han permitido una salida a los mejores y más agresivos miembros de estas comunidades indígenas; y aunque una vez que visten como mestizos, hablan el español, participan en la cultura nacional, las condiciones de los indígenas corresponden a los distintos estratos que ocupan en la

sociedad —por lo que el problema no es un problema racial a nivel nacional— hay dos hechos que sí tienen importancia nacional: 1. El propio gobierno federal conserva una política natural o inconscientemente discriminatoria: la reforma agraria tiene dimensiones mucho menores en las regiones indígenas; la carga fiscal es proporcionalmente mayor para las comunidades indígenas; los créditos y las inversiones son proporcionalmente menores en las comunidades indígenas. 2. Si todas las características anteriores, típicas del colonialismo interno, se dan integralmente en una población que sólo comprende el 10% del total en las fronteras del México ladino e indígena, este hecho guarda una natural interacción con el conjunto de la sociedad nacional, en la que hay un *continuum* del colonialismo desde la sociedad que reviste íntegramente las características de la colonia, hasta las regiones y grupos en que sólo quedan resabios y formas paralelas discriminatorias, o de manipulación paracoloniales, observable sobre todo en el terreno jurídico-político.

Reparando en el caso de México vemos que el colonialismo interno tiene varias funciones explicativas y prácticas, cuyas tendencias y desviaciones ameritan analizarse como hipótesis viables en instituciones similares:

1. En las sociedades plurales las formas internas del colonialismo permanecen después de la independencia política y de grandes cambios sociales como la reforma agraria, la industrialización, la urbanización y movilización.
2. El colonialismo interno como continuum de la estructura social de las nuevas naciones, ligado a la evolución de los grupos participantes y marginalizados del desarrollo, puede constituir un obstáculo más a la integración de un sistema de clases típico de la sociedad industrial, y oscurecer de hecho la lucha de clases, por una lucha racial. Los estereotipos coloniales, la “cosificación” y manipulación que los caracteriza se pueden encontrar en el continuum colonialista y explicar algunas resistencias seculares a la evolución democrática de estas sociedades, así como una incidencia mayor de los conflictos no institucionales.

3. El colonialismo interno explica en parte, el desarrollo desigual de los países subdesarrollados, en que las leyes del mercado y la escasa participación y organización política de los habitantes de las zonas subdesarrolladas juega simultáneamente en favor de una “dinámica de la desigualdad” y en contra de los procesos de igualitarismo característicos del desarrollo.
4. El valor práctico y político de la categoría del colonialismo interno quizá se distingue de otras categorías (de Lerner, Mac Clelland, Hoselitz) en que éstas proporcionan sobre todo un análisis psicológico y valorativo, útil para el diseño de políticas de comunicación, propaganda y educación, en tanto que la noción de colonialismo interno no es sólo psicológica sino estructural, y más bien estructural. Ligada a la política de los gobiernos nacionales (de integración nacional, comunicaciones internas, y expansión del mercado nacional) puede tener un valor económico y político para acelerar estos procesos e idear instrumentos específicos —infraestructurales, económicos, políticos y educacionales— que aceleren deliberadamente los procesos de descolonización no sólo externa sino interna y, por ende, los procesos de desarrollo. También puede ser la base de una lucha contra el colonialismo, como fenómeno no sólo internacional sino interno, y derivar en movimientos políticos y revolucionarios que superen los conceptos de integración racial o de lucha racial, ampliando la estrategia de los trabajadores colonizados.

Colonialismo interno (una definición)¹

¹ Este texto se publicó originalmente en 1992 en *América Latina. Historia y destino: libro homenaje a Leopoldo Zea*, tomo I, UNAM, México, pp. 263-266.



Los primeros apuntes del colonialismo interno se encuentran en la propia obra de Lenin. Desde 1914, Lenin se interesó por plantear la solución al problema de las nacionalidades y las etnias oprimidas del Estado zarista en el momento en que triunfara la revolución bolchevique. En 1914 escribió “Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación”; en 1916 escribió específicamente sobre “La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación”. Lenin buscó “evitar la preponderancia de Rusia sobre las demás unidades nacionales”. Hizo ver que la Internacional Socialista debía “denunciar implacablemente las continuas violaciones de la igualdad de las naciones y garantizar los derechos de las minorías nacionales en todos los Estados capitalistas” (Lenin, s.f.). La noción de colonialismo interno no apareció sin embargo hasta el Congreso de los Pueblos de Oriente celebrado en Baku en septiembre de 1920. Allí los musulmanes de Asia, “verdadera colonia del imperio ruso” hicieron los primeros esbozos de lo que llamaron “el colonialismo en el interior de Rusia”. Es más, hicieron los primeros planteamientos en el ámbito marxista-leninista, de lo que llegaría a conocerse como la autonomía de las etnias. Concretamente sostuvieron que “la revolución no resuelve los problemas de las relaciones entre las masas trabajadoras de las sociedades industriales dominantes y las sociedades dominadas” si no se plantea también el problema de la autonomía de estas

últimas (Sutart y Carrere, 1965). Desde entonces se advirtió la dificultad de hacer a la vez un análisis de la lucha de liberación, o por la autonomía de las etnias, que no descuidara el análisis de clase. De hecho, frente a la posición del propio Lenin en el 2.º Congreso del Komintern, la presión fue muy grande para pensar que etnias y minorías se redimirían por la revolución proletaria. Encontrar la convergencia de “la revolución socialista” y la “revolución nacional” siempre resultó difícil. La teorización principal se hizo en torno a las clases mientras etnias o nacionalidades ocuparon un lugar secundario. Los problemas de etnias y nacionalidades como los de las alianzas y frentes, oscilaron más que los de la lucha de clases, en función de posiciones tácticas. Así, el problema del colonialismo interno apareció de una manera fragmentaria y dispersa en el pensamiento marxista.

Cuando la noción de colonialismo interno fue formulada de una manera más sistemática en América Latina, su vinculación a la lucha de clases y con el poder del Estado apareció originalmente velada. González Casanova en *La democracia en México* sostuvo la tesis de que en el interior del país se daban relaciones sociales de tipo colonial. “Rechazando que el colonialismo sólo debe contemplarse a escala internacional”, sostuvo que también “se da en el interior de una misma nación, en la medida en que hay en ella una heterogeneidad étnica, en que se ligan determinadas etnias con los grupos y clases dominantes, y otras con los dominados”. El mismo autor desarrolló el concepto a nivel interno e internacional en un artículo especialmente dedicado al fenómeno y en su ensayo sobre *Sociología de la explotación* (González, 1965).

Por la misma época el concepto empezó a ser usado en el marxismo escolar y militante de los Estados Unidos, África y Asia. La historia del colonialismo interno como categoría, y los debates a que dio lugar, mostraron peores dificultades en la comprensión de la lucha de clases y la lucha de liberación a nivel internacional e interno. Las corrientes ortodoxas se opusieron al uso de esa categoría. Prefirieron pensar en términos de lucha contra el “semifeudalismo” y el trabajo servil, sin aceptar que las formas de explotación colonial se combinan con las del trabajo esclavo y el asalariado en las relaciones que los Estados nación y sus clases dominantes guardan con las minorías y las etnias nacionales que se encuentran fuera de sus fronteras políticas o en el interior de las mismas.

Una objeción menor consistió en afirmar que en todo caso lo que existe es un semicolonialismo o neocolonialismo interno, lo cual es cierto si por tales se toman las formas de dependencia y explotación colonial mediante el empleo (o la asociación) de gobernantes nativos que representan a las etnias de un Estado nación.

El colonialismo interno es objeto de innumerables mistificaciones que se pueden agrupar en cuatro principales: 1. Se le desliga de las clases sociales e incluso se le enfrenta como forma de explotación. No se le comprende como parte de un cierto desarrollo del capitalismo, ni a quienes luchan contra él como parte del pueblo trabajador y del movimiento que tiende a hegemonizar la clase obrera. 2: Se le desliga de la lucha por el poder efectivo del Estado nación multiétnico, por el poder del Estado de todo el pueblo. Se le orienta sí al etnicismo, al batustanismo y a otras formas de tribalismo que tanto han ayudado a la política colonialista de las grandes potencias para acentuar las diferencias internas de los Estados nación que se liberan. Las etnias no luchan al lado de la etnia más amplia, o dentro del movimiento de todo el pueblo, sino contra ellos, contra sus núcleos de poder y contra el Estadonación que intentan estos forjar frente a las potencias imperialistas. 3. Se rechaza la existencia del colonialismo interno en nombre de las clases sociales y de la lucha de clases, muchas veces concebida de acuerdo con la experiencia europea que fue una verdadera lucha contra el feudalismo. Se rechaza al colonialismo interno en nombre de la tendencia a la proletarianización y a una lucha de clases simple. Para ese efecto se invoca la ortodoxia marxista o la línea de una revolución antifeudal, democrático-burguesa y antimperialista. Las mistificaciones anteriores (1a. y 2a.) dan una apariencia de solidez a estas tesis, que no sólo manejan quienes buscan una salida revolucionaria o radical sino quienes apelan a la cuarta mistificación. 5. Desde posiciones nacionalistas y etnocentristas a menudo ligadas al desarrollo del Estado nación neocolonial, y otras a los propios movimientos de democracia revolucionaria que apelan a la ortodoxia clasista y a la lucha simple de clases, una cuarta forma de mistificar la realidad social, de mistificar la lucha por la democracia, la liberación y/o el socialismo consiste en rechazar el concepto de colonialismo interno con varios argumentos algunos propios de la sociología, la antropología o la ciencia política estructural-funcionalista, por ejemplo: a) que se trata de un problema eminentemente cultural,

el cual se habrá de resolver con una política de integración cultural-nacional; b) que se trata de un problema de construcción nacional dentro de un Estado homogéneo que llegue a tener una misma lengua y cultura; c) que se debe acabar con el colonialismo interno en nombre de las leyes del “progreso”, del “desarrollo”, de la “modernidad”, pues si hay algo parecido al “colonialismo interno” se da porque sus habitantes o víctimas se hallan en etapas anteriores de la humanidad (primitivas, feudales). El darwinismo y la sociobiología de la modernidad hablan también de una inferioridad nata de esas poblaciones que no estarían sometidas a la explotación colonial ni a la explotación de clase; d) que todos los ciudadanos deben ser iguales ante la ley y que el problema es de derechos individuales y no de derechos de los pueblos o las etnias de origen colonial y neocolonial; e) que para fortalecer a la nación-estado frente a las potencias neocoloniales se requiere acabar con diferencias tribales que aquéllas aprovechan, argumento que no se complementa con la necesidad de acabar con el colonialismo interno por la vía de una democracia popular y revolucionaria que se haga del poder de un Estado multiétnico.

Entre las zonas o regiones donde se ha discutido con más profundidad el problema del colonialismo interno se encuentran África del Sur y Centroamérica. El Partido Comunista Sudafricano ha afirmado: “Non white South Africa is the colony of white South Africa itself” (South African Communist Party, 1962). Ha hecho ver cómo el capital monopólico y el imperialismo se han combinado con el racismo y el colonialismo para explotar y oprimir a territorios que viven bajo un régimen colonial o neocolonial. El planteamiento ha dado lugar a grandes debates, muchos de ellos formales, en que se niega el colonialismo interno afirmando que “desde una perspectiva marxista (per se) la clase obrera bajo el capitalismo no puede beneficiarse de la explotación colonial” (Southhall, 1983). El problema se ha complicado con la mistificación de buscar la independencia de “subestados” o “estados étnicos” sin capacidad real de enfrentar el poder de la burguesía y el imperialismo. El oscurecimiento ha sido aún más grave con el uso del concepto de colonialismo interno por el pensamiento conservador y paternalista, que pretende dar la bienvenida a la fingida independencia de los bantustanes. En ocasiones el debate se ha hecho tan complejo que muchos autores progresistas y marxistas han recurrido más que al concepto de colonialismo

interno como mediación de la lucha de clases al de racismo. O'Meara ha expresado este hecho de la siguiente manera: "racial policy is a historical product designed primarily to facilitate capital accumulation, and has historically been used thus by all classes with access to State Power in South Africa" (O'Meara, 1975). Con el racismo, como ha observado Johnstone "white nationalists and white workers obtain prosperity and the material strengthening of white supremacy" (Johnstone, 1970). Sin embargo, con el concepto de racismo se pierde el de los derechos de las "minorías nacionales" o "etnias" dominadas y explotadas en condiciones coloniales o semicoloniales, y el del derecho que tienen a regímenes autónomos.

La noción de etnias ligada a la revolución de todo el pueblo y del poder de un Estado que reconozca su autonomía es la solución que encontró el gobierno revolucionario de Nicaragua finalmente derrocado por la "contra" y por las claudicaciones de muchos de sus dirigentes. En 1987 fue promulgada en Nicaragua una nueva Constitución que en el artículo 90 incluye los derechos de las etnias a la "autonomía regional". El concepto y su formulación jurídica logran precisar con toda claridad la diferencia entre la "autonomía regional" y la soberanía del Estado nación. Para fortalecer a éste y respetar la identidad y los derechos de las etnias se resuelve a la vez el "problema étnico-nacional" (Díaz, 1987). Se "reconoce la especificidad lingüística, cultural y socioeconómica de las etnias o minorías nacionales" que en ese entonces trata de ganar para sí la contrarrevolución y el imperialismo (Díaz, 1986).

Frente al "indigenismo marxista que no contempló ninguna reivindicación étnica" (Saladino, 1983) o frente al que pretendió oscurecer la lucha de clases con las luchas de las etnias, desde la década de los ochentas los revolucionarios centroamericanos, sobre todo en Nicaragua y en Guatemala aclararon considerablemente la dialéctica real de la doble lucha. "Para nosotros —dice un texto guatemalteco— el camino del triunfo de la revolución entrelaza la lucha del pueblo en general contra la explotación de clase y contra la dominación del imperialismo yanqui, con la lucha por sus derechos de los grupos étnico-culturales que conforman nuestro pueblo, complementándolos de manera dialéctica y sin producir antagonismos" (Payerras, 1982).

BIBLIOGRAFÍA

- Díaz Polanco, Héctor, y Gilberto López y Rivas (1986). *Nicaragua: autonomía y revolución*. México: Juan Pablos Editor.
- Díaz Polanco, Héctor (1987). *Etnia, nación y política*. México: Juan Pablos Editor.
- González Casanova, Pablo (1963). "Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo". *América Latina, Revista del Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales*, Año VI, núm. 3, julio-septiembre.
- González Casanova, Pablo (1965). *La democracia en México*. México: Ediciones Era.
- González Casanova, Pablo (1987). *Sociología de la explotación*. México: Siglo XXI Editores, México, 1969. 11ª edición.
- Johnstone, Frederick (1970). "White prosperity and white supremacy in South Africa today". *African Affairs*, 69, 275, abril, p. 136 (cit. 5).
- Lenin (s.f.). *Obras completas*, t. xxxvi, p. 360 y t. xxxiii, pp. 294-97.
- O'Meara, Dan (1975). "The 1946 African mine works strike and the political economy of South Africa", *Journal of Common Wealth and Comparative Politics*, 13, 2, julio, p. 147 (cit. 5).
- Payeras, Mario (1982). "Los pueblos indígenas y la revolución guatemalteca". Guatemala: Mimeo.
- Saladino García, Alberto (1983) *Indigenismo y marxismo en América Latina*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Shram, Sutart, y Hélene Carrere d'Encausse (1965). *Le marxisme et l'Asie 1853-1954*. París: Armand Colin.
- South African Communist Party (1962). *The Road to South African Freedom*. Moscú: Nanka Publishing House, 1970).
- South Africa *Journal of Common Wealth and Comparative Politics*, 13, 2, julio, p. 147.
- Southhall, Roger J. (1983). *South Africa's Transkei: The Political Economy of an "Independent" Batustan*. Nueva York: Monthly Review.

El colonialismo global y la democracia¹

1 Este texto se publicó originalmente en (1996). *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur*. Barcelona: Anthropos, pp. 11-144.



Una introducción al Estado y la política en el tercer mundo exige abordar hoy el tema desde un contexto mundial en que la lógica de la soberanía de los pueblos y el sentido de la soberanía, o el soberano, adquieren un carácter novedoso y prioritario. El contexto es de tal modo distinto al del pasado inmediato y al de los países altamente industrializados, que hablar del Estado y la política en el tercer mundo sin aclarar exactamente de qué mundo se habla, implica condenar al fracaso cualquier intento de generalización o explicación. Es lo que ocurre a quienes sin darse cuenta que el tercer mundo es el mundo colonial renovado, se preguntan por qué no hay democracias estables —al estilo metropolitano— en África, Asia y América Latina. O a quienes proponen construir ese tipo de democracias, sin tornar en cuenta los factores que se oponen a ellas en zonas oprimidas y saqueadas en formas coloniales a las que no prestan la menor atención. Con un agravante: que, si las “democracias occidentales” son para muchos, ejemplos, paradigmas o modelos en la historia del hombre, están lejos de constituir —si se les ve con mínima seriedad— gobiernos de pueblos soberanos, hecho ninguneado en el que por lo general no se repara. Como tampoco se ve que los complejos industriales —militares que hoy dominan el mundo— parezcan mostrar la más mínima capacidad para resolver sus propios problemas sociales, ni para alejar el peligro de una guerra de todos contra todos, en la que no puede

descartarse el uso de armas nucleares dado el creciente número de usuarios y los graves conflictos en que se ven envueltos, ni para impedir la destrucción del ecosistema. El paradigma de la “democracia occidental” revela el estudio del contexto mundial al fin de la guerra fría, además la necesidad de regímenes con poder de los pueblos y con democracia plural de los ciudadanos, una especie de paradigmas alternativos cuyo carácter emergente apenas se esboza en algunas regiones del tercer mundo.

En todo caso, más que plantear la opción simple entre capitalismo y socialismo, la experiencia terrible y reciente del “socialismo real” o autoritario, o totalitario, y la dominante de un capitalismo global y colonialista cada vez más injusto y bárbaro, parecen plantear como lógica y utopía la mediación necesaria de pueblos soberanos en un mundo esencialmente poscolonial, en el que democráticamente resuelvan el problema social tanto en el centro como en la periferia. Y aun ese paradigma alternativo resulta difícil de plantear, por lógico que sea, si se piensa que ni los pueblos son garantía de seguridad para “el hombre” cuando se constriñen a sus intereses particulares y no animan en la práctica los valores universales y humanistas como proyecto global, político y económico que los lleve a resolver el problema del colonialismo, el capitalismo y el autoritarismo en sus distintas formas. Pero, para todo este tipo de planteamientos que parecen ideológicos y anticuados a la ideología “científica” neoliberal, el primer concepto que cabe retener es el que corresponde a la expresión tercer mundo. Si por ello se entiende la humanidad sujeta a relaciones coloniales de dominación y explotación, es un hecho que al final de la guerra fría, el tercer mundo, lejos de desaparecer, ha crecido en Asia, África y América Latina, y en el interior de los propios países centrales: El tercer mundo se ha convertido en un fenómeno internacional que incluye al exbloque soviético y a China y en el interior de Estados Unidos, Europa y Japón a sus propias minorías en la miseria y a las de asiáticos, africanos y latinoamericanos migrantes. Al tercer mundo externo colonial se añade cada vez más un tercer mundo interior o interno: ambos son la expresión más reciente del colonialismo, ese Orlando político.

EL CONOCIMIENTO DE LOS PELIGROS DEL MUNDO

En Washington existe un instituto vigía que se ocupa de los riesgos del mundo. Es un caso más del conocimiento que no detiene a Edipo en su destino trágico. La diferencia con Delfos consiste en que el instituto no cree en el destino, y en que busca que el conocimiento transmitido aleje el peligro.

Tanto ese instituto de Washington como otros de su género producen un conocimiento que los *policy makers* (gobernantes) no toman en cuenta ni siquiera cuando el hacerlo impediría su propia aniquilación. Los dirigentes gubernamentales conocen las amenazas de una sociedad insostenible y de un mundo ingobernable; pero su voluntad de conocer se reduce a la búsqueda de “una sociedad sustentable” y de “una gobernabilidad mejorada” que no afecten ninguno de sus intereses inmediatos y particulares.

En esas condiciones, el conocimiento y el arte de persuasión del World-watch Institute no logran sus objetivos. Su tarea se reduce a seguir registrando riesgos y a destacar algunas mejoras completamente secundarias o marginales.

“Bangladesh tal y como hoy se le conoce, puede prácticamente dejar de existir” (Brown, 1989: 74) escriben en una oración exactamente aplicable al mundo entero. El peligro es evidente, y las pruebas son irrefutables. En la página 133, segunda columna, de *State of the World 1989*, aparece una gráfica que muestra cómo los gastos militares del mundo obedecen a una tendencia francamente ascendente: “ajustadas las cifras para eliminar los efectos de la inflación [escribe Michael Renner] desde 1960, los países industrializados han duplicado sus gastos militares, mientras el tercer mundo los ha aumentado más de seis veces. La participación de los países en desarrollo en el gasto militar mundial [agrega] aumentó del 6% del total mundial en 1965 al 18% para mediados de los años ochenta” (Brown, 1989: 133). El problema revela hasta hoy un carácter global; la exportación de armas al tercer mundo crece en forma exponencial desde 1962, y aunque la crisis económica parece disminuirla, no por ello deja de representar un gasto inmenso y un peligro creciente (Strahm, 1986: 188-189). Al término de la “guerra fría” los gastos siguen siendo descomunales, y catastrófico el tráfico de armas, como se prueba en Europa del Este.

El panorama es más completo cuando se ve el incremento del hambre y de los problemas sociales de una humanidad en proceso de empobrecerse más allá de lo habitual, o cuando se considera la acelerada destrucción de los recursos naturales y del medio ambiente. El futuro revela entonces un carácter directamente amenazador tanto para los pobres como para los que no son pobres.

Pero incluso cuando se es consciente de los peligros, son poquísimos los resultados en los cambios de políticas. El “poquísimos” es relativo a la gravedad del peligro. Es exacto. El Consejo Mundial de la Alimentación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), en su informe de 1988 resumió la situación del mundo en los siguientes términos: “el progreso anterior en la lucha contra el hambre, la desnutrición y la pobreza, *se ha detenido o está echando marcha atrás* [subrayado por nosotros] en muchas partes del mundo” (WFP, 1988). A mediados de 1988 el Banco Mundial informó que “tanto la proporción como el número total de africanos sujetos a regímenes dietéticos deficientes han aumentado y seguirán incrementándose a menos que se tome una *acción especial* [subrayado por nosotros]”. Esa “acción especial” no se ha tomado. Por lo pronto, afirma: “la situación no es solamente seria, sino se está deteriorando”. “El número de ‘personas sin seguridad alimenticia’, sin alimento suficiente para sostener la salud y la actividad física normales, ahora suma más de cien millones” (Brown, 1989: 13). El mismo problema afecta a América Latina, cuya declinación constante en la producción de alimentos ha hecho que pase de exportadora a importadora, con el agravante de que continuará la misma tendencia en los noventa. Igualmente seria es el hambre en el Medio Oriente y Asia. Las dos terceras partes de los niños de Asia del Sur sufren de desnutrición en materia de proteínas.

La degradación de las tierras de labranza, la disminución de la producción de granos y los aumentos en precios de alimentos aparecen como algunas de las variables que no se manejan en la aclaración de los hechos. Menos las que se refieren a una política deliberada de contención de la producción alimenticia en el tercer mundo, política que se acentuó en los años ochenta con fines de control de la población y también de abaratamiento de costos de los productos que exporta el tercer mundo.

Los males se suman como en un sermón. A los hechos anteriores se añade el calentamiento de la Tierra, el adelgazamiento de la capa atmosférica

de ozono que desde las regiones polares se vuelve cada vez más tenue en todo el globo, aumentando los peligros de pérdida de recursos marinos, de extensión del cáncer y otras enfermedades, que anuncia catástrofes de las que se habla casi en forma automática, rezandera y periodística. Entre ellas se encuentran esas dos terceras partes de Bangladesh que se hundieron en 1988 bajo el agua.

El calentamiento creciente de la Tierra por el uso y abuso del dióxido de carbono amenaza con cambiar los niveles de los mares. Las probabilidades son muy altas de que los mares se levanten de 20 a 30 centímetros en los próximos treinta años, y hasta tres pies en las siguientes décadas. En menos de medio siglo, están amenazadas de quedar bajo el agua las zonas altamente pobladas de los deltas de Egipto, India, China; grandes regiones de Estados Unidos, Inglaterra y Holanda, atolones del océano Pacífico y el mar Índico, islas como las 1200 Maldivas y la Guayana (Brown, 1989).

La destrucción de la Tierra afecta especialmente a los países del tercer mundo, y desde ellos al conjunto del globo. También daña a los del Primero —postindustriales— y el Segundo —postsocialistas—. La destrucción de las selvas tropicales alcanza al 72% en África Occidental y Oriental, al 63% en Asia del Sur, mientras que en las zonas templadas sólo se destruye el 14% (Strahm, 1986). Pero como las selvas tropicales contribuyen en forma importante al oxígeno de toda la Tierra, su desaparición es extensiva a los países ricos. Noticias alarmantes de la deforestación en Brasil advierten que en 1987 se quemaron ocho millones de hectáreas de selvas tropicales, y que la cantidad quemada fue más o menos la misma en 1988 (Brown, 1989).

Por otra parte, “el 80 % de las tierras utilizadas hoy como praderas naturales están amenazadas de desertificación”. El peligro universal se repite: la desertificación amenaza sobre todo a los países del tercer mundo (Strahm, 1986: 76-77), pero también a las grandes potencias, en especial a los Estados Unidos y la URSS. Con un hecho que redondea el proceso: en la superficie de la tierra los monocultivos provocan cada año la pérdida de 22 mil millones de toneladas de humus, más de las que se producen. La erosión del suelo por los monocultivos amenaza a la India y China; así como a Estados Unidos, Canadá y la ex Unión Soviética. Los niveles de polución en el aire, en los mares y en las ciudades han crecido a nivel global. Hasta en países altamente desarrollados se han observado con alarma cambios climáticos, muertes de

especies marinas, éxodos de turistas asustados por la suciedad de las playas en que iban a nadar, o en las que se les prohibió nadar. El fenómeno se ha repetido en la costa este de Estados Unidos, en el Adriático, en el Báltico, en el mar Negro, y en el Aral, otro lago endorreico de la ex Unión Soviética.

La lluvia ácida que no cesa, los desperdicios tóxicos que invaden el aire y los mares, la erosión de suelos y tierras vegetales constituyen “amenazas globales de proporciones sin precedente”. Las amenazas se conocen cada vez más y con mayor exactitud por más gente. No obedecen a un problema psicológico de quienes las descubren sino a un problema ecológico y social del mundo que descubren.

El conocimiento de los peligros del mundo ha logrado algunos resultados positivos tanto en la sociedad civil de distintas naciones como en sus gobiernos. Los resultados alcanzados son bien recibidos por pequeños que sean. Algunos dan pie a muestras de felicidad, a festejos y premios concedidos por los defensores de la Tierra.

Los movimientos para la protección del medio ambiente no sólo han aumentado, o aumentaron, en Europa Occidental, Japón o Estados Unidos, sino en los países del mundo exsocialista; en estos sobre todo tras la tragedia de Chernóbil.

Los movimientos por la paz y la desmilitarización han proliferado en el mundo entero y siguen las pautas recientes que incluyen a todas las ideologías y creencias sin reducirlas a una sola. Desde la tragedia de Chernóbil, cinco países han decidido no construir más plantas nucleares, y dos, cerrar las que tenían; otros han dado una importancia crucial a la prevención de accidentes renunciando a cualquier uso militar de la energía atómica. Hasta ahora, sin embargo, los movimientos no han logrado cambiar las principales tendencias armamentistas y ecodidas.

Si impulsarlos y universalizarlos es tarea urgente para la sobrevivencia, alcanzar los objetivos mínimos es hasta ahora un ideal muy remoto. En muchos países los gobiernos y empresarios siguen proyectando abrir nuevas plantas nucleares, sin que la seguridad sea del cien por ciento; otros —como Corea del Norte— renuevan proyectos de armas nucleares. El Tratado INF (*Intermediate-Range Nuclear Forces*) para la eliminación de fuerzas nucleares intermedias llegó a despertar grandes esperanzas en el mundo. En realidad, sólo se refería al 4% de los arsenales nucleares (UNIDIR, 1988: 3).

El movimiento verde, defensor del medio ambiente, llegó a tener 16 partidos en Europa, y a convertirse en una fuerza importante en varios países. Hoy parece haber entrado en declive. Los resultados son muy modestos en relación a la magnitud del problema. Desde 1983, los gobiernos europeos decidieron establecer controles más estrictos de la contaminación; pero la propuesta de Escandinavia y Alemania Occidental para reducir en 30 % las emisiones de dióxido de sulfuro fueron rechazada por el gobierno de Estados Unidos y por el de Inglaterra, y abandonada finalmente por todos los gobiernos. Y eso que se quería alcanzar el objetivo sólo hasta 1992. La lucha continuó y obtuvo algunos éxitos cuando empezaban a morirse las selvas europeas. En catorce países llegó a imponerse la opinión pública por el control del ácido sulfúrico: en ellos pareció que “las acciones” no sólo eran “urgentes” sino “inevitables” (Brown, 1989: 6).

A fines de los ochenta también se alcanzaron importantes avances en favor de la paz. Naciones Unidas volvió a recibir apoyo económico de las grandes potencias que se lo habían retirado, como Estados Unidos y la URSS. Las “superpotencias” se acercaron. Los más grandes choques en el Medio Oriente, en África del Sur y en Afganistán parecieron atenuarse. Pero la última ratio, incluso en el conflicto de Israel con los países árabes, y de África del Sur con sus vecinos, siguió siendo “el misil con cabeza nuclear” (UNIDIR, 1988: 3). En cuanto a Afganistán, si la ex URSS al fin sacó sus tropas, Estados Unidos y Pakistán siguieron ayudando oficialmente a sus antiguos aliados tribales, quienes a principios de 1989 recibieron también el apoyo de la Organización de la Conferencia Islámica.

En la posguerra fría, al anterior peligro de confrontación mundial de las dos “superpotencias” sucedió un momento de grandes esperanzas. Pero el nuevo orden mundial pronto reveló entrañar enormes peligros: a la guerra del Norte contra el Sur se añadieron las de naciones y etnias en el antiguo bloque soviético. Se esbozó la “ingobernabilidad del mundo” (Ignacy Sachs) y “el imperio del Caos” (Samir Amin). El problema profundo parece ocultarse en una violencia estructural que las instituciones y los movimientos plantean de una manera secundaria e incoherente desde el punto de vista del conocimiento científico y la voluntad política.

Un estudio sobre los problemas que se resuelven y los que no (e incluso se agudizan), un estudio que permitiera una generalización rigurosa sobre

la situación global y las tendencias del mundo al ecocidio o la sobrevivencia, difícilmente podría probar que es incorrecta la hipótesis más generalizada: que la desaparición de la Tierra es estructuralmente probable. Y aunque esa probabilidad sea muy baja —de lo que no hay prueba—, semejante hipótesis debería ser suficiente para desentrañar, con más profundidad que hasta ahora, las estructuras del peligro o sus causas, sobre todo la causa de que no haya una fuerza capaz de abordar y resolver el problema, o, la voluntad organizada necesaria para resolverlo. Tampoco existe un conocimiento integral de los peligros del mundo para la sobrevivencia global. Ese conocimiento está por lo general mutilado. No advierte que la destrucción estructural del mundo a menudo oculta la dominación y explotación del hombre, o la destrucción física y biológica de buena parte de la humanidad.

CRISIS DE LA HEGEMONÍA Y CONOCIMIENTO

“La *pax americana* [escribe Robert W. Cox] creó un espacio económico global dentro del cual las grandes empresas podían internacionalizar la producción. Al mismo tiempo, los Estados conservaron la capacidad de proteger a los sectores social y económicamente más débiles de sus poblaciones. La tensión entre las preocupaciones estatales orientadas hacia la economía mundial y la economía nacional se pudieran manejar mientras la economía mundial estaba en expansión. A grandes rasgos éste era el caso durante las décadas de los cincuenta y sesenta” (Cox, 1987: 6).

Después, todo cambió. El déficit de la balanza de pagos de Estados Unidos, las crisis fiscales con graves consecuencias inflacionarias de desaliento a la inversión y altos niveles de desempleo y sobreproducción en las principales industrias plantearon la necesidad de limitar los enormes gastos en armamentos, o los incentivos a la inversión, o las políticas de incremento de los niveles de vida de los ciudadanos, y las que buscaban acelerados niveles de desarrollo “económico-social del tercer mundo”. La opción fue definitiva: favoreció al capital contra el trabajo en el mundo entero y en lo internacional favoreció al Norte contra el Sur.

El hecho, como observa Cox, hizo perder hegemonía a Estados Unidos en un sentido preciso: si Estados Unidos siguió dominando en muchos terre-

nos, en muchos otros dejó de convencer, o sentó las bases para perder —estratégicamente— a una numerosa población de trabajadores y de pueblos. Las técnicas de dominación psicológica y política pudieron dar una impresión contraria. Pudieron hacer creer que era un mito que Estados Unidos hubiera perdido la hegemonía como poder, e incluso como liderazgo. Pero en ambos terrenos su situación real se volvió muy discutible. El propio Cox advierte como señal de la caída, el verano de 1971 cuando el dólar dejó de ser referencia del oro. Ese hecho mostró el debilitamiento de un país —como Estados Unidos— que consume más de lo que puede pagar y que acumula déficits de pagos, déficits de comercio, déficits presupuestales, al grado de que deja de ser acreedor neto a nivel mundial (Cox, 1987: 6). para convertirse en el principal deudor del mundo.

Desde el punto de vista del dominio y liderazgo, “los hechos anteriores provocan una pérdida de hegemonía que se vuelve a manifestar en el *crash* de octubre de 1987 y también en la declinación persistente del dólar; una moneda en la que ya no se puede confiar”. En el clima ideológico dominante, y en el marco de los intereses creados, fácilmente se pueden descartar la reducción estructural de los gastos en armamento, el control del capital especulativo, una reforma fiscal progresiva a costa de los grupos de altos ingresos. Por tanto, es de prever más pérdida de la hegemonía interna frente a una juventud crecientemente empobrecida (“incidencia creciente de pobreza entre la juventud norteamericana”) y una pérdida de hegemonía externa con los pobres del mundo (Cox, 1987: 6).

Es cierto que los sistemas de mediación de los pobres de dentro y de fuera, la “segmentación” de los trabajadores y la atomización de los pueblos y las ciudades, así como el fortalecimiento de las coaliciones y sistemas de control, constituyen fuertes contrapesos a la pérdida de “consenso”, a la ruptura de los “controles sociales”, a la destrucción de los “sistemas de bienestar” (*Welfare*) y a la crisis de los “Estados desarrollistas”. Pero ese mismo proceso parece dejar un saldo acumulativo de resentimiento en las fuerzas socialdemócratas y populistas erradicadas —entre otras— con las políticas de represión militar de los sesenta y setenta, o en las neoliberales engañadas con las ilusiones “reestructuradoras” de los ochenta. Todos los líderes de los países pobres se enfrentan a una situación de “extrema austeridad económica” y de insoportables exigencias para el pago de una deuda

externa creciente. Viven la crisis de su menguada autoridad y de su “cesarismo democrático”. Supreciado “civilismo” está montado en bayonetas, y su supuesto rescate de los “derechos humanos” se restringe a acciones de pequeño o nulo alcance, en medio de la agudización incontenible de una crisis que muchos de ellos creyeron controlar con los modelos neoclásicos y las medidas monetaristas.

A los descontentos y enfrentamientos de las “élites” desplazadas y sus clientelas otrora poderosas, o de sus sucesores que heredan países “ingobernables”, que los invitan a ser desobedientes a sus falsos ideales “democráticos”, se añaden nuevas movilizaciones populares, ciudadanas y obreras, de campesinos o estudiantes, que constituyen serias amenazas para el propio cesarismo norteamericano. El peligro es mayor cuando se advierten las enormes limitaciones que un Clinton encuentra para imponer una política social mínima que se combine con el incremento de la productividad norteamericana.

En el proceso mismo de perder su hegemonía, las grandes fuerzas de Estados Unidos han tendido a enredarse cada vez más en medidas conservadoras de defensa del *statu quo*. Los sistemas de conocimiento nacional e internacional que replantean los problemas sociales del mundo y de un desarrollo autosostenido, alcanzan una influencia y profundidad muy secundarias.

El propio Cox ha hecho una observación de la mayor importancia en relación al *sistema mundial* dominante y las ciencias sociales. Para él, tanto en las Naciones Unidas como en los organismos internacionales, durante toda la posguerra se dio como un hecho que a partir del sistema de dominación existente se debían realizar estudios “técnicos” y “funcionales”. Esos estudios alcanzarían por su naturaleza “científica” los objetivos de la Carta de las Naciones Unidas.

Lo “técnico” y lo “funcional” dependían de lo “hegemónico” como base indiscutida de investigación y de acción.

El trabajo de las diferentes agencias especializadas podía considerarse “técnico” y no político en tanto que los principios generales del orden quedaban aceptados por consenso como reales. El hecho de que la Unión Soviética no participara en esa aceptación consensual ni en la mayoría de las

agencias especializadas, reforzaba en vez de minar la cohesión hegemónica (Cox, 1987: 6).

Los movimientos y pensamientos “políticos” que no eran “técnicos” ni “funcionales” eran rechazados con los argumentos descalificadores de tipo “cientificista” y “tecnocrático”. O eran “funcionalizados” como llegó a ocurrir incluso con la Teoría de la dependencia, cuando ésta se usó, al estilo de Helio Jaguaribe, para sancionar el funcionamiento del sistema, o como cuando el Banco Mundial aprobó la “producción de básicos”, o la Organización Internacional del Trabajo lanzó el programa de expansión del empleo.

El “funcionalismo” y “la técnica” precisaban y sancionaban los proyectos de ayuda y desarrollo que cumplían con un objetivo esencial: “El trato básico —dice el autor— era que el Tercer mundo se mantendría abierto al comercio y los flujos de capital de la economía capitalista mundial y acataría sus reglas”.² El conjunto de las medidas y las razones anteriores llevaron a intensificar en los hechos la “conexión” con el mundo capitalista hegemónico y la dependencia del mismo. Eso ocurrió incluso con gobiernos y países que originalmente representaron importantes movimientos de liberación nacional y que poco a poco fueron cayendo en el mundo dominado por Estados Unidos. En ellos tendieron a reventarse todos los “avances” sociales sin que fueran sustituidos por otros nuevos; e incluso se aumentó la capacidad productiva —más que con base en un desarrollo tecnológico— con políticas internas e internacionales de transferencia del excedente a costa de los trabajadores y los pueblos, en particular los de su “tercer mundo” interno y externo.

El problema es que desde 1970 en adelante, la hegemonía original de Estados Unidos frente a Europa y Japón tendió a disminuir considerablemente mientras apareció un nuevo tipo de movimientos de liberación que tendían a profundizar sus posiciones radicales y populares y a vincularse a los países socialistas, en especial a la URSS, cuando no lo estaban ya, como en el caso de Vietnam. Los triunfos de Angola, Mozambique, Etiopía, Nicaragua, de cuya aparente solidez Cuba era un antecedente importante, alteraron a su vez las nociones de lo hegemónico indiscutible, y las de lo técnico y fun-

2 *Ibid.*, p. 20.

cional. Las acusaciones de Estados Unidos contra las Naciones Unidas por su excesiva politización, y las presiones que ejerció contra sus organismos y contra el sistema en su conjunto, llevaron en la época de Reagan a salirse incluso de una de ellas. Si en el Banco Mundial y en el Fondo Monetario Internacional (FMI) Estados Unidos jugó a la ofensiva, en la Asamblea General se le vio constantemente aislado e incluso acorralado: “Las Naciones Unidas se ha vuelto el espejo de un mundo no hegemónico” (Cox, 1987: 24). Pero entonces ocurrió un hecho más: la dificultad de que surgieran, en una situación no hegemónica, los funcionarios del orden nuevo, de la nueva política de paz y preservación de la naturaleza. Si Estados Unidos ya no era hegemónico, la URSS y los países socialistas o los nuevos gobiernos populares y democráticos tampoco lo eran, y a fines de los ochenta entrarían en un declive terminal. Y si Europa y Japón mostraban independencia creciente en sus decisiones políticas y económicas, nunca se apartaron de asegurar el buen funcionamiento del sistema capitalista mundial y de “los intereses generales” de las grandes corporaciones. Europa y Japón apoyaban algunas políticas de paz, de preservación de la naturaleza y cancelación de la deuda externa del tercer mundo, pero lo hacían en formas muy imprácticas e inconsecuentes. Las macrodecisiones de las grandes potencias siguieron obligando a producir más para la guerra, más para la sociedad de consumo, más contaminación; a exigir un pago renovado y creciente de la deuda y los intereses acumulados; a deteriorar aún más las relaciones de intercambio. Así defendían como gobiernos y funcionarios los intereses de los accionistas de las empresas transnacionales, los intereses de los ahorradores y dueños del sistema bancario, los de las “clases políticas” y sus bases sociales en los países centrales y la hegemonía que entre todos trataban de reestructurar; la recuperación de la hegemonía implicó un empobrecimiento de la humanidad y de sus propios trabajadores.

El ideal de autonomía y libertad intelectual y académica de los expertos de las Naciones Unidas para que estos estudiaran “alternativas estratégicas de desarrollo” pareció lejos de cumplirse. La sustitución o complementación del pensamiento funcionalista y técnico del mundo académico norteamericano por el de un cierto pensamiento crítico no fue capaz de pasar el *threshold* (“punto de quiebre”) de la hegemonía perdida para encontrar una nueva hegemonía con valores universales. La antigua se impuso por

todos los medios políticos e ideológicos a su alcance buscando que reinara el funcionalismo monetarista y friedmaniano, y la tecnocracia y *expertise* (“conocimiento especializado”) neoconservadores, transnacionalizadores. Para ello contó y cuenta con experiencias y fuerzas que bloquean en todo lo que pueden los centros autónomos hasta someterlos, mediatizados o destruirlos. El pensamiento crítico contrario al neoliberalismo sería muy importante a la llegada de Clinton; pero muy limitado. Por su parte los países europeos y Japón no mostrarían gran interés en auspiciar un pensamiento que constituyera una verdadera alternativa al neoliberalismo conservador. La mayoría de sus gobiernos y gobernantes consideran la socialdemocracia y el populismo no sólo como demagógicos y corrompidos, sino como inoperantes para resolver los problemas que a ellos les preocupan. Los propios gobiernos e intelectuales socialdemócratas adoptaron y adaptaron las políticas monetaristas según los contextos político-sociales en que operaban. En ellos, la democracia es un proyecto “limitado”, y la justicia no hace la menor concesión a los “liberales de corazón blando” (*Bleeding Heart Libertarians*).

En cuanto a los países socialistas y los nuevos Estados populares, desde los ochenta se encontraban ya en profundas crisis económicas e ideológicas que apenas empezaban a enfrentar con vagas alternativas democráticas — como fue el caso de la URSS— o vivían problemas gravísimos de atención a la defensa y a la producción nacional, que junto con la crisis de un autoritarismo exacerbado y epidémico no les permitían ya ni pensar en constituir un bloque hegemónico mundial, y muchas veces ni siquiera uno nacional. En los noventa la URSS, Yugoslavia, Checoslovaquia y por supuesto el CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica) dejaron de existir.

La construcción de un bloque mundial que centrara sus fuerzas en la solución del problema social pareció diluirse y acabarse. En distintas regiones del mundo surgieron múltiples proyectos de democracia con poder de los pueblos en la producción, la política y la cultura, pero ni correspondieron a un proyecto mundial más o menos claro, ni lograron esbozar siquiera una teoría u organización de lo universal.

A fines del siglo xx el pensamiento crítico profundo, autónomo y plural apenas empezó a pensar de nuevo en una alternativa democrática de los pueblos y los trabajadores y en la fuerza necesaria para imponerla. Mientras

tanto la hegemonía mundial quedó en el G7, con Estados Unidos como la principal potencia militar, y con los países de Europa, Canadá y Japón como sede de las grandes empresas que con sus Estados y asociados del Sur dominan la estructura global. Ese grupo carece de un proyecto de democracia, de justicia social, de desarrollo y de conocimiento científico y humanístico realmente serio.

EL CONOCIMIENTO SOBRE LA EXPLOTACIÓN DEL TERCER MUNDO

El State of the World 1989: A Worldwatch Institute Report on Progress Towards a Sustainable Society apenas mencionaba al tercer mundo. Esta ausencia es atribuible a la división del trabajo intelectual. También proviene de razones ideológicas y de un desconocimiento que arrastra tradiciones científicas, de origen político, difíciles de superar. En los estudios sobre “seguridad” de Estados Unidos por lo general no se incluye al tercer mundo; tampoco en los que se refieren a la sobrevivencia de la humanidad. Los peligros del medio ambiente y los de la guerra nuclear no se asocian a los de la explotación.

Es más, en la década de los ochenta y principios de los noventa, el concepto de tercer mundo fue abandonado. Si siempre había sido mal visto, tras el colapso del “socialismo real” y la idea de que terminó la “bipolaridad”, en que aquél pretendió ocupar un lugar aparte, se le desechó del todo. Organizaciones académicas y universitarias acentuaron los problemas de la “globalidad” y de la “gobernabilidad”, vistos desde los países “post-industriales”, en la perspectiva “Norte-Sur”. En esa perspectiva subyace la idea de que el “Norte” tiene problemas globales de “seguridad” y “gobernabilidad” en relación con el “Sur”. Esos problemas son atribuidos (con lenguajes que parecen científicos) a los “fundamentalismos” del Sur, a sus nacionalismos y etnicismos primitivos, a sus organizaciones terroristas, a su baja moral y cultura cívica, al autoritarismo y corrupción de sus líderes y organizaciones —muchas de ellas ligadas al narcotráfico— y a una cierta inferioridad cultural y racial que los habitantes del Sur no alcanzan a superar. En cuanto a la miseria y la extrema miseria de estos países, se ven como producto de una crisis económica “global” que afecta a esa región del mundo de modo “natural” y sin que sus efectos más dolorosos tengan nada que ver con los

fenómenos de “explotación” de los que son objeto. La “explotación” de los pueblos y los trabajadores del “Sur” por las empresas del “Norte” y sus asociadas nativas es un fenómeno que no se ve y que por invisible no se puede asociar con ningún otro.

El estudio de la “explotación”, ya sea de unas regiones por otras — como en las relaciones coloniales— ya de unas “clases” por otras —como en las relaciones laborales— sólo ha ocupado el centro de las investigaciones científicas del pensamiento socialista. Fuera de éste, e incluso en algunas corrientes de éste, los problemas de la “explotación” se han abordado en discursos de tipo humanitario —religioso o laico— y en otros de tipo democrático, en que no han sido sometidos a un análisis “sistémico” y estructural, histórico y empírico, sino señalados al acaso, y cuando mucho como circunstancias o características aberrantes, injustas y reprobables, que, por razones morales o finalidades de control político, deben ser atenuadas o eliminadas.

Como no todas las investigaciones del pensamiento socialista tienen un carácter científico (desde el punto de vista histórico o empírico), y como las de tipo humanitario o político carecen a menudo de un mínimo rigor metodológico, la mayoría de las investigaciones institucionales de los países altamente desarrollados y de las grandes potencias, como Estados Unidos, no sólo han descartado polémicamente la posibilidad científica de estudiar la explotación, sino que la han suprimido de su campo epistemológico y su abecedario académico. La supresión del concepto y el fenómeno se ha vuelto de tal modo natural, que la sola referencia a la explotación como un problema científico causa profunda extrañeza, y en el orden emocional un cierto enojo, que se manifiesta con disgusto y desdén, de apariencia distante. Las bases del rechazo son elementales, pero se hallan mediatizadas por un proceso complejo, que en el orden del conocimiento es la expresión más barroca de la “reducción de la disonancia cognoscitiva”.

La postura sobria que en las ciencias sociales no incluye a la explotación en su campo epistemológico, se refuerza con la seguridad científica de sus académicos. Estos alcanzan altos niveles de rigor y excelencia en el terreno de las funciones o relaciones funcionales. En el de las relaciones contradictorias se limitan a problemas de luchas por el poder o de luchas por el mercado y en los mercados, en las que no aparece la explotación de unos hombres por otros, ni la idea de que se lucha o puede luchar contra

una explotación sistémica que “no existe”. Se considera que la afirmación de Milton Friedman es una tesis científica y por ello indiscutible: “En lo que va del siglo, ha crecido un mito en el sentido de que el capitalismo de mercado libre [...] es un sistema en el que los ricos explotan a los pobres” (Friedman y R. Friedman, 1981).

El desarrollo extraordinario que el análisis de las funciones tiene en el estudio de la sociología del mundo capitalista, y en la reestructuración de sus clases, alcanza dimensiones notables con el “análisis de sistemas”. El impacto que el análisis funcional y “sistémico” logra en las reformas sociales y en las reestructuraciones de los subconjuntos más funcionales al “sistema”, lejos de eliminar la explotación, la distribuye en formas mediata e inmediatamente funcionales para la maximización de utilidades y la seguridad de las empresas. El problema de ese tipo de investigación consiste, sin embargo, en que al no haber enriquecido el análisis funcional y sistémico de las “relaciones de dominación” o de la maximización de utilidades con el de las “relaciones de explotación” ha llevado a la imposibilidad epistemológica, técnica y política de comprender el sistema de relaciones funcionales y disfuncionales de dominación como un sistema asociado a las relaciones de explotación. La pobreza como fenómeno sistémico nada tiene que ver con un fenómeno que “no existe” como la explotación. Todo el conocimiento científico se ha organizado para ver la pobreza sin ver la explotación.

Al funcionalismo clásico y sus derivados “cibernéticos” o “sistémicos” les resulta inexplicable e inconcebible así la amenaza a la sobrevivencia del hombre en la Tierra, como mediación a la amenaza de sobrevivencia de los explotadores, sean países o clases. Por eso, esfuerzos como los de Noam Chomsky poseen un valor mucho mayor que sólo el moral o político que suele reconocerse en su obra. Paradójicamente las contribuciones más rigurosas y exactas de Chomsky tal vez no se den en el campo lingüístico, sino en el social.

En sus *Managua Lectures*, en *The Culture of Terrorism* y en otros escritos, Noam Chomsky ha hablado de lo que llama “la quinta libertad”, que él añade a las cuatro mencionadas por Franklin Delano Roosevelt cuando éste se sumó a la lucha contra el nazismo. Roosevelt habló entonces de la libertad de hablar, de creer, de la libertad frente a la miseria, de la libertad frente al

miedo (libertad de palabra, libertad de culto y la vida libre de carencias y de miedo). Chomsky afirma en forma compendiada:

La conclusión central —y no muy sorprendente— que se desprende del testimonio documental e histórico es que la política internacional y de seguridad de Estados Unidos, enraizada en la estructura de poder de su sociedad nacional, tiene como meta primordial la preservación de lo que podríamos llamar “la Quinta Libertad”, entendida, burdamente pero con bastante exactitud, como la libertad de robar, de explotar y dominar, y de tomar cualquier medida práctica que asegure la protección y el fomento de los privilegios existentes. Chomsky, 1988: 1).

El aire “esquizofrénico” y la “ironía retórica” de esta afirmación parecerían quitarle su contenido científico; sin embargo, sólo expresan la dificultad de hablar contra la explotación y contra el saqueo con un espíritu flemático que sea convincente para quienes descalifican a su autor.

Como observa el propio Chomsky, el estudio científico de los problemas mencionados es descalificado de antemano. A quienes tratan de abordarlos se les exigen “altas normas de evidencia y argumentación, muchas veces inaccesibles a las disciplinas blandas”. Y a esas dificultades se añaden “el aislamiento y falta de recursos que son concomitantes naturales de la disidencia” (Chomsky, 1988: 21).

El punto a destacar es el siguiente: el estudio sobre la explotación cae en el orden de la disidencia siendo como es base para el estudio de la sobrevivencia. Rescatarlo resulta imprescindible para relacionarlo con problemas como la pobreza y la pobreza extrema, o con el deterioro del medio ambiente que provocan los pobres al destruir su propio hábitat y contribuir al ecocidio, o con el saqueo de las riquezas naturales para las grandes compañías y sus asociados. Relacionar explotación y sobrevivencia es esencial para comprender algunas de las amenazas más profundas a una política efectiva de sobrevivencia. Los peligros atómicos o ecológicos por sí solos no permiten comprender ni diseñar una política de sobrevivencia. La “explotación” debe ser parte de la problematicidad o visibilidad epistemológica. Sin su estudio y consideración, ni las grandes potencias que dominan “la globalidad”, ni los expertos del Banco Mundial, o el Fondo Monetario Internacional y las Naciones Unidas, ni siquiera los estudiosos “críticos”, que buscan resolver “el problema social”, o la creciente “desigualdad”, o alcanzar la “justicia”,

todos sin mencionar siquiera la explotación podrán acercarse a los problemas básicos de la sobrevivencia.

La verdad más elemental (y la más sofisticada) es que la explotación real de unas regiones y clases por otras se encuentra a la orden del día. Es más, la explotación real se ha acentuado profundamente en los últimos años; está en su apogeo. En la década de los ochenta, la explotación real se articuló y reorganizó en todas sus variables mediante el endeudamiento de los países en desarrollo. Nunca antes el endeudamiento había alcanzado la dimensión y la fortaleza que adquirió desde entonces.

En los ochenta, el endeudamiento fue la principal fuente de transferencias del excedente de los países “pobres”, endeudados, a los países acreedores o “ricos”. Coincide con un incremento notable de las transferencias de excedente, en cada país, de la mayoría de la población asalariada a las clases con tratantes o empresariales que viven de utilidades y rentas, o que son altos funcionarios de los bloques de poder transnacional y de los aparatos estatales. La política que permite el incremento de las transferencias internas y globales está diseñada por los acreedores. Sus víctimas principales son los pobres, y los más pobres; pero también los que habían dejado de serlo y han vuelto a caer en la pobreza. La aplicación de los programas de ajuste dictados por el FMI “despoja sobre todo a los estratos más pobres de la población” asegura uno de los pocos estudiosos del problema, Randolph H. Strahm, antiguo consejero de la CNUCED (Conférence des Nations Unies sur le Commerce et le Développement/Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo) y actual secretario general de “Los amigos de la naturaleza de Suiza”. De sus estudios, y de otros afines, se concluyen algunas tendencias y generalizaciones que son exactas en sus rasgos esenciales y que, científicamente, son imposibles de controvertir. En todos ellos la explotación aparece como un hecho actual que se expresa en forma directa o indirecta; a veces sola, otras combinada con la marginación y exclusión, pero casi siempre con indicadores confiables y válidos.

Desde 1972 la deuda externa no ha dejado de crecer. Los ingresos por deuda externa sólo benefician a una proporción mínima de la población que vive en los países endeudados, es decir, a la de más altos ingresos, mientras que paga toda la población. La deuda engendra nuevas deudas con iguales y tremendos efectos. La política de aumento de las tasas de interés aumenta

también las transferencias. La fuga de capitales nativos a los grandes centros bancarios agrava la crisis de la deuda; disminuye la capitalización para el consumo local mayoritario y aumenta la capitalización en beneficio de los países centrales. Los países en vías de desarrollo reciben menos dinero del que envían a los países desarrollados.

La inestabilidad de precios de las materias primas juega en favor de los países metropolitanos y en contra de los subdesarrollados o dependientes. La especulación con las materias primas produce un efecto parecido. El número de intermediarios del comercio Norte-Sur aumenta los precios de los productos en beneficio sobre todo de los intermediarios metropolitanos. Los países subdesarrollados pagan cada vez más unidades de lo que producen por cada unidad de lo que importan. En 1975 pagaban 8 k de algodón por un barril de petróleo, mientras que en 1982 pagaban 24 k, etcétera. En 1981 tenían que pagar —en comparación con 1972— “cuatro veces más algodón y diez veces más tabaco para comprar una carga de 7 toneladas” (Nyerere, 1988: 262). Esos son algunos indicadores de la explotación, una categoría que no existe en la investigación científica de la mayor parte de los paradigmas dominantes y alternativos.

La corrupción es parte de un sistema que, a nivel mundial, trabaja regularmente con coimas y cohechos que abaten costos de producción en los países dependientes. La transferencia de excedentes se oculta por todos los medios (por ejemplo, los empresarios ocultan al fisco las utilidades, aumentando artificialmente los costos de una empresa y bajando artificialmente sus precios de venta); las transnacionales sobrefacturan sus compras y subfacturan sus ventas. Todos esos datos deberían ser parte de la investigación científica sobre la explotación. Hoy se les ve aislados, en el orden de los “delitos” que rompen las normas consideradas como leyes naturales del sistema. En realidad, los principales beneficiarios del sistema son las multinacionales y los bancos del Norte en detrimento del Sur y de la población trabajadora del Sur. “La inmensa redituabilidad de las operaciones en los países en desarrollo se reflejaba en el hecho de que la Citicorp obtuvo el 20% de sus ganancias de 1982 en Brasil, a pesar de que sólo el 5% de sus activos totales se encontraban en ese país” (*New York Times*, 3 de diciembre de 1984, cit. por Cavanagh, 1985, p. 25). Pero sus beneficios, y la proporción de estos

con el capital invertido no se relacionan —en la conciencia científica de los investigadores— con el fenómeno de la explotación.

Desde los primeros años de la Cepal (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) hasta los más recientes de la “Comisión del Sur”, muchos han sido los organismos de las Naciones Unidas o comisiones *ad hoc* que han cuantificado la explotación como comercio desigual o transferencia de un comercio injusto. Hoy, un enorme cúmulo de datos confirman el hecho, o permiten analizarlo en torno al principal motor de “la dominación, la explotación y el robo”, que es la deuda externa. Sin embargo, se sigue planteando seriamente la descalificación de una categoría como la explotación, que no cabe en la legalidad científica y de quienes la usan. A estos se les descalifica en el orden moral —obcecados—, cultural —anticuados—, intelectual —mediocres— o biológico —dinosaurios—; se les acusa de tener mala fe, de resentimiento, ignorancia, o de debilidad humanitaria y populista.

El problema es aún más serio si se piensa que la deuda externa —como poderoso factor de la explotación— tiende a rehacerse y fortalecerse en forma que parece “sistémica” según los estudios más rigurosos, económicos y políticos. No obstante que en la década de los ochenta el financiamiento externo se ha reducido brutalmente; desde 1982 “medio centenar de países endeudados ya no pueden pagar las obligaciones contraídas por sus deudas y renegocian año tras año con sus acreedores, banqueros y gobiernos de los países industrializados” (Comarin, 1987).

Los efectos sociales de las políticas de renegociación de la deuda externa son bien conocidos: aumento del desempleo; disminución del poder de compra de los estratos medios y bajos, aumento de las distintas formas de injusticia social y de marginación o exclusión; deterioro de la salud pública, aumento de la mortalidad infantil.

Cuando la deuda externa se considera como variable de un índice compuesto, el fenómeno de la explotación parece casi inverosímil por la magnitud de las transferencias. Entonces, las transferencias de los países pobres a los ricos, aparte de los intereses, incluyen el deterioro de la relación de intercambio y los ocultamientos contables que a veces son superiores a lo contabilizado. Gran parte de la varianza de la pobreza y de la extrema pobreza se halla en el índice compuesto.

La explotación internacional se articula, por lo demás, a la explotación interna. Una se apoya en la otra. La explotación y dominación en unidades transnacionales, transregionales y transectoriales se articula a la explotación y la dominación intranacional e interna. Todos esos tipos de explotación forman parte de estructuras complejas que son funcionalmente externas e internas: transnacionales, internacionales e intranacionales.

Las medidas de “saneamiento” de la economía “golpean” a los más pobres: implican congelación y disminución de salarios de la mayoría de los asalariados, y de la masa de salarios; congelación, cancelación y reducción de servicios sociales (de escuelas, hospitales, habitaciones); supresión de subsidios alimenticios y de subsidios a los “básicos”; aumento a los precios de las medicinas, de los transportes, los materiales de construcción, todo con transferencias del excedente al sector privado empresarial, en especial al bancario, al exportador, y por su intermedio, o en forma directa, al transnacional.

Las medidas de “saneamiento” de la economía, dictadas por los acreedores y ejecutadas por los cobradores, pesan en última instancia en la alimentación de las capas más pobres de la población, que transfieren el excedente a las más altas, nacionales y transnacionales (Strahm 1986: 110-111). Los campesinos financian los bienes importados por las clases superiores (Strahm 1986: 130-131). Los trabajadores asalariados financian buena parte del pago de la deuda y de otras transferencias, incluso cuando la productividad es la misma. Los salarios de los trabajadores del tercer mundo son varias veces inferiores a los salarios de los “países centrales”. Son la décima parte de los salarios de los obreros en los “países centrales”; eso ocurre hasta cuando los bienes que producen alcanzan la misma calidad y cuando los producen al mismo tiempo.

Los estudiosos del Tratado de Libre Comercio entre México y Estados Unidos han descubierto que por igual trabajo con igual calidad y productividad los trabajadores mexicanos ganan entre la octava y la décima parte de los norteamericanos. Ni es válido el argumento de que a igual productividad corresponde igual salario, ni lo es el que sostiene que la política de saneamiento o ajuste no está relacionada con un aumento de la explotación de los pobres en beneficio de los ricos.

En el conjunto del fenómeno de la explotación internacional e interna, generalmente olvidado, los estudiosos ven a lo sumo un hecho “cosificado” que aparece en forma de distribuciones e incrementos de las desigualdades, y cuando la explotación llega a aparecer sólo como “desigualdad”, en general se le ve como un fenómeno que no tiene alternativa, es decir, que se puede conocer sin que se pueda cambiar. Así se registra la distancia entre los países pobres y los países ricos, una distancia que no dejó de crecer sobre todo en los ochenta. O se advierten otros hechos importantes: los países industrializados consumen el 80% de los recursos de la Tierra, cuando su población es el 20% del total. En energía, un norteamericano consume lo que dos europeos, lo que 55 indios, lo que 168 tanzanios, lo que 900 nepaleses. Las tres cuartas partes de la población mundial (de África, Asia y América Latina) “sólo disponen de la quinta parte de la producción y las riquezas del mundo” (Strahm 1986: 121). El 33% de la población mundial vive en una pobreza absoluta, es decir, “consume menos de lo necesario para su existencia”. La desigualdad internacional se repite en la interna: de los varios cientos de millones de habitantes con hambre, su distribución obedece a pautas de desigualdad entre países, y en cada país a pautas de desigualdad entre capas de ingreso. Los campesinos reciben la menor parte de la venta de los productos agrícolas (Strahm 1986: 30-38, 128-129).

Pero todas estas observaciones sobre la desigualdad no revelan sino los efectos de una relación social que no se considera en la mayor parte de los estudios institucionales. La desigualdad social se atribuye con la mayor seriedad a una desigualdad tecnológica y cultural, sin acordar importancia alguna a la relación de explotación, y al sistema de transferencias como un sistema de explotación, que hoy no sólo plantea un problema de injusticia hacia la mayoría de la humanidad, sino como un problema de sobrevivencia de la humanidad en su conjunto.

Son excepcionales los estudios, como el de Alan B. Durning, que en la explotación ven la trampa de la pobreza. Alan B. Durning redescubre la estructura de la explotación a nivel mundial. Dice en un trabajo académico poco común: “A nivel internacional, los patrones entrelazados del comercio de las deudas, y la fuga de capital durante los años ochenta, han hecho más ricos a los ricos y más pobres a los pobres” (Durning, 1989: 6). Su imagen del fenómeno es muy clara: La estructura internacional de transformación

del excedente de los países pobres a los países ricos se combina —a nivel nacional— con “innumerables políticas que hacen caso omiso o discriminan a los pobres”, y —a nivel local— con “deudas acumuladas agobiantes, altas tasas de interés, caídas en los precios de exportación y crecientes fugas de capitales” (Durning, 1989: 24). Y en todas partes “los salarios y los precios se han movido en contra de los pobres durante la mayor parte de esta década” (Durning, 1989: 27). En el proceso ha aumentado “la vulnerabilidad de los pobres” y de los países pobres. Se han “debilitado” los sistemas de protección a nivel nacional y local (Durning, 1989: 28). Al mismo tiempo han “disminuido” los “recursos de los pobres” y de los países pobres. Los campos, bosques, manantiales, ríos y lagos que antes eran de los pobres “se han erosionado o se han privatizado” (Durning, 1989: 24). Los países pobres también han privatizado y desnacionalizado sus recursos naturales, sus infraestructuras y sus empresas. La “trampa de la pobreza” opera oculta o se ve sólo parcialmente y de vez en cuando. Sus efectos en la debilidad física, en las enfermedades, en la ignorancia y la inseguridad son permanentes, crecientes, insolubles, dentro de un sistema que no se reconoce como explotador y que está esencialmente interesado en que no se le reconozca como tal. Ese sistema llega a descubrirse a nivel local. Los grupos más poderosos eventualmente acusan a sus asociados o competidores más débiles de explotadores; pero el sistema global no aparece. El pobre que se muere en un mundo local “es explotado fácilmente por los prestamistas, los comerciantes, los caseros y los burócratas”, todos ellos ligados a “el poder de los sectores urbanos y rurales más ricos, y sus aliados” (Chambers, s.f). Entre los aliados explotadores están los acreedores, banqueros, comerciantes y capitalistas golondrinos o sedentarios de la “trampa global de la pobreza”. Pero de todo ese sistema apenas se habla. Está muy lejos de constituir un problema central de la ciencia, ¿quién lo investigaría y para qué?

El propio Estado, dependiente y asociado, en África, Asia y América Latina actúa bajo las presiones de los países centrales y de sus socios nativos, “internos”. En caso de rechazarlas, los dispositivos de desestabilización e intervención se ponen en marcha de una manera natural e “inducida”. La manifestación máxima de esos dispositivos es la “desestabilización” económico-política y la intervención militar en el tercer mundo mediante guerras psicológicas, económicas, diplomáticas y militares que son a la vez internas

y transnacionales. Quienes se benefician de la explotación no quieren ni que se piense en ella; quienes a veces querrían denunciarla, no pueden; y quienes la denuncian lo hacen con una conceptualización y una base empírica tan débil como sus fuerzas políticas.

LA EXPLOTACIÓN Y DOMINACIÓN DEL TERCER MUNDO COMO AMENAZA A LA SEGURIDAD MUNDIAL: UN TABÚ EPISTEMOLÓGICO

La ignorancia hegemónica sobre la explotación de los pueblos del tercer mundo mutila a la opinión pública de Europa, Estados Unidos, Canadá y Japón. Con excepciones notables de grupos y movimientos antimperialistas que actúan en esos países, el mundo desarrollado muestra una absoluta negativa a comprender las desgracias de África, Asia y América Latina. Atribuir las a un sistema global de explotación que beneficia a las grandes empresas transnacionales y a la banca mundial corresponde a una explicación restringida a pequeños movimientos, en todo caso menores que los ecologistas o antinucleares. Esos movimientos no son desdeñables ya que en ocasiones frenan la política intervencionista, pero desde Vietnam hasta Nicaragua o Cuba, han sido los propios pueblos agredidos quienes fundamentalmente han enfrentado las intervenciones militares, políticas, económicas y psicológicas, de que son objeto. La lucha político-militar contra la explotación y el saqueo de las riquezas del tercer mundo se plantea sobre todo por los pueblos del *Sur*. La dialéctica mundial los llevó, durante una larga etapa, a alianzas necesarias y crecientes con los países del bloque soviético, y ocasionalmente con China, mientras en el resto del mundo encontraban muy poco apoyo para la defensa de sus intereses vitales.

La falta de un respaldo popular de los países centrales a los periféricos se combina con sentimientos racistas crecientes y fobias “jingoístas” o “chauvinistas” de las masas. Las frustraciones y cóleras de ésta derivan en manifestaciones intervencionistas y en actos de respaldo popular masivo a los líderes y jefes de gobierno, que recurren a las nuevas intervenciones coloniales.

El síndrome colonialista implica un peligro para la sobrevivencia de la humanidad. Junto con la persistencia o renacer de las crisis de sobrepro-

ducción y sobrepoblación en las primeras décadas del siglo XXI puede ser el detonador de un genocidio global. Para una política de la sobrevivencia, parece necesario impedir desde hoy el vacío intelectual, teórico, informativo y emocional, que existe en los países del centro sobre la explotación creciente de la periferia: es necesario superar ese desconocimiento en el orden político y, por lo menos, en el orden del rigor científico más elemental.

Hasta ahora la democracia de los países centrales ha sido incapaz de imponer el menor límite a las políticas de explotación del tercer mundo. Es más, los gobiernos de esos países han colaborado con la banca mundial y las transnacionales para que la explotación del tercer mundo se acentúe. La última década ha visto el deterioro creciente de la política “desarrollista” de Naciones Unidas, y la aniquilación de estructuras “nacionales” y sociales de financiamiento, protección y producción para el mercado interno. Estos cambios coinciden con el incremento de las transferencias de los países pobres a los países ricos a nivel global, y con el incremento de las transferencias de los trabajadores empobrecidos a los empleadores enriquecidos en el interior de cada país. Sin embargo, el problema de la explotación, como un determinante esencial de la pobreza y la pobreza extrema, no es ni un problema político, ni un problema científico central.

La actuación de la banca mundial por encima de cualquier legislación internacional se ha combinado con una mayor libertad de las transnacionales. Unas y otras han contado con el apoyo, o la obsecuencia, de los gobiernos democráticos del Primer mundo. La idea de que la democracia es un éxito ejemplar en Estados Unidos, Europa y Japón es inexacta. La democracia de esos países no ha logrado detener una política que está afectando gravemente a sus propias mayorías y empujando a las cuatro quintas partes de la humanidad a una situación desesperada, en la que difícilmente se podrán impedir fenómenos próximos al ecocidio colonialista en un escenario semejante a un apartheid universal.

Parecería caber en la lógica de la sobrevivencia, primero, que las fuerzas democráticas de los países “postindustriales” o “ricos” impusieran una política contraria al deterioro cada vez mayor de los países del tercer mundo y a la política de explotación y saqueo de que estos son objeto y, segundo, que las fuerzas progresistas de esos países dieran prioridad a una lucha entre la opinión pública que buscara encontrar una solución a la deuda externa del

tercer mundo, a sus necesidades de mercados, y de producción. Eso no es así. Sin duda, los problemas de los países dependientes serán resueltos en primer término por los pueblos de esos países, sobre todo en la medida en que logren superar explotación, opresión y dependencia con democracias, en las cuales el poder de decisión de las mayorías sea efectivo. Pero en relación a su propia sobrevivencia y a la sobrevivencia de la humanidad, los pueblos del Sur necesitan encontrar fuertes corrientes de opinión pública en el Norte, que presionen por la solución a los problemas que genera la explotación de que aquellos son objeto. Y, sin embargo, ese ideal lógico parece ilusorio, y carece de bases de apoyo en los países centrales y hasta en los periféricos.

La necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), en caso de adquirir una expresión política, tendrá que ser satisfecha, tarde o temprano, por un pacto fundador del Orden Mundial. Tal vez la idea de ese pacto se acelere en consideración a los peligros globales que implica la situación del tercer mundo y su deterioro creciente, para la paz global. Ya el nivel de inestabilidad es muy alto. La violencia, las guerras regionales, el terrorismo civil, el narcotráfico y el terrorismo de Estado tienden a permear la vida cotidiana del mundo entero.

En términos de política de poder el NOEI será un resultado político-militar-policial de las luchas, y de una negociación diplomática consecuente. Unas y otras llevarán posiblemente a un nuevo tratado de seguridad mundial en materia de armamento nuclear y convencional, de preservación del medio ambiente y de desarrollo económico-social entre los países más poderosos del mundo capitalista y del ex mundo socialista. Pero para la nueva negociación y las nuevas concesiones es necesario preparar —por ilusorio que parezca— a la opinión pública del Primer mundo en la lucha por la eliminación de la explotación neocolonial del tercer mundo.

Es difícil prever la forma en que se desenvolverá el proceso real de confrontación y negociación global. En cualquier caso, no contarán sólo las guerras internacionales e internas del tercer mundo, sino la política de confrontación de las grandes potencias entre sí y en relación con África, el Mundo Árabe, Asia y América Latina. La evolución de las fuerzas político-militares y de las económicas y sociales tendrán mucho mayor significado que los discursos meramente “humanitarios” contra la pobreza y los

líderes bárbaros del Sur, o que los estudios puramente “técnicos” sobre la “gobernabilidad” y el “desarrollo autosostenido”.

Destacar las tendencias a la violación de los derechos humanos de los pueblos y los individuos en las guerras internacionales e internas, denunciar la agudización dolorosa de la miseria de las tres cuartas o cuatro quintas partes de la humanidad, así como reparar en el carácter inhumano de las guerras y el subdesarrollo, sólo tendrán un significado político profundo si se vinculan a la lucha contra la explotación de los pueblos y a la necesidad de detener una política de terror y guerras que amenaza al conjunto de la humanidad y cuya derogación exige creciente apoyo de la opinión pública de los países “centrales” a los países periféricos. Ese apoyo —hoy mistificado en la propaganda y la ciencia—, lejos de consistir en dar “ayudas económicas” a los países explotados, tendrá tarde o temprano que plantearse como la lucha contra la explotación misma.

Dentro de una lógica de sobrevivencia, la atención se fijará necesariamente en la evolución político-militar y en la social, ambas ligadas a los problemas de dominación y explotación del orden internacional vigente. Sólo así se podrá aumentar la conciencia de los pueblos del mundo para llevar las confrontaciones y negociaciones del terreno amenazador del ecocidio al político y diplomático —de una nueva política, una nueva diplomacia y ciencia— que consolide y amplíe los triunfos contra el sistema de explotación y dominación colonial y global con sus redes internacionales, internas y transnacionales.

De los resultados de la dominación o liberación económica y militar del tercer mundo —como en las posguerras anteriores— es posible que se desprenda una nueva correlación de fuerzas que induzca a la negociación para un nuevo orden económico y jurídico mundial. El hecho parece aún más probable cuando se piensa que en la competencia entre los miembros del G7 difícilmente podrá cambiar la correlación de fuerzas hasta el punto en que uno de sus integrantes sea capaz de dominar a los demás o de que todos juntos puedan dominar, dentro de un orden jurídico y un sistema global democrático, a un mundo al que empobrecen y explotan cada vez más, y del que marginan o excluyen a mayorías miserables cada año más numerosas. Impedir la destrucción del mundo como proyecto mínimamente humano puede llevar a enfrentar la verdadera amenaza y a eliminar al sistema global

de explotación. Es posible que la correlación de fuerzas en el tercer mundo cambie. Pero el cambio sólo podrá consolidarse con una lucha a la vez internacional e interna, global y regional, política, ideológica, militar en que la dominación económica, en particular la que deriva en la explotación de las mayorías de los pueblos y los trabajadores, deje de ser el motor principal de las relaciones internacionales e internas. Reconocer este hecho, por lo menos a un nivel científico, corresponde a un esfuerzo mínimo y necesario para replantear la historia del mundo y del ex tercer mundo.

Por eso ante el vacío epistemológico de una explotación convertida en tabú totalitario para la investigación científica, es indispensable insistir en que uno de los principales problemas de la soberanía del mundo es precisamente el de la explotación, y que sobre ese problema se ejercen todo tipo de presiones para que ni siquiera aparezca en su problematicidad.

La lucha contra la explotación no se va a resolver con medidas “técnicas” o “humanitarias”, sino políticas. Se va a resolver, en cualquier caso, en función del desarrollo de las fuerzas sociales y políticas. Son éstas las que impondrán el planteamiento del problema a nivel científico, y mientras no logren plantearlo su debilidad será notoria.

Si los pueblos del tercer mundo son las principales víctimas de la explotación y la dominación colonial, la creación de un nuevo orden económico y jurídico mundial tendrá que reconocer a fuerzas que luchen por una salida negociada sobre la base del fin de la explotación y la dominación colonial en sus varias formas. En ese sentido todo esfuerzo que acreciente en el Norte la lucha contra la explotación, contra el moderno colonialismo de la deuda externa, contra la relación de intercambio desigual, y contra las empresas transnacionales que explotan el trabajo barato de la periferia es un elemento esencial para una nueva estructuración de la paz global, y para una nueva historia, distinta a la de los últimos quinientos años. Considera la proposición anterior como la principal hipótesis “morfogenética”, “enactuante” y “autopoiética” de un nuevo orden, supone también considerar que el colonialismo global, como estructura de la historia universal se rehace hasta hoy en la economía, la ecología, la política y la guerra, y que sus metamorfosis constituyen un problema esencial de las crisis sociales.

EL COLONIALISMO ENCUBIERTO: TRANSNACIONALIZACIÓN Y DEUDA EXTERNA

Hablar de dependencia es más aceptado que referirse al colonialismo o al neocolonialismo para tratar los problemas de dominación de unos países por otros. La noción de colonialismo no implica sólo la idea de dependencia sino la de explotación. Vinculada a gobiernos designados por las metrópolis en las regiones conquistadas, se presenta como poscolonialismo cuando los nuevos gobernantes son aparentemente designados por sus pueblos y obedecen, en el discurso oficial, a su soberanía. El concepto de neocolonialismo se usa para designar la situación de un colonialismo mediatizado por una independencia política formalmente reconocida, pero que en los hechos mantiene muchas características de la dependencia y la explotación colonial.

El problema hoy es que el colonialismo clásico, abierto, ha quedado prácticamente eliminado del planeta, y que, en todo caso, si se quiere discutir con exactitud, el término poscolonialismo debería sustituirse por otro que sólo se refiera a la desaparición del colonialismo formal clásico. El uso del término poscolonialismo es sumamente engañoso. Impide captar la herencia colonial, el colonialismo informal todavía vivo en las regiones de la tierra dominadas por los antiguos imperios europeos y por el más reciente, norteamericano. Oculta también las novedades de la dependencia colonial que introdujo el imperialismo de Estados Unidos a principios del siglo xx, y que otras potencias ensayaron sobre todo después de la segunda guerra mundial. Oculta en fin los extraños tipos de colonialismo interno y externo que surgieron en la URSS y otros países llamados socialistas, así como las formas más recientes de colonialismo transnacional y de colonialismo global, e incluso otras que empiezan a surgir de un nuevo colonialismo formal.

El concepto de neocolonialismo plantea otros problemas. Originalmente se refiere a ese colonialismo mediatizado en que la potencia colonial ejerce su dominio a través del mercado, de la tecnología, del crédito y la producción, con organizaciones o empresas herederas de las coloniales, que se desarrollan auxiliadas por gobiernos nativos más o menos dependientes y por oligarquías o burguesías locales más o menos asociadas. Ese concepto de neocolonialismo da idea de un fenómeno muy importante y actual. Pero

tiende a ser demasiado lineal y “etapista”; en general supone la existencia de dos etapas, la colonial y la neocolonial, que se suceden en un proceso histórico único y unidimensional. Eso no es así, las reestructuraciones históricas del colonialismo son mucho más sinuosa en su comportamiento y mucho más variadas en sus dimensiones. En la historia moderna del colonialismo se da un importante punto de quiebre que ocurre en las dos últimas décadas del siglo XIX. Entonces se pasa del capitalismo de mercado libre al oligopólico y del colonialismo clásico al imperialismo con sus grandes empresas monopólicas, que extienden inversiones y mercados a las zonas coloniales o dependientes del planeta. El colonialismo en su etapa oligopólica impone grandes cambios políticos y estatales. Opera durante un amplio periodo en que se va universalizando; el periodo abarca más o menos desde 1898 en que España pierde sus últimas colonias a favor de Estados Unidos, hasta mediados del siglo XX en que empiezan a desarrollarse las primeras empresas transnacionales, y al imperialismo clásico sucede. el fenómeno de articulación transnacional de las empresas oligopólicas. El colonialismo internacional se combina cada vez más con el transnacional.

Un tercer cambio del colonialismo está relacionado con las guerras de liberación y las revoluciones antisistémicas. El neocolonialismo, como mediatización de la liberación conduce a regímenes en que las oligarquías y burguesías locales se hacen de los gobiernos y comparten el poder con las grandes potencias, dentro de niveles de dependencia que varían tanto como sus alianzas con las bases populares de la liberación. El neocolonialismo como mediatización de la revolución incluye la formación de regímenes populistas y burocráticos que con ideologías nacionalistas y socialistas reconstruyen, en la periferia del mundo, el colonialismo de que pasan a depender, o el que imponen a otras naciones y pueblos como colonialismo internacional e interno. El colonialismo como mediatización de la liberación se dio en todo su esplendor desde las repúblicas latinoamericanas liberadas de España en el siglo XIX hasta las repúblicas africanas de la segunda posguerra mundial. El colonialismo como mediatización de la liberación anticolonial y anticapitalista se dio en la URSS desde el triunfo del estalinismo; se consolidó con el neoestalinismo desde la época de Brézhnev, y condujo a la liquidación, en la ex URSS de los noventa, de todo proyecto que se autollamara socialista. A esa mediatización populista-burocrática

y marxista leninista se añadieron otras con las más distintas variantes de cada ingrediente —del populismo, del burocratismo, del marxismo-leninismo— reconstruyendo en su interior y en sus relaciones externas —como aliados menores o como “socialimperialismos”—, las antiguas relaciones disimétricas entre pueblos y etnias características de todo colonialismo. El fenómeno terminó con la llamada “bipolaridad” y dio origen a una situación global en que la liberación y la revolución mediatizadas que tendieran a unirse desde 1971 como mediaciones liberadoras y revolucionarias, cayeron envueltas en sus propias contradicciones. A fines de los ochenta, la transnacionalización y la globalización integraron al mercado mundial a todos los antiguos países del bloque soviético y no encontraron ya ninguna amenaza terrible en ellos; esos países no lucharon ya ni como imperio contra imperio, ni menos como potencias representantes de las clases trabajadoras que combinaran las luchas de clase con las de liberación. China y Vietnam desarrollaron aceleradamente su proceso de reinserción al capitalismo, y la pequeña Cuba buscó negociarlo tratando de preservar hasta el máximo los logros sociales alcanzados y su soberanía relativa. Fue así como del colonialismo transnacional se pasó al colonialismo global, y de las antiguas formas del neocolonialismo con sus mediatizaciones políticas variadas —liberales, populistas, burocráticas, marxista-leninistas— se pasó a mediaciones y mediatizaciones coloniales ciertamente más poderosas. que se combinan con empresas monopólicas y oligopólicas muy distintas a las del pasado en sus estructuras y funciones intranacionales, internacionales y transnacionales.

Así culminó un largo proceso que se renovó en la posguerra con la estructuración de las agencias internacionales y transnacionales de la dependencia —económicas, políticas, culturales, militares—. Esa malla era parte de la globalidad emergente e implantó pautas macrosociales y macroeconómicas de dominación en las regiones centrales y en la periferia del mundo. Cuando en los años sesenta y setenta, un nuevo tipo de movimientos de liberación-revolución tendió a impedir —en medio de sus propias contradicciones— la reproducción del sistema, y se exacerbaban los antiguos movimientos nacionalistas y populistas, aumentaron las demandas socialdemócratas (centrales y periféricas), creció la agresividad del bloque soviético en el tercer mundo, y surgió la ofensiva de la nueva izquierda intelectual y juvenil, la reacción no se hizo esperar. En los setenta, el sistema no sólo

sufrió una crisis de acumulación sino de hegemonía y reaccionó en consecuencia hasta su triunfo inequívoco. Distinguir esa etapa crítica que va de la Revolución cubana, pasando por el 68 mundial, al triunfo político o militar de Vietnam parece indispensable para comprender la respuesta que se le da, y el nuevo carácter de dominación colonial que vive el mundo a fines del siglo xx. La respuesta del sistema coincidió con un fenómeno de extrema racionalidad, no sólo de la empresa capitalista metropolitana, sino de la que extiende sus *networks* al tercer mundo.

El cambio fue originalmente conocido como transnacionalización, y si ésta tiene un alto significado en el terreno del desarrollo económico y tecnológico, no es menor el que alcanza en el político y en las relaciones de poder con los Estados y las sociedades civiles metropolitanas y dependientes. En la etapa transnacionalizadora las antiguas herencias coloniales y neocoloniales, así como los sistemas de dependencia (interamericanos, africanos, del Medio Oriente, de Asia del Sur y el Extremo Oriente) son organizados en redes complejas de empresas con una periferia funcional. Las empresas transnacionales centro-periferia usan las técnicas más avanzadas de información y procesamiento de datos, dentro de esquemas de eficiencia no sólo comercial o económica sino “holista” e interdisciplinaria, esto es, de eficiencia transnacional económica, social, cultural, política y militar.

La conservación y expansión de los sistemas de poder y explotación neocolonial o dependiente es acometida como un problema de modelos empresariales y de escenarios de dominación. En el terreno de las empresas, la transnacionalización sistematiza el estudio y aplicación de estructuras complejas y funcionales con modelos alternativos de costo-beneficio y con matrices de desarrollo que incluyen variables políticas.

La transnacionalización constituye el paso de las “relaciones exteriores” de las empresas a través de la compra y venta en los mercados, al empleo de un sistema de autoridad que expande las relaciones internas de las empresas a las subsidiarias, asociadas o dependientes (Lindblom, 1977). Las experiencias de control e integración de la empresa anterior a la transnacional son potenciadas hasta el máximo. La palabra monopolio y las estructuras anteriores de los monopolios, como la palabra imperialismo y sus estructuras anteriores, son insuficientes para comprender el nuevo fenómeno: éste, a diferencia del anterior, organiza los flujos externos como si fueran

internos, o hace que los flujos e intercambios externos adquieran el nivel de control que se logra en los sistemas internos. En términos sistémicos, las empresas no sólo controlan sus contextos, sino se hacen de una parte de ellos y los reestructuran y refuncionalizan como subconjuntos internos, como subsistemas del sistema que forman.

En el terreno político-económico, la transnacionalización constituye el paso de las “relaciones exteriores” de los Estados —bilaterales y multilaterales— al desarrollo de *networks* o redes que trabajan con líneas parecidas y subordinadas de Estado a Estado, de nación a nación, de empresa a empresa y dentro de los departamentos o subsidiarias de cada organización internacional o continental.

No se trata de un Estado transnacional. Es un bloque con Estados nacionales y organismos o empresas transnacionales. En ese bloque o conjunto de bloques, los “grandes negocios” (*big business*) ocupan posiciones hegemónicas gerenciales, de liderazgo tanto en los países metropolitanos como en los periféricos. Los centros de jerarquía superior se hallan establecidos sobre todo en los países metropolitanos.

En el complejo transnacional de estructuras institucionalizadas desaparece la diferencia entre relaciones internas y relaciones exteriores. Las relaciones internacionales de dependencia se funcionalizan y se encubren como relaciones internas. Las relaciones internas o que ocurren al interior de las grandes potencias se funcionalizan y se encubren como internacionales. Lo internacional y externo no desaparecen: se combinan funcionalmente con lo nacional e interno. Esto es, tanto en las formas legales como en las relaciones financieras, comerciales, tecnológicas, productivas, políticas, culturales, militares siguen existiendo las relaciones exteriores.

Si la gran empresa transnacional transforma en intereses muchas de sus antiguas relaciones exteriores, que hoy mantiene con empresas subordinadas, integradas o asociadas a nivel macroeconómico y macropolítico, en la etapa histórica de la transnacionalización, la dependencia se reformula de una manera institucional a través del fenómeno bien conocido de la deuda externa.

El cambio del colonialismo y su refuncionalización se expresan en una rica teoría neoliberal. Esa teoría no sólo incluye al pensamiento liberal más conservador sino al más avanzado desde el punto de vista tecnológico. La

sólida herencia hobbesiana de la dialéctica del poder y la de Locke sobre la libertad se combinan con los métodos de investigación funcionalista más avanzados y con el notable desarrollo del análisis de sistemas. Al legado del colonialismo, del imperialismo y de las luchas por el control de las periferias mundiales; allegado de la Conquista del Oeste y la eliminación de las antiguas tribus indias, o al de la substitución del imperio español por el yanqui que culmina a fines del siglo XIX, o a la subcultura de las guerras de clases y mafias en Chicago y Nueva York a principios del XX, se suman las no menos ricas experiencias de la modernización Occidental e incluso de la japonesa (hasta con algunas de sus tradiciones), y otras que vienen de todas las guerras contrarrevolucionarias, y de los conocimientos prácticos de los militares colonialistas, desde Argelia hasta Vietnam, o desde Guatemala hasta Camboya pasando por el Líbano.

El proceso de transnacionalización, como el de las políticas de “ajuste”, “liberalización”, “privatización”, “desnacionalización” no debe entenderse sólo como un fenómeno económico impulsado por el *profit motive* (“incentivo de ganancia”), sino como un problema de dominación, que desde la década de los sesenta es también un fenómeno contrarrevolucionario, y de desmantelamiento de las conquistas sociales alcanzadas tanto por los movimientos socialdemócratas como por los comunistas.

La transnacionalización es una mediación fundadora de la globalización. Si el mercado es la mediación primigenia del capitalismo, con la negociación entre el que tiene más y el que tiene menos fuerza, uno como empresario y otro como trabajador, y si ambos son fundamentalmente “libres”, de modo que la reproducción de la dominación de uno por otro no se basa en la violencia inmediata, como ocurría en la relación esclavista o servil, sino en el mercado internacional, las políticas de “ajuste” y sus derivadas, se basan también en una mediación de la dominación global por la deuda externa, eje central de las mediaciones políticas, incluidas las de política económica, social y cultural. Con el salario el trabajador va a producir y reproducir el capital; con la deuda externa los gobiernos endeudados van a producir y reproducir al capitalismo como un fenómeno global que opera en zonas centrales y en zonas coloniales. Transnacionalización de las empresas y deuda externa de las naciones son los elementos mediadores de la compleja trama global.

La presión por aumentar la producción para la exportación frente a la producción para el mercado interno, aparte de responder a la necesidad de los Estados endeudados de allegarse divisas, y de lograr la mayor rentabilidad para los bienes que se exportan, es una forma de dominación que media aquellos objetivos. Si África importaba cinco millones de toneladas de cereales en 1972 y 15 en 1981, su dependencia alimentaria creció considerablemente. Dicho de otro modo, de mediados de los sesenta a principios de los ochenta, la “autonomía alimentaria” del Senegal sufrió una regresión al aumentar su importación de alimentos mucho más que el monto de su principal producto de exportación. En ese mismo tiempo, buen número de países han pasado a depender de la “ayuda alimentaria” de las grandes potencias. Las grandes potencias “dan de comer” a dos de cada cinco habitantes en Mauritania y Somalia, a uno de cada cuatro en Senegal, etcétera (Strahm, 1986: 42-43 y 60-61).

En términos globales, el creciente endeudamiento de los Estados dependientes es una política de dominación y de mediación de la dominación. La deuda exterior media el dominio del acreedor, y el dominio de su Estado sobre el Estado deudor y sobre los deudores privados. El problema para el Estado endeudado es más grave cuando al pagar los servicios de la deuda necesita incurrir en nuevas deudas, esto es, cuando el dinero recibido como deuda ya no le permite ninguna capitalización local, ninguna reproducción ampliada de capital local. Créditos que se deberían amortizar en veinte o treinta años para que fueran rentables, se prestan en plazos mucho menores para que no sean rentables. Corresponden a una dominación mediatizada por la necesidad de pagar “intereses” de un crédito que a menudo no permite pagar ni siquiera los intereses.

Es cierto que operan también otros factores como la ineficiencia y la corrupción de los Estados y empresarios endeudados, o la relación de intercambio desfavorable, o el atraso tecnológico, pero con esos y otros factores también cuenta el “Grupo de los Siete” para los objetivos de una dominación, que hoy organiza espléndidamente con la deuda externa.

Si el FMI es dominado por los países ricos y por la banca internacional, los préstamos que otorga y la política económica que impone no sólo sirven para aumentar la riqueza de los grupos privilegiados de los países prestamistas y de la banca que los domina. Sirven también para aumentar

la dominación de esos países y de esa banca sobre los países pobres y sus sistemas financieros y bancarios, productivos y mercantiles, de transportes y servicios. Si la dominación crediticia contribuye a incrementar utilidades y transferencias, y también a adquirir en pago nuevos activos, propiedades, recursos naturales y territorios, no hay duda que también es útil para aumentar la dominación de los gobiernos y empresarios endeudados. La dominación se vuelve regular y constante. Los acreedores negocian el pago de la deuda año con año, o nuevos préstamos para pagar parte de la deuda.

El vencimiento periódico de la deuda externa convierte la dependencia en un fenómeno articulado y permanente. Los acreedores organizan la dominación del conjunto de las economías, los gobiernos, y las políticas sociales y culturales en torno al pago de la deuda. Los periodos relativamente cortos para el ajuste de cuentas les permiten una articulación constante e institucional. De hecho, la deuda externa corresponde a un complejo de mediación y dominación que pone a trabajar las demás estructuras de la dependencia en forma regular. Cada vez que un Estado deudor ve llegar el plazo de pagar el principal y los intereses, y de pedir nuevos préstamos advierte cómo a la debilidad de la deuda se añaden muchas otras debilidades. Así, entre las económicas, advierte la dependencia de un solo producto (como Uganda, que depende del café en un 97%), o la dependencia de un mercado predominante (como México que depende de Estados Unidos en el 66% para sus exportaciones); o la dependencia —cuando se es una “República bananera” o cafetera— de unas cuantas “firmas” que dominan el comercio mundial, como es el caso de los tres consorcios que dominan el mercado de los plátanos o de los dos que dominan el mercado de café (Strahm, 1986, 114-115 y 127).

La deuda externa hace que disminuya el sistema de dominación y mediación a través de las donaciones (*grants*). Ese sistema prosperó parcialmente en la etapa anterior. La deuda externa resulta ser un sistema mucho más efectivo de mediación y dominación. Se basa en intereses fluctuantes y a menudo crecientes que obedecen tanto a la lógica económica como a la política y jurídica. Por eso tiende a crecer frente a los donativos, que sólo creaban “expectativas” y dejaban deudas “morales” (Strahm, 1986, 178-179).

La deuda externa se complementa con las políticas tradicionales de las grandes potencias en materia de sanciones. Como sanción, las grandes po-

tencias niegan créditos y donativos a quienes amenazan su dominación o sus intereses. Pero la deuda incluye sanciones hasta para los países “amigos” que no pagan. Su dominación y sus sanciones ocurren con una lógica financiera y técnica. Por ejemplo, si los préstamos de la banca mundial a la Argentina, Chile y Nicaragua se redujeron a cero como castigo a los gobiernos de Lanusse-Perón, de Salvador Allende y de los sandinistas, y fueron constantes y crecientes, por razones políticas, en el apoyo a los dictadores militares sumisos, la deuda externa “castiga” o sujeta incluso a los gobiernos más amigos y obsecuentes, a los que domina “natural” y “regularmente”, como al de México desde la presidencia de Miguel de la Madrid (1982 ss.). Por supuesto la sanción también se hace por razones políticas, pero se mediatiza con argumentos financieros y técnicos. Si los donativos obligaban a ser dependientes y agradecidos a quienes los recibían, la deuda externa los obliga a ser cumplidos y *accountable* (respetable) frente a sus acreedores que les piden rendir cuentas por lo menos cada año, y que no sólo deciden si se les debe imponer un castigo por desagradecidos, sino si se les deben negar nuevos créditos por ineficientes en los procesos de reconversión para la transnacionalización, para la globalización.

Junto con las demás formas de intercambio desigual, o de transferencia y explotación, la deuda externa es además un instrumento de dominación global. El FMI ha dejado de ser un mero organismo de ajustes monetarios como lo fue a raíz de su fundación. Se ha convertido en un aparato estatal de los grandes Estados acreedores y de las empresas y los bancos prestamistas. Como aparato de gobierno financiero, el FMI considera los convenios de *stand by*, “como una condición previa a toda renegociación de la deuda y a todo nuevo crédito” (Comarin, 1987, 219).

Junto con la Banca Mundial, el FMI compromete a los gobiernos endeudados en políticas que determinan la orientación de la producción, del comercio, y los servicios; en políticas que afectan los niveles de vida de la mayoría de la población como “tratamientos de choque”, restricción de créditos internos, altas tasas de interés, sobre devaluación, etcétera. Esas políticas fortalecen la dependencia del mercado externo controlado por las grandes potencias y empresas; también legitiman, como “pago hipotecario”, los despojos de riquezas naturales, empresas públicas y territorios.

El efecto “macro” de la dominación global e institucional es visible cuando se piensa que en el neocolonialismo de principios de siglo la potencia acreedora se quedaba con las aduanas de los países que no cumplían con sus pagos mientras ahora los articula o vincula al conjunto del mercado de su periferia. Se queda con el conjunto de la economía y con bajísimos impuestos en detrimento de los gobiernos. Los programas de ajuste del FMI son programas de gobierno. Se complementan con otros del Banco Mundial y de distintas instituciones y empresas transnacionales, todos con el apoyo de las fuerzas y los gobiernos centrales y también de los nativos. En términos muy gruesos pero verídicos, puede decirse que lo que antes recibían los gobiernos de la periferia por la vía fiscal hoy les sirve para pagar la deuda; y que reciben en calidad de nuevos créditos y de nuevas formas de endeudamiento lo que van a destinar a la inversión o el gasto público: véase el círculo total de la dependencia global: lo que se recibe del interior es para pagar al exterior, y lo que se recibe del exterior representa nuevas obligaciones de pago, nuevas obligaciones de supervisión del gasto público, nuevas propuestas sobre su destino y uso a cargo de los funcionarios y representantes del FMI y el Banco Mundial.

Akmal Hussain ha sintetizado de manera ejemplar esa especie de guerra económica mediatizada que libra el FMI, y que en su país, Pakistán, como en muchos otros del tercer mundo, ha sido acompañada de una ley marcial y de una dictadura militar. El “paquete macroeconómico de ajuste estructural”, que es una condición *sine qua non* para cualquier apoyo del Fondo a los gobiernos que resuelven sus problemas mediante el endeudamiento, consiste en tres líneas políticas principales cuyos efectos son determinantes en la sociedad y el Estado de todos estos países: la liberalización de importaciones, la eliminación de subsidios, la devaluación de la tasa de cambio.

Estas pautas —escribe Hussain— están, en el fondo, interrelacionadas y de hecho proponen que la economía se “abra” a los flujos de bienes y capitales extranjeros y que la asignación de recursos en la economía nacional se cida con base en los precios del mercado internacional. La liberalización de las importaciones y el retiro de los subsidios a los productos locales significa que los productos extranjeros estarían disponibles localmente sin traba alguna y competirían más efectivamente contra los productos nacionales. Los precios de estos últimos subirían como resultado del retiro de los

subsidios. Además, los tipos de cambio, anteriormente sobrevaluados, que constituían un subsidio implícito para los industriales nacionales en tanto importadores de insumos, se retirarían tras una devaluación de la moneda nacional. A medida que aumentarían los gastos de importación después de la liberalización de las importaciones, y cayeran los ingresos por la exportación de bienes manufacturados que incorporaban insumos importados, la balanza de pagos sufriría, como consecuencia, una fuerte presión. Por lo tanto, la devaluación de los tipos de cambio, tercer elemento en el paquete de políticas del FMI/BM, provocaría un ajuste descendente en la tasa de cambio para poder sostener la liberalización de las importaciones y el retiro de los subsidios. El efecto global de la política sería que la asignación de recursos en la economía nacional tendría lugar como respuesta a los precios del mercado internacional. Esto significaría que los recursos nacionales tenderían a concentrarse en el sector agrícola donde el país tiene una ventaja comparativa (en sentido estático) y se alejaría de una estrategia industrializadora, símbolo de la independencia nacional en el periodo poscolonial. En una estrategia de desarrollo de este tipo, el crecimiento del PNB se basaría primordialmente en el sector agrícola y en los ingresos de divisas extranjeras directamente dependientes de las expoliaciones de productos agrícolas. Según lo anterior, mientras los productos agrícolas disponibles generarían un aumento en los ingresos por concepto de divisas a corto plazo, el descenso en los términos del intercambio desfavorable a los exportadores de productos agrícolas y las bajas posibilidades de crecimiento del sector agrícola, se combinarían para restringir el crecimiento a largo plazo de los ingresos por concepto de exportación. Por lo tanto, el paquete de políticas FMI/BM, si bien desarrollaría la capacidad de dar servicio a la deuda a corto plazo, constreñiría el crecimiento a largo plazo de las divisas, y por lo tanto mantendría la economía nacional en una dependencia continua de los empréstitos extranjeros (Hussain, 1987).

La política de “la deuda externa” es la más reciente estrategia para la explotación y dominación del tercer mundo. Muy superior en cobertura cuando se le compara al sistema de endeudamiento neocolonial impuesto por Inglaterra y Francia en el siglo XIX, lo es también en su articulación a las grandes empresas transnacionales y a los Estados metropolitanos. Pero su eficacia para acumular, para incrementar utilidades, para transferir, para

dominar economías y Estados está desarrollando serios desequilibrios económicos, sociales y políticos no sólo en los países dependientes, sino en la propia banca mundial. El impacto de transnacionalización y deuda no da indicios de restablecer con firmeza la hegemonía del imperio norteamericano o de los siete grandes en la nueva estructura de dominación global compartida. Sigue la crisis hegemónica de Estados Unidos en el conjunto del mundo capitalista frente al viejo Japón y la nueva Europa. Continúan las amenazas al sistema monetario mundial, y regresan las políticas “proteccionistas” en medio de una guerra comercial que se acentúa y que adquiere características políticas entre los agricultores, los transportistas y los negociantes de los propios países centrales. En cuanto a los movimientos liberadores del ex tercer mundo, que por un momento parecieron amenazados de desaparecer continúan o renacen en distintas regiones del mundo en medio de expresiones próximas a la insania o a la delincuencia, como las de Sendero Luminoso, en Perú, y Pol Pot, en Cambodia, o de vinculaciones directas e indirectas con el narcotráfico y el narcoterrorismo, reales e inventadas, con secuelas que llevan desde Colombia y Afganistán hasta Europa Occidental y Estados Unidos. A esos fenómenos se añade un resurgimiento inusitado de los conflictos interétnicos, con miniguerras de tipo nazi en la Europa Central y la ex Unión Soviética, y de acciones militares e intervencionistas de una gran eficacia técnica que causan verdaderos estragos políticos y humanos, como en Panamá, Irak o Somalia. Todos esos hechos parecerían indicar que las novedades del colonialismo global no encuentran un cauce de tranquilidad y auge, menos aún de hegemonía y desarrollo estabilizador. Los expertos en “seguridad” político-militar están conscientes de eso; pero sólo se preparan para combinar la dominación por la fuerza (*hard power*, “poder duro”) con la dominación por “la expansión ideológica” y el “consenso activo” a nivel global (*soft power*, “poder suave”). El *global reach* o “alcance global” implica a la vez el “arma absoluta” para las guerras locales o regionales que se entreen, y la “legitimidad absoluta” para la “democracia capitalista” que se quiere construir. Todo dentro de un colonialismo global que sólo se rechaza en los discursos políticos y científicos, y que está en la base del desarrollo combinado de un nuevo colonialismo a la vez formal e informal.

COLONIALISMO CONTRAREVOLUCIONARIO

Poner énfasis en el colonialismo más que en el imperialismo parece adecuado cuando el objetivo principal es el estudio de las sociedades periféricas, dependientes, y cuando el uso de ese término busca restituirle su amplia unidad histórica, aquélla que nos permite ver lo actual en un fenómeno mundial que ha tenido muchísimas variaciones desde que empezó la Edad Moderna, y a lo largo del desarrollo del capitalismo. El término “colonialismo” expresa, además, algunas características esenciales que continúan hasta hoy, como el comercio desigual, las transferencias de excedentes en beneficio de las metrópolis externas e internas, la creciente explotación de un mayor número de trabajadores de la periferia, las discriminaciones culturales y raciales de que son objeto las etnias conquistadas, sometidas y explotadas.

Por otra parte, hablar de contrarrevolución, implica hoy usar este término en una acepción muy amplia. No sólo supone la lucha contra las fuerzas que han tratado de destruir el actual sistema económico y social dentro del esquema marxista-leninista o del llamado “nacionalismo revolucionario”. Esas fuerzas se encuentran a la desbandada. Hablar de contrarrevolución supone sobre todo referirse a aquellas fuerzas que han buscado o buscan la “vía del compromiso”, sólo que de un compromiso distinto al que las burguesías liberales hicieron con las aristocracias europeas, desde la Inglaterra del siglo xvii hasta la Polonia del xix (Soboul, 1969: 62 ss. y Lefébvre, 1967: 431), o al que las socialdemocracias hicieron con las burguesías monopólicas desde la época de Bismarck, o al que los movimientos populares que se volvieron populistas hicieron con las oligarquías y burguesías asociadas al capital monopólico y transnacional.

A lo largo del siglo xx, sobre todo a partir de los años ochenta, los procesos revolucionarios no sólo buscan cambiar el sistema económico y social, los sistemas de poder, y las bases sociales de los regímenes políticos; también se proponen alcanzar vías de compromiso, caminos de negociación en que lo nuevo de las organizaciones revolucionarias es negociar sin comprometer los intereses fundamentales de la mayoría.

El punto a destacar —y a precisar— es que el colonialismo contrarrevolucionario de ayer y de hoy, no sólo se ha opuesto a los cambios totales, sino a

los compromisos, a menos que estos impliquen la traición a la mayoría y la reconstrucción del sistema macrohistórico colonial.

El actual colonialismo contrarrevolucionario sólo se entiende como lucha contra fuerzas de liberación y movimientos sociales que muestran disposición de negociar sin traicionar el proyecto de las mayorías que representan. Hoy son revolucionarios; o son concebidos como revolucionarios, movimientos que no venden o abandonan su lógica de mayorías, aunque entre sus proyectos no privilegien la toma del poder por la fuerza, sino más bien una política de acumulación de fuerzas que reclama espacios de acción legal.

El colonialismo contrarrevolucionario, en casos de peligro, o de derrota que considera táctica, opta por apoyarse en fuerzas social-demócratas, populistas e incluso nacionalistas y populares. Pero en cuanto puede, muestra una decisión que parece inquebrantable: arrebató a los movimientos organizados y a los pueblos insurgentes los triunfos alcanzados y elimina con firmeza las concesiones que les entregó. Para eso cuenta con el abandono de la lógica de las mayorías por los propios movimientos, por sus “vanguardias”, “líderes” o “clases políticas” e incluso por una parte significativa de las bases, en general las mejor organizadas. En ellas pone especial atención: siendo las más peligrosas busca separarlas de las demás con distintas políticas de concesiones, de cooptación y corrupción.

La nueva corriente contrarrevolucionaria del colonialismo toma precauciones para rehacer algunas de sus propias bases sociales y para recomponer a las distintas burguesías que lo apoyan. Esas precauciones resultan insuficientes para alcanzar plenamente los fines que se propone: las clases dominantes tienden de manera natural a afectar en sus intereses a un creciente número de bases sociales. Las políticas neoliberales que imponen, incluso en los países centrales, dan un carácter intermitente y muy limitado a sus políticas de cooptación y corrupción. El resultado de tan contradictorio fenómeno corresponde a una indudable vulnerabilidad social de los propios países centrales. En ellos aparecen dos fenómenos que tienden a juntarse: el terrorismo de pequeños grupos y las explosiones urbanas de masas y “minorías” inconformes. La política contrarrevolucionaria no sólo encuentra serias resistencias en la periferia. En los propios países centrales y hasta en los bastiones más poderosos de los mismos hay fenómenos de

inconformidad que pueden generar una corriente revolucionaria cuyo movimiento histórico no es fácil prever. En todo caso, su suerte estará ligada a los movimientos de acumulación y negociación con autonomía, y a los movimientos de resistencia frente a la dominación y fragmentación de las masas y la represión del Estado. La recomposición de relaciones con las burguesías del tercer mundo da también pie a nuevas contradicciones. Estas presentan dos salidas principales: la predominante, en que se juntan los intereses metropolitanos y periféricos, y la de choques y enfrentamientos metropolitanos —políticos y financieros— con las burguesías subsidiarias que terminan por someterse. En ambos casos, ya sea que las burguesías periféricas se plieguen de inmediato y ocupen el lugar subalterno que se les asigna —como la mexicana—, ya que se rebelen antes de terminar por pliegarse —como la brasileña—, podría decirse que de una manera permanente aumenta el sometimiento y explotación de los pueblos, en especial de los trabajadores asalariados de cuello blanco y azul, y de los marginados de campos y ciudades tercermundistas.

La recomposición de los bloques de poder y de algunas de sus bases sociales con políticas de inversión focalizada o con el aliento a la “economía informal” retrasa por un tiempo las explosiones sociales; pero así como los créditos de *stand by* retrasan explosiones mayores en los países que los reciben, así estas políticas de recomposición de clases y bases sociales del sistema, o las de ajustes y reajustes en torno a la deuda externa global, sólo posponen rupturas y crisis que amenazan con ser cada vez mayores en el terreno intranacional, internacional y, tal vez, transnacional, fenómeno este último menos estudiado, pero sobre el que hay también suficientes datos para delinear su futuro.

Los más de 1 billón 419 mil millones de dólares de la deuda externa del tercer mundo no sólo pueden provocar una crisis de “tolerancia” en las estructuras de los países endeudados, sino un colapso en la banca mundial. “La seguridad financiera del mundo se sostiene al filo de la navaja” ha escrito un experto en deuda internacional miembro del Commonwealth Experts Group. El problema parece doble: los países del tercer mundo “pagan a los bancos más de lo que los bancos les prestan” —a decir del presidente del Banco Mundial—, lo que en cualquier aritmética deriva en cifras rojas, es decir, en un momento preciso del futuro inmediato en que será imposi-

ble pagar. El segundo problema no es menos serio: los bancos prestamistas “han comprometido sumas que equivalen al doble de su capital y reservas” (Commonwealth Group of Experts, 1984). En 1982, sólo México debía más de la mitad de su capital a los nueve bancos más grandes de los Estados Unidos. Si los países endeudados se negaran a pagar “la probabilidad es que el sistema financiero mundial se vendría abajo” (Williams, 1986: 109). La solución para el sistema parece sumamente difícil: los gobiernos del mundo no tienen suficiente fuerza para resolver este tipo de problemas ni en las Naciones Unidas, ni en el FMI, ni en ninguna otra “agencia” internacional o nacional. A nivel internacional si muchos gobiernos de la periferia intentan un nuevo tipo de negociación se enfrentan a una circunstancia comprobada persistentemente: “las negociaciones globales desde posiciones débiles tienen pocas posibilidades de promover la causa del Sur” (Williams, 1986: 110).

El FMI, a diferencia de Naciones Unidas, no tiene como norma la de “una nación, un voto”. Cada quien vota de acuerdo con sus recursos económicos. El voto de Inglaterra vale por el de todos los países africanos. El de Estados Unidos por el de toda América Latina y toda África. Además, en el FMI, el tercer mundo nunca pudo hacer ningún tipo de alianzas con el bloque socialista, como ocurrió a menudo en las Naciones Unidas. Ni la URSS ni la mayoría de los países socialistas formaban parte del Fondo. Hoy, sus sucesores han entrado a competir con los del “Sur”. Todo esto parecería dar una gran fuerza a los países centrales, y la tienen cada vez mayor, pero no menos vulnerable en la política de mediano plazo.

Los asuntos de la deuda sólo ocasionalmente se tratan en la asamblea de Naciones Unidas. A nivel internacional, los gobiernos no pueden realizar una política que detenga el colapso financiero mundial. No pueden pasar de una política de endeudamiento a otra de desarrollo. Las grandes empresas por sí solas se expanden y crecen con lógicas transnacionales de que sólo se benefician los países recientemente industrializados llamados NICS, que comprenden a una proporción ínfima de la población mundial. Por lo demás, en ellos se da un crecimiento extremadamente desigual; muy vulnerable también desde el punto de vista nacional e incluso transnacional.

A nivel interno, hasta ahora, sólo algunos gobiernos escandinavos han transformado la deuda en donativos, para beneficio de sus deudores (Cavanagh *et al.*, 1985: 47). Es un caso excepcional de fuerzas políticas internas de

países centrales que asumen como propio el problema mundial de la deuda. Por otra parte, no hay presiones fuertes para la cancelación del enorme débito que se acumula. En el pasado, propuestas de cancelación como la de Fidel Castro no fueron apoyadas o emuladas por ningún otro jefe de Estado latinoamericano. Moratorias, disminuciones de pagos, suspensiones de pagos se hicieron en forma aislada y temporal, en condiciones de debilidad extrema, como en el caso de Alan García en el Perú. Sus resultados han servido para alertar y dar una nueva conciencia de su precario poder a los gobiernos del “Sur” y a la propia izquierda revolucionaria y democrática.

Propuestas como la de la Comisión Brandt se han quedado en buenos deseos, y eso que eran muy discutibles como soluciones, pues la Comisión pedía un aumento de los recursos del FMI y más cofinanciamiento privado. Otras, como la del banquero Rohatín, buscan más bien transformar la deuda a corto plazo en una a largo o larguísimo plazo. Abren perspectivas para impedir el colapso financiero inmediato; pero no constituyen un cambio significativo en las estructuras mundiales de financiamiento, producción y mercado que entrañen el más mínimo alivio en los sistemas de explotación y dominación. La posibilidad de renovar los sistemas para conservar sigue siendo su objetivo principal. Es más, entre los proyectos de “solución” están los que buscan cambiar la deuda por activos y sustituir las transferencias de excedente por las de riquezas, empresas, bienes naturales y territorios “propiedad de la nación”. Buscan que la deuda externa se convierta en capital de la metrópoli, en especial de Estados Unidos, en una especie de recolonización o reconquista que quitaría aún más riquezas y fuentes de riqueza a los países del tercer mundo, y que para nada aseguraría la sustitución de activos a cambio de una disminución en la transferencia del excedente. El sistema de endeudamiento seguiría y se acentuaría.

Es cierto que, en los últimos años, algunos gobiernos del tercer mundo —en especial los de América Latina— han tratado de realizar acciones conjuntas. Pero en éstas han prevalecido —desde la reunión de Cartagena en 1984— las voces “prudentes”, como las de México o Brasil, que no buscan cambiar en nada, precisamente las estructuras que llevan al colapso.

Las contradicciones entre unos gobiernos y otros, y las que cada gobierno tiene con la mayoría de la población que dice representar, obligan a los gobernantes a mostrar una cautela creciente frente al problema “real”:

aceptar las normas que impone el FMI. Las aceptan, además, porque muchos de los miembros de esos gobiernos y de los grupos de poder que los respaldan, de antemano han tomado “medidas personales” para el caso de una crisis “nacional”: han enviado grandes sumas de recursos a sus propias cuentas en Estados Unidos y Europa y han comprado residencias y acciones en los países centrales. Es más, muchos de ellos se han beneficiado directamente de la deuda externa del país:

El Banco Federal de Reservas de los Estados Unidos informa que más de la tercera parte del incremento en los 272 mil millones de dólares de la deuda externa de Brasil, Argentina, México, Chile y Venezuela, entre 1974 y 1982, fue utilizado para comprar valores o fue depositado en cuentas de bancos extranjeros (Sjaastad, 1984).

Los funcionarios y empresas que remiten sus “ahorros” a los países centrales naturalmente tienen vínculos y simpatías con sus socios transnacionales. Estos son los principales beneficiarios del sistema. Incluso llegan a prestarse a sí mismos buena parte de la “deuda externa” de los países del tercer mundo: “En 1983 se estimó que alrededor de 100 mil millones de dólares de la deuda externa de los países subdesarrollados representaron empréstitos a las subsidiarias de corporaciones trasnacionales” (Cavanagh, 1985, 24).

Los hechos señalados tienen dos lecturas significativas: la contrarrevolución colonial —o la reestructuración global del colonialismo— se hace en gran medida con la articulación del Estado metropolitano y de los bloques de poder periféricos, en particular con sus clases dominantes, mientras los intentos de uno y otros por impedir el colapso de periferias y metrópolis, o son muy superficiales o son muy efímeros.

El FMI tiene un importante respaldo en el gobierno de Estados Unidos y en otros gobiernos del Primer mundo. Sólo en el terreno económico el FMI se apoya en el Departamento del Tesoro de Estados Unidos, pero cuenta además con la Reserva Federal de Estados Unidos y con el Banco Mundial, en que domina Estados Unidos (1985: 32 ss.). Aparte, cuenta con apoyo político, militar e ideológico del gobierno norteamericano. Además, cuenta con negociaciones que suelen implicar fuertes presiones y hasta enfrentamientos o crisis, con las clases dominantes locales:

[...] las capas acomodadas de estas sociedades son defensores apasionados del mercado libre y el libre flujo de dinero a través de las fronteras—escribe Harry Magdoff en una minuciosa percepción de los vínculos neocoloniales— y añade: durante años los ricos del tercer mundo han desplazado enormes sumas de dinero a depósitos bancarios, operaciones de bienes raíces, empresas y valores en los Estados Unidos y Europa Occidental [...] Los latinoamericanos adinerados han puesto por lo menos 180.000 millones de dólares a buen recaudo fuera de su propio continente. ¡Esa suma equivale a la mitad de la deuda extranjera corriente de la región! (Magdoff y Sweezy, 1987: 193-194).

Magdoff va más lejos en un punto que es muy importante. Recuerda que en la Segunda Guerra Mundial, Inglaterra y Francia obligaron a sus nacionales a declarar sus depósitos en el exterior y se los liquidaron en bonos locales. Usaron esos depósitos para pagar los déficits corrientes. El autor se pregunta por qué no pueden hacer lo mismo los gobiernos periféricos. Y se contesta muy brevemente: “el punto crucial del asunto radica en la naturaleza de la relación de dependencia del centro y las inestables alianzas de clase que dominan las sociedades subdesarrolladas” (Magdoff y Sweezy, 1987: 194-195).

En un breve perfil del colonialismo global lo que parece esencial desentrañar con claridad es que a las relaciones de dependencia de las clases gobernantes (disciplinadas por Bancos, Fondo y gobiernos centrales) se añaden esas inestables alianzas de clase que forman los bloques de poder de los Estados dependientes y una sociedad extremadamente desigual, en que las divisiones de clase se combinan con las de naciones y etnias, y aparece ese “dualismo social” resistente e invasor, con una inmensa capa de excluidos o marginados.

El empobrecimiento de las capas medias y en general de los asalariados, esto es, tanto de los empleados como de los obreros, así como de la inmensa mayoría de los campesinos, dan a las clases dominantes y a los gobiernos periféricos muy poca posibilidad de acción frente a una banca mundial cada vez más vulnerable. Cuando alguna vez llegan a enfrentarse a “la esclavitud de la deuda externa” que ellos mismos contribuyeron a construir, fácilmente estallan las contradicciones en el interior de su propia clase, y las que han acentuado con los sectores medios, los trabajadores organizados y los marginales.

Los problemas se agudizan cuando la respuesta imperial empieza a funcionar con presiones y castigos que agravan las contradicciones internas. Van desde la suspensión de créditos, o los boicots comerciales con fuertes derivadas hiperinflacionarias, hasta la “desestabilización” político-ideológica con operaciones abiertas y encubiertas, terroristas y militares. La vivencia de esos peligros, y su constante reaparición en golpes de Estado e intervenciones militares de acción rápida y lenta, tienden a construir una doble conciencia, con salidas revolucionarias y contrarrevolucionarias. Se advierte que, para lograr un cambio en el sistema amenazado, que se vuelve predominantemente amenazador, se requiere “una reducción radical de la economía hacia la autosuficiencia”, lo que no parece factible “sin una fuerte transferencia de poder desde las clases dominantes, cuyos intereses se identifican con la estructura social internacional existente” (Magdoff y Sweezy, 1987: 195).

Después del colapso del proyecto marxista-leninista “la gran transferencia del poder” se plantea más que en términos leninistas de toma de palacios, en términos gramscianos, de acumulación de fuerzas. Y esto no ocurre por razones ideológicas o doctrinarias, sino por una correlación de fuerzas y una herencia de experiencias que se da en los más distintos movimientos revolucionarios. La situación los coloca en una lucha dispuesta a una negociación en que no se transen o abandonen ni las demandas de las mayorías, ni la acumulación de fuerzas de los movimientos populares. El deponer el doble objetivo impone la derrota inmediata, aunque el proponerlo no asegure la victoria. La contrarrevolución colonial tratará de conceder lo menos posible para una política de acumulación de fuerzas democráticas y populares, autónomas y alternativas.

Hoy predomina una política contrarrevolucionaria que llega a atacar y someter incluso a los opositores superficiales que surgen de las propias clases y bloques dominantes. En la mira no sólo quedan las fuerzas nacionalistas y populistas, o “marxista-leninistas” que transaron y que en algo se oponen, o los socialdemócratas que están dispuestos a ir de concesión en concesión, aunque con algunas resistencias ocasionales, sino las propias “élites” de las burguesías cuando no aceptan el lugar que les corresponde en el orden que les asigna la globalización colonialista planeada y orquestada en las metrópolis. La contrarrevolución se volvió globalización y por un

tiempo estará a la ofensiva. Pero su política no parece coyuntural; se inserta en una historia secular que ha derivado en un colonialismo global.

CRISIS DE LOS BLOQUES OPOSITORES DEL TERCER MUNDO

De todos los bloques dominantes, la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) forjó sin duda el proyecto más importante de lucha independiente y agresiva dirigida por políticos y empresarios del tercer mundo. Fundada en 1960, cinco de sus asociados controlaban la mayor parte de la producción mundial. La OPEP no sólo integraba a los grandes países petroleros —con algunas importantes excepciones como México— sino a países que nacionalizaron las compañías petroleras, o cuyos jefes, sheiks, *bosses* (jefes) tenían la propiedad de las mismas. Argelia, Libia, Irán, Saudi Arabia, Qatar, Venezuela, Kuwait llegaron a nacionalizar o manejar, en compañías propias, el petróleo que producían.

Originalmente la OPEP fue un “cartel de precios”. Se propuso indexar los precios del petróleo según fueran subiendo los bienes manufacturados de los países industriales. Sus líderes pretendían defenderse de la cada vez más desfavorable “relación de intercambio”. A pocos años, la OPEP pasó a la ofensiva. Sus miembros aumentaron las nacionalizaciones. Es más, amenazaron con acciones unilaterales concertadas entre sus integrantes ya no sólo en materia de precios sino de límites a la producción. En 1972, los precios tuvieron un alza mamut. Los grandes países consumidores (Estados Unidos, Europa, Japón) iniciaron una respuesta colectiva. La OPEP contestó de inmediato amenazando con tomar “acción apropiada, incluyendo sanciones en contra de cualquier compañía o grupo de compañías”. En 1973 la OPEP lanzó una amenaza más: “una acción concertada por parte de los importadores de petróleo tendría efectos negativos en la situación energética actual”. Un poco después, anunció una nueva alza de precios que dijo estar destinada a impulsar “el desarrollo”, de los países miembros (julio de 1973). En diciembre de ese año el sah de Irán dio a saber al mundo que los precios del petróleo subían al doble. Eso implicaba un aumento de 25 000 millones al año por cuentas de petróleo. Por ese mismo tiempo hubo una reunión para considerar el embargo de petróleo a los países enemigos de los árabes

en el Medio Oriente. Como respuesta, Estados Unidos llegó a amenazar con una intervención militar. Pero la verdadera intervención ya estaba en marcha. No era sólo Israel. Los países altamente industrializados enfrentaron el acoso de los países petroleros por todos los medios, y con una perspectiva estratégica. En primer lugar, empezaron a usar sus reservas, que eran considerables, e incluso hicieron una política para aumentarlas. Desde el punto de vista tecnológico desarrollaron cuanto recurso les fue posible para sustituir o ahorrar el petróleo y sus derivados. Como “clase dominante” a nivel global o preglobal, no sólo revelaron una notoria superioridad tecnológica, sino una seriedad y una perseverancia política superiores a las de los *sheiks*. Su cultura político-científica y su agresividad regulada, fue también un factor decisivo. En el propio terreno político dejaron que prosperara la desestabilización natural e inducida contra su antiguo amigo, el sah y encontraron en el *ayatolá* un enemigo preferible y tremendo, sustituto de la revolución. Desde el punto de vista militar intensificaron a la vez su apoyo a Israel y el manejo de las contradicciones y luchas internas que había en el mundo árabe contra los líderes populistas y los *sheiks* paternalistas, o contra los socialistas que también habían incurrido en un autoritarismo demagógico, a la postre compatible con la explotación de sociedades crecientemente desiguales. Desde el punto de vista de “la unidad” de los Estados de la OPEP y de la coordinación de las compañías petroleras que ésta manejaba, los “siete grandes” aprovecharon las contradicciones naturales, las competencias y las divisiones de los “petroleros” para irlos resolviendo en su provecho. Venezuela y Saudi Arabia querían restringir la producción para mantener los precios, mientras Irak y otros más querían aumentarla y obtener mercados y bienes de capital. En ese momento “los siete” apoyaron a Irak y los suyos a reserva de usar después en su contra a Arabia Saudita y Venezuela. En 1976, Irán, Venezuela e Indonesia rompieron el “embargo” contra Israel y sus aliados. Los siete apoyaron a Irán, Venezuela e Indonesia habiéndolos desde antes alentado. En 1977 Saudi Arabia y los Emiratos Árabes Unidos rompieron el compromiso de aumentar los precios en 15 %. Es más, vendieron a la baja. La división fue “ominosa”. Los siete le dieron la bienvenida a los emires. En 1976 ya no se pudo acordar ningún nivel de precios. La falta de unidad se acentuó año con año. Kuwait y Arabia Saudita continuaron presionando a la baja con sus grandes reservas..., y con las grandes potencias.

A principios de los ochenta, la OPEP estaba prácticamente liquidada. Al mismo tiempo las inmensas sumas de divisas depositadas por los *sheiks* y los políticos petroleros en la banca europea y norteamericana habían servido para iniciar la más alta política de endeudamiento externo que desde el siglo XIX haya conocido el tercer mundo, incluida la de los años veinte (Williams, 1986: 85-89).

Si de noviembre de 1973 a abril de 1974 los precios del petróleo subieron cuatro veces, y en 1979 tuvieron otra alza colosal, desde los años setenta, Estados como Arabia Saudita, Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos empezaron a tener grandes depósitos bancarios en Europa y Estados Unidos. En 1982 esos depósitos se estimaban entre 200 y 400 mil millones de dólares sólo en Estados Unidos.

Como liberadores del tercer mundo los empresarios y políticos petroleros no mostraron gran eficacia. Al contrario, colaboraron ampliamente en la “esclavitud de la deuda externa”. Con gigantescos depósitos de políticos y *sheiks*, los grandes bancos enviaron a sus agentes para prestar dinero, dando todas las facilidades del caso, a los pobres ministros de hacienda y a los bancos centrales del tercer mundo.

Y si al mismo tiempo los países árabes más ricos —Arabia Saudita, Kuwait y los Emiratos— ayudaron a los países más pobres del mundo árabe y musulmán, ayudaron sobre todo a los que rompieron sus lazos con la Unión Soviética. Era una lucha de “potencias” que por lo pronto los colocaba del lado “Occidental”, aunque ellos supuestamente fueran a construir una potencia más. El apoyo de Arabia Saudita a Sudán, Somalia y Egipto se basó en su ruptura con la URSS. Después, los países árabes más ricos le quitaron el apoyo a Egipto por hacer la paz con Israel. Luego, le dieron el apoyo a Israel. Es decir que, si en el terreno de la competencia económica y el poder, los países petroleros árabes jugaron a veces como grandes compañías —sin finanzas ni tecnologías— o como grandes potencias con su pequeña *power policy* (“política de poder”) en el fondo se sometieron a sus propios intereses minoritarios todo el tiempo y a las grandes potencias, a fin de cuentas. El terreno en que se sometieron finalmente a las grandes potencias fue el de la política exterior, y el de la economía y las finanzas que representa la banca mundial.

Como líderes frente a la dominación y explotación del tercer mundo, los bloques dominantes locales muestran una inmensa vulnerabilidad estructural en sus propios países. Si la aguda desigualdad que prevalece en ellos es expresión de los sistemas de dominación y explotación que allí privan, también es fuente de debilidad de los líderes. El problema se puede entender más fácilmente acercándose a la política del hambre. Es un ejemplo sustancial de la desigualdad y la política.

A principios de los ochenta los asesores de Santa Fe (*cfr.* Primer informe de Santa Fe, en Bouchev *et al.*, 1981), le aconsejaron a Ronald Reagan aumentar la dependencia alimentaria de las naciones para controlarlas mejor. Ya los asesores de Kennedy habían hecho lo mismo a propósito de la guerra interna: recomendaron que los campesinos produjeran cada vez menos los artículos que consumen. El colonialismo clásico y el de las plantaciones son precursores: su política consistió en sustituir la producción para el mercado interno por otra de exportaciones que dependían de los mercados controlados por las grandes potencias colonialistas y las compañías coloniales. El Banco Mundial y el FMI han repetido esa misma política con todos los países endeudados. El neoliberalismo en yoga ha declarado que es la mejor política para la modernización y el desarrollo. Así, el incremento de la dependencia alimentaria ha aumentado la dependencia de las naciones. También ha aumentado el hambre.

Pero ni el incremento de la dependencia ni el aumento del hambre se deben sólo a las grandes potencias. Se deben también a las clases gobernantes de las naciones donde hay hambre. La doble dialéctica de dependencia externa de un Estado nación y de dominación interna del Estado y la nación se ven con toda claridad en la historia del hambre en los países del Sahel: en Mauritania, Senegal, Mali, Alto Volta (hoy Burkina Faso), Nigeria y el Chad. En 1973 esos países sufrieron serias hambrunas. Sus poblaciones autosuficientes fueron diezmadas por la deforestación y la desertificación. Se trataba de poblaciones pastoriles obligadas a destruir las tierras que les quedaban para sobrevivir en lo inmediato. Destruyeron sus bosques. Se comieron las semillas que tenían reservadas para la próxima cosecha. Las clases dominantes de fuera y dentro les obligaron a ello y muchos de los que trataron de ayudarlos no pudieron romper la dependencia alimentaria, colonial y oligárquica. En Kenya y Botswana la agricultura comercial

alcanzó un gran éxito al tiempo que aumentaba la pobreza rural. En Zimbabwe (antigua Rhodesia) los agricultores blancos le quitaron sus tierras a los africanos y de allí vino su miseria. En muchos países, gobiernos y clases dominantes les niegan créditos y avíos a los campesinos, los excluyen de los mercados, imponen bajos precios a sus cosechas.

El problema es más complejo. Hay países cuyos movimientos de liberación han cometido graves errores. No se han dado cuenta que el nivel de miseria de que partían los hacía particularmente vulnerables al hambre como respuesta del colonialismo interno y externo. En lugar de dar prioridad a la batalla de la “producción del pueblo” con crédito, fertilizantes, arados, silos, transporte, precios y relaciones de intercambio interno menos desfavorables, invirtieron en agricultura altamente capitalizada. En 1983, Mozambique reconoció que ese había sido uno de sus más graves errores. Muchos de esos países también han sufrido los efectos de una guerra contrarrevolucionaria que ataca —junto a las escuelas, los hospitales, las cooperativas— la producción de básicos. Es el caso de Etiopía y Nicaragua.

El problema central no es la falta de alimentos por exceso de población. Es el de una economía dependiente, de origen colonial con estructuras coloniales de poder y explotación que se reflejan en patrones de desigualdad interna e internacional. Es un problema más, que revela en forma aguda la necesidad de un cambio radical en el sistema económico y social global, revelación de que están conscientes no sólo las fuerzas revolucionarias o radicales sino hasta los investigadores y estudiosos del sistema que se dan cuenta de su responsabilidad en las condiciones actuales. Paul Cammack y sus colegas citan los ejemplos de Brasil y Cuba. Brasil es uno de los grandes exportadores de alimentos del mundo. Sin embargo, del 25 al 30 % de su población está desnutrida. Cuba, por su parte, durante los ochenta importaba alimentos, “pero sus políticas distributivas han eliminado el hambre y la desnutrición” (Cammack *et al.*, 1988: 252 y 251-259). Desde la crisis del bloque soviético, Cuba inició el llamado “periodo especial” destinado a producir el máximo de alimentos y servicios para su sobrevivencia. Con su sistema social distributivo, su producción interna le ha permitido resistir mucho más que cualquier otro país, en medio del bloqueo inquebrantable de Estados Unidos. Hasta principios de los noventa, en medio de grandes

carencias, el pueblo de Cuba logró mantener un nivel de alimentación muy superior al de los países periféricos.

El hambre, como desigualdad y debilidad externa e interna, es un legado del colonialismo y un objetivo directo de la recolonización de los ochenta y de la política global de los noventa. Ambos buscan disminuir la producción o mantener baja la producción para el mercado interno, y someter a los Estados del tercer mundo apoyados en quienes —como oligarquías y clases dominantes— someten a los pueblos del tercer mundo. El hambre es también un legado de la desigualdad interna de la colonia que renuevan los estados neocoloniales, dependientes. Los liberadores no logran cambiar las estructuras de la producción para el mercado interno, incluso en plazos relativamente largos, cuando habiendo mostrado un gran apego a la lógica de las mayorías mantienen algunas relaciones políticas o militares herederas de la dominación colonial. Los movimientos nacionalistas, populistas y del socialismo marxista-leninista, incluso cuando alcanzan, en largos periodos históricos y en amplios espacios sociales, avances en la organización de la producción para el mercado interno, como ocurrió en México y la URSS, no pueden sostener y renovar, el nuevo sistema productivo si mantienen formas de colonialismo interno de dominación político-militar de las etnias, o de trabajo y política campesina y obrera al estilo autoritario de las oligarquías coloniales o imperiales anteriores. Incluso si en ciertos periodos y espacios desaparecen los fenómenos de explotación y hasta se revierten las transferencias del Centro a la periferia como ocurrió durante un largo tiempo en la URSS, el hecho de mantener las formas autoritarias de actuar, organizar y pensar, propias del colonialismo interno o del capitalismo colonial o imperial (más tarde combinadas con fenómenos de corrupción, y de acumulación privada a costa de las estructuras sociales y públicas), pone a los sistemas represivos y productivos en condiciones de crisis que proliferan en las unidades sociales y públicas de producción y en el sistema central de crédito, difusión de tecnologías, abasto, comunicación y mercados. El proceso impide, en efecto, tanto el control democrático de los planes como el de los mercados. Ambos pasan, tarde o temprano, a los centros de programación y acumulación de las compañías, hoy transnacionales y globalizadoras.

Al finalizar el siglo xx, podemos sumar tres intentos de lucha contra el viejo imperio “externo” encabezado por “Occidente”. En los tres surgieron

nuevas oligarquías y burguesías. Las nuevas oligarquías y burguesías “nacionalistas” o “populistas”, “comunistas” y “revolucionarias” se enfrentaron a políticas de desestabilización en que el hambre y las desigualdades las hicieron particularmente vulnerables y en que la corrupción y la represión de sus propios pueblos acabaron por acercarlas a sus enemigos “externos” y las pusieron al servicio de “Occidente”. Los rebeldes a medias se sumaron así a los bloques de dominación y explotación del colonialismo contrarrevolucionario y global. Se sumaron también a una política contrarrevolucionaria que para reproducir el colonialismo, o preservarlo, necesitó acometer, desde los sesenta, una verdadera guerra colonial. Esa guerra es una de las más sangrientas según toda la información disponible.

GUERRAS COLONIALES CONTRARREVOLUCIONARIAS

Desde 1945 la geografía de las guerras internacionales e internas revela que las zonas de mayor incidencia se encuentran en el tercer mundo, y que la mayoría de las guerras del tercer mundo son guerras internas. De 65 conflictos armados importantes que desde 1960 provocaron más de 1 000 muertos, 64 ocurrieron en el tercer mundo; de los enfrentamientos anuales ocurridos desde 1945, 805 fueron guerras que tuvieron al tercer mundo como campo de batalla (Strahm, 1986: 86-187).

La política de guerra de las grandes potencias en relación con el tercer mundo permite distinguir varios tipos de estrategias en relación con: 1. Las guerras entre Estados del tercer mundo, 2. Las guerras civiles en el interior de los Estados del tercer mundo, o “guerras internas”. 3. Las guerras de las minorías étnicas contra los Estados del tercer mundo.

La política colonialista clásica y moderna usa ese tipo de guerras para intervenciones indirectas, siempre en apoyo táctico de las fuerzas sociales y políticas, o de las etnias que se oponen a los gobiernos insumisos. Juega con unos para vencer a los otros y reinar sobre todos. El conflicto entre Irán e Irak es típico del primer caso; el de Granada en 1982 es típico del segundo; el de los “misquitos” contra el gobierno sandinista de Nicaragua es típico del tercero.

La “guerra interna” y la guerra de las “minorías étnicas”, ambas asesoradas, apoyadas e incluso dirigidas en lo que se puede desde los centros metropolitanos y a través de sus comandos locales, son las guerras más frecuentes en el tercer mundo. La guerra de las “minorías étnicas” tiende a aumentar la irracionalidad de la guerra. Dificulta tornas principistas de posición en torno a objetivos o valores universales. El triunfo del más fuerte es la lógica de la lucha, y ésta es aprovechada por el colonialismo contrarrevolucionario. El más fuerte es el que domina en una guerra de etnias y razas. Cualquiera que se oponga al más fuerte, en caso de triunfar, acaba dominando como él: por la fuerza. Más vale que domine Occidente, sostienen orgullosos sus voceros. La parte de verdad que hay en su lógica se presenta como toda la verdad. Su proyecto de dominación triunfante se opone a los ilusos que en nombre del “humanismo” rechazan la dura realidad de que “Occidente” necesita ser el más fuerte para no ser dominado por los demás, o para imponer el orden en un mundo que de otro modo sería caótico.

La guerra de las minorías étnicas —bajo el olímpico imperio de Occidente y con la intervención abierta o encubierta de éste, cuando así le conviene— aparece en las luchas secesionistas de Biafra (Nigeria), de Katanga (Zaire), en la de los “Tigres” tamules (Sri Lanka), en la de los sikhs del Pendjab (India). Existe entre los kurdos, los bereberes, el Karem, Namibia y el Timor Este. En esos y muchos otros casos se trata, efectivamente, de viejas luchas de minorías étnicas contra mayorías étnicas y contra Estados dominados por una mayoría étnica. Hay otros en que pueblos enteros como el palestino luchan contra Estados recién instalados, de predominio europeo, como el de Israel. La lucha de Israel sigue siendo la de una tribu manejada por el colonialismo, para imponer el nuevo colonialismo.

Las pugnas entre etnias son utilizadas también para destruir a Estados que están fuera de control como Líbano. En muchos casos, hasta el fin de la guerra fría, las guerras de etnias y las “guerras internas” se relacionaron con las que se daban por “el socialismo” o “la democracia”, o entre “el totalitarismo” y “el mundo libre”. Ayer el colonialismo intervenía para defender a los “Miskitos” del régimen de Managua “apoyado por Moscú”, hoy, tras la Guerra Fría, interviene con el pretexto de defender a una minoría oprimida, como los kurdos, de un régimen opresor como el de Sadam Hussein, su exa-

liado más aguerrido contra la revolución de Irán, y su enemigo perfecto en la posguerra fría.

Las guerras coloniales contrarrevolucionarias tienen como uno de sus objetivos centrales privar de sentido a las revoluciones. Buscan, entre otros fines, mostrar la gravedad de las grandes insurgencias populares, su fracaso necesario en los objetivos humanistas esenciales que pretenden alcanzar, o en el desarrollo económico y social a que aspiran, o en la forja de sistemas democráticos alternativos.

El caso de Etiopía luchando contra esa Eritrea que durante tantos años defendieron las fuerzas progresistas, o el del régimen sanguinario de Pol-Pot apoyado por Estados Unidos y por la república Popular China, y derrocado al fin por los rebeldes cambodianos y las tropas vietnamitas: o el de Afganistán que involucró tan gravemente a la Unión Soviética con la política militarista de Brézhnev son importantes contribuciones a una interpretación caótica de las luchas populares y revolucionarias del tercer mundo. Con base en esa interpretación las grandes potencias plantean como exclusiva su racionalidad de la lucha. Fuera de ella, el terrorismo y la barbarie rehacen la imagen de un mundo carente de sentido. Tribus contra tribus, todos contra todos si no hay un soberano: el del Mundo libre. La interpretación fundamenta con un Hobbes global la nueva oleada de guerras de intervención y sanciones de las grandes potencias imperialistas en África, Asia, América Latina, y más recientemente en Europa Central.

Las intervenciones de tipo neocolonial no quedan sólo a cargo de Estados Unidos. Francia ocupa un lugar importante: en 1977 sus aviones jaguar bombardearon el Frente Polisario; en 1968 sus tropas actuaron en la zona del Tchad donde opera el Frolinat (National Liberation Front, Frente de Liberación Nacional); allí se quedaron en forma permanente hasta 1975. En 1978 el ejército francés apoyó al general Félix Malloum contra el Frolinat; en 1983, 3 000 hombres con armamento de “punta”, con “jaguares” y *mirages* apoyaron al gobierno frente a la amenaza del Gunt (Transitional Government of National Unity, Gobierno de Transición de Unidad Nacional); en 1986 Francia volvió a actuar con fuerte apoyo aéreo. En la República Centro Africana los militares franceses iniciaron la operación Barracuda en contra de un gobierno dictatorial, antes mimado, y que comprometía demasiado al presidente Giscard d’Estaing. En 1977, y después de 1988, participa-

en acciones en Zaire para mantener a Mobutu. Contaron con el apoyo de Estados Unidos. En todos estos casos se vio cómo el Estado neocolonial asociado no posee el monopolio de la represión, ni la capacidad de enfrentar a sus pueblos sin la intervención a veces directa de las grandes potencias a que sirve.

En cuanto a las intervenciones norteamericanas de tipo colonialista, o neocolonialista, no sólo son incontables y cíclicas, sino que no tienden a disminuir. Entre las principales intervenciones históricas en América Latina destacan la de Nicaragua de 1910 a 1930, la de Guatemala en 1954, la de República Dominicana en 1965, la de Chile en 1973, la de Nicaragua de 1969 a 1989, la de Panamá de 1988 a 1989. Su variedad es infinita, y aunque desde 1959 adquirieron un carácter predominantemente contrarrevolucionario también están diseñadas para enfrentar a fuerzas nacionalistas civiles o militares, y para recuperar o consolidar bastiones perdidos o por perderse como el canal de Panamá.

De todas las intervenciones imperialistas la que destaca en la historia del colonialismo contrarrevolucionario, desde Francia hasta Estados Unidos, es la de Vietnam. En todas, el terrorismo de Estado y la “guerra contra el pueblo” son típicos de guerras que no obedecen a ninguna convención internacional, y que ni siquiera son guerras declaradas. Poco hay de nuevo. La guerra colonial ha perfeccionado sus métodos represivos tratando de combinarlos en forma amenazadora con las más avanzadas técnicas. Lo nuevo pareció estar en la respuesta cada vez más eficaz de los pueblos como en Nicaragua y El Salvador, en Angola y Namibia, en Afganistán y Kampuchea. Pero al término de la guerra fría también esa creciente capacidad de respuesta de los pueblos pareció venirse abajo o se vino abajo, o mostró debilidades mayores de las que se percibían; pero aunque parezca cómo si todo vuelve a empezar desde cero, en Nicaragua y El Salvador, en Angola y Namibia, en Afganistán y Kampuchea quedan pueblos más politizados, que reinician sus luchas por la liberación con más experiencia aunque con más debilidad.

Los actos de intervención de las grandes potencias tienen hoy un doble carácter, el de intentar rehacer, defender o consolidar su hegemonía para marcar fronteras entre ellas mismas, y controlar recursos estratégicos y naturales, y el de mantener bajo control un nuevo tipo de revolución

mundial aún muy incipiente de carácter democrático. En cualquier caso, las potencias imperialistas en sus intervenciones de la posguerra fría practican la violación del régimen jurídico mundial en formas parecidas a las del colonialismo clásico. Violan por supuesto la Carta de las Naciones Unidas y a menudo también las leyes que en su interior las rigen. Desaparecido el bloque soviético, y su antiguo papel antimperialista, en el mundo no se advierte ya ni la ficción de una lucha global contra el imperialismo. Ese freno desapareció en los ochenta. En sus últimos años, el bloque soviético era realmente algo que podía calificarse de “socialimperialismo” o que utilizaba las luchas de liberación de los pueblos bajo una simple estrategia de gran potencia; pero incluso entonces, su ideología y sus intereses ponían con frecuencia un freno al colonialismo de las grandes potencias occidentales.

Las actuales ideologías neoconservadoras anteponen, cada vez más abiertamente, la “seguridad” o los “intereses” de Estados Unidos, a cualquier derecho (o ideal), o “inestabilidad” o “ingobernabilidad”, o “irresponsabilidad” o “corrupción” o “narcotráfico” que represente un obstáculo para su política. Las ideologías neoconservadoras identifican expresamente a las transnacionales con los intereses norteamericanos en Estados Unidos y fuera de ellos. Así, al mismo tiempo que el gobierno de Estados Unidos se opone a la promulgación del “Código de conducta de las transnacionales” por las Naciones Unidas, mantiene vigente el “corolario” que Teodoro Roosevelt agregó en 1904 a la “Doctrina Monroe”. Según ese “corolario” Estados Unidos tiene el derecho de intervenir “para cobrar las deudas que los países latinoamericanos tienen con los europeos. Los proclamados derechos estadounidenses incluyen el derecho a instaurar gobiernos para administrar las finanzas públicas de dichos países, y si con ello no se obtienen resultados para el cobro de la deuda, la torna del control de las aduanas” (Boyle, 1984: 5-7, *cit.* por Frappier, 1984: 4). La vigencia de este derecho es la del más fuerte. Corresponde a un modo de pensar y a una voluntad intervencionista que están vivos en amplias corrientes de la opinión pública norteamericana. Relacionado con la deuda externa del tercer mundo y con la imposibilidad absoluta de que esa deuda se pague, el peligro no puede ser desestimado. Sobre todo si se piensa que hay posibilidades de escribir, bajo el mismo espíritu, nuevos corolarios.

El peligro de intervención militar contra los países morosos a fin de cobrar la deuda impaga y el de una intervención que se “justifica” ampliamente ante la opinión pública metropolitana, plantean amenazas de crecientes agresiones al Sur del mundo, a los países africanos, asiáticos y latinos y la necesidad de insistir en la cancelación de la deuda externa.

Las acciones violentas para el cobro de la deuda pueden extenderse a amplias regiones del Sur del Mundo, sumarse a los muchos motivos de intervención y guerra que privan en el Medio Oriente, en Centroamérica, en el Sureste Asiático. Con el racismo en ascenso, con el malthusianismo socio-biológico; con el “humanitarismo” puritano, y el ataque combinado al narcotráfico y las guerrillas, afirmando que éstas sirven al narcotráfico y están apoyadas por él ahora que ya desapareció Moscú, la deuda empobrecedora de estos países y el apoyo militar a la misma, son una de las bases principales de que siga el empobrecimiento y de que con él siga creciendo un espíritu intervencionista y cosificador del ex tercer mundo.

El “Tribunal Permanente de los Pueblos”, heredero del Tribunal Russell, y muchas organizaciones más, han propuesto combinar una política de desarme con otra de cancelación de la deuda externa. Según el Tribunal Permanente de los Pueblos “el problema esencial del mundo actual es la carrera armamentista. Después viene el problema de la deuda externa del tercer mundo”. El Tribunal sostiene que los gastos militares deben ser usados para resolver la cancelación de la deuda mundial. La llave de la solución se encontraría en comprender que el gasto militar mundial corresponde a un poco más de la mitad de la deuda externa mundial que es superior a un billón de dólares. Al partir de esa propuesta: si los gastos militares se reducen en 20% la deuda del tercer mundo se acabaría en siete u ocho años. Si se reducen en 10% se liquidaría en un máximo de 18 años (*cfr.* ONU, 1993: 270 y ONU, 1994: 54).

El problema es que este tipo de planteamientos no logra impactar a la opinión pública de Estados Unidos y Europa. Menos aun cuando el inmenso aparato de la mal llamada “seguridad nacional”, como observa Chomsky, sirve sobre todo para subsidiar a las grandes “corporaciones” y como *umbrella for global intervention* (“marco para la intervención global”), es decir, sirve para el robo y el saqueo a que el mismo autor se refiere. La resistencia a las políticas no-intervencionistas, ni explotadoras, encuentra elementos

suficientes en la defensa a muerte del *big business* (“de los grandes negocios”). Al mismo tiempo se reviste de ideologías particularmente agresivas que se acentúan con el desequilibrio creciente del desarrollo global, y con las manifestaciones más amenazadoras de una prolífica población de pobres que amenazan invadir al “Club de los Siete”, como inmigrantes, o destruir su seguridad global, como bárbaros.

La idea de un gobierno mundial hegemonizado por Estados Unidos es un dogma. Junto con ese dogma hay muchos más que están en la base del actual orden mundial en crisis. La crítica al colonialismo clásico y el desarrollo de un sistema de mediaciones políticas neocoloniales es otro dogma: representa la superioridad moral que orgullosa o hipócritamente ha defendido el colonialismo norteamericano frente al europeo en liquidación o en transformación asociada. La idea de que la seguridad mundial se reduce a la seguridad de Estados Unidos es “razón de Estado” que no se discute ni en Estados Unidos ni en la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte). La idea de que la seguridad del mundo depende de las armas y de una política de armamentos controlada por los “Siete”, todos bajo el mando militar de Estados Unidos, es una idea que se defiende como “irrenunciable”; frente a ella todas las demás son ingenuas o malintencionadas. La idea de que la defensa del statu quo nacional y global es la tarea primordial de Estados Unidos, convierte también en dogma el orden internacional vigente, creación de Estados Unidos con el GATT (Organización Mundial de Comercio, OMC, a partir de 1995), el FMI, el Banco Mundial. De las “devociones” norteamericanas —*democracy, self-autodetermination and human rights* (“democracia, autodeterminación y derechos humanos”)— la más olvidada hoy es la autodeterminación. En todo caso, siempre se justifica la intervención militar contra los pueblos en nombre de las otras dos, que dominan y orientan a la opinión pública norteamericana junto con el chovinismo de gran potencia, y la herencia cultural de la conquista del Oeste.

Los preconceptos o dogmas son de tal modo naturales que pensar contra ellos es aberrante. Pensar con ellos es lo natural, incluso en investigadores tan serios como Richard Falk, quien señala entre las ventajas del actual sistema mundial el que la guerra “se ha vuelto endémica, pero sólo en lugares periféricos o dentro de las esferas de influencia reconocidas” (Falk, 1987: 23). Y aunque esto lo dijo antes de que terminara la guerra fría, hoy se ha

convertido en el ideal aceptable de paz global: que la guerra endémica se limite a “la periferia”, mientras el orden mundial mantiene las relaciones coloniales de comercio y explotación desigual con sus pueblos.

Señalar los peligros nucleares y de las armas químicas que hoy proliferan entre las mafias de la ex URSS con peligro de difusión a los narcoterroristas, o señalar el peligro de nuevos pánicos financieros metropolitanos como el de 1987, o los peligros de la contaminación, el enrarecimiento del ozono, la destrucción de las selvas y las tierras cultivables, Chernóbil, Bhopal, el hambre de Etiopía y Somalia, el sida, todo ese tipo de males lamentados se ha convertido en un lugar común, que apela a un buen sentido incapaz de convertirse en movimiento de opinión pública y en voluntad política que vaya al fondo de los problemas, y que comprenda a las grandes fuerzas de nuestro tiempo.

En cuanto a las guerras del tercer mundo y contra el tercer mundo, y la creciente miseria de sus habitantes raramente se asocian en la opinión pública de los países centrales con la paz mundial y la sobrevivencia de la humanidad. Las crecientes amenazas a la paz y la sobrevivencia no llevan a pensar que éstas se relacionan con el colonialismo, un sistema de negocios y empresas que está explotando y expoliando a la tierra cada vez más.

Hablar de la miseria humana o de la destrucción de los elementos terrestres sin mencionar al colonialismo, se ha convertido en otra norma esencial del paradigma dominante, político y científico. La imposibilidad de establecer el vínculo entre miseria, inestabilidad, inseguridad, explotación y colonialismo abarca incluso a los antiguos movimientos marxistas que hace Mucho hacían del análisis de la explotación, el neocolonialismo y el imperialismo el eje de sus reflexiones sobre la sociedad y el Estado y que incluso se negaban a darle importancia a lo que algunos consideraban meras sobre determinaciones y superestructuras.

Por otra parte, en forma particularmente creadora, parece surgir —aunque en forma incipiente— un movimiento mundial por la democracia que no tiene precedente en la historia del hombre. Ese movimiento, en sus versiones más profundas, se plantea también el problema de acabar con las estructuras de la explotación y la expoliación, características del sistema capitalista y colonialista global, y con las de autoritarismo y corrupción en todas sus versiones, incluidas las que se dieron en los países socialistas o del

“socialismo real”. Se trata de un movimiento democrático de tipo revolucionario que da a las guerras colonialistas contra el tercer mundo, y a la lucha por la paz mundial, un nuevo sentido. El gran movimiento histórico está hecho de una gran variedad de movimientos particulares.

Hoy, la eliminación de la crisis global y de los peligros ecológicos parece depender del éxito de los movimientos democráticos y populares que se han desarrollado sobre todo en África, Asia y América Latina, y que tienden a crecer en medio de dificultades enormes en los propios países del ex bloque soviético y otros que aún se declaran socialistas, e incluso en los del capitalismo desarrollado.

Como el grueso de esos movimientos democráticos se encuentra en el ex tercer mundo aparece allí un nuevo peligro. No se trata ya de una revolución nacionalista o socialista cuyas tendencias autoritarias se han comprobado en experiencias anteriores. Tampoco de movimientos que obedezcan a una línea coordinada por una de las “superpotencias”, para el caso la ex Unión Soviética. Son movimientos realmente democráticos, partidarios de un pluralismo ideológico y religioso que a menudo postula la necesidad de respetar las corrientes ideológicas y doctrinarias dentro de un mismo partido, y la necesidad de respetar la existencia de distintos partidos dentro de un mismo Estado. Son movimientos que no se conforman con el control democrático de los dirigentes locales o de base. Exigen, con las libertades sociales, las individuales de expresión y creencia. Buscan objetivos relacionados con el equilibrio de poderes y con las autonomías y soberanías regionales, propias de los modelos clásicos de democracia que en el pasado fueron tachados de burgueses. Quieren mayor participación en todos los niveles y áreas del Estado y sus regímenes o sistemas de gobierno.

Los nuevos movimientos democráticos son objeto de ataques tan violentos como los que sufrieron en el pasado los movimientos antimperialistas, dirigidos por los líderes nacionalistas o por los comunistas. Parecen estar sometidos a la misma ofensiva de terror y corrupción, subyugación o eliminación. Sólo la disciplina férrea de multitudes organizadas en cantidades sin precedente, y con una conciencia muy extendida —como en Guatemala o Ecuador—, les permite a esos nuevos movimientos enfrentar con éxito (mucho mayor del previsto, y que tiende a aumentar) las agresiones de la guerra colonial contrarrevolucionaria que está al orden del día.

Inaugurados por Allende en Chile, como un gran proyecto democrático y socialista desarmado, muchos de estos movimientos no son socialistas, y sólo son democráticos; algunos están armados; pero todos parecen anteponer el proyecto de representación y participación democrática en la sociedad civil y el Estado para la solución del problema social. Atacarlos como lo hacen muchas de las grandes potencias, sobre todo en cuanto aquellos alcanzan una parte del poder del Estado, representa la amenaza más grave para el futuro de la paz mundial. Su destrucción o contención genocida significaría la perpetuación de los sistemas de transferencia internacional o interna que deriva en el empobrecimiento creciente de la humanidad. Y, sin embargo, esa guerra sigue y tal vez sea la principal que se ha dado en el siglo xx. Magdoff y Sweezy señalaron alguna vez, dentro del contexto de la guerra fría: “Los que creen que la política contrarrevolucionaria estadounidense no conlleva ningún peligro de una tercera guerra mundial están totalmente apartados de los hechos históricos y las realidades presentes” (Magdoff y Sweezy, 1987: 207). Hoy, en un contexto muy distinto, la política contrarrevolucionaria de las grandes potencias y las clases dominantes del mundo representa de hecho la tercera guerra mundial, o la principal guerra mundial; una guerra que no se detendrá si con la democracia no se detiene la explotación y exclusión de las dos terceras o las cuatro quintas partes de la humanidad.

La guerra contrarrevolucionaria es la peor amenaza a la estabilidad mundial. Los movimientos democráticos y populares son el único camino de una negociación viable de sobrevivencia. A dos siglos de la revolución francesa cumplir con sus objetivos, y con el pensamiento más radical y de las revoluciones democráticas que también plantearon el problema social como problema central, parece la única alternativa para la humanidad. Más que reducirse esos objetivos a los de una democracia capitalista parecen continuar vivos en el proyecto de una democracia universal.

Las nuevas fuerzas que luchan por la democracia defienden y apoyan en lo económico, político y social a las que luchan para que los gobiernos sean del pueblo, para el pueblo y con el pueblo. Lograr que esos objetivos dejen de ser una mera frase constituye la clave de la sobrevivencia. En su búsqueda se encuentran no sólo los movimientos más radicales por la democracia y el socialismo, sino los que plantean el problema de la paz mundial y de la

sobrevivencia en términos que tienen visos de efectividad. Todos implican la lucha contra la guerra colonialista y contrarrevolucionaria que perpetúa la explotación de la humanidad. Suponen también la lucha por imponer procesos de negociación para alcanzar una nueva sociedad global, en que desaparezca el “comercio desigual” entre los países y los “factores de la producción”. En ese amplio panorama se plantean los problemas actuales del Estado y la política, que aquí vamos a abordar sobre todo en relación con el tercer mundo, o desde el tercer mundo.

EL IMPACTO DE LA CRISIS EN EL ESTADO Y LA POLÍTICA

Los efectos de la crisis de fin de siglo son de alcances insospechados para la vida del Estado nacional, de los sistemas políticos y de la sociedad civil. En los hechos y en las ideologías, la crisis tiende a acabar con el proyecto nacional que surgió en muchos de estos países desde el siglo XIX. Afecta la reformulación de la soberanía del Estado que en el siglo XX buscó complementar el paso de la independencia política con otro de independencia económica, y el de la participación electoral con la participación económica y social. El fin del Estado nacional y del Estado social se convierten en exigencias y prácticas de la transnacionalización asociada. La falta de conciencia al respecto es muy grande en las antiguas fuerzas nacionalistas, progresistas, socialdemócratas y democráticas. La transnacionalización misma es parte de un proceso de globalización que corresponde a un nuevo orden mundial.

No se trata de un problema coyuntural y pasajero. Es un problema estructural, que se inserta en un periodo histórico en el que está entrando el sistema capitalista mundial. Tras haber sido derrotados los movimientos nacionalistas, populistas y revolucionarios en los años sesenta y principios de los setenta, el nuevo Estado dominado por los bloques de la burguesía asociada, tendió a organizar la dependencia y la “sociedad dual” como estructuras transnacionales e interregionales destinadas a formar parte de la nueva globalidad. Al efecto empleó toda la lógica de la represión, de la dominación y de la explotación funcionales. Lo hizo dentro de una estrategia de tres dimensiones que se montó en las tendencias naturales del propio sistema: la maximización de utilidades; la acotación, eliminación o infor-

malización de los competidores no asociados; el dominio de los actores que se oponen o rebelan al proceso de empobrecimiento y sometimiento sean gobiernos, naciones, pueblos, o trabajadores asalariados.

La transnacionalización y el Estado-transnacional no son un hecho acabado. Son parte de un proceso en que cada alternativa popular que resulta derrotada por el sistema aumenta la dependencia, explotación y desigualdad de las naciones, y contribuye a empobrecer a la mayoría de los trabajadores asalariados de cuello blanco y azul.

A los hechos anteriores se añade el agravante de que una alta proporción de la población mundial se vuelve necesariamente inútil, marginada y condenada a vivir en la extrema pobreza dentro de situaciones autodestructivas y de sangrientos conflictos internos que, sin embargo, no acaban con esa población. Cada Estado corresponde a una sociedad civil que reformula y acrecienta el “dualismo” con sus “participantes” y sus “marginados”; la proporción de “marginados” varía, desde los países centrales con pequeñas poblaciones emergentes tercermundistas hasta los periféricos con mayoría de excluidos y marginados que abarcan a las tres cuartas o cuatro quintas partes de la población.

En torno al fenómeno de creciente explotación, empobrecimiento y exclusión, a menudo se da la falta de una voluntad política y social organizada que en sus resistencias y oposiciones vaya más allá de lo superficial, lo espontáneo y lo aislado. Frente a los Estados nación en crisis, las naciones-pueblo no reaccionan como unidades político-sociales con una dirección y una articulación defensivas. En lo inmediato más bien presentan formas de resistencia-adaptación controlables por el Estado y por las clases que lo dominan, fenómeno que no es extraño, pues el conformismo y el comportamiento pasivo de las mayorías empobrecidas se ha dado en formas semejantes durante las primeras fases de crisis anteriores.

Los gobiernos asociados al proyecto de transnacionalización presentan su política como si fuera compatible con la soberanía, el desarrollo, la justicia social y la democracia. La mentira se convierte objetivamente en una forma oficial de comunicarse y de pensar. Pensar es mentir. Al mismo tiempo, el pensamiento oficial de los Estados, unido a los “medios de masas” y a los “centros de excelencia” alienta, junto con la argumentación tecnocrática la de los grandes intelectuales, que es inhibitoria de un pensar alternativo

y que se entusiasma ante la nueva época histórica del colonialismo actualizado.

Las “políticas de ajuste” —aplicadas con ese nombre desde 1982— son desde entonces el signo del gobierno y el Estado. Con ellas no se obtienen ninguno de los objetivos que los gobernantes pretenden. En todos los países del ex tercer mundo y del ex Segundo, la misma política con distintos nombres provoca los mismos resultados. La tendencia más probable —y el margen de error a este respecto es prácticamente nulo— es que esa política continúe y que continúe acentuando los problemas que genera en el Estado y en la sociedad civil, todo bajo la égida de los gobiernos endeudados, del FMI y del Banco Mundial, con el apoyo de las transnacionales y de los grandes grupos monopolísticos nativos.

La crisis ha alterado las relaciones de dependencia de la inmensa mayoría de los Estados del ex tercer mundo: una serie de políticas de Estado y de gobierno han sido transferidas al FMI, al Banco Mundial, a la AID y demás agencias del imperio con la anuencia de las clases dominantes locales. Ello implica la transferencia de una cuota importante del poder en el terreno de las finanzas, de la política fiscal e impositiva, del presupuesto de inversiones y gastos, de la moneda, de la propiedad pública y privada, de la tecnología, de la producción, de los mercados, del consumo, de la modernización, de “la reconversión” y los “cambios de estructura”, todos definidos por el Fondo Monetario Internacional y las agencias imperiales, y sólo redefinidos y ajustados de acuerdo con las circunstancias concretas de cada país y de cada gobierno.

La transferencia de las decisiones del gobierno y el Estado afecta las políticas de bienestar social que atendían a una importante proporción de la población; afecta la política de salarios reales, directos e indirectos; afecta también la política de apoyo a campesinos medianos y pobres agudizando sus debilidades. Asimismo, articula los fenómenos de dependencia, desigualdad, subdesarrollo y autoritarismo, estos sobre todo en las relaciones laborales y con los pequeños productores pobres. El resultado general corresponde a un incremento de la explotación del trabajo y a una disminución de la participación de los trabajadores en el producto o ingreso territorial.

La modernización es concebida o realizada en la práctica como transnacionalización del Estado y la sociedad. Las reformas de estructura dejan de

ser enarboladas por los grupos progresistas y adquieren en los neoliberales una connotación abiertamente desnacionalizadora y antipopular. La argumentación al respecto es muy sofisticada pues no se abandonan las ideas de “nacionalismo” o “democracia”, aunque de un nacionalismo que desarticula y deshace las estructuras de la economía nacional, y de una democracia “limitada” o reducida a una pequeña parte de la necesaria “sociedad dual”. Tampoco se abandonan las ideas de desarrollo como crecimiento y distribución, pero siempre sobre el supuesto de un dualismo social en el que por necesidad la mayoría de la población queda al margen del desarrollo y la democracia. Si en los regímenes populistas o socialdemócratas anteriores los sectores medios representaban una proporción relativamente menor a la alcanzada en los países centrales, la política de ajuste disminuye aún más esa proporción afectando a los propios trabajadores y empleados organizados.

LA TRANSNACIONALIZACIÓN DE LA SOCIEDAD Y EL ESTADO

La “reestructuración” de la economía, la sociedad y el Estado en el tercer mundo se realiza en términos prácticos y operativos. Obedece a una política de inversiones de las empresas transnacionales. La “reactivación” de la economía sólo se busca con seriedad a nivel de las empresas transnacionales o de ciertos segmentos del sistema productivo asociado a ellas. Se abandonan las perspectivas de las naciones o del Estado nación con el tipo de “sectores” que participaban de los beneficios del desarrollo y que les servían de base social: el sector de obreros organizados, el sector de empleados organizados y, a veces, el de campesinos organizados. Los Estados con fuertes presiones populares o populistas y “de orientación socialista” son sustituidos por Estados con fuertes articulaciones empresariales y con predominio de la empresa transnacional.

En el tercer mundo de hoy, o en el Sur del Mundo como se le llama, la empresa transnacional es mucho más poderosa que el Estado nación al que penetra y con el que se asocia. Si hay sectores sociales o zonas y polos que se desarrollan lo hacen predominantemente en función de las empresas transnacionales. Las fuerzas, que antes equilibraban o frenaban el poder transnacional han sido debilitadas o anuladas.

Frente a las empresas transnacionales los gobiernos nacionales toman decisiones muy secundarias al aplicar la política económica en sus territorios y Estados. En ningún caso sus decisiones logran alterar las tendencias generales de la política de inversión transnacional. En ningún caso logran implantar una política “nacional” de inversiones: la propia política de “infraestructura” y de educación primaria y secundaria está orientada por las transnacionales con la mediación del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

La nación como soberanía y como mayoría se ve cada vez más gravemente afectada. Lo soberano no es nacional ni es mayoritario. Los propios gobernantes que dicen representar la soberanía hacen una representación muy dudosa o francamente falsa.

La transnacionalización se organiza de acuerdo con sus propias finalidades de acumulación. Los gobiernos son cada vez más débiles y cuando sus líderes buscan una política alternativa difícilmente llegan a establecer una asociación pueblo-gobierno-Estado que les permita enfrentar las contradicciones y las desestabilizaciones.

En la sociedad civil la mayoría de la fuerza de trabajo no sólo continúa desempleada, por debajo de los niveles mínimos de vida, sino con fenómenos permanentes y ampliados de inseguridad física, política, social; de inseguridad en la alimentación, en la vivienda, en la salud y en la educación. Su capacidad de influencia para que cambien estos hechos es nula —o muy limitada— y no existe ningún indicio de que ocurra lo contrario. La mayoría ni es soberana, ni es participante, ni es influyente.

Algunos gobiernos presentan resistencias que pronto son integradas al proceso transnacionalizador y privatizador, o que pronto abandonan bajo presiones internas e internacionales; otros, presentan resistencias que van reduciendo cada vez más sus propios objetivos y aspiraciones, y si nuevamente se rebelan, sus intentos de poner un límite al vergonzoso sometimiento no alcanzan a ser articulados en un solo frente. En la coyuntura histórica no se puede articular un frente poderoso de la nación o de la mayoría que tenga visos de imponer la gobernabilidad.

Es cierto que es imposible ignorar las contradicciones de las propias clases y bloques dominantes. La funcionalidad del sistema padece una dialéctica. Lo transnacional no es sólo un sistema, es un proceso. Las contra-

dicciones son algo más que un conjunto de elementos disfuncionales. Si las potencias poseen una serie de técnicas desestabilizadoras e intervencionistas que aplican para imponer su dictadura económica y hegemónica sobre los aliados ineficaces, sobre los remisos y rebeldes, sobre los *deviant* de las burguesías y gobiernos civiles o militares la lucha imperial que libran muestra ciertas resistencias. Al tiempo que muchos gobiernos y Estados del tercer mundo han perdido su autonomía y soberanía económicas y financieras a un grado que no tiene precedente, ciertas acciones de tipo político y diplomático cobran una autonomía relativamente imprevista.

La “ineficacia” como forma de resistencia, las protestas, e incluso la rebelión de los gobernantes civiles y militares frente al nuevo sistema de dominación transnacional, son cada vez más significativas: a veces la “ineficacia” como forma de resistencia acaba por justificar la imposición del orden neocolonial, y de hecho se convierte en parte de la política del *roll-back* (del “regreso” al neocolonialismo de los cincuenta) y contribuye a la construcción del globalismo de los noventa. Otras se da una débil oposición por la que los gobiernos, sometidos en algunos terrenos particularmente sensibles rechazan la política intervencionista —por ejemplo— contra Cuba, o Panamá, o Somalia, o Irak; o surgen rebeliones —así sean intermitentes— que se manifiestan en las moratorias de pagos; o amenazas —así sean inconsecuentes— de suspensión del tributo colonial formalizado en la deuda externa, o resistencias efímeras al recorte cada vez mayor del presupuesto de gastos sociales, o a la entrega insaciable de empresas públicas al Capital privado y transnacional, o a que la Asamblea General de la ONU se convierta en la OEA global de Estados Unidos.

Atender y usar esas contradicciones, por inconstantes que sean e incipientes que parezcan, y alentar las reformas públicas y sociales que amplíen los espacios de lucha, es parte de las más importantes estrategias de fortalecimiento de las organizaciones democráticas y revolucionarias.

LA OFENSIVA NEOLIBERAL Y LA REESTRUCTURACIÓN DE LAS MEDIACIONES SOCIALES DEL ESTADO

El neoliberalismo y la reconversión de la economía y de la sociedad tienden a alejar todavía más a las instituciones del Estado de aquellas medidas que servían para resolver los problemas sociales de por lo menos un sector de la mayoría, o un segmento del pueblo. Pero, eso no quiere decir que con el cambio ya sólo aparezca el papel de clase y el papel represivo del Estado, siguen existiendo numerosas mediaciones que se combinan con otras nuevas.

El proceso de reestructuración no sólo tiende a aumentar la “extrema pobreza” también prepara al Estado para enfrentarse a ella en el orden de la represión, y trata de fortalecerlo en la negociación social y política de una sociedad reestructurada. El Estado neoliberal está preparado para aplicar modelos macroeconómicos de control que incluyen la reestructuración de la sociedad civil, la cual es objeto de profundos cambios naturales e inducidos, mediante la ampliación del sector informal de la economía, legal e ilegal.

La llamada “economía informal” es la nueva forma de la sociedad civil y de la política social en lo que se refiere a los marginados y superexplotados que de otro modo tenderían a formar frentes colectivos. Es una política de desestructuración de la clase trabajadora. Es la otra cara de la política de ajuste y privatización: busca la sustitución de la solución social por la solución privada y familiar de los problemas. Su importancia resulta notoria si se piensa que sustituye las mediaciones políticas, sindicales, agrarias, y de “seguridad social” del Estado benefactor (por precarias que fueran) por mediaciones de un mercado de pobres que son “comerciantes”. La economía informal, con sus pequeñas ilusiones y conformismos es la alternativa al desarrollismo, al populismo y a la socialdemocracia que privaron en la postguerra hasta los setenta. En los países del ex bloque soviético empieza a operar en forma parecida.

Es cierto que la dialéctica del “sector informal” puede reservar sorpresas desagradables al sistema, pero el efecto inmediato y esperado consiste en que reequilibra las bases sociales de la transnacionalización, y facilita una dominación de clase que reduce los gastos sociales y redistribuye el producto en formas cada vez más desiguales. La transnacionalización complemen-

ta sus políticas de exclusión, marginación y explotación con la construcción de una sociedad informal que se reproduce en forma ampliada y que, por lo menos hasta ahora, proporciona parte de las nuevas bases sociales del Estado transnacionalizado y globalizado.

La dialéctica imprevista de lo informal puede consistir en que grandes conjuntos de individuos, familias, comunidades y barrios que dejan de depender del Estado y se vuelven autosuficientes, lleguen a liberarse de la ideología mercantil marginada, subempleada, y que eventualmente constituyan fuerzas autónomas de una alternativa popular y nacional. Organizaciones y comunidades de base proliferan en el mundo informal, donde se da una de las batallas ideológicas más importantes. Si hay una economía informal, también hay una política informal, y una lucha informal por el poder, todas emergentes. La dialéctica de lo informal abre alternativas. Aunque éstas puedan cerrarse, y el sistema busque cerrarlas, hoy la dialéctica informal coincide con rupturas de tipo histórico que tienden a ampliarse y repetirse. Sus características muestran elementos conservadores; también encierran otros democráticos y revolucionarios, sobre todo cuando aparecen vínculos con los pobres informales y los empobrecidos del sector formal.

LA TRANSNACIONALIZACIÓN COMO DESNACIONALIZACIÓN Y PRIVATIZACIÓN DEL ESTADO

Todos estos hechos no son completamente nuevos ni al nivel del Estado ni al de la sociedad. Corresponden a un proceso que se agudiza en los ochenta, pero que empieza por lo menos desde los sesenta, en especial a raíz de que Kennedy lanzó a nivel mundial políticas de reformas conservadoras fallidas, como la Alianza para el Progreso en América Latina; políticas desestabilizadoras para el derrocamiento de los gobiernos populistas y socialdemócratas del tercer mundo, y acciones contrarrevolucionarias de “guerra interna” consideradas desde entonces como parte de la verdadera guerra mundial.

La historia neocolonial contrarrevolucionaria busca hoy articular a los Estados asociados y dependientes a su proyecto transnacionalizador. Al efecto les exige liquidar las políticas socialdemócratas y populistas. Impone límites asfixiantes a las concesiones a las clases medias, a los obreros y los

campesinos. Reduce al máximo la negociación social con una proporción altísima de trabajadores con los que ya no se negocia y a los que ya no se acuerdan concesiones salariales y sociales que vayan más allá de la sobrevivencia, y que incluso caen por debajo de ésta.

La transnacionalización como reestructuración del Estado se da frontalmente contra la nación, contra el pueblo trabajador y la ciudadanía organizados en luchas anteriores y que pierden prestaciones y derechos alcanzados. Las víctimas no se enfrentan de manera unitaria a la ofensiva.

El Estado asociado al proyecto transnacional lucha contra una sociedad en que la mayoría de la nación ha sido discriminada, estratificada, desarticulada y se halla estructuralmente incapacitada para actuar como una sola categoría social. El factor étnico colonial divide a la nación en múltiples naciones y castas; la estratificación y la movilidad social dividen a la clase obrera y al resto del pueblo trabajador en variadísimos niveles o estratos en que los individuos y grupos se mueven, y en que tienen la esperanza de ascender de las regiones más depauperadas a aquéllas que les ofrecen mejoras de salarios y vida, o de las capas más miserables a las capas medias. El proceso abarca un arco que va desde la marginación infrahumana hasta la participación mínima en los medios de sobrevivencia; incluso permite pasar de formas de sobreexplotación o de exclusión a grupos o núcleos de trabajadores estratégicamente seleccionados y bien remunerados. En muchos casos el tránsito a un miserable empleo que lo saca a uno de las mayorías miserables de desempleados determina la lógica tremenda del que piensa aún sin decirlo: “Más vale ser explotado que excluido”. Los excluidos no aspiran a salvar a la humanidad: aspiran a ser explotados. No forman una categoría social y política contra la exclusión y la explotación.

De modo que, si el Estado asociado al proyecto transnacional se vuelve abiertamente dependiente, oligárquico, de clase, como defensa mantiene y reaviva la desarticulación de la nación en naciones o provincias, y de la clase trabajadora en estratos, etnias, castas, gremios e individuos, muchos de estos fragmentados a su vez o sin identidad. Al fenómeno anterior se agregan las divisiones lingüísticas, religiosas, ideológicas, que en el terreno de la lucha por el poder y de la lucha política son manejadas e impulsadas por las clases dominantes y las potencias hegemónicas para fomentar el “aldeanismo” de las resistencias campesinas, las pugnas “racistas” entre indígenas,

los enfrentamientos sectarios entre católicos y protestantes, el tribalismo, el faccionalismo y el sectarismo del pensamiento de los trabajadores y de las organizaciones populares, y la primacía de los valores individuales sobre los solidarios y universales.

Con la crisis se acentúa otra política que busca disolver los núcleos más avanzados y peligrosos de la clase trabajadora. Los empleadores aprovechan la pérdida de “competitividad” de ciertas industrias y la reestructuración político-económica ahorradora de trabajo: cierran minas e industrias, licencian y despiden a grandes contingentes de trabajadores organizados mientras dan empleo, en pequeñas empresas “informales” o en “maquiladoras”, a mujeres y jóvenes sin organizaciones sindicales ni posibilidades de crearlas, o a los mismos trabajadores, antes sindicalizados, y que en el desamparo aceptan ser empleados como peones temporales o migrantes.

El Estado asociado al proyecto transnacional no sólo se beneficia de la desarticulación de la nación y las clases subalternas, sino de los mitos de su propio poder y de las ideologías ilusorias. Es más, a su inmenso potencial coercitivo —que no se adelgaza— y al uso necesario de la violencia en los momentos decisivos y en los puntos críticos, añade durante un tiempo su disciplina burocrática interna, militar y civil, que aparte de coordinar y unificar los mitos, creencias e ilusiones coordina las acciones de los aparatos del Estado, con lo que al poder coercitivo, el Estado añade el poder de la disciplina institucional, con toda la lógica de la conciencia y la acción propia de las burocracias civiles y militares, y con toda su capacidad de difusión e internalización por las mayorías-masas o las mayorías-aldeanas, individualizadas o tribalizadas. Cuando esto no ocurre, porque el Estado realmente se debilita en el contexto “nacional” y en sus relaciones internas, el país se bambolea entre la anarquía y la dictadura, con peligro de invasiones externas si éstas convienen a la lógica global o imperial.

La transnacionalización del Estado, de sus burocracias civiles y militares, obedece también a un proyecto institucional. La transnacionalización opera a través de redes de trabajo internacionales civiles, sociales, educativas, sindicales y militares. Durante los ochenta, la transnacionalización tiende a acabar con el Estado nacional y el Estado benefactor forjados en las luchas sociales y nacionales del siglo xx. Las “políticas de ajuste” que impone permiten una acumulación considerablemente más eficiente por

parte de las empresas transnacionales y una dominación más funcional por las grandes potencias asociadas a la Banca Mundial y al Fondo Monetario Internacional. La transnacionalización refuncionaliza las oligarquías y burguesías subalternas del ex tercer mundo y del ex bloque soviético.

En África, Asia y América Latina, la transnacionalización, como desnacionalización y privatización, vuelve a mostrar al Estado en su “relación fundamental de dominación capitalista”, apátrida y clasista. El Estado y sus instituciones privilegian a las burguesías asociadas al proyecto transnacionalizador, dentro de una economía global cada vez más desigual en los agregados mundiales y en los de los países que lo componen.

DE LA TRANSNACIONALIZACIÓN A LA GLOBALIZACIÓN

La transnacionalización del capital es una etapa y una forma de la globalización. El término transnacionalización se refiere sólo a una etapa del desarrollo del capital en que éste traspasa las fronteras nacionales y se organiza como negocio multinacional, con subsidiarias en muchos países distintos de aquél donde tiene su sede la empresa matriz. Las relaciones entre matriz y subsidiarias, o entre subsidiarias atraviesan las naciones y en ese sentido son relaciones transnacionales. El conjunto de empresas que pertenecen a un mismo conglomerado es así a la vez multinacional como conjunto organizado y transnacional en sus relaciones. La compleja estructura representa un avance sobre el capital que antes invertía dentro de una región en el interior de un país, e incluso es superior a las ventajas que el capital adquirió en su etapa monopólica y oligopólica. En esa etapa ya aparecieron algunas características de la empresa multinacional y transnacional; pero lo más llamativo de entonces fue la desaparición del capitalismo clásico de libre mercado y su sustitución por el oligopólico, llamado imperialista por haber ligado el desarrollo de los monopolios al colonialismo, con lo que el poder de aquellos, auxiliados por las grandes potencias, permitió perfeccionar el comercio desigual, y la desigual asignación del “excedente”, a costas de los pueblos y países dependientes, en beneficio de las grandes empresas monopólicas y de las grandes potencias.

La integración multinacional y transnacional representa una etapa más avanzada del desarrollo de la empresa. Se realiza como una integración funcional para dominar los mercados de bienes, y de trabajo asalariado y no asalariado, y para maximizar las utilidades con un uso óptimo del capital invertido. La integración funcional de la transnacionalización y de las empresas multinacionales se realiza también para enfrentar formaciones sociales y políticas disfuncionales a las grandes empresas. De un lado reduce la fuerza del movimiento obrero organizado y de las clases medias asalariadas que, sobre todo en los países centrales, obligaron al capital a hacer grandes concesiones en su etapa monopólica e imperialista; de otro somete a los Estados nación socialdemócratas y populistas que se valieron de una debilidad relativa del capital monopólico, para satisfacer sus propios intereses con la expansión de mercados internos y la aplicación de políticas de bienestar y desarrollo que beneficiaron a una parte importante de la población asalariada y de los campesinos.

La integración multinacional y transnacional le permitió una gran movilidad a un capital que pudo imponer condiciones a los trabajadores organizados de los propios países centrales con los salarios relativamente más bajos de una fuerza de trabajo periférica suficientemente preparada y disciplinada a la que puso a competir con aquellos. También le permitió controlar a los partidos y dirigentes políticos que tenían compromisos sociales con los trabajadores y las naciones.

En el terreno político, el incremento del poder de las empresas transnacionales no sólo melló considerablemente la fuerza de los Estados nación de origen colonial o dependientes, sino también la de los Estados nación de las potencias imperialistas con políticas de *Welfare State* (del “estado del bienestar”). Al efecto, puso en marcha dispositivos o redes multinacionales y unidades integradas por conglomerados transnacionales que operan con un sentido político, tecnológico y económico. Los gerentes de esas empresas adquirieron una nueva cultura política que combinaron con su nueva cultura informática y administrativa. Ambas les sirvieron para manejar sistemas empresariales complejos en los variados contextos donde operan sus subsidiarias, o sucursales, y las empresas asociadas y subcontratadas.

La transnacionalización del capital derivó en un nuevo tipo de corporaciones globales con formidables redes interrelacionadas, que caracterizan

en parte la actual etapa de globalización (véase Taylor y Thrift, 1982: 23 y ss.). El crecimiento y estructuración transnacional y global de las empresas se combinó con nuevas formas desnacionalizadas de estructuración de la política de los Estados nación centrales y periféricos en sus relaciones intranacionales e internacionales; también se combinó con la creación de instituciones multinacionales y transnacionales, en todos los órdenes, incluido el militar. A las alteraciones políticas, tecnológicas, económicas, militares, y a las distintas formas de su asociación e integración funcional, se añadieron otras no menos importantes en el orden de una cultura transnacional, que “socializa” las prácticas de la globalización.

El proceso histórico de la transnacionalización y la globalización de las corporaciones, los Estados, las organizaciones internacionales y la cultura, se complementó con fenómenos de desintegración y fragmentación de las organizaciones, instituciones y estructuras que presentaban resistencias o se oponían ideológica y políticamente a los cambios.

Dentro de los nuevos escenarios en lucha reaparecieron formas muy antiguas de resistencia como las fundamentalistas religiosas y las tribalizaciones excluyentes. Esas formas fueron exacerbadas e incluso alentadas por el sistema y su lógica estructural-funcional avanzadísima, muy superior a la de los ayatolas fundamentalistas y los racistas tribales. El sistema también desarrolló —en formas naturales e inducidas— nuevas formas de fragmentación de las clases y naciones —como categorías reales y conceptuales— para acentuar la debilidad proveniente de la diversidad de sus miembros —a menudo logra que estos no alcancen a ver la unidad o categoría de “obreros” por ser unos obreros pobres y otros obreros ricos, o la de “guatemaltecos” por ser unos ladinos y otros mayas—. El notable sistema también jugó con distintos escenarios del individualismo exacerbado. Complejas políticas de estímulos rompen los valores universales y convierten a la mayor parte de sus beneficiarios, en proclives o partidarios de las luchas particularistas, individualistas, limitadas, a lo sumo, a las pequeñas colectividades, o “clubs” o “razas” en que se aíslan y desde donde se enfrentan a los *outsiders* (“excluidos”). El fenómeno se dio en todos los terrenos, desde los políticos y económicos hasta la formación de mentalidades mediante la publicidad y otros medios. Las políticas de inversión “focalizada” con nichos, “santuarios” geográficos y sociales, con *clusters* (“grupos”) privilegiados permanentes y

otros “humanitarios”, “caritativos” y “solidarios” destinados a poblaciones marginadas, se combinaron con políticas de publicidad focalizada que mejoraron notablemente las anteriores técnicas de persuasión de masas y las combinaron con las de estímulos diferenciales. En su notable alteración de la realidad, el fenómeno combina la publicidad que “vende” el orden establecido, con la “enajenación” que “oculta” ese orden como realidad para que se le acepte como mito, y una y otra con técnicas muy elaboradas de propaganda que acentúan la “fragmentación” de grupos e individuos.

La victoria de la “industria de la conciencia” es tan importante como la derrota histórica de los nacionalismos anticoloniales y de los países del “socialismo real”. La “industria de la conciencia”, incluida la publicidad, las relaciones públicas, la cultura de Hollywood con magníficas películas violentas y de “monitos” —como Mickey Mouse y Superman— o el jazz y el rock, transmitidos al mundo entero por radio, cine, televisión, periódicos, *cassettes*, compactos, han creado una verdadera cultura mundial que tomó la Plaza Roja y sustituyó a los símbolos de Lenin por los de McDonald’s y el Pato Donald.

Con gran sutileza, esa cultura que abarca al mundo entero y que llegó a dominar en los propios países del “socialismo real” aún antes de su colapso, incluye en sus manifestaciones de masas y elitistas todas las contradicciones salvo una: la explotación. En la “venta del orden establecido”: “La explotación, material debe ser disimulada [...] los pocos no pueden seguir acumulando riqueza a menos que acumulen el poder de manipular las mentes de la mayoría [...] Lo que se está aboliendo en los soviets acomodados de hoy” —escribía Enzenberger en 1975— “no es la explotación, sino nuestra conciencia de ella” (Enzenberger, 1975: 11). El ocultamiento sistemático y tenaz del problema de la explotación abarcó, en efecto, hasta al marxismo-leninismo de Moscú, y desde luego al que venía de Friburgo y llegaba al eurocomunismo, no se diga ya al pensamiento de los partidos socialdemócratas o eurocomunistas y el de los nacionalistas-populistas del tercer mundo, o el de los “dependentistas” y la ultraizquierda atentos a estructuras “cosificadas” o al “ogro” del poder, tan legítimamente atacable y que tanto sirvió de “alibí”, o espantapájaros, para no referirse ni por asomo a la explotación capitalista y colonialista, o a la que en el seno de los países llamados “socialistas” incubaba a otro capitalismo y a otro colonialismo.

A la “venta” o publicidad del “sistema establecido” y al ocultamiento emocional, intelectual, filosófico y científico de la explotación, el proceso globalizador añade un recurso más que consiste en variar sus técnicas de publicidad política —como en buena retórica— según los públicos a los que se dirige (determinados por raza, sexo, edad y subcultura de consumo), y según oscila entre el consenso y el conflicto.

Angus y Shally (1989) afirman con razón que a lo largo de la historia se pasó de una cultura de clases en el capitalismo clásico a una cultura de masas en el capitalismo monopolístico, y de éste a una cultura de enclaves, sectas y clubs con publicidad o propaganda focalizada y desarticuladora en el capitalismo transnacional. La nueva técnica acentúa las políticas de focalización económica para separar a los trabajadores privilegiados de los marginados, a las pequeñas tribus racistas, y a todo género de grupúsculos con los más distintos tipos de subculturas. Alienta en ellos los valores individualistas o de pequeño grupo y los separa de los objetivos comunes y universales.

El magnífico manejo de la dialéctica que va de Hobbes a Raymond Aaron fue explorado por los expertos en modelos de conflicto y consenso. Las protestas, las críticas, las propuestas alternativas fueron incluidas en la cultura de la globalización para atacar contradicciones reales de los socialdemócratas, de los populistas, de los marxista-leninistas y hasta de los “izquierdistas”. Con lenguajes y valores revolucionarios el establishment denunció las graves corrupciones y represiones realmente existentes de esos regímenes. Al mismo tiempo impidió por todos los medios que se construyera una alternativa democrática y revolucionaria; para ello contó con un apoyo formidable entre sus propios enemigos: estos se convirtieron realmente en unos dictadores corrompidos, autoritarios y totalitarios. El sistema ganó y sigue ganando por su gran talento para dominar y para organizar incluso el tipo de oposición que más le conviene. Por supuesto, la responsabilidad de ésta es esencial y la mejor forma de no comprenderlo es atribuir todos los males al enemigo de fuera, burgués o imperialista. Tal fue la lógica de un populismo y un marxismo-leninismo que estaban cavando su propia tumba.

La globalización dio un gran paso cuando vino el colapso del bloque soviético y con él culminó el de los Estados populistas. Las socialdemocracias y el keynesianismo, como ideologías o paradigmas dominantes en “Occi-

dente” cedieron ante los paradigmas neoliberales, “monetaristas” u “ortodoxos”, “neoclásicos”, que se convirtieron en lógica universal, y en el único modo de pensar “científico”. Al mismo tiempo esa caricatura de discurso y retórica que se presentaba oficialmente como marxismo-leninismo se quedó sin un solo concepto o término que sus antiguos voceros pudieran rescatar o usar.

La globalización triunfante no significó el inicio de un gobierno mundial o de un Estado nación hegemónico. Más bien correspondió a un dominio del mundo en que la hegemonía pertenece a las empresas monopólicas multinacionales y transnacionales. Muy distinto sería un gobierno del mundo ocupado del bienestar y sobrevivencia de la humanidad. La estructura global del poder triunfante sólo atiende en forma marginal, y muy secundaria, los problemas de la pobreza y la sobrevivencia, y nada o en forma mínima los de la explotación y el sistema ampliado de transferencias de países o poblaciones pobres a países o poblaciones ricas.

La conciencia mundial de la explotación de la naturaleza, y del peligro de ecocidio, no se vincula a la explotación de los hombres. Los problemas humanos de la desigualdad inhumana no se enfrentan como un problema que genera el poder global triunfante. En lo que menos se piensa es en la diferencia entre un poder o gobierno global y un poder o gobierno universal. Esa diferencia sin embargo es esencial. La característica de nuestro tiempo es que hay un poder global dominado por redes de decisión y ejecución que esencialmente giran en torno a la rentabilidad de las compañías transnacionales. No hay ni la sombra de un poder universal en que la humanidad ejerza algo parecido a un poder o gobierno en el que participe o tenga representantes.

Es más, existe una crisis histórica de todas las mediaciones que se han intentado para alcanzar un gobierno que represente los intereses universales. Las burguesías comerciantes e industriales mediaron el proyecto de libertad, igualdad y fraternidad de la revolución francesa; los partidos socialdemócratas se comprometieron con el capital monopólico y sus empresas coloniales y así mediaron el primer proyecto socialista; los gobiernos populistas mediaron los proyectos de liberación nacional y acabaron construyendo nuevos lazos de dependencia externa y de desigualdad interna; los partidos marxista-leninistas construyeron Estados en que el sector público

y las burocracias partidarias combinaron —a un extremo insospechado— un autoritarismo ideológico y una corrupción que los llevaron a una crisis de ineficacia, al colapso del sistema de propiedad pública y colectiva fundado en el autoritarismo y el totalitarismo, y a los prolegómenos de un capitalismo hoy primitivo y desestructurado, con mentalidades también deshechas. Eso por lo que respecta a las experiencias universalistas de mediaciones que surgieron en Occidente o en la Cuenca del Mediterráneo; las otras, se quedaron en las grandes religiones con su doble historia política de liberación y enajenación, y con parecidos fracasos en el proyecto universal o humanista.

La crisis reciente de las mediaciones socialdemócratas, tercermundistas y marxista-leninistas de un poder incontrastable a las estructuras de dominación transnacional y a un sistema global incapaz de renunciar a su esencia misma, y a su identidad sistémica, que corresponde a la maximización de utilidades. Que el nuevo tipo de poder global haga nuevas concesiones como las que hizo el capital monopólico a la socialdemocracia de fines del siglo XIX o a los países en proceso de descolonización durante la segunda posguerra; y que acometa importantes reestructuraciones reorientadas al interés general y la sobrevivencia, es una posibilidad que no podemos descartar, pero de la que no conocemos sus probabilidades por pequeñas que sean, ni podemos afirmar nada más o menos seguro. Las turbulencias y situaciones caóticas en que muy probablemente vamos a entrar de un modo cada vez más agudo, tienen un desenlace en el que hemos puesto muy poca atención. En el nivel actual de las ciencias hay un conocimiento bastante exacto de evoluciones probables en materia de población, de recursos como el ozono, el aire, los suelos, el agua, la energía. Se sabe con una alta probabilidad cómo resolver los problemas que afectan a la sobrevivencia del hombre con una política de redistribución más equitativa de la riqueza, y de explotación menos irracional de los recursos. Pero ambos objetivos contrarían la maximización de utilidades del sistema global; lo contrarían desde sus más poderosas unidades hasta las más pequeñas. Aplicar esas medidas como política mundial afectaría directa e inmediatamente los intereses superiores del sistema, como conjunto y en las partes que lo constituyen. El sistema global sólo aplica en forma marginal y parcial algunas medidas que pueden contribuir a la sobrevivencia. No aplica ninguna de las que están relacionadas con la distribución más justa de la riqueza y el excedente mundial y

con la explotación menos irracional de los hombres y de los recursos naturales. En todos los puntos de la red global y en todos sus tiempos de acción los intereses particulares dominantes presionan funcionalmente contra las medidas que harían realidad una política mundial de sobrevivencia.

El fin de la guerra fría no ha acabado con el peligro nuclear. Desde 1990, con la desintegración de la URSS y la proliferación de mandos militares en sus antiguas repúblicas, se agudizó un peligro de difusión de tecnologías nucleares que ya se había advertido en países como Israel, África del Sur, Irak o Corea del Norte, entre otros. Pero ese peligro deja un margen para que el amenazado destruya a quien lo amenaza. Lo que ya no existe es aquel conocimiento preciso a que llegaron los científicos soviéticos y occidentales de que la destrucción mutua estaba cien por ciento asegurada. Unos y otros calcularon con rigurosa exactitud que la guerra nuclear entre la URSS y Occidente amenazaba a toda la humanidad, incluidos los beligerantes. Hasta calcularon con cierta precisión que un conflicto limitado podría acabar en dos días con 200 millones de europeos, con 140 millones de norteamericanos y con 130 millones de soviéticos más la locura se llamó en inglés a la estrategia nuclear “destrucción mutua asegurada”. Esta amenazaba a toda la humanidad, y con ella al “capitalismo”, al “Norte”, a la “globalidad transnacional”, a todos (véase Harwell, 1985). En la actual situación el peligro de la guerra absoluta parece haber desaparecido; no así el de la destrucción del ecosistema.

La argumentación científica con los métodos más sofisticados hace ver que los peligros de ecocidio son muy grandes, si no se resuelve el problema de la pobreza y de la extrema pobreza que afecta a las cuatro quintas partes de la humanidad, y si no se implanta un modelo de consumo y distribución menos irracional e injusto a nivel mundial y en el interior de las naciones; esa argumentación no lleva a la lógica de la Destrucción Mutua Asegurada. Por irracionales e injustas que sean, hay otras lógicas que ya se exploran, desde las que buscan hacer concesiones marginales, que preserven parte de la ecología o alivien ocasionalmente la extrema pobreza con ayudas “humanitarias”, hasta proyectos que no sólo defienden un sistema mundial de explotación y exclusión de la inmensa mayoría de la humanidad, sino que alientan la idea de eliminar a una parte de la misma. Dentro de las alternativas cosificadas —racistas, fascistas o neoconservadoras— se exploran

escenarios que sin tocar para nada al sistema de explotación, buscan añadir a la exclusión y miseria existentes políticas de eliminación física de los excluidos y explotados.

En las versiones “humanitarias” de este razonamiento se diseñan las políticas de intervención militar con donativos de alimentos, medicinas, vestimentas. Las intervenciones y operaciones militares “humanitarias” se realizan por razones de gobernabilidad, de lucha contra el narcotráfico, o para defender la seguridad de los países del Norte. El resultado del múltiple razonamiento es que dejando igual al sistema global de maximización de utilidades, se exploran las variables militares, humanitarias, políticas, y se aleja cualquier pensamiento relacionado con la “destrucción mutua asegurada”. Estratégicamente se piensa que ni el Norte puede ser destruido, ni pueden serlo sus soldados, diplomáticos y gerentes en el Sur, salvo en números muy pequeños que corresponden a gajes del oficio. En todo caso se toma como un dogma científico que la red global de transnacionales puede seguir dominando el mundo en un futuro histórico muy largo y sin cambios significativos.

La guerra contra el Sur es lo contrario de la locura “bipolar” ya superada: las doctrinas y estrategias sobre la misma aseguran la destrucción de un solo enemigo, el enemigo del Sur. Cuando fallan las estrategias de la “guerra interna” mejoradas con las de “la guerra de baja intensidad” se aplica la nueva estrategia llamada “doctrina Rogers”, o de “la batalla Aire-Tierra”. Con aviones “inteligentes”, invisibles, de increíble rapidez y precisión se bombardea a las poblaciones de panameños, palestinos e iraquíes “tontos” que no pueden ver ni contestar, y a los que se observa o sigue con aparatos que miran detrás de las paredes y a través de los techos. La guerra es notablemente eficaz para controlar a las fuerzas del Sur y a las poblaciones pobres que pueden apoyarlas; para eliminar a aquéllas y aterrorizar a éstas hasta que se rindan, o incluso después de que se rindan —cuando sea necesario. La acción alcanza una gran rapidez y busca apoyos inmediatos entre las clases dominantes del Sur y en las Naciones Unidas. Estas últimas se convierten en el Instituto Armado de la “guerra justa”, esto es, organizan ejércitos de ocupación legitimados por todos los países del Norte y del Sur.

Demostrar que la “guerra de baja intensidad” —con doctrinas antiguas y modernas que se complementan frecuentemente— amenaza con mantener

el *statu quo* global y por su intermedio el peligro de ecocidio corresponde a una abstracción científica que pocos aceptan y que está muy lejos de emplear esa “lógica de destrucción mutua”, que para impedir la eliminación de ambas partes busca acuerdos en medio de las amenazas, como ocurrió entre Occidente y la URSS.

Es más, en las actuales condiciones y con la tradición colonialista del Occidente, ya se ve aparecer el peligro de una alternativa inhumana: si la amenaza de ecocidio proviene de los pobres se piensa en eliminar a los pobres, pero no acabando con su pobreza sino acabando con ellos.

El conflicto hombre/naturaleza —escribe Guy Béney— que nunca emana del ecologismo global podría suscitar en la opinión occidental un utilitarismo perjudicial, una alternativa Sur/Naturaleza: o bien respetar la libertad de todos los seres humanos (estamos pensando en la demografía galopante de las masas urbanas del Tercer y el Cuarto Mundo), o bien preservar el sentido geobiológico de la Historia (la Geopoiesis que proseguiría con el desarrollo tecnocientífico del Norte: es preciso elegir” (véase Béney, 1991).

La elección necesaria es “inquietante” según Béney, quien ve que ésta se asoma en lógica Gaia de J. Lovelock, L. Margulis, Dorian Sagan, Peter Russel, Ilya Prigogine ... Salvar al planeta es salvar al Norte eliminando al Sur.

La lógica de las exclusiones como un fenómeno de exclusiones naturales, se convierte en una lógica de “exclusiones físicas” o de “eliminaciones naturales” de las “poblaciones más desprotegidas”, muchas de las cuales hoy tienen “recursos naturales” codiciados por las grandes potencias, como ha mostrado Bernard Founou, por lo que se refiere a África.

No existe el proyecto de eliminar a las tres cuartas o cuatro quintas partes de la humanidad. Pero “corrientes sociales como la “geocracia”, las empresas transnacionales [sic], los movimientos neopaganos de “La Nueva Era” merecen ser vigilados con atención”, según el propio Béney (Béney 1991: 83-84). A ellos habría que añadir la sociobiología de la extrema derecha, el racismo creciente que se desarrolla sobre todo en Europa Occidental, y la investigación, que desde posiciones neoliberales estudia los intereses individuales en los hormigueros y las hordas de chimpancés (Veuillé, 1986; Byrne, 1988).

Tener presentes las amenazas futuras para vigiladas y controlarlas es fundamental cuando éstas implican la locura de eliminar a una parte de la humanidad. El control será tanto más eficaz cuanto mayor y más precisa sea la vigilancia y la fuerza que lo respalda. Pero la eficacia también dependerá de una política que se plantee los problemas nacionales e internacionales desde un punto de vista global y con valores universales que controlen los intereses particularistas más destructivos y amenazadores como el etnicismo excluyente que hoy prolifera, o el globalismo que domina y explota las riquezas del planeta y a las cuatro quintas partes de la humanidad, amenazando con pasar de sus políticas de exclusión a las de eliminación. Para enfrentar tan serio problema es necesario asumir como propia la perspectiva del Sur del Mundo por lo menos en dos sentidos, el heurístico y el político.

Las víctimas principales de la explotación son los trabajadores y los pueblos del Sur, o del ex tercer mundo. Ellos son los más amenazados de exclusión y eliminación. Es más, desde ahora son los que más gravemente padecen los problemas de represión y los problemas de explotación, de exclusión y de eliminación. Las evidencias empíricas al respecto son muy amplias. Plantear la problemática de las ciencias sociales a partir de esa población, para solucionar sus problemas es esencial en cualquier perspectiva del “bien común”, del “interés general” o de los “valores universales” de la Edad Moderna relacionados con la igualdad, la libertad y la fraternidad. La renuncia a esos valores u objetivos en pensamientos posmodernistas o neorracistas —por distintos que sean— restringiría la heurística de las ciencias sociales a las poblaciones dominantes. A lo sumo incluiría a quienes desde la perspectiva dominante actual participan de una solidaridad “humanitaria” hacia los “pobres”.

En todo caso, tras las crisis de las mediaciones anteriores, la necesidad de considerar las perspectivas de quienes miran el problema desde arriba y de quienes lo ven desde abajo; de quienes lo enfocan en el terreno de las políticas sociales y de quienes lo ven como parte de una lucha política y revolucionaria, nos lleva en primer lugar a preguntarnos si ya no queda nada de las luchas de clases contra la explotación salarial y de las luchas de naciones contra la explotación tributaria. A esa pregunta, tenemos que añadir otras que nos permitan saber qué queda de las clases y los Estados nación, cómo se desintegran e integran unos y otros y qué implicaciones tiene su evidente

recomposición para una política de las mayorías en una estructura global dominante como la actual. Esa estructura global no sólo es económica, sino social, cultural y política; no sólo descansa en el poder de las transnacionales sino en el de los Estados centrales que asocian a los periféricos. Ese poder no sólo tiene mallas transnacionales de empresas. Articula ejércitos, políticas y “medios”. No sólo es transnacional. También es internacional, con organismos bilaterales y multilaterales. No nada más es internacional. Opera a nivel intranacional, interno. Es más, altera profundamente las fronteras de lo internacional y lo interno. Las refuncionaliza en grandes bloques de Estados multinacionales dominantes, con enclaves, santuarios, clubes, dentro de cada Estado nación y en las propias clases y estratos. El conocimiento de la existencia y de la lógica de esos enclaves, santuarios y clubs es fundamental para proyectar las luchas de hoy por el poder, contra la explotación y la exclusión, contra la represión y eliminación, por la igualdad, la libertad y la fraternidad limitadas o “utópicas”.

En todo caso, al mismo tiempo que se da la integración de grandes bloques dominantes, y la desintegración de otros como el exsoviético, al mismo tiempo que el Estado nación, las clases, los estratos, las etnias y sus relaciones o las de los individuos y ciudadanos se recomponen y desintegran dentro del proceso globalizador, parece ser que la alternativa emergente y la organización de respuestas al subsistema dominante se dan en las propias estructuras distorsionadas, desfiguradas o limitadas de los Estados nación, en las clases, en las etnias, los individuos y ciudadanos.

Si como afirma Paulo Freire la comprensión y construcción del mundo tiene que partir del cuerpo de los propios excluidos y explotados, de su hambre, de sus enfermedades —sin médico ni medicina—, de su ignorancia sin escuelas para sus hijos, y de su deseo de vivir sin olor a miasmas, o con casa, o con agua corriente, o con aire respirable; o si como señala Kiva Maidánik refiriéndose al mundo político, moral e intelectualmente destrozado de la ex URSS, el inicio de una nueva historia provendrá “del movimiento social que será el punto de partida [...] contra la explotación estatal y privada”, y esa lucha adquirirá allí, y en otras partes, una expresión política, de “defensa de la democracia”, de los derechos humanos, con un programa de acción en que las masas puedan decidir; si las clases trabajadoras volverán a jugar papeles decisivos en la historia futura como señala Ralph Miliband;

y de los movimientos étnicos surgirán nuevos planteamientos humanistas, con valores universales como ocurre en Guatemala o Ecuador, y en muchos otros movimientos étnicos de África y Asia; si el universo de los pequeños proyectos universales surge inmenso —con caídas y retrocesos— en todos los puntos de la tierra, en busca de una democracia “que no. se reduzca al contenido de las clases propietarias”, en que las “fuerzas democráticas” de la sociedad controlen a caciques, caudillos, mafias y burguesías con una “organización democrática dentro de cada etnia, nacionalidad, religión”, y el universalismo o el humanismo emergente ya comienza entre los grupos y organizaciones de “los condenados de tierra”; si todo eso ocurre, como es posible, entonces es probable que venga una eclosión general en el conjunto del globo político, que haga de la democracia universal una alternativa humanista impuesta por la humanidad en un juego de mediaciones, representaciones y participaciones del que tenemos una inmensa ignorancia y que no corresponde ni a los conceptos anteriores de evolución, ni a los de revolución. Para abordarla pensamos que es necesario partir de una política que simultáneamente sea minimalista y maximalista, que en cada caso, en el Estado nación, en las organizaciones obreras, en los movimientos sociales urbanos, en las etnias, en los partidos y sistemas políticos plantee a la vez luchas por objetivos inmediatos que permitan resolver algunos problemas y acumular fuerzas, y metas cada vez más profundas en el proceso mismo de construir la democracia universal como forma de lucha por los derechos del hombre, de los trabajadores, los pueblos y los individuos. Tan basta tarea parece apuntar desde ahora a la necesidad de partir de los movimientos sociales y de los sistemas políticos que surgen de ellos o se articulan con ellos. Los fenómenos de una democracia emergente combinan o complementan la democracia electoral y el movimiento social, los reordenan con las demás luchas a niveles internacionales, internacionales y transnacionales.

En el proyecto universal contará de manera significativa la memoria histórica de las masas y de sus teorías y triunfos parciales. Esa memoria no podrá olvidar las mediaciones políticas vividas; sus fracasos y éxitos, ni podrá olvidar la historia de las luchas políticas y sociales como mediaciones necesarias de una nueva creación histórica.

LA EVOLUCIÓN DE LOS SISTEMAS POLÍTICOS Y LA DEMOCRACIA EMERGENTE

Al considerar los sistemas políticos del tercer mundo en forma retrospectiva se pueden distinguir varios tipos principales:

1. Las democracias oligárquicas limitadas, con pequeños grupos dirigentes organizados bajo un sistema de relaciones personales. Ese tipo de democracias predominó sobre todo en el siglo XIX. Se atenían a principios jurídicos muy conservadores. Frecuentemente entraban en crisis y eran substituidos por los caudillos y dictadores clásicos.
2. Las democracias y elecciones bajo regímenes de ocupación neocolonial, que subsisten hasta hoy con las más variadas formas de democratización limitada y simulada. Se dan sobre todo vinculadas al desarrollo de los enclaves y las plantaciones del capital monopólico.
3. Los sistemas que ayudan a las dictaduras a practicar la democracia en el orden de los ritos y a representarla como teatro político. Parecidos a los regímenes de ocupación neocolonial estos sistemas mediatizan la dependencia a través de las oligarquías locales que se van integrando y asociando poco a poco a las estructuras transnacionales.
4. Los sistemas democráticos que combinan diferentes formas del poder oligárquico tradicional con expresiones más burguesas e institucionales, fenómeno que ocurre sobre todo en las grandes ciudades o en los países más urbanizados del tercer mundo.
5. Los sistemas democráticos que inician políticas socialdemócratas con participación de las clases medias y de los obreros organizados. En ellos se practica un proceso de mediatización del sindicalismo obrero independiente que se complementa con la integración de una parte de los trabajadores manuales y una parte de las clases medias y los trabajadores de “cuello blanco”.
6. Los sistemas populistas, que expresan a diferentes coaliciones políticas y sociales de obreros industriales organizados, clases medias, burguesías nativas, campesinos, todo bajo la conducción de caudillos y jefes de Estado que abogan por una política nacionalista y por una política social, mientras desempeñan el papel de mediadores y árbi-

tros en los conflictos de grupos, etnias y clases, y establecen sistemas combinados de jefes, bandas, compadrazgos, clientelas y líderes corporativos, mediante los cuales organizan la participación negociada del movimiento trabajador, de las masas urbanas y la “ciudadanía”, del campesinado y de las etnias. Se trata de movimientos que en sus inicios tienen un peso popular muy importante, el cual se pierde con los procesos de movilidad social ascendente de jefes y clientelas: el enriquecimiento de unos y los mejores niveles de vida de otras derivan en formas de acumulación y estratificación que a la postre los enfrentan a las grandes masas marginadas, y a contingentes de obreros, campesinos y clases medias relativamente “marginados” o “excluidos”. Las élites dirigentes populistas y de origen popular, y buena parte de sus clientelas recomponen sus alianzas con las burguesías más antiguas, algunas de origen oligárquico, y con el capital transnacional, al que se asocian o al que apoyan desde posiciones de relativa inferioridad.

7. Los sistemas “antipolíticos” de los dictadores y de las “juntas” postpopulistas y postdemocráticas, que utilizan los argumentos de la “Seguridad nacional” y del “conocimiento tecnocrático” para establecer regímenes autoritarios basados en un terrorismo de Estado de bases experimentales. A estos dictadores se les conoce como “fascistas” y “neofascistas” en la medida que ponen fin a las anteriores conquistas democráticas o institucionales de sus pueblos, bajo la hegemonía del capital transnacional y de las fuerzas oligárquicas y empresariales asociadas. Algunos autores no aceptan considerarlos “fascistas” en vista de que son incapaces de implantar el tipo de política de masas que caracterizó al fascismo europeo: carecen de mitos milenarios y del excedente mínimo que podría apoyarlos. Otros, como Samuel Huntington y Jean Kirkpatrick prefieren llamarlos “autoritarios” en oposición a los “totalitarios” a quienes en general identifican con los dictadores comunistas. En todo caso los sistemas que implantan parecen ser el equivalente de un “fascismo de la dependencia” y corresponder a un “Estado militarista”, o a un “autoritarismo burocrático”, que es preciso auxiliar en el proceso de transnacionalización. Al desprecio por “la política” que muestran, y a la persecución de “los

políticos” que practican, añaden la destrucción, persecución o acoso de las organizaciones partidarias, sindicales y populares. Muchos de ellos —como Augusto Pinochet— son pioneros en la imposición de las políticas neoliberales y de ajuste.

En algunos casos, ante las presiones nacionales e internacionales, populares e incluso empresariales, o por instrucciones del propio centro de poder transnacional, los regímenes “neofascistas” o “burocrático autoritarios” reinstalan sistemas de democracia simulada y limitada. Se trata de sistemas políticos que forman parte de la “guerra interna” o de posiciones tácticas que se inscriben en la “guerra de baja intensidad”: la lucha “democrática” se promueve y organiza como parte de la guerra, con técnicas militares de control no sólo en las funciones básicas del ejército sino en las “aparentemente” civiles. Se trata de sistemas tecnocráticos y militarizados de democracia-simulacro.

Cuando el terrorismo de Estado —abierto o encubierto— de los regímenes autoritarios es incapaz de controlar las presiones populares y nacionales surgen ocasionalmente, y a veces en formas simultáneas, sistemas políticos de restauración democrática, en que se deja el gobierno, o parte del gobierno, a la responsabilidad de los civiles, con variantes en cuanto a la tutoría política de los militares, y sin ningún cambio en la hegemonía militar ni en la del capital monopólico y transnacional. En ellos la reconversión democrática no cambia la política monetarista privatizadora, desnacionalizadora; no aumenta en forma persistente los gastos sociales del gobierno ni los salarios directos. Tampoco permite enjuiciar y reestructurar a las fuerzas policiales y armadas que dejaron amplias pruebas de haber violado los derechos humanos y sembrado el terror. A lo sumo escoge algunos “chivos expiatorios” a los que castiga lo menos posible. Pero sigue gobernando con la mayoría de los policías y militares del alto rango, a veces bajo el mando de sus antiguos jefes golpistas, como ocurre en Chile donde Pinochet sigue siendo durante años el supremo jefe de las fuerzas armadas.

La “reconversión democrática” no elimina “el miedo a que vuelva la dictadura”; antes al contrario, fomenta ese miedo como chantaje

permanente de intimidación y conformismo. En tales condiciones, la política formal y sus prácticas muestran limitaciones democráticas, económicas, sociales, psicológicas, que lejos de asegurar un desarrollo creciente y más o menos estable, sirven para seguir aplicando las políticas del FMI y del Banco Mundial mientras canalizan las cóleras contra el antiguo régimen y atizan el miedo de que regrese con su secuela de terror. Algunos teóricos como Huntington convalidan ese temor —o la invitación al autoritarismo— con teorías deterministas acerca de unos supuestos ciclos necesarios que alternan autoritarismo y democracia de una manera más o menos funcional con el desarrollo (Huntington, 1993).

La política informal tiende, por su parte, a extenderse en muchos países. Frecuentemente queda recluida en los “movimientos sociales”. Buen número de ciudadanos han aprendido lo que es perder derechos individuales y sociales anteriores y luchar —bajo el terror— por la vuelta a la democracia. Su cultura informal es superior a la del pasado: su organización y sus luchas no los llevan necesariamente a vincularse a los partidos políticos, sobre todo interesados en las elecciones. Guardan con ellos una distancia que es producto de su debilidad, o de su deseo de autonomía, o de no ser meros instrumentos de contiendas electorales que les resultan poco atractivas o peligrosas; en ocasiones convierten en ruda ideología la separación partido-movimiento, sin aclarar de qué partido y movimiento hablan.

9. Existen también sistemas políticos con amplias bases de participación popular, en que la articulación del pueblo al gobierno y al Estado es tan significativa como la elección y el control popular de los representantes. Este tipo de democracia se da a menudo con un partido único, que se organiza y que organiza al Estado bajo la modalidad del “socialismo real” conocida como el “centralismo democrático”. Combina la elección de los dirigentes del partido y el Estado con las elecciones en los centros de producción y trabajo y en los barrios y localidades, aquéllos en forma de sindicatos, empresas, oficinas, y estos en distintas organizaciones de vecinos. El sistema político de representantes removibles opera dentro de un sistema social en el que el capital monopólico pierde injerencia, en que desaparece con-

siderablemente o del todo el poder de la gran burguesía empresarial y financiera, y se rompen las principales “conexiones” con la misma. El grueso de la acumulación tiene fines sociales y nacionales, y obedece a la lógica interna que imponen las mayorías para su desarrollo. Suele combinarse con profundas herencias de una cultura autoritaria que se inserta en la necesaria disciplina de las organizaciones del pueblo. A la cultura autoritaria heredada se añaden otros fenómenos de autoritarismo cultural, particularmente los que erigieron el marxismo-leninismo en una forma científica y oficial de pensar, definida en su “ortodoxia” por los jefes revolucionarios y los aparatos burocráticos. En sus formas incipientes este tipo de democracias, seriamente afectadas por las culturas autoritarias, corresponde a regímenes “de orientación socialista” como el de Angola o Mozambique. En sus formas más avanzadas corresponde a regímenes socialistas como el de Cuba. Después del colapso del bloque soviético estos sistemas políticos también han entrado en una grave crisis, que abarca a la sociedad, al Estado y al marxismo-leninismo. En medio de ella, Cuba ha dado pasos notables para combinar la democratización del sistema político y representativo con la democratización del Estado y la participación ampliada en las discusiones políticas, dentro de una transición a la “economía mixta” que sea “gobernable”. El proyecto parece insertarse cada vez más en el proceso global de transición al capitalismo, cuyo cerco y bloqueo se combina *nolens volens* con la expansión de relaciones mercantiles de los centros más activos de la economía. En el terreno del lenguaje y la conceptualización. Cuba muestra graves rigideces que algunos procuran vencer mediante el regreso a la lógica martiana y su lenguaje, frente a la marxista-leninista y el suyo.

10. En materia de sistemas políticos, las experiencias más recientes tienden a dar una importancia cada vez mayor al pluralismo político e ideológico de las organizaciones populares y las instituciones del Estado. Con una estrecha articulación del pueblo y el gobierno e incluso del pueblo y el Estado, y con un papel significativo en la elección de representantes y partidos, surgen sistemas de pluralismo político y partidario. Los sistemas políticos operan dentro de una economía

mixta en que el capital monopolico deja —durante un tiempo— de ser hegemónico. La lucha de partidos se realiza bajo la hegemonía de un amplio movimiento popular que ha tomado el poder del Estado por la vía armada. A la lucha electoral por la designación de representantes a la presidencia y al congreso se añaden las luchas internas por la elección de representantes en el frente, en los centros de producción y trabajo, y en los pueblos y barrios. El ejemplo de Nicaragua parece haber sido el más avanzado. Sujeto a presiones económicas, políticas y militares apoyadas por los países limítrofes, y encabezadas por Estados Unidos y las fuerzas nicaragüenses contrarrevolucionarias, el gobierno sandinista reconoció el triunfo de sus enemigos en las elecciones. Mantuvo el mando del ejército e inició una etapa de reajuste en que nada parece seguro, sino el hecho de que una parte importante del pueblo se ha politizado a un grado que no tiene precedente. El mismo fenómeno se da en otros países que tuvieron gobiernos populares de “orientación socialista” con partido único o con apuntes de pluripartidismo político: en todos ellos parece haber aumentado mucho el nivel de conciencia política, y en ninguno se regresó a la situación anterior. Si las transnacionales vuelven a ser hegemónicas, en países como Nicaragua lo serán con un pueblo mucho más organizado y politizado que el de la época de Somoza. Las mediaciones políticas ocupan un espacio mucho mayor del que ocupaban antes del triunfo de la revolución sandinista. Algo parecido ocurre en los países de África y Asia donde los gobiernos de hegemonía popular o los movimientos insurreccionales de masas han sido derrotados.

Los sistemas en que prevaleció la lógica (o el poder) de las mayorías revelan ser parte de una revolución democrática en los hechos y las formas que subsiste tras el colapso de los, proyectos populistas y socialistas, y el triunfo del neoliberalismo. En unos sistemas se puso más el acento en la liberación nacional y la revolución socialista, en otros, en la liberación nacional y la revolución democrática. Ambos parecen hoy corresponder a los prolegómenos de una “revolución democrática” que es distinta en sus instituciones de lucha partidaria y en su pluralismo político, así como en el peso que la clase

obrero alcanza dentro del conjunto del pueblo trabajador que hegemoniza el poder.

Los proyectos anteriores planteaban el problema del sistema político como dependiente del poder del Estado, unos fundamentalmente atentos a impedir la penetración hegemónica e intervencionista de las grandes potencias; otros receptivos a la necesidad de librar la lucha nacional en medio de un pluralismo ideológico, religioso y partidario que no acarree las graves contradicciones del monopartidismo. Como sistemas políticos y como Estados, sus integrantes vivieron o viven —como Cuba— la amenaza permanente de la desestabilización, del golpe de Estado, de la guerra interna, y de las intervenciones extranjeras. Amenazados y cercados, sus voceros políticos e ideológicos y los pueblos mismos destacaron de una manera lógica la necesidad de que las escisiones y diferencias internas no fueran aprovechadas por el capital transnacional y sus asociados, ni por las potencias neocoloniales, sus agentes y mercenarios para restaurar el antiguo régimen. Como sistemas políticos de países asediados buscaron —o aún buscan como Cuba— que, en todo caso, en la guerra interna e internacional que se libra en su contra las fuerzas contrarrevolucionarias se quedan sin el pueblo mientras sus defensores cuentan con el máximo apoyo del pueblo. La participación y articulación de pueblo, gobierno y Estado pareció imprescindible para alcanzar el triunfo, pero en pocos casos logró —como en Cuba— imponer un sistema de mediaciones realmente eficaces en la representación y la participación. Si muchas de esas experiencias siguen siendo valiosas para las nuevas luchas de las mayorías, sin duda una de las más importantes está relacionada con la mediación democrática. El fracaso de los mediadores —desde las grandes religiones del pasado hasta los movimientos liberadores más recientes— plantea como prioritaria la necesidad de construir al mediador de los sistemas políticos y de los sistemas de poder alternativos como un inmenso mediador democrático.

El Estado-pueblo se enfrenta al poderío económico, ideológico y militar, neocolonial y transnacional de Estados Unidos y del sistema global dominante. Ese sistema posee una inmensa y tenaz agresividad y muestra una preocupante incapacidad para negociar bajo nuevos términos. Sostiene con obcecación inalterable la disimetría colonial global en el trato económico, político o social. La diferencia entre el colonialismo clásico y el neocolonia-

lismo, de un lado, y el colonialismo global de otro, es que en éste los nativos asociados son mejor recibidos que en el neocolonialismo y mucho mejor tratados que en el colonialismo clásico. Muchos de ellos son verdaderos socios del colonialismo global. A este respecto los nuevos Estados y fuerzas populares practican y defienden un tipo de negociación que logra éxitos muy precarios. Su política de negociar en todos los campos salvo en aquéllos que mermen las bases morales, diplomáticas, sociales, políticas, y militares del poder popular, nacional, encuentra la máxima oposición. Es una política muy difícil de consolidar. Nicaragua —cedió poco antes de caer—; Cuba está cediendo sobre todo en la economía mixta, mientras procura democratizar cada vez más la participación y representación en el gobierno y, también, en el poder del Estado. Sus esfuerzos para terminar con el bloqueo de Estados Unidos y sus intentos por una inserción sin reconquista en el mundo dominado por el capitalismo no encuentran sin embargo suficiente respaldo en las fuerzas políticas y económicas norteamericanas y mundiales. Es más, los intentos de negociación con preservación y acumulación de fuerzas siguen siendo quebrantados en la propia Nicaragua postsandinista. Algo semejante ocurre en Angola y en Vietnam, donde las concesiones de las fuerzas revolucionarias son siempre consideradas insuficientes. Se diría así que el colonialismo global contraataca hasta el fin los intentos de liberación tanto, cuando ésta se radicaliza, como cuando negocia sin trazar.

De hecho, tras la nueva filosofía de la negociación y la democracia se encuentra la preocupación de no reconstruir el neocolonialismo ni las bases de un nuevo Estado de las minorías. A partir de esa preocupación los gobiernos que surgieron de revoluciones armadas triunfantes enfrentaron el asedio neocolonial. En el proceso se vieron impelidos a radicalizar sus objetivos en relación a la estructura social y al sistema social mismo, y a militarizar los proyectos populares y socialistas, todo ello a fin de mantener y aumentar el poder popular y social que habían conquistado mediante la guerra revolucionaria. En ese sentido las revoluciones políticas y sociales del tercer mundo inauguraron un nuevo tipo de regímenes políticos que reestructuraron profundamente las bases y las instituciones del Estado. Las formas democráticas que implantaron fueron, sin embargo, insuficientes; en parte por la poca atención que se puso en la democratización de la sociedad, por el triunfo continuado de las corrientes autoritarias, en cada proce-

so revolucionario y en parte por la forma en que se impuso la disciplina al pensamiento y a la acción.

Las formas en que cambiaron las reglas de la política y del gobierno estuvieron estrechamente ligadas a una transición política y social en que a partir del poder popular armado se buscaron diferentes etapas de descolonización, de economía mixta y socializada con un papel creciente del pueblo trabajador no sólo en el terreno nacional sino en el internacional. Pero ese proyecto, se vino abajo por sus contradicciones internas e internacionales, en particular por el autoritarismo de los mediadores —líderes, vanguardias, gobiernos y gerentes.

Hoy tras el colapso del populismo, del “socialismo real” y de los regímenes de “orientación socialista” pareceríamos haber regresado a un mundo en el que sólo se dan las opciones decimonónicas, reducidas a democracias limitadas e inestables, oligárquicas y transnacionales, y a otras que caen en el orden del teatro político de las “burocracias autoritarias” que hoy manejan la lógica de la “seguridad nacional”.

Se diría así que los proyectos de democracia emergente surgidos de las guerras de liberación postpopulistas —como Cuba— o postestalinistas —como Nicaragua— han pasado a la historia, dejando un vacío difícil de llenar y de sustituir por un nuevo proyecto democrático que enfrente, desde la perspectiva del Sur, la globalización del colonialismo, de la economía y del poder. En todo caso, si ese vacío no existe, es porque el proyecto alternativo actual da mucha más importancia que cualquier otro a la democracia con participación y representación de los pueblos. Al hacerlo tiene una cierta conciencia de que la democracia alternativa, emergente, plantea los problemas y el poder de las mayorías de la humanidad, es decir, un proyecto difícil de aprehender y de precisar. Para lograrlo parece insuficiente pensar en la democracia en un solo país, o en la democracia postcolonial apoyada en la fuerza de un Estado nación. Parece indispensable pensar que la lucha por la democracia, en última instancia y, desde ahora, es una lucha contra la democracia global con colonias y dependencias y por una democracia universal con autonomías de una humanidad soberana.

LA DEMOCRACIA CAPITALISTA Y EL COLONIALISMO GLOBAL

La transición a la democracia en el Sur Mundo se hace cuando los pueblos han conocido los éxitos y limitaciones del populismo, la socialdemocracia en los países pobres, y el socialismo autoritario con distintos tipos de autoritarismo, algunos elegidos por las propias bases y sus vanguardias. También se hace cuando el fracaso social y económico del neoliberalismo y las “democracias limitadas” coincide con el triunfo del capitalismo transnacional en todos los órdenes —ideológico, político, militar, económico— y en todo el mundo.

A fines del siglo xx, la transición a la democracia se hace con una larga historia de sistemas políticos anteriores y de experiencias recientes o actuales, unas de terrorismo de Estado, torturas y desapariciones y otras de salidas democráticas, populares y nacionales alentadoras. Las clases medias, en particular los estudiantes y los dirigentes de masas, no pueden menos que reparar en las limitaciones de la democracia neoconservadora, que lucha contra los aspectos positivos del populismo, la socialdemocracia, la democracia revolucionaria y el socialismo. En su mayoría no pretenden regresar al pasado y critican a quienes lo hacen. No quieren tampoco tomar como modelos a imitar las revoluciones anteriores. Decían bien los nicaragüenses que no se trataba de hacer otra Cuba, sino otra Nicaragua, como observó Eduardo Galeano en una conversación sobre el Che con el comandante Tomás Borge. Quieren en El Salvador hacer otro Salvador, en Namibia hacer otra Namibia, y así en Palestina o en la República Saharaui, o en Kampuchea o en las Filipinas, otro tercer mundo, y otra democracia que sea a la vez formal y popular, multinacional y latinoamericana, multinacional y arábiga, multinacional e indochina o filipina. El Estado —decadente o emergente— se enfrenta en ese sentido a un problema que antes no existía: los movimientos populares del tercer mundo quieren una democracia con poder. Al menos esa es su tendencia.

El proyecto de las clases dominantes es la democratización transnacional la cual está hecha contra la democracia revolucionaria que implicó e implica un poder de la mayoría para decidir en lo económico y no sólo en lo político. La democracia transnacional también está hecha contra la social-

democracia, el populismo, y el socialismo real, o lo que de ellos queda, y a los que impone políticas de ajuste que los limitan y hasta destruyen.

El proyecto transnacionalizador de democracia limitada pretende reducir la democracia al liberalismo. No sólo lucha contra el socialismo, ni sólo contra las políticas socialdemócratas tachadas de populistas y estatistas (el Mal). Con el liberalismo, disfrazado de democracia, lucha contra el gobierno de las mayorías. Una interpretación particularmente conservadora, le permite reducir e incluso anular los derechos y prestaciones de “las mayorías”.

Si la política neoliberal no puede destruir estructuras asistenciales y de *Welfare State* que jamás existieron en países donde los movimientos socialdemócratas y populistas nunca lograron imponerse —como Haití, el Congo o Malasia—, se ensaña todavía más con esos pueblos, los empobrece haciéndolos bajar un escalón más en el imperio mundial; los lleva al “cuarto mundo”. Y si en ellos, los movimientos políticos no tienen más alternativa que conformarse con el vasallaje o rebelarse, en ellos la clase dominante despliega todas sus armas de “guerra interna”, o de “baja intensidad”. La lucha de los pueblos pobres por la democracia se da así entre asedios y bloqueos de carácter parapolicial, policial, militar, psicológico, económico, cultural, ideológico, terrorista, y hasta con matanzas de masas cuando es necesario, y posible, ante una opinión pública metropolitana y mundial a la que se desinforma con argumentos humanitarios, de lucha contra delincuentes políticos, tiranuelos primitivos, narcotraficantes y terroristas.

Así las clases dominantes contraatacan los intentos de democracia con poder de las mayorías, e imponen una democracia controlable, instrumento que a ellos los legitime y a los demás, los desoriente. Como esa democracia puede salirse de control, las clases dominantes complementan su, proceso de democratización con la reestructuración del Estado para la lucha militar. Esa reestructuración se realiza a todos los niveles, desde los altos mandos hasta las “aldeas modelo” como en Vietnam o Guatemala, pasando por los “escuadrones de la muerte” de Brasil. El proyecto democrático transnacional combina sus formas electorales y parlamentarias con “el terrorismo de Estado”. Lo hace en forma pragmática y con la máxima moderación posible, o con la dureza necesaria. Usa, además, un juego molesto para los gobiernos asociados y los oficiales subalternos a quienes critica por autoritarios cada vez que las fuerzas dominantes metropolitanas lo exigen, o cada vez que

le conviene hacerlo por razones de “seguridad” o en defensa de sus intereses. En casos extremos monta acciones militares “abiertas” y “encubiertas” contra sus propios exaliados: el Sah de Irán, Sadam Hussein y Noriega son algunos de los casos más famosos.

La resistencia de la población a esas políticas ocurre en un campo informal, cada vez más rico en experiencias de las poblaciones urbanas y rurales y de las etnias: unas y otras aprenden a sobrevivir para luchar. Pero la sistematización de esas experiencias es relativamente pobre, como lo es la memoria colectiva y la difusión de las mismas en una cultura universal de la resistencia. Mientras tanto las clases dominantes combinan su trabajo teórico formal y académico con el de su práctica diaria y el de su cultura oral. Su memoria y su capacidad de innovación están mucho más vinculadas a la llamada cultura superior. Con ella organizan y reorganizan las bases del poder: sus alianzas y coaliciones.

Las alianzas y coaliciones de clases del bloque dominante de los países del tercer mundo varían a lo largo de la historia. De ellas destacan cuatro combinaciones: la alianza de la burguesía nativa o nacional y la metropolitana o imperial contra el pueblo trabajador; la alianza de la burguesía nativa o nacional (pública y privada, civil y militar, industrial, financiera, comercial, agraria) contra la burguesía imperial y contra el pueblo trabajador; la alianza de la burguesía nativa o nacional y el pueblo trabajador contra la burguesía imperial; (Petras, 1986: 57) la alianza del pueblo trabajador contra la burguesía nacional e imperial.

La primera combinación, en términos generales corresponde al Estado oligárquico-liberal hegemonizado por el imperialismo (1880-1930) y, mucho tiempo después, al Estado de “seguridad nacional” y neoliberal que se desarrolla sobre todo desde los sesenta; la segunda, corresponde a múltiples Estados y gobiernos nacionalistas y conservadores; la tercera a los Estados populistas y socialdemócratas; la cuarta a los Estados que surgen en el bloque marxista leninista desde 1917 y en el tercer mundo después de la Revolución cubana (1959), algunos de ellos conocidos como “socialistas” y otros como de “orientación socialista”. Estas tres últimas combinaciones —la segunda, la tercera y la cuarta— han tendido a ser derrotadas e integradas por el bloque imperial-nacional y más tarde por la estructura global transnacionalizadora. Al mismo tiempo los pueblos de los países donde es-

tos tres tipos de combinaciones llegaron a dominar continúan ejerciendo fuertes presiones que hacen ingobernables —o al menos inestables— los sistemas representativos, participativos, e incluso represivos, de la mayor parte de los países del tercer mundo. Se da así un movimiento histórico que en sus líneas más generales corresponde a la vez a un proceso de expansión imperial, de expansión de las formas democráticas de lucha y de crisis de la dependencia democrática gobernable. Tan contradictorio proceso da lugar a la más reciente ofensiva transnacional iniciada desde los sesenta. Sus éxitos, en el corto plazo, tienden a aumentar a un costo particularmente alto; el carácter precario y muy limitado de las democracias gobernables, anuncia o corresponde a su sustitución, en la mayor parte del espacio mundial, por regímenes abiertamente autoritarios y represivos, algunos de los cuales se apoyan en fundamentalismos religiosos y en xenofobias racistas para gobernar, mientras otros lo hacen en formas tradicionales y modernas de gobierno autoritario. Todos ellos representan alianzas de las clases dominantes nativas y metropolitanas o enfrentamientos de las nativas al poder global transnacional, en intentos más o menos; autárquicos de capitalismo y gobiernos primitivos. Muchos de estos últimos presentan resistencias muy parciales y provisionales: como Irán o Irak, Pakistán, Panamá, Argentina o Brasil.

La política de bloques de poder para una transnacionalización asociada empezó desde la segunda guerra mundial. Se formalizó con la creación de las Naciones Unidas y de una serie de organizaciones internacionales que son a la vez campos de lucha e instrumentos de mediación y cooptación. El proceso se dio siempre a nivel de las élites orgánicas de los imperios, en variadas combinaciones de política formal e informal.

Hoy día la fuerza del bloque hegemónico del capitalismo central es un hecho, no obstante, la debilidad que muestran los sistemas institucionales del centro y la periferia global, y los bloques asociados de cada país. Una de las fuentes principales de esa fuerza consiste en que la derrota y control o eliminación del populismo, la socialdemocracia, y el socialismo real permiten a la malla global dominante controlar en formas militares, políticas y económicas las resistencias y rebeliones. que se dan esporádicamente en tiempos y espacios aislados y en medio de una crisis de la organización in-

telectual, política, militar y económica a que llevaron las contradicciones internas de la socialdemocracia, del populismo y el socialismo real.

Lo más débil del sistema triunfante corresponde a sus sistemas políticos, en particular a los de carácter democrático. Los sistemas de democracia limitada median el verdadero poder de un sistema social articulado para defenderse también sin ellos. Los sistemas de democracia limitada son sistemas de democracia capitalista, en que lo sustantivo de la democracia es el capitalismo, y en que el capitalismo puede y quiere seguirlo siendo, aunque no sea democrático. El peligro o la amenaza al sistema social hacen que éste privilegie la lógica de la “seguridad” y de la “defensa de sus intereses”; lo hace con toda la fuerza y la convicción necesarias, con toda la voluntad, la moral, el conocimiento y la tecnología que lo caracterizan y de que dispone. Por lo demás, en sus momentos de máxima apertura y simpatía democrática para nada considera al sistema social como variable. El capitalismo es una constante en cualquier estudio científico de sus académicos. Es más, muchos hay que consideran que sin capitalismo es imposible la democracia. La democracia, para ellos, es un teorema en que el predicado es el capitalismo. El conjunto de sus estudios los lleva a restringir e incluso a eliminar los “sistemas democráticos” cuando la defensa de “la libre empresa” y “el mercado libre” así lo exigen. Todavía más, todos sus estudios de política económica, social, cultural, y de ciencia política y de la comunicación colocan en el orden de las “externalidades” la solución del problema social. Ninguno de ellos, ni en la voluntad o los sentimientos educados ni en las teorías, métodos y técnicas de investigación y análisis, coloca en el centro del pensar y el hacer la solución de los problemas sociales de la mayoría de la nación a la que pertenecen, menos aún del tercer mundo y la humanidad. Lo que sí hacen muchos de ellos es suponer que la malla de organizaciones globales destinadas a maximizar utilidades permite resolver los problemas de la humanidad con medidas adecuadas llamadas humanitarias; basadas en estudios científicos y teóricos. Otros, más pragmáticos, deliberadamente estudian modelos de conflicto y consenso destinados a optimizar las políticas de control del entorno por el sistema, o de los subsistemas jerárquicamente considerados, como aconseja el alto nivel de conocimiento sobre “sistemas complejos”. Otros más, trabajan directamente con modelos y escenarios de represión selectiva y generalizada que combinan con los de

concesiones selectivas. En todo caso el conjunto y la esencia del pensar y el hacer del sistema global transnacional y colonial en ningún planteamiento serio coloca el problema social en el centro de su heurística y de su conducta científico-tecnológica. Tampoco existe, en el inmenso cúmulo de conocimientos actuales, prueba alguna de que la democracia capitalista puede resolver los problemas sociales del hombre en el centro y la periferia coloniales, ni los de la sobrevivencia del capitalismo y de la humanidad. Por el contrario, el poderoso sistema, revela debilidades políticas y ecológicas que lo hacen particularmente vulnerable incluso en ese corto plazo que tanto amaba Lord Keynes.

La política de prebendas y canonjías focalizadas o la de la “economía informal” que buscan sustituir a la antigua política socialdemócrata y populista no han impedido la reducción de las bases del bloque dominante global y tienen efectos mucho más perentorios en la solución de los problemas de gobernabilidad y estabilidad. Son políticas que amenazan con entrar en crisis, con la de la deuda externa e interna y la del fisco, no sólo en los países periféricos sino en los centrales. Así, el último recurso social del poder del Estado transnacional —la política de inversiones focalizadas y de solidaridad selectiva— parecen moverse en una situación muy contradictoria y vulnerable, de donde deriva una posibilidad muy importante: si toda democracia es capitalista no todo capitalismo es democrático, y ahí donde sea necesario, o cada vez que sea necesario, el capitalismo empleará métodos de seguridad altamente represivos. Dentro de la lógica de la seguridad quien siga hablando de la democracia será visto como un necio o un ingenuo cuando no como un enemigo actual o potencial. El capitalismo será democrático cada vez que no vea amenazada su seguridad ni la del colonialismo que lo acompaña en toda la historia moderna.

El bloque dominante de los Siete y sus asociados globales dan por momentos la impresión de haber aumentado su poder con el control de los gobiernos y Estados mediante la deuda y las transnacionales, y de los pueblos, mediante los sistemas de democracia limitada, de cooptación y represión relativa, o de guerra limitada. En otros momentos, la impresión es distinta: ocupan un primer plano las contradicciones y los crecientes desequilibrios que hacen altamente vulnerable al sistema. Dentro de esas contradicciones destacan la pérdida de amplias bases obreras y de capas medias; y, lo que

es más serio, la de los pobladores que ocupan el espacio urbano, todos ellos con una cultura política muy superior a la que tenían antes de sus sonados fracasos. En ese sentido, capitalismo y colonialismo global no tienen asegurado el futuro de sus democracias limitadas, y están destinados a enfrentar una nueva batalla contra las fuerzas democráticas y los pueblos del mundo. En esa batalla los habitantes del Sur del planeta jugarán un papel muy importante que necesariamente tendrá que articularse con los pueblos del Norte.

LA ALTERNATIVA DEMOCRÁTICA Y POPULAR

Frente a las estructuras del Estado periférico asociado, de su democracia y sus redes se encuentran las estructuras democráticas populares con sus más distintas configuraciones, así como sus posibles reivindicaciones en unidades continentales como África, el mundo árabe, indochina, América Latina. Todas esas estructuras y luchas aparecen dentro de una misma cultura universal de enfrentamientos y negociaciones que en medio de grandes variantes presenta importantes afinidades a lo largo del tercer mundo.

Para los movimientos democráticos y populares, la política de acumulación de fuerzas, fuera o dentro de los gobiernos y Estados, radica en el proyecto de no aceptar ningún pacto desarmante que fortalezca el bloque neocolonial y neocapitalista. Su táctica principal consiste en forjar el proceso de acumulación de fuerzas con negociaciones y concesiones que no disminuyan el peso del pueblo trabajador dentro de las alianzas, frentes y coaliciones, mientras se realizan políticas de formación ideológica, organización y aprovisionamiento que aumenten el poder emergente de los movimientos democráticos populares. Cualquier paso en contrario constituye una derrota parcial o total, a corto o largo plazo, y si en ciertos momentos es necesario aceptar esa derrota, conservar la presencia del pueblo trabajador, como la principal en cualquier coalición o bloque, sigue siendo un objetivo mínimo.

En los países y tiempos en que predomina el capitalismo negociado, las luchas por la consolidación de una alternativa democrática y popular tienen una legalidad jurídico-política que es de la mayor importancia en la acumu-

lación, hasta que provocan la desestabilización y la ruptura; pero mientras ese punto no llega la política formal e institucional, y las reformas sociales a que da lugar son altamente significativas para la acumulación y politización de fuerzas populares no sólo por lo que respecta a las masas sino a las vanguardias, y a éstas en la medida en que tiendan a transformarse cada vez más en destacamentos o avanzadas que orientan y también son orientadas por las masas, y que rinden cuenta de su conducta a las organizaciones de masas, aclarando los motivos de la misma, como educación de análisis, información y decisión.

En el caso de los países y tiempos en que predomina el capitalismo represivo, la alternativa democrática y popular no encuentra arenas formales, institucionales: los sistemas políticos son meros instrumentos de legitimación internacional o de legitimación y distracción interna, y las “reformas sociales” son actos simbólicos de palabra o papel, que en nada modifican las estructuras reales. Las coaliciones populares se tienen que recluir en el anonimato de la sociedad civil y en acciones que siendo legales en otros países en el propio son clandestinas.

Así como en los sistemas políticos de negociación institucional parece darse un punto de desestabilización y ruptura que lleva a una política predominantemente represiva, en los sistemas represivos y las insurrecciones armadas parece darse un punto en que se impone la negociación política o diplomática, e incluso militar, con características nueva, en el sentido de que los movimientos populares no aceptan autodestruirse: para negociar, e imponen la negociación desde posiciones autónomas que buscan preservar al máximo. Los fenómenos de autodestrucción consentida o involuntaria y la pérdida de autonomía son indicios de grave derrota.

Si se estudia este problema, aparece una historia en que negociación y ruptura tienden a combinarse y sucederse. Los conflictos y confrontaciones que derivan en fenómenos de mediación, arbitraje, mediatización suceden y preceden a las luchas frontales que carecen de este tipo de desenlace. De hecho, se dan “fenómenos inusitados de negociación”, incluso en los casos más agudos de lucha —como en Centroamérica o Namibia, o Palestina—, mientras que en los casos en que predomina la negociación —como en el “Cono Sur” o Filipinas— parecen darse los elementos de una lucha o ruptura inevitables: el chantaje de la amenaza del golpe militar es permanente.

En cualquier caso, la lógica subyacente parece ser jurídico política. La negociación se basa en la fuerza, en sus posibilidades y límites a nivel interno e internacional. Pero la fuerza no se invoca o usa sin una invitación constante al diálogo y a la paz, al derecho y la conciliación para ver si con estos, en la práctica, y manteniendo la integridad de las organizaciones democráticas y populares, los antagonistas aceptan de buena fe, y logran en los hechos, hacer las concesiones necesarias a la mayoría, a la ciudadanía, a las etnias, al pueblo. El problema no es sólo moral sino político y, en ocasiones, militar.

El desarrollo de la lógica de la confrontación-negociación se halla particularmente avanzado en Centroamérica y en los frentes de lucha armada del Medio Oriente, África y Asia. En cambio, donde las luchas del pueblo carecen de organizaciones armadas y no tienen la experiencia y la práctica de la lucha armada la alternancia de lucha y negociación, de conflicto y conciliación, se maneja sin un conocimiento de la gravedad que pueden alcanzar los conflictos y de la necesidad de realizar concertaciones o conciliaciones que, sin afectar el poder de las organizaciones de base, cedan en algunos objetivos inmediatos para acumular fuerzas en las de más largo plazo. La necesidad de una cultura de la responsabilidad de la oposición frente a las provocaciones del enemigo, o las de “los desesperados” que luchan en las propias filas, es uno de los problemas más importantes que enfrentan las organizaciones democráticas populares.

El programa de los partidos electorales progresistas sólo es parte del programa del pueblo. Los partidos, frentes y coaliciones electorales sólo son parte de las organizaciones del pueblo. Si el programa del partido electoral —con la correlación actual de fuerzas y el bloque dominante— corresponde a objetivos en gran parte electorales e ilusorios, en el programa de las organizaciones del pueblo las elecciones, con sus protestas, críticas, demandas y objetivos mínimos, se consideran como algo más que una etapa, como un tipo de luchas del pueblo que obedecen a un plan amplio, vario, poco considerado en la teorización de los partidos electorales, y más próximo al de las organizaciones conocidas como “frentes” o “movimientos”.

En cuanto a la coordinadora general capaz de conducir el proceso desde las luchas electorales hasta las más profundas por el poder, formales e informales, no parecen existir hasta ahora experiencias acabadas, ni pro-

puestas de importancia universal en la teoría o en la práctica. Pero, en todo caso, los frentes electorales de lucha tienen que analizar las limitaciones y posibilidades de la democracia electoral, conscientes de que éstas no sirven para transmitir el poder a las organizaciones de los pobres ni a las fuerzas que centren su política en la solución del problema social; pero pueden servir para obtener concesiones en políticas sociales y económicas, y en posiciones de gobierno que no sólo beneficien a grupos o individuos de las organizaciones de los de abajo sino a la acumulación de fuerzas de esas organizaciones. Rechazar los sistemas políticos electorales con el argumento de que son burgueses, o de que sólo sirven para distraer las luchas populares, implica una visión equivocada de los movimientos populares que ya ha sido reconocida. El verdadero éxito de estos consiste en convertir los sistemas electorales en mediaciones propias para la formación cultural de los cuadros y bases. Al mismo tiempo, el limitar la formación de la conciencia política y de las luchas al mero sistema electoral sin complementarlas con la organización de fuerzas que van más allá de los partidos electorales y sus alianzas constituye otro grave error, que no por conocido deja de ser sumamente actual. Su superación se halla en otra importante tradición de lucha que corresponde a la formación de movimientos político-sociales que esbozan la creación de bloques alternativos de poder.

En general la historia de los bloques alternativos es la de su destrucción o integración al bloque dominante. Muchos gobiernos o regímenes populares, nacionalistas o socialdemócratas no pudieron siquiera generar un bloque alternativo emergente y no lograron montar sobre el mismo un sistema político y social más o menos estable apoyado por el conjunto de los aparatos de Estado. Pero los pocos que lo lograron, a menudo han visto cómo a lo largo de los años el bloque alternativo se integra al bloque tradicional, y cómo irrumpe la mediación del capitalismo monopólico o global en los Estados de masas socialdemócratas o populistas, hasta su reconversión en Estados neoligárquicos, neofascistas, o burocrático-autoritarios con formas de dependencia también nuevas, transnacionales, o globales.

Varios países lograron establecer bloques dominantes alternativos de cierta duración como México y Costa Rica en América Latina; Argelia y Egipto en el mundo árabe; la India en el Sur de Asia. En todos ellos se dieron dos características significativas: primero, la articulación de un bloque de

poder alternativo con bases sociales en las clases medias y los trabajadores urbanos y, segundo, la negociación que desde posiciones de poder permitió la asociación de los integrantes del nuevo y el antiguo bloque en procesos de acumulación cada vez más favorables al capital monopolístico, financiero y especulativo y a la transnacionalización de la economía. La resistencia limitada y gobernable de los obreros organizados y de las capas medias permitió que continuara la vida constitucional, hasta que unos y otros no rompían los límites. Cuando las demandas obreras y de las clases medias resultaron ingobernables, los propios bloques alternativos de poder hicieron concesiones que aumentaron sus contradicciones y que los debilitaron. La ruptura y caída de bloques y gobiernos alternativos hizo que culminara el proceso con regímenes de facto.

Los únicos países que parecieron haber logrado consolidar un bloque alternativo dominante de carácter popular fueron aquellos en que las vanguardias dieron predominio a los trabajadores y campesinos en el control e integración de los instrumentos de poder, militares y políticos. Algunos lo hicieron en la órbita de los países socialistas; otros, dentro de sistemas de economía mixta y de pluralismo político “de orientación socialista”, que buscaron aprovechar todas las experiencias anteriores en materia de bloques y clases para imponer una democracia revolucionaria.

En esos países el nuevo bloque dominante se centró sobre todo en el pueblo trabajador y se apoyó, a nivel internacional, en los movimientos socialistas y socialdemócratas de la clase obrera aún sensibles a los problemas del Sur, así como en otros movimientos de liberación del tercer mundo. El bloque de poder alternativo no surgió sólo de la clase obrera: tampoco provino sólo de los partidos políticos. Surgió de pueblos y trabajadores, y de movimientos sociales que tienden a volverse movimientos políticos o revolucionarios. En esos países la estructuración del poder descansó mucho más en el pueblo trabajador y en ocasiones —como en Rusia y el bloque soviético— liquidó a las antiguas burguesías y a los señores de la tierra; en ellos los procesos de recuperación del capitalismo y el colonialismo tardaron más tiempo. La recuperación ocurrió en medio del asedio y bloqueo externo y se desarrolló con el “socialismo de guerra”, con el autoritarismo, la corrupción y la acumulación interna de capitales por las propias élites “estalinistas” y breznevianas, de hecho, también populistas, aunque se calificaban a sí mis-

mas de revolucionarias y —pomposamente— de marxista-leninistas. Al final, la restauración del capitalismo y el colonialismo se dio en términos de derrota total en Rusia y sus “satélites”, o fue negociada como ocurre hoy en China, Vietnam y Cuba, en éstas con un proyecto de resistencia no despreciable, y en el caso de Cuba, ejemplar en todo, salvo en la recreación de un pluralismo ideológico y cultural.

En los países donde a fines del siglo xx los movimientos sociales se han limitado a una lucha contra gobiernos autoritarios —civiles y constitucionales— o a un cambio de régimen político, que va de los gobiernos militares a los civiles y constitucionales, la historia del bloque dominante alternativo todavía es muy incierta. El único esbozo de lo que puede ser aparece en las organizaciones del pueblo que tienden a unir los movimientos políticos y los sociales. En ellos se esboza una organización de organizaciones del pueblo, que abarque las experiencias de lucha formal e informal y que acumule fuerzas para la lucha política por la solución de los problemas sociales. La lucha política por el gobierno sólo aparece como un embrión del bloque de poder alternativo. Los otros, y tal vez más importantes, están en la sociedad civil de las más distintas civilizaciones y culturas.

Las experiencias existentes muestran que ese tipo de organizaciones de la sociedad civil, a veces unido a las del sistema político emergente y otras separado de él, autónomo, tienden a ser dirigidas y coordinadas por frentes, movimientos y coaliciones, en que las vanguardias y las bases dan prioridad a la lucha democrática frente a la socialista y a la lucha por la soberanía nacional, por la defensa de las riquezas nacionales, de las tierras y recursos de las comunidades, frente a la lucha de clases propietarias y asalariadas, pero sin descuidar esta última ni en el interior del frente, ni en el interior del país, ni a nivel internacional. La tendencia predominante es la lucha por una democracia con poder más que por una democracia socialista. Esa lucha se libra con varias ideologías y posiciones doctrinarias más que con una sola.

Todas estas circunstancias indican que ninguno de los nuevos bloques democráticos y populares reproduce las experiencias anteriores de democratización y socialización, sin importantes aportaciones de una historia particularmente novedosa. Dentro de ella la lucha por una cultura política que aproveche las experiencias históricas y cotidianas del dogmatismo, el autoritarismo y el patrimonialismo, para no caer en el corporativismo neo-

capitalista o en el burocratismo socialista, parece ser fundamental. No lo es menos la que sabe combinar la lucha y la negociación, la autonomía y la conciliación; la soberanía y la diplomacia. Tal parece ser la única esperanza de transformación del tercer mundo en otro tercer mundo, y de la democracia en un gobierno de los pueblos para la sobrevivencia del Mundo.

LA DEMOCRACIA UNIVERSAL

La democracia de los de abajo, o “democracia de los pobres”, tiene un carácter político y un carácter heurístico, que es necesario distinguir. El carácter político —y técnico— se basa en la experiencia que disminuye al máximo el azar, “la suerte”, el “milagro” que se espera, o el riesgo que se corre. El espíritu, y el temple problematizador, combinan lo que uno sabe con lo que uno se pregunta o pregunta, lo que reconsidera con lo que investiga y piensa antes de actuar, sobre todo cuando uno actúa en condiciones nuevas o desconocidas. Ese estudio se hace por cuenta propia y también con los investigadores, estudiosos o intelectuales que muestran los mismos intereses o tienen parecidos valores, muchos de los cuales corresponden a una categoría más amplia que la de los intelectuales comprometidos.

El estudio de la democracia de los pobres exige, además, un análisis cuidadoso y constante de las técnicas y conocimientos al servicio de los gobiernos y las minorías o “élites” dominantes en la sociedad global y en el Estado. El problema consiste, por un lado, en no encerrarse en los conocimientos propios pensando que son “la ciencia” como lo hizo el marxismo-leninismo oficial, y afirmando que los otros, los burgueses, sólo tienen un pensamiento ideológico. Eso es falso: los otros tienen artes y técnicas que desarrollan con procedimientos científicos con los que buscan cambiar a su favor los escenarios de la realidad. Ésa es una parte del problema: conocer el conocimiento científico y técnico dominante. La otra, está relacionada con la “adhesión obstinada” a conceptos heterodoxos, contrarios al pensamiento neoliberal, neoclásico, ortodoxo sobre la economía y la democracia. En ese terreno la democracia de los pobres junta su conocimiento y su voluntad, combina los problemas heurísticos y los problemas y actos políticos. La nueva herejía — como la antigua— es un “acto de voluntad y elección profesados contra la

escritura” de lo que el *establishment* propone como “la ciencia económica” y “la ciencia política”. Reflexionar en éstas, informarse del pensamiento dominante, y actuar en los tiempos y terrenos más propicios son tareas intelectuales y volitivas de una ciencia social alternativa.

La lucha por la democracia empieza en la sociedad civil y no en el Estado. Pero esa lucha no es excluyente; se puede combinar. Hay lugares y momentos en que la lucha por la democracia empieza en el Estado y en el sistema político estatal, y se combina con la lucha en la sociedad civil. De ambas luchas aquí interesa destacar la que corresponde a la inmensa mayoría de la humanidad: la que no ocurre en los sistemas políticos y sus pugnas electorales, ni en los aparatos del Estado, ni sólo para la toma del Estado al estilo de las revoluciones anteriores, sino en un proceso histórico largo de construcción del Estado alternativo en la propia sociedad civil o a partir de la sociedad civil; proceso que no elimina otras alternativas posibles, políticas y revolucionarias como la propia forma de parte de las redes del poder global de los Estados asociados, centrales y periféricos.

Por democracia de los pobres se entiende aquí la búsqueda de la democracia en sus organizaciones y no una democracia en que los pobres sean eternamente pobres. Por eso se emplea también la expresión de democracia de los de abajo, para señalar la necesidad de iniciar los proyectos de transición a la democracia en las propias organizaciones de los de abajo, para que al participar éstas en la “democracia desde abajo”, no se den los problemas de autoritarismo que caracterizaron a los regímenes populistas.

El primer problema de la democracia de los pobres es el de la seguridad. Las condiciones de seguridad varían de un tiempo a otro en el mismo lugar, y varían de unos lugares a otros. Cuando hay una seguridad que se basa en el derecho o las costumbres, esto es, cuando predomina un régimen legal en que por lo general se aplican el derecho y las reglas de conducta comunes, la gente reflexiona sobre los peligros de ruptura de ese orden y toma medidas preventivas; pero, mientras tanto, respeta y aprovecha el orden para luchar en formas cívicas y políticas con demandas, protestas y presiones que están en los límites del régimen político y social, límites que se miden con procesos alternativos de negociación, conflicto, y negociación. El régimen político tiende —en esas condiciones— a resolver los conflictos mediante negociaciones y concesiones que permiten regresar a una situación

de consenso. Acumular fuerzas en las luchas legales es uno de los objetivos complementarios de las mismas.

Se logra mejorando la organización, la concientización y la unidad de las fuerzas.

En muchas partes del mundo las condiciones de seguridad son muy precarias para las organizaciones democráticas de los pobres. En ellas, las organizaciones de los pobres desarrollan técnicas y medidas de seguridad física para sus miembros y sus líderes. Es el caso de muchas minorías étnicas, de grandes núcleos pobladores urbanos marginados, y de poblaciones que viven durante años en zonas —a veces muy extensas— controladas por las guerrillas. En todos esos casos se plantean y resuelven problemas relacionados con la seguridad económica y la economía de la sobrevivencia, y los que se refieren a la seguridad ideológica y cultural, o a la comunicación, o a la “acumulación teórica” de que hablaba René Zavaleta.

La seguridad económica de los pobres plantea problemas muy importantes para la resistencia, esto es, para poder “aguantar” o resistir sin “doblegarse” en la lucha por la democracia. La solución de estos problemas varía desde la construcción de economías de resistencia o autárquicas en zonas campesinas; o la creación de fondos de ahorro y solidaridad entre los trabajadores hasta formas de gobierno de los pueblos pobres que combinan las fuerzas de seguridad, las fuerzas de producción, las cooperativas y los fondos de ahorro. La seguridad económica se plantea también en el diseño e implantación de políticas micro y macroeconómicas en regiones controladas y defendidas por las fuerzas populares —como las zonas de Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador o las de la URP en Guatemala—. A veces se dan en países enteros como Cuba cuya sobrevivencia después del colapso del bloque soviético sería inconcebible sin esa perspectiva de una sociedad y una economía de la resistencia.

Una política económica de justicia social que se plantea los problemas de la seguridad puede hacerlo en terrenos locales, en regiones y naciones o a nivel internacional e incluso global. Por sí misma una política de justicia social no resuelve los problemas de la política de seguridad. Ambas se tienen que plantear a todos los niveles y en los distintos estudios que realice una ciencia económica para los pobres y para la democracia. Ese tipo de ciencia económica y social necesita enfrentar, con sentido político, el estudio de las

fuerzas dominantes en la economía, y la relación que tienen con los problemas de “segregación” (Vuskovic), de “exclusión” (Cardoso), de “dualización” (Germani), de “depauperación” y de “informalidad” (Tockman). El objetivo de esa investigación será formular una política económica para las mayorías y de las mayorías (en cada aldea, ejido, comunidad, región o unidad menor y mayor) donde haya un gobierno democrático con poder de representación y decisión de los pobres, esto es, con poder de decisión “obstinada” —como diría el poeta Milton— de “la mayoría”, del “pueblo trabajador” soberano. Esa política tendrá que plantearse la “desconexión” del desarrollo hacia afuera como objetivo prioritario, a fin de establecer las conexiones necesarias para un desarrollo que priorice o privilegie la necesidad de que los pobres produzcan para los pobres (y con ellos).

En relación a los problemas de seguridad es un hecho que el dar prioridad a la “economía para la igualdad” (Vuskovic), y a la política económica centrada en resolver los problemas sociales de los pobres con los pobres para los pobres va a provocar fenómenos de “boicot” y “bloqueo” que afectarán a las comunidades democráticas que se autoorganicen con amplias bases sociales y en las que aumentarán a la vez las expectativas de sus miembros y la demanda de bienes y servicios, de un lado, y de otro los “ocultamientos” de mercancías, el “boicot” del mercado, los bloqueos de poblaciones y países enteros. El conjunto del proceso planteará a las propias democracias de los de abajo junto con problemas de una economía y una democracia para la mayoría y con la mayoría, los de una necesaria toma de conciencia y educación de la población para la resistencia, en que los primeros en dar el ejemplo de sobriedad y firmeza sean los líderes, objetivo no sólo moral sino directamente relacionado con la política de seguridad. Si la economía actual es una ciencia político-militar, aunque no lo parezca y la democracia electoral — en muchos casos— parte de la “guerra de baja intensidad”, la economía política alternativa tiene que plantearse esos mismos problemas desde la perspectiva de los pobres y desde el poder de las mayorías. La inseguridad y la ingobernabilidad son problemas esenciales en cualquier proyecto democrático que intente resolver el problema social.

El planteamiento de la ciencia económica para los pobres y su democracia tiene que profundizar, precisar y difundir las experiencias y los razonamientos que se aplican a nivel de la aldea, de la comunidad, la etnia, o la

nación, y a nivel global. Tiene que articular políticas intermedias, que vayan de los grupos y comunidades autárquicas a la economía universal. Entre los problemas de la ciencia económica de la sobrevivencia se encuentran los del corto y el largo plazo; los de la economía de las aldeas y los de Estados enteros y conjuntos de Estados y naciones.

Entre los problemas esenciales se encuentra uno hoy casi inconcebible: el de una política de economía universal con trato justo, que controle a la red global de empresas transnacionales y a sus fuerzas asociadas en el interior de los países, de las comunidades, las aldeas, las etnias y los Estados nación.

El proyecto universal de una economía alternativa del capitalismo global no es hoy proyecto prioritario que mueva a fuerzas políticas articuladas, ni lo es tomar el poder del Estado nación para aplicar una política económica para los pobres y con ellos en un mundo que elimine el colonialismo global.

En la realidad y la ciencia, estos problemas se van a plantear en una historia universal llena de obstáculos, con golpes de Estado, invasiones militares, movimientos de masas cívicas, movimientos de masas armadas, etcétera (véase Vuskovic, 1993). En ese proceso las luchas políticas, electorales, diplomáticas, ecológicas, y las luchas de sobrevivencia de la especie humana, habrán de contar con formas impredecibles de desarrollo, que tal vez se precisen en el futuro inmediato conforme la experiencia y la investigación avancen a partir de los nuevos planteamientos no-estadistas, ni basados en conceptos de Estados nación ya inoperantes, en el sentido de que ya no corresponden a la globalización real de un poder “nacional” y transnacional compartidos.

Si tales planteamientos, basados sobre todo en la sociedad civil y su transformación, sirven de punto de partida a una ciencia económica y a un proyecto democrático de la mayoría de los pobres organizados, esto no quiere decir que los problemas del Estado y el Estado nación dominante y del alternativo deban ser descuidados. La forma en que el poder de los Estados sirve a un desarrollo y a una clase que se beneficia del mismo, nos induce a estudiar ese poder y también las formas que las naciones-Estado adquirirán en relación a las demandas políticas y sociales de una democracia de los pobres. El objeto a estudiar y realizar consistirá en disminuir la contradicción existente entre los proyectos de transición a la democracia de los pobres, y

el contexto de dictadura de la economía transnacional, globalizadora y de los “conjuntos militares” y represivos que los respaldan.

Al plantear los problemas económicos como problemas de seguridad, tanto las luchas por el poder como las bases del poder están en juego. Las estructuras del Estado actual y alternativo aparecen como un conjunto de instituciones esenciales para la defensa militar y la represión en espacios intranacionales y multinacionales con un monopolio muy relativo de la violencia legal del Estado nación, de su soberanía para la distribución del excedente. En ese sentido el mito de que la pobreza se resuelve con la “solidaridad” del Estado neoliberal, de hecho transnacionalizado y asociado a la red global, o el mito de un desarrollo que se resuelve con la libertad del mercado transnacional, o el mito de que los pobres ya sólo deben luchar por la sociedad civil o en el sistema político electoral sin luchar por el Estado, son mitos de tal manera engañosos que a menudo nos hacen olvidar que el problema de una democracia plural de los de abajo se plantea dentro y fuera de los límites nacionales, dentro y fuera del contexto internacional, dentro y fuera de las estructuras o redes de la globalidad, y de las estructuras estatales.

Los pobres —en la aldea, la nación o el mundo— necesitan una democracia que no los divida, que les permita juntar fuerzas y no caer en enfrentamientos, odios, fobias y persecuciones de pobres contra pobres. Pero para alcanzar la unidad necesaria de los pobres se requieren métodos y medidas que fomenten la cultura de la unidad en la diversidad, a partir de una idea del pluralismo ideológico, religioso, político, y de la tolerancia o respeto a las distintas formas de pensar. Si la unidad es necesaria para el triunfo, no se pueden convertir las ideologías o culturas distintas a la de uno en motivos de exclusión, segregación, o agresión y enfrentamiento. La lucha por la tolerancia de ideologías e ideas opuestas, por un carácter laico de gobiernos que respeten a todas las religiones, y en general por la construcción de unidades y conexiones cada vez más amplias y profundas de pobres con distintas religiones e ideologías debe ser el punto de partida esencial de cualquier democracia de los pobres. A la lucha autoritaria, populista o estalinista, por una unidad mística que no reconoce la diversidad se requiere imponer esta otra unidad de lo vario, de tipo democrático y popular que hace suyas a las diferentes identidades. No haberlo propuesto o logrado en

muchas experiencias populistas y del “socialismo real” significó fenómenos de autoritarismo étnico o religioso, que si en el corto plazo acaso resolvieron problemas de seguridad en el largo acabaron con el sistema social alternativo. En efecto quienes tienen un mismo credo — religioso o laico—, un mismo lenguaje, y rasgos parecidos raciales o de vestimenta y ritos logran en su identidad un elemento de seguridad. Pero el discurso político de los pobres tiene que combinar las medidas de seguridad con las de pluralismo: “Cubano es más que negro, es más que blanco”, decía Martí. Y los indios de Guatemala, todos vestidos con distintos trajes, según su etnia, se unen entre sí y con los pobres ladinos que visten de algodón o mezclilla, a la occidental.

La educación de las etnias y naciones en unidades cada vez más amplias es fundamental para que la seguridad de esas colectividades y de los conjuntos de las mismas se base en métodos que permitan evaluar a las personas por la forma en que relacionan su pensamiento con su palabra, y uno y otra con su conducta. Qué dice y qué hace un hombre o mujer, sea negro o blanco, mahometano o católico, es mucho más que el que sea negro o mahometano, blanco o católico.

La democracia plural permite ampliar las fuerzas de pobres distintos, heterogéneos hasta en castas, como en la India, y no excluye políticas de seguridad pluriétnicas, plurirreligiosas. Las experiencias en materia de gobiernos democráticos multiétnicos y plurirreligiosos son muchas. Una parte importante de las mismas puede ser significativa para la creación del poder democrático y plural de los pobres en unidades de producción, en comunidades étnicas y religiosas, en circunscripciones políticas como los municipios y los Estados o provincias.

La cultura dialogal y el debate público necesarios en la democracia plantean los problemas de educación, seguridad y jerarquía con división de trabajos y responsabilidades. La educación para la tolerancia se tiene que hacer con esa misma fuerza que pusieron los grandes líderes religiosos y políticos para forjar unidades que fueran más allá de las etnias excluyentes y de las sectas que condenan a todas las que no son sus miembros.

La democracia plural de los pobres exigirá un esfuerzo parecido de sus grandes líderes. Si alcanza a ser gobierno de pobres y se mantiene como tal no llevará a ese terrible desenlace de las fobias raciales con que las oligarquías, mafias o caciques provocan una unidad mitológica en el interior de

cada etnia —de hecho dividida en clases— para enfrentarla a otra u otras etnias.

La educación política reclamará un análisis del ejercicio del poder sobre las etnias y otras unidades sociales por las redes de poder de las clases dominantes, de las castas y élites dominantes tradicionales y modernas, monárquicas, proimperialistas, populistas, marxista-leninistas. Ésas son las que enfrentan a unas etnias contra otras, o a naciones enteras.

La educación política llevará a analizar las formas de enajenación y de fragmentación racial y religiosa como expresiones de la fragmentación de individuos, grupos y clases dominadas y explotadas que en esas condiciones no son capaces de imponer el poder de las mayorías y los pueblos en gobiernos democráticos y en economías que pugnen por políticas de desarrollo y justicia social con la perspectiva de los pobres. La educación tendrá que enfrentarse a los problemas de penetración, simulación y manipulación que las clases dominantes realizan mediante sus políticas de información, con agentes de desestabilización encargados de operaciones “abiertas” y “encubiertas” especialmente tipificadas en los manuales de “guerra interna” y de “guerra de baja intensidad”.

La cultura, la educación y la información como sistemas de defensa tendrán que poner énfasis en la concientización de las mayorías sobre los peligros de enajenación y fragmentación, de ignorancia y anomia, de conductas erráticas y autodestructoras, de consumismo desaforado insoportable, de poblaciones que no saben disminuir el azar con mayor y mejor información, ni actuar unidas en medio de distintas posiciones teóricas y críticas que sin embargo no rompen ni debilitan el proyecto común.

Las dificultades de alcanzar estos objetivos entre contradicciones a menudo ineludibles tendrá que ser parte de una educación política en que la crítica se complementa con la voluntad orgánica y colectiva en vez de erosionarla. El problema de la voluntad merecerá tanta importancia como la que merece en la cultura y la educación conservadora.

El incremento de la seguridad de los actores colectivos y de los pueblos autoorganizados depende también de una educación colectiva e individual que enfrente con firmeza el terror y la corrupción, la agresividad “legal” e “ilegal”. Corresponde a ese proceso de conocimiento del mundo, que vive quien empieza por perder el miedo a hablar y actuar, y que al ver esos cam-

bios de su personalidad y verse a sí mismo hablando y actuando empieza a pensar y a pensar que piensa sobre lo que dice y hace. Ese tipo de experiencia se vive por millones entre los pueblos que caminan hacia la democracia con hegemonía de los pobres. En ella sobresale la de los indios que pasan de creerse animales a saberse hombres; la de las mujeres que pierden el miedo (sic) a hablar en público; la de los campesinos que pierden el miedo a la muerte y luchan por sus derechos protegiendo al máximo su vida y la de sus compañeros mientras en la decisión de no temer evocan a los antepasados que decían: “si me han de matar mañana que me maten de una vez”. En ese tipo de experiencias caben también las del pobre que descubre el mundo —como dice Paulo Freire— a partir de su cuerpo sin casa, sin comida y sin agua, en un proceso que lleva más allá de la lógica de la mayoría, de la clase o el pueblo y que pertenece a lo que podríamos llamar el humanismo de los de abajo, la humanía política de los “condenados” de Fanon o de los “muertos de siempre” que se aparecieron en Chiapas.

Las contradicciones del humanismo de las grandes potencias occidentales han hecho renegar del humanismo no sólo a los filósofos de la postmodernidad sino a muchos intelectuales tercermundistas, o revolucionarios. Todos ellos han cometido el error de renegar del humanismo por haber servido a justificar o racionalizar un régimen mundial de opresión y explotación, cuando el problema que realmente se plantea es el de un humanismo que venga de la humanidad pobre o empobrecida, y que supere toda versión paternalista, estatista y moralizante para forjar humanismo político con los de abajo, un humanismo que incluya a las cuatro quintas partes de la humanidad y a la quinta que ahora las oprime y explota.

El cultivo de los valores universales es esencial en la gestación de la democracia plural de los pobres. Lo es en términos de seguridad de sus integrantes, y en términos de una democracia universal, que vaya más allá de la aldea, la etnia, la nación, e incluso la gran región cultural o religiosa: Hispanoamérica, Indoamérica, El Islam, Judea o el catolicismo ecuménico. El cultivo de los valores universales en el movimiento democrático de los pobres es también fundamental para enfrentar al proyecto global de las transnacionales y a su engañoso proyecto “humanitario”.

El proyecto alternativo, a la vez universal y social tendrá que superar las injusticias y limitaciones de la democracia capitalista, y de las falsas liberaciones étnicas, coloniales o metropolitanas.

La mayoría de una aldea que se enfrenta a otra aldea en nombre de la pureza no es mayoría. O se trata de una mayoría ideológicamente enajenada y que por débil y miserable que sea usa su aldeanismo —o su etnicismo o su nacionalismo— para destruir —si puede— a otro más débil o menos agresivo que ella; o se trata de una mayoría dominada por un cacique, oligarquía o mafia que juegan con el aldeanismo, el etnicismo y el nacionalismo para hacer olvidar la opresión interna que imponen a su propia gente, o para otros fines que combinan con ese objetivo, como quitarle sus tierras, sus casas, enseres y animales a los de la otra aldea, etnia o nación. Es necesario cobrar conciencia universal de que esos enfrentamientos aldeanos o de etnias y pequeñas naciones entre sí son utilizados y hasta fomentados por “los poderes de la tierra” para impedir que se organicen grandes movimientos de pueblos y acentuar sus divisiones, xenofobias y sectarismos.

Las luchas de sectas protestantes entre sí o con los católicos; las de los musulmanes y otras religiones de Oriente y Occidente, tienen los mismos efectos. Los intereses particulares y egoístas de las pequeñas colectividades son utilizados para impedir que se articulen y unan en grandes colectividades, y que con ellas impongan políticas terrenas del bien común, y políticas efectivas del interés general. Esos objetivos constituyen los valores universales de un humanismo de los de abajo, o de un humanismo de los pobres que ni siquiera necesitan derrocar a los de arriba o a los ricos para destruirlos físicamente o humillarlos psicológicamente, sino para acometer con los que quieran sumarse al proyecto, una política universal democrática con menos desigualdad e injusticias, que por lo menos permita luchar contra la explotación de pueblos y trabajadores mediante la fuerza de las mayorías, en formas legales, y a partir de niveles de vida humanos, y no infrahumanos como los de hoy. Que esa política sea universal y represente a la unidad en la diversidad de etnias, naciones, religiones, civilizaciones, y que deje diferencias de jerarquías funcionales para el sistema mundial sin imponer un igualitarismo absoluto y caótico, sino una sociedad democrática menos injusta es un ideal que aparece, informe, en muchos puntos de la tierra. Es cierto que hoy, ese ideal se enfrenta a un renacimiento del racismo y de

las fobias etnicistas, fundamentalistas y nacionalistas en muchas partes del mundo; pero el horror que éstas necesariamente siembran tiene que derivar —concientización de por medio— en un nuevo universalismo y humanismo, más ricos que los anteriores y que aprovechen también las dolorosas experiencias en materia de mediadores y mediaciones, de acumulación y mediatización de fuerzas, y el desgraciado fin que muchas de las mediaciones anteriores han tenido con fenómenos de corrupción, cooptación y autoritarismo que segaron el camino a un mundo menos injusto y más libre de constricciones esenciales.

La democracia de los de abajo como humanismo, no sólo tiene que reformular el concepto de que “nada humano nos es ajeno”, sino el concepto mismo de los mediadores. La filosofía y las ciencias sociales tienen allí uno de los problemas prioritarios sobre los que reflexionar e investigar. Desde las grandes religiones con sus hombres-dioses y sus profetas hasta las ideologías revolucionarias, con sus partidos comunistas y su clase obrera protagónica, muchas y muy ricas son las experiencias de los pueblos en materia de mediaciones. De ellas parece concluirse que la idea rousseaniana de la participación de la mayoría, más que la representación de la mayoría por un individuo o grupo, es el camino probable para hacer realidad el proyecto de democracia universal. De allí no puede concluirse, ni mucho menos que la representación carezca de importancia; lejos de ello, la representación es importantísima y por eso lo son las experiencias electorales que en algunas regiones y tiempos de la historia universal permiten aumentar la cultura de la elección o la del sufragio y combinarlas con la organización de “partidos” y frentes que legalmente pugnen por alcanzar la mayoría, que propongan y discutan un programa, y que asuman una responsabilidad política.

Con todas las limitaciones geográficas de la democracia capitalista — que no es universal— o con todas las limitaciones sociales que a veces hacen de ella un mero formalismo, los sistemas electorales y el sufragio universal constituirán parte del acervo humano de la democracia de los pobres. Los gobiernos de ésta serán inconcebibles si no recurren a sus múltiples experiencias para elegir representantes, y a otras más, surgidas en el capitalismo, de sistemas que buscan equilibrios de poderes en las regiones y las instituciones, en los Estados y los gobiernos, así como cambios pacíficos y regulares de gobernantes.

Los sistemas de elección, y los gobiernos surgidos de Occidente e identificados con la democracia Occidental o burguesa, hasta el día de hoy, constituyen la ideología de un capitalismo y colonialismo global que de lo bueno que tienen hace un arma para legitimar sus políticas de saqueo, explotación y dominación. También son funcionales para organizar una parte de las luchas durante un tiempo, de modo que contribuyan a la estabilidad y gobernabilidad necesarias. Pero de allí, por ningún motivo se puede concluir que los sistemas electorales de representación popular y de equilibrio de poderes sólo sirven al capitalismo y sólo se identifican con él. Las ricas experiencias de los sistemas electorales y de equilibrio de poderes de la democracia capitalista pueden ser de enorme utilidad para la democracia universal de los pobres. En esa democracia, universal en los confines nacionales y planetarios, la mayoría decidirá necesariamente a través de representantes que permitan diálogos y tareas de otro modo impracticables.

Si la humanidad será quien resuelva sus problemas, aunque los mediadores y las mediaciones hayan tenido incontables fracasos en el logro de los objetivos humanos y morales de carácter universal, la mediación, con elección y representación o sin ellas, va también a continuar siendo un elemento esencial del desarrollo histórico. En experiencias anteriores y actuales se han advertido varios hechos que no podrán olvidarse. Piénsese en la historia de la clase obrera y de cómo se estratificó y asoció a las políticas colonialistas de los países centrales; o en los partidos comunistas y cómo privó en ellos un autoritarismo integral o totalitario que con una filosofía, una ideología, un programa, un lenguaje, una terminología acabaron ocultando el proceso de corrupción y acumulación de capitales privados, y ya con el autoritarismo integral o totalitario hecho dogma de Estado, acabaron destruyendo uno de los proyectos de liberación de los pueblos y trabajadores más ambiciosos y, durante varios años, más exitosos. Piénsese en la política gramsciana de acumulación de fuerzas y en la forma en que ésta derivó en la corrupción de la polis italiana y con ella en la caída del Partido Comunista más grande y poderoso de Europa Occidental. Piénsese en los procesos de aburguesamiento de los gobiernos y los gobernantes comunistas de los Estados de Bengala, Occidental o de la República Popular China, o en los populistas y nacionalistas desde el México de Cárdenas, la India de Nehru, el Egipto de Nasser, hasta la Indonesia de Sukarno, la Ghana de N'Kruhman,

o la Nicaragua del FSLN que poco antes de perder las elecciones empezó a aplicar la política del FMI.

La lucha de clases como lucha contra la explotación es una realidad esencial, y será el punto clave de la política y el poder en una democracia de los pobres que busque transformarse en una democracia universal, planetaria, de seres humanos con derechos humanos individuales y colectivos que sean una realidad también para las cuatro quintas partes del mundo, y no la ficción que hoy representan. Pero la lucha de clases como lucha contra la explotación es también una lucha contra el “aburguesamiento” de los representantes, de los mediadores, de los líderes y dirigentes. La mediatización del triunfo contra la explotación y los sistemas de explotación mediante la cooptación de líderes y dirigentes es también un problema prioritario para impedir que ese proceso se repita en las nuevas experiencias históricas.

El control de los líderes por sus bases se da con más eficacia conforme los líderes están más cerca de las bases, y conforme más claramente tienen que rendir cuentas a las bases. Se da conforme más democracia interna hay en las unidades del pueblo. Aun así, el problema es mayor. La idealización y mistificación del pueblo que ignora la cooptación de parte del mismo es un problema no menos grave. Con la corrupción de líderes del pueblo se da la de grupos, clientelas e individuos que viven del pueblo. Es más, la corrupción se combina con políticas de redistribución y concesión, a veces macroeconómicas y otras selectivas, focalizadas o localizadas en regiones y poblaciones peligrosas a las que se busca mediatizar. Corrupción, cooptación y mediatización se combinan con viejas culturas patrimonialistas y clientelistas, en que el líder se siente propietario de la “cosa pública” y concede o usa parte de los bienes del Estado o de los recursos del gobierno para sus familiares y allegados, para sus clientelas.

La política de estratificación o movilidad social, dominante en el neocapitalismo, o la de inversión localizada en “nichos” y “santuarios” característica de los modelos neoliberales de solidaridad, se vinculan a las políticas de autoritarismo y cooptación para mediatizar y liquidar los movimientos sociales, desde los más pequeños de fábricas, centros de trabajo, comunidades, pasando por los de etnias y naciones, hasta los multiétnicos y multinacionales.

El proyecto de democracia universal y planetario será obra de la humanidad, pero también de una nueva política de mediadores y mediaciones sociales que, juegue a su favor y que empiece por imponer la democracia y el control democrático universalista y humanista de líderes y grupos en cada región de la tierra —en su periferia y en su centro— con sus tiempos y culturas hoy distintos y mañana más próximos a lo simultáneo y a una cultura democrática universal.

La lucha por la democracia de las organizaciones de los de abajo parece prioritaria; pero tiene que combinarse con otras luchas, en la sociedad civil, en el sistema político, y en la democratización del poder del Estado, a nivel nacional o interno, internacional, transnacional y universal. En el proceso, el imperialismo global dominante dejará el legado dialéctico de una cultura universal democrática que ningún imperio anterior pudo realizar.

Con todo lo doloroso que sea el proceso, la democracia global capitalista puede encerrar en su seno una democracia universal planetaria. Combinar las políticas minimalistas —de sobrevivencia ecológica— con las maximalistas de una utopía de lucha democrática convertida en realidad universal y planetaria, constituye un objetivo hermenéutico y político fundamental. Para alcanzarlo se necesita romper el eslabón más débil de las ciencias sociales y el más fuerte de la estructura ecuménica: el colonialismo global.

ANEXO

Tercer mundo es una “expresión acuñada” que supone los más distintos usos y definiciones. El rechazo de la misma se hace por razones ideológicas y científicas. Su uso se aclara a veces en forma expresa, otras se adoptan a falta de una expresión mejor, o por simple costumbre y facilidad de comunicación en los medios académicos y políticos.

La expresión tercer mundo fue acuñada al término de la segunda guerra mundial. Desde entonces mostró un carácter polisémico y multidimensional. Dentro de él parecen darse un conjunto de intersecciones que permiten aludir a un mismo fenómeno vagamente definido.

Una primera connotación se dio en el campo político a raíz de la Conferencia de Yalta (1945) y de los acuerdos entre Mundo Occidental, o Libre

o Capitalista y los países socialistas, para la delimitación de sus respectivas áreas de influencia. La idea de que aparte de esos dos bloques había un tercero que pugnaba por desarrollarse y actuar con independencia de uno y otro, se hizo explícita en 1955, con la Conferencia de Bandung, integrada sobre todo por los países asiáticos y algunos africanos y latinoamericanos. En esa conferencia pareció advertirse que a la lucha entre los dos bloques y entre el capitalismo y el socialismo, se añadía una tercera por la independencia y contra el colonialismo, o contra la intervención de las grandes potencias en los asuntos internos de los Estados, o en sus territorios. A esas luchas se añadieron otras por la igualdad entre las naciones y por la coexistencia pacífica. La presencia de China en Bandung, y la ausencia de la URSS y de las grandes potencias occidentales, dio una especial definición a la política de la conferencia. La presencia de países con poblaciones extremadamente pobres y la ausencia de Australia y Nueva Zelandia fue otra definición política deliberada. La ausencia de buen número de países latinoamericanos y africanos reveló los límites del agrupamiento, e indirectamente los del Tercer mundo al que la Conferencia pugnaba por representar.

A partir de Bandung surgió otra expresión de mucho uso, la de “no-alineamiento” que correspondía a un movimiento apoyado por partidario de los principios anteriores y de “la coexistencia de las naciones y los Estados, independientemente de su tamaño, poder económico, diferencias en sistemas políticos y sociales, raza, religión, lugar o herencia histórica y cultural” (M. Gavrilovic, “The vitality of non-alignment”, *Review of International Affairs* [Belgrado], XXI, 482 [1970]). A los principales integrantes de Asia, África y América Latina se añadió Yugoslavia como único representante de Europa y de los países socialistas encabezados por la URSS. Su ingreso tendió a acentuar la independencia del movimiento respecto a las grandes potencias y respecto a las pugnas que libraban entre “socialismo”, y “capitalismo” o “democracia”.

Las diferencias entre los distintos integrantes del Tercer mundo fueron siempre considerables: algunos eran extremadamente pobres y subdesarrollados, otros mostraban una gran estratificación social con grupos de ingresos medios y altos considerables; su nivel de urbanización variaba mucho; los había productores de petróleo, y altamente industrializados y con escasos recursos energéticos e industriales; gran cantidad de ellos eran

agrícolas y mineros, algunos empezaban a tener una política de industrialización importante con burguesías nativas, que apoyadas en sus Estados defendían su mercado con políticas de sustitución de importaciones y de protección frente a la competencia mundial más desarrollada en sus técnicas y fuerzas productivas. Las variaciones en los sistemas sociales y políticos también eran muy grandes con muchos que mantenían relaciones de producción tributaria y distintas formas de trabajo obligatorio, y otros en que predominaban el trabajo asalariado, la urbanización y amplias capas medias y profesionales. En estos, las políticas de acumulación y distribución del excedente, a más de ampliar y retener una parte creciente del mismo en los límites nacionales, generaron el desarrollo de un capitalismo de Estado, en que si bien los principales beneficiarios fueron los nuevos magnates del Tercer mundo, para consolidar su posición y estabilizar sus Estados hicieron políticas de distribución del excedente que les permitieron contar con importantes sectores de la población trabajadora organizada, de la población urbana, y en ocasiones hasta de grupos campesinos y agrícolas. Las ideologías nacionalistas, antimperialistas y socialistas fueron utilizadas para explicar y legitimar las políticas de estos países, que a nivel mundial guardaron distintos grados de neutralidad o alianza, respecto a las grandes potencias capitalistas o socialistas.

La crisis del modelo de acumulación y del proyecto nacionalista y popular se hizo evidente a principios de los años sesenta. Desde entonces, la crítica al “nacionalismo” de los no-alineados también se volvió contra el concepto de Tercer mundo.

El concepto de *Tercer mundo* tuvo siempre como elemento común el intentar agrupar a pueblos de origen colonial, o que habiendo vivido una historia colonial soportaban nuevas formas de colonialismo y dependencia. Desde ese punto de vista había sido rechazado o mal visto por los ideólogos y científicos de las grandes potencias para los que el colonialismo era un fenómeno del pasado y la dependencia no representaba un factor de subdesarrollo. Los científicos e ideólogos del bloque socialista, por su parte, principalmente los encabezados por la URSS, desde el principio consideraron que el concepto de Tercer mundo no era científico ni políticamente aceptable. Para ellos Tercer mundo era una expresión ideológica, esto es, contraria al “materialismo científico”. Se le acusaba de buscar una posición diferente

y equidistante del imperialismo y del socialismo. Desde el punto de vista político se le calificaba de “capituladora frente al imperialismo y los monopolios” y de contraria frente a la lucha esencial entre “los países socialistas” con los que debían alinearse “los pueblos de todo el mundo” para enfrentar “las tendencias regresivas y guerreristas del imperialismo”. Estos autores llegaron a afirmar tajantemente: “No hay Tercer mundo” (véase *Breve Diccionario político*, Buenos Aires, 1970, basado en el *Pequeño Diccionario Político* de I.V. Liojin y M.E. Struve, 1969).

La crítica a la expresión *Tercer mundo* vino también del pensamiento de la nueva izquierda que se desarrolló en los años sesenta, a raíz de la revolución cubana. Las crisis de los gobiernos de origen popular que habían derivado en regímenes populistas en los que era creciente la influencia de las compañías trasnacionales, provocó dos tipos de fenómenos y de críticas complementarias. De un lado aparecieron centros de dominación y acumulación en el propio Tercer mundo que llevaron a pesar en la categoría del “subimperialismo” —con África del Sur, Israel, Irán, Brasil, la India—; (Petras, *et al.*, 1981: 39) de otro, a la creciente articulación de las burguesías nacionales con las trasnacionales se añadió un proceso de integración y articulación militar de los ejércitos y los gobiernos “burocrático-autoritarios” del Tercer mundo. Todas estas alianzas y articulaciones hacían aparecer el proyecto independiente como ilusorio. De otra parte, en los propios países del bloque socialista se fueron acentuando las contradicciones entre la acumulación social y pública y la privada y personal, así como las manifestaciones dogmáticas y vacías de un marxismo-leninismo en el que los ritos ocuparon todo el espacio de la razón, del entendimiento y del juicio. Desde la izquierda, ciertos autores no sólo negaron la existencia de un “Tercer mundo” sino incluso la de “dos mundos”. A.G. Frank, entre otros, aunque con más firmeza, sostuvo la tesis de que existe un sólo mundo y de que así ha sido “prácticamente desde el principio de la historia humana” (Frank, 1991).

Con la Perestroika y el fin de la URSS, Gorbachov no sólo abandonó las interpretaciones basadas en la acumulación, las clases y el imperialismo sino sostuvo la idea de una sola lucha humana, con supeditación de los intereses nacionales o de clase, y la cooperación de los antiguos bloques en pugna para el bien universal (Gorbachov, 1988).

Declarado el fin del ciclo revolucionario mundial y reconocida la derrota de los movimientos de liberación nacional, incluso Fidel Castro dijo: “si un país socialista quiere construir el capitalismo tenemos que respetar su derecho” (Castro, 1989). Los académicos de la URSS llegaron más lejos, declararon obsoletas categorías como la “lucha de clases” y formas de investigación y acción como la marxista-leninista o como el propio marxismo, que ellos habían sido los primeros en eliminar al convertirlo en objeto de adoración oficial, y al que oficialmente enterraban para convertir en nuevo objeto de adoración al “mercado”.

Acabados el “Segundo” y el “Tercer mundo” sólo pareció quedar el “Primero”, que se desarrollara desde el siglo XVI y que desde entonces empezara a dominar el Mundo. Los países socialistas encabezados por la URSS y los que intentaron su desarrollo nacional en la segunda postguerra desde posiciones nacionalistas, socialistas, comunistas y populistas, durante un tiempo lograron pautas de acumulación mundial e interna distintas a las tendencias naturales de la economía de mercado. Si cambios parecidos habían sido alcanzados por las “socialdemocracias” de las grandes potencias, los movimientos comunistas y nacionalistas o los de las nuevas revoluciones de los sesenta lograron dar un peso especial al desarrollo de las fuerzas productivas de sus países, a la redistribución del excedente para acordar una proporción mayor a sectores del trabajo intelectual y manual, a la recuperación y preservación de territorios y riquezas nacionales, antes en manos de grandes potencias, y para la preservación de la paz mundial y la coexistencia pacífica. Envueltos en contradicciones brutales que provocaron fenómenos de corrupción y enriquecimiento, de autoritarismo y envilecimiento intelectual e ideológico y que llevaron a posiciones militaristas internas e internacionales, su fin influyó en deterioro y desuso relativo de la expresión “Tercer mundo”. A fines de los ochenta, más bien volvió a pensarse en la categoría de “capitalismo central” y “periférico” que acuñara Paul Baran y en que fuera pionero Raúl Prebisch en la Cepal. Dentro del marxismo la categoría de capitalismo periférico sería particularmente desarrollada por Samir Amin. En ella se incluyen los antiguos países de origen colonial de África, Asia y América Latina, a los que se añaden hoy la URSS y el bloque de sus aliados de Europa Central y Oriental. En cuanto a China, Vietnam y Cuba parecen resistir muy difícilmente al proceso globalizador de un capi-

talismo que también en los años ochenta ha aumentado la población de los países pobres haciéndola pasar de las dos terceras a las tres cuartas partes de la humanidad.

La expresión “Tercer mundo” se sigue usando en la “Postguerra fría”, aunque con menos discriminaciones ideológicas y más vaguedad. Hay, al mismo tiempo, quienes prefieren hablar de los “Países del Sur” y de las relaciones “Norte-Sur” para plantear, aunque sea indirectamente, algunos de los problemas que antes se planteaban con el uso de la categoría del “Tercer mundo”, o con su expresión acuñada.

BIBLIOGRAFÍA

- Castro, Fidel (1989). “Discurso en el xxxvi Aniversario del 26 de julio”. *Granma*, 1985, p. 32 y ss.
- Cavanagh et al. (1985). *From Debt (o Development. Alternatives to the International Debt Crisis)*. Washington: Institute for Policy Studies.
- Comarin, E. (dir.) (1987). *L'Etat du tiers monde*. París: La Découverte.
- Chambers, R. (s.f.). “Putting the last first”, IDS Bulletin, abril.
- Chomsky (1988) *The Culture of Terrorism*. Boston: South End Press.
- Cox, R. W. (1987). “International Organization and World Community”. Conference on Common Security and the Role of the State. Yokohama (Japón), diciembre 13-15, Brown, L.
- Durning A. B. (1989). “Poverty and the environment. Reversing the downward spiral”. *Worldwatch Paper* 92, noviembre, p. 6.
- Frank, A. Gunder (1991). “World system history phase”. *Journal of World History*, II, 1.
- Friedman, M., y R. Friedman, (1981). *Free to Choose*. Nueva York: Avon.
- Gavrilovic, M. (1970) “The vitality of non-alignment”. *Review of International Affairs*. Belgrado, XXI, 482, véase *Breve Diccionario político*, Buenos Aires, 1970, basado en el *Pequeño Diccionario Político* de I.V. Liojin y M.E. Struve, 1969.
- Gorvachov, Mijail (1989) “Intervención en la ONU”, 7 de diciembre de 1988; “Intervención en el Encuentro en la sede del CC del PCUS con personalidades de la ciencia y la cultura”, enero.
- Nyerere, Julius (1988). *Third World Politics: A Comparative Introduction*, citado por P. Cammack, D. Pooly W. Tordoff. Londres: MacMillan.
- Petras, James F. et al. (1981). *Class, State and Power in the Third World*. Londres: Zed, 39.
- R. (1989). *State of the World 1989*. Nueva York: Worldwatch Institute.
- Strahm, R. H. (1986). *Pourquoi sont ils si pauvres?* Boudry: La Baconniere.

UNIDIR (1988). Newsletter. United Nations Institute for Disarmament Research. Ginebra, 1, 2, junio. p. 3.

WFP (World Food Programme) (1988). *Global State of Hunger and Malnutrition*. Nueva York: United Nations.

Colonialismo interno (una redefinición)¹

1 Este texto se publicó originalmente en 2003 en *Revista Rebeldía*, núm. 12, México. Disponible en *Conceptos y Fenómenos Fundamentales de Nuestro Tiempo*. https://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos_final/412trabajo.pdf



EN LA HISTORIA DEL CAPITALISMO

En una definición concreta de esta categoría, tan significativa para las nuevas luchas de los pueblos se requiere: Primero, precisar que el colonialismo interno se da en el terreno económico, político, social y cultural. Segundo precisar cómo evoluciona el colonialismo interno a lo largo de la historia del Estado nación y del capitalismo. Tercero, precisar cómo se relaciona el colonialismo interno con las alternativas emergentes, sistémicas y antisistémicas, en particular las que conciernen a “la resistencia” y a “la construcción de autonomías” dentro del Estado nación, así como a la creación de vínculos (o a la ausencia de vínculos) con los movimientos y fuerzas nacionales e internacionales de la democracia, la liberación y el socialismo.

El colonialismo interno ha sido una categoría tabú para muy distintas corrientes Ideológicas. Para los ideólogos del imperialismo porque no pueden concebir que se den las relaciones de comercio inequitativo, desigualdad y explotación ni en un plano internacional ni a nivel interno. Para los ideólogos que luchan con los movimientos de liberación nacional o por el socialismo porque, una vez en el poder, olvidados del pensamiento dialéctico o ayunos del mismo, no aceptan reconocer que el Estado nación que dirigen o al que sirven, mantiene y renueva muchas de las estructuras co-

loniales internas que prevalecían durante el dominio colonial o burgués. Es más, estos ideólogos advierten con razón cómo el imperialismo o la burguesía aprovechan las contradicciones entre el gobierno nacional y las nacionalidades neocolonizadas para debilitar y desestabilizar cada vez que pueden a los estados surgidos de la revolución o de las luchas de liberación, y esos argumentos, que son válidos, les sirven también como pretexto para oponerse a las luchas de las “minorías nacionales”, de “las nacionalidades”, o de “los pueblos originales” sin que la correlación de fuerzas subsistente sea alterada ni les permita modificarla en un sentido liberador que incluya la desaparición de las relaciones coloniales en el interior del Estado nación.

La definición del colonialismo interno está originalmente ligada a fenómenos de conquista, en que las poblaciones de nativos no son exterminadas y forman parte, primero del Estado colonizador y después del Estado que adquiere una independencia formal, o que inicia un proceso de liberación, de transición al socialismo, o de recolonización y regreso al capitalismo neoliberal. Los pueblos, minorías o naciones colonizados por el Estado nación sufren condiciones semejantes a las que los caracterizan en el colonialismo y el neocolonialismo a nivel internacional: 1°. Habitan en un territorio sin gobierno propio. 2°. Se encuentran en situación de desigualdad frente a las élites de las etnias dominantes y de las clases que las integran. 3°. Su administración y responsabilidad jurídico-política conciernen a las etnias dominantes, a las burguesías y oligarquías del gobierno central o a los aliados y subordinados del mismo. 4°. Sus habitantes no participan en los más altos cargos políticos y militares del gobierno central, salvo en condición de “asimilados”. 5°. Los derechos de sus habitantes, su situación económica, política social y cultural son regulados e impuestos por el gobierno central. 6°. En general los colonizados en el interior de un Estado nación pertenecen a una “raza” distinta a la que domina en el gobierno nacional y que es considerada “inferior”, o a lo sumo convertida en un símbolo “liberador” que forma parte de la demagogia estatal. 7°. La mayoría de los colonizados pertenece a una cultura distinta y habla una lengua distinta de la “nacional”. Si como afirmara Marx “un país se enriquece a expensas de otro país” al igual que “una clase se enriquece a expensas de otra clase”, en muchos Estados nación que provienen de la conquista de territorios, llámense imperios o repúblicas, a esas dos formas de enriquecimiento se añaden las del colonialismo interno.

En la época moderna el colonialismo interno tiene antecedentes en la opresión y explotación de unos pueblos por otros, desde que, a la articulación de distintos feudos y dominios característica de la formación de los reinos, se sumó en el siglo xvii y la revolución inglesa, el poder de las burguesías. Los acuerdos más o menos libres o forzados de las viejas y nuevas clases dominantes crearon mezclas de las antiguas y las nuevas formas de dominación y apropiación del excedente y dieron lugar a formaciones sociales en las que fue prevaleciendo cada vez más el trabajo asalariado frente al trabajo servil, sin que éste y el esclavo desaparecieran. La creciente importancia de la lucha entre dos clases, la burguesía y el proletariado, se dio con toda claridad en la primera mitad del siglo xix. A partir de entonces, la lucha de clases ocupó un papel central para explicar los fenómenos sociales. Pero a menudo se extrapoló su comportamiento, ya porque se pensara que la historia humana conducía del esclavismo, al feudalismo, al capitalismo, ya porque no se reparara en el hecho de que el capitalismo industrial sólo permitía hacer generalizaciones sobre una parte de la humanidad, ya porque no se advirtiera que el capitalismo clásico estaba sujeto a un futuro de mediaciones y reestructuraciones de la clase dominante y del sistema capitalista por el que aquélla buscaría fortalecerse frente a los trabajadores.

En todo caso en el propio pensamiento clásico marxista prevaleció el análisis de la dominación y explotación de los trabajadores por la burguesía frente al análisis de la dominación y explotación de unos países por otros. Con la evolución de la socialdemocracia y su cooptación por los grandes poderes coloniales, no sólo se atenuó y hasta olvidó el análisis de clase sino se acentuó el menosprecio por las injusticias del colonialismo. Estudios como el de J. A. Hobson sobre el imperialismo fueron verdaderamente excepcionales. Sólo con la revolución rusa se planteó a la vez una lucha contra el capitalismo y contra el colonialismo. Por parte de los pueblos coloniales o dependientes durante mucho tiempo surgieron movimientos de resistencia y rebelión con características predominantemente particularistas.

A principios del siglo xx algunas revoluciones de independencia y nacionalistas empezaron a ser ejemplares, como la china o la mexicana. Pero los fenómenos de colonialismo interno, ligados a la lucha por la liberación, la democracia y el socialismo sólo se dieron más tarde. Aparecieron ligados al surgimiento de la nueva izquierda de los años sesenta y a su crítica más

o menos radical de las contradicciones en que habían incurrido los estados dirigidos por los comunistas y los nacionalistas del Tercer Mundo.

Aun así, puede decirse que no fue sino hasta fines del siglo xx cuando los movimientos de resistencia y por la autonomía de las etnias y los pueblos oprimidos adquirieron una importancia mundial. Muchos de los movimientos de etnias, pueblos y nacionalidades no sólo superaron la lógica de lucha tribal (de una tribu o etnia contra otra), y no sólo hicieron uniones de etnias oprimidas, sino plantearon un proyecto simultáneo de luchas por la autonomía de las etnias, por la liberación nacional, por el socialismo y por la democracia. La construcción de un estado multiétnico se vinculó a la construcción de “un mundo hecho de muchos mundos” que tendría como protagonistas a los pueblos, los trabajadores y los ciudadanos. En ese proyecto destacaron los conceptos de resistencia y de autonomía de los pueblos zapatistas de México.

OBSTÁCULOS Y LOGROS EN LA DEFINICIÓN

Los primeros apuntes del colonialismo interno se encuentran en la propia obra de Lenin. En 1914, Lenin se interesó por plantear la solución al problema de las nacionalidades y las etnias oprimidas del Estado zarista para el momento en que triunfara la revolución bolchevique. En ese año escribió “Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación”; en 1916 escribió específicamente sobre “La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación”.

Lenin buscó “evitar la preponderancia de Rusia sobre las demás unidades nacionales”. Hizo ver que la Internacional Socialista debía “denunciar implacablemente las continuas violaciones de la igualdad de las naciones y garantizar los derechos de las minorías nacionales en todos los Estados capitalistas”. A fines de la guerra planteó la necesidad de una lucha simultánea contra el paneslavismo, el nacionalismo y el patriotismo ruso (que constituían la esencia del imperialismo ruso) y en 1920 hizo un enérgico llamado a poner atención en “la cuestión nacional” y en el hecho de que Rusia “en un mismo país, es una prisión de pueblos”.

La noción de colonialismo interno no apareció, sin embargo, hasta el Congreso de los Pueblos de Oriente celebrado en Baku en septiembre de ese año. Allí los musulmanes de Asia, “verdadera colonia del imperio ruso” hicieron los primeros esbozos de lo que llamaron “el colonialismo en el interior de Rusia”. Es más, hicieron los primeros planteamientos en el ámbito marxista-leninista, de lo que llegaría a conocerse más tarde como la autonomía de las etnias. Concretamente, sostuvieron que “la revolución no resuelve los problemas de las relaciones entre las masas trabajadoras de las sociedades industriales dominantes y las sociedades dominadas” si no se plantea también el problema de la autonomía de estas últimas. Advirtieron la dificultad de hacer a la vez un análisis de la lucha de liberación, o por la autonomía de las etnias, que no descuidara el análisis de clase o que no subsumiera la lucha de los pueblos y las naciones en la lucha de clases. De hecho, frente a la posición del propio Lenin en el 2.º Congreso del Kominintern, la presión fue muy grande para pensar qué etnias y minorías se redimirían por la revolución proletaria. Sultán-Galiev quiso encontrar una solución que aumentó los enredos metafísicos sobre colonialismo y clase. En 1918 sostuvo que los pueblos oprimidos “tenían el derecho a ser llamados pueblos proletarios” y que al sufrir la opresión casi todas sus clases “la revolución nacional” tendría el carácter de revolución socialista. Ésas y otras afirmaciones carentes del más mínimo rigor para analizar las complejidades de la lucha de clases y para construir la alternativa socialista endurecieron las posiciones de quienes sostenían directa o indirectamente que “la cuestión nacional” (como eufemísticamente llamaban al colonialismo interno) “sólo podría resolverse después de la revolución socialista”. Los propios conceptos que tendieron a prevalecer en el estado centralista —enfrentado al imperialismo y al capitalismo— se complementaron con reprimendas a las reivindicaciones concretas de croatas, eslovenios, macedonios, etcétera. Se condenaron sus demandas como particularistas, en especial las que reivindicaban la independencia. Así se cerró la discusión en el v Congreso de la Internacional. A partir del vi “se abandonaron las posiciones analíticas” y se concibió “lo universal” al margen de los hechos nacionales y étnicos. Desde entonces prevaleció la dictadura de Stalin en el partido y en el país.

Encontrar la convergencia de “la revolución socialista” y la “revolución nacional” siempre resultó difícil. La teorización principal se hizo en torno

a las clases, mientras etnias o nacionalidades se atendieron como sobreterminaciones circunstanciales. Los conceptos de etnias y nacionalidades como los de alianzas y frentes oscilaron más que los de la lucha de clases, en función de categorías abstractas y de posiciones tácticas. Clase y nación, socialismo y derechos de las etnias, enfrentamientos y alianzas, se defendieron por separado o se juntaron según los juicios coyunturales del partido sobre las “situaciones concretas”.

El descuido del concepto de colonialismo interno en el marxismo oficial y en el crítico obedeció a intereses y preocupaciones muy difíciles de superar. La hegemonía de la URSS en los partidos comunistas del mundo dio a sus planteamientos sobre el problema un carácter paradigmático. Las luchas de las naciones contra el imperialismo, y la lucha de clases en el interior de cada nación y a nivel mundial, oscurecieron las luchas de las etnias en el interior de los Estados nación. Sólo se encontró el sentido de las luchas nacionales como parte de la lucha antiimperialista y de la lucha de clases o de estrategias variables como los “frentes amplios”.

Desde los años 30 y 40 toda demanda de autodeterminación en la URSS fue tachada de separatista y de nacionalista. La hegemonía de Rusia y de los rusos correspondió a un constante y creciente liderazgo. La participación de otros pueblos en las esferas públicas y sociales llegó a ser prácticamente anulada. La propia “clase trabajadora” que perteneció al PCUS era sobre todo rusa. En la expansión de las grandes industrias en el territorio de la URSS, los rusos hacían “colonias” aparte y eran muy pocos los nativos que habitaban en ellas. La administración autoritaria dependía para sus principales decisiones de Moscú. En los setenta se acentuó la lucha por la democracia y las autonomías. Las respuestas del estado fueron inflexibles. La Constitución de 1977 no incluyó ningún artículo sobre los derechos de las minorías o de las etnias. En una reforma que se hizo a la Constitución el 1 de diciembre de 1988 se formuló un artículo por el que se pedía al Soviet de las Nacionalidades promover la igualdad entre las naciones, respetar los intereses de las naciones y luchar por “el interés común y las necesidades de un Estado soviético multinacional”. El partido se refirió a la necesidad de legislar sobre los derechos a usar más la lengua de las nacionalidades, de crear instituciones para la preservación de las culturas locales, de hacer efectivos y ampliar los derechos a tener representación en el gobierno central. Todo se quedó

en buenos deseos de una política que en parte sí se dio de los años 20 a los 60 en que a la publicación de textos en varios idiomas de las nacionalidades y al impulso a las culturas locales, correspondió un proceso de transferencias de excedente económico de Rusia a sus periferias, proceso que se revirtió desde entonces. En cualquier caso, incluso en los mejores tiempos, los rusos mantuvieron su hegemonía en la URSS y sus repúblicas. En medio de grandes transformaciones, y de innegables cambios culturales y sociales rehicieron la dominación colonial hasta que la URSS se volvió una nueva prisión de nacionalidades. Más que cualquier otra nación de la URSS, Rusia se “identificó” con la Unión Soviética y con el sistema socialista. El centralismo moscovita aplastaba y explotaba tanto las regiones de Rusia como las siberianas. Así, el comunismo de Estado suscitó en el interior de la propia Rusia resentimientos nacionales y locales. El fenómeno se hizo patente con la disolución de la URSS y con el nuevo gobierno ruso. Cuando se disolvió la URSS, Chechenia fue integrada en las fronteras de la nueva Rusia, como una de sus 21 repúblicas, a pesar de que nunca quiso firmar el Tratado Federal de las Repúblicas, territorios y barrios autónomos.

Todas las circunstancias anteriores y muchas más pusieron un freno intelectual y oficial, inhibitorio y autoritario a la reflexión sobre el “colonialismo interno”. Ese freno se dio especialmente en los países metropolitanos e imperialistas, pero también en las “nuevas naciones”. La lógica de la construcción del Estado y de las alianzas políticas, consciente e inconscientemente logró que la categoría del colonialismo interno fuera objeto sistemático de rechazo. En la periferia del mundo Frantz Fanon planteó el problema de los Estados liberadores que sustituyen a los explotadores extranjeros por los explotadores nativos, pero no relacionó ese problema con las etnias explotadas sino con las clases. Casi todos los líderes e ideólogos dieron prioridad a la lucha contra el imperialismo y a la lucha de clases como base para rechazar la lucha de las etnias, sin que éstas pudieran romper las barreras epistemológicas y tácticas que llevaban a desconocer sus especificidades. Así, el problema del colonialismo interno se expresó de manera fragmentaria y dispersa en el pensamiento marxista y revolucionario.

Cuando la noción de colonialismo interno fue formulada de manera más sistemática en América Latina, su vinculación a la lucha de clases y al poder del Estado apareció originalmente velada. González Casanova en *La Demo-*

cracia en México (1965) sostuvo la tesis de que en el interior del país se daban relaciones sociales de tipo colonial. “Rechazando que el colonialismo sólo debe contemplarse a escala internacional”, sostuvo que también “se da en el interior de una misma nación, en la medida en que hay en ella una heterogeneidad étnica, en que se ligan determinadas etnias con los grupos y clases dominantes, y otras con los dominados”. El mismo autor había analizado el concepto a nivel interno e internacional en un artículo especialmente dedicado al fenómeno (1963) y después lo hizo en su libro de ensayos sobre *Sociología de la explotación* (1969). En esos trabajos se precisaron los vínculos entre clases, imperialismo, colonialismo y colonialismo interno. También se amplió el alcance del colonialismo interno y se le relacionó con las diferencias regionales en la explotación de los trabajadores y con las transferencias de excedente de las regiones dominadas a las dominantes. El planteamiento correspondió a esfuerzos semejantes que fueron precedidos por C. Wright Mills. Mills fue el primero en usar la expresión: “colonialismo interno”.

Por esos años el concepto empezó a ser formulado sobre todo en el marxismo académico, en el pensamiento crítico y en las investigaciones empíricas de América Latina, Estados Unidos, África, Europa, Asia y Oceanía. La literatura al respecto es muy abundante e incluye investigaciones y trabajos de campo, entre los que sobresalió como uno de los pioneros el de Rodolfo Stavenhagen. Las discusiones sobre el concepto pasaron de ser debates más o menos contenidos entre especialistas a ser verdaderos encuentros y desencuentros entre políticos y dirigentes revolucionarios. Guatemala tal vez es el caso más marcado de cómo se planteó la lucha en torno al “colonialismo interno” como categoría para la liberación y el socialismo de indios y no indios. Allí también se dio el caso más agudo de mistificaciones que reducían esa categoría a una perspectiva étnica y de “repúblicas de indios”. A la violencia física se añadió la violencia verbal, lógica e histórica que se hace sufrir a “los más pobres entre los pobres”.

La historia del colonialismo interno como categoría, y de las discusiones a que dio lugar, mostraron sus peores dificultades en la comprensión de la lucha de clases y de la lucha de liberación combinada a nivel internacional e interno. Las corrientes ortodoxas se opusieron durante mucho tiempo al uso de esa categoría. Prefirieron seguir pensando en términos de lucha contra el “semifeudalismo” y contra el trabajo servil, sin aceptar que desde

los orígenes del capitalismo las formas de explotación colonial combinan el trabajo esclavo, el trabajo servil y el trabajo asalariado. Los Estados de origen colonial e imperialista y sus clases dominantes rehacen y conservan las relaciones coloniales con las minorías y las etnias colonizadas que se encuentran en el interior de sus fronteras políticas. El fenómeno se repite una u otra vez después de la caída de los imperios y de la independencia política de los Estados nación con variantes que dependen de la correlación de fuerzas de los antiguos habitantes colonizados y colonizadores que lograron la independencia.

Una objeción menor al uso de la categoría de colonialismo interno consistió en afirmar que en todo caso lo que existe es un semicolonialismo o neocolonialismo interno, lo cual en parte es cierto si por tales se toman las formas de dependencia y explotación colonial mediante el empleo (o la asociación) de gobernantes nativos que pretenden representar a las etnias de un Estado nación. Sólo que no todos los gobernantes de las etnias oprimidas se dejan cooptar por las fuerzas dominantes: muchos encabezan la resistencia de sus pueblos e incluso buscan con ellos nuevas alternativas de liberación, en una lucha que en América lleva más de quinientos años. Las etnias o comunidades de nativos o “habitantes originales” resultan ser así objetos de dominación y explotación y también importantes sujetos de resistencia y liberación.

MISTIFICACIONES Y ESCLARECIMIENTOS

El colonialismo interno ha dado lugar a innumerables mistificaciones que se pueden agrupar en cinco principales: Primera: se le desliga de las clases sociales e incluso se le excluye de las relaciones de explotación. No se le comprende como un fenómeno característico del desarrollo del capitalismo, ni se ve a quienes luchan contra él desde las etnias colonizadas, como parte del pueblo trabajador y del movimiento por la democracia, la liberación y el socialismo. Segunda: se le desliga de la lucha por el poder efectivo de un Estado nación multiétnico, por el poder de un Estado de todo el pueblo o de todos los pueblos, o por un poder alternativo socialista que se construya desde los movimientos de trabajadores, campesinos, pobladores urbanos.

Tercera: en sus versiones más conservadoras se le lleva al etnicismo y a la lucha de etnias, al batustanismo y a otras formas de balcanización y tribalización que tanto han ayudado a las políticas colonialistas de las grandes potencias y de los Estados periféricos a acentuar las diferencias y contradicciones internas de los Estados nación o de los pueblos que se liberan. En la interpretación etnicista del colonialismo interno las etnias más débiles no son convocadas expresamente a unirse entre sí ni a luchar al lado de la etnia más amplia y de sus fuerzas liberadoras, o dentro del movimiento de todo el pueblo y de todos los pueblos. No se apoya a las etnias en las luchas contra sus “mandones” y “caciques”, o contra los grupos de poder e interés, muchos de ellos ligados a las clases dominantes del Estado nación y de las potencias imperialistas. La versión conservadora del colonialismo interno niega u oculta la lucha de clases y la lucha antiimperialista, aísla a cada etnia y exalta su identidad como una forma de aumentar su aislamiento. Cuarta: se rechaza la existencia del colonialismo interno en nombre de la lucha de clases, a menudo concebida de acuerdo con la experiencia europea que fue una verdadera lucha contra el feudalismo. Se rechaza al colonialismo interno en nombre de la “necesaria descampesinización” y de una supuesta tendencia a la proletarianización de carácter determinista, que idealiza a una lucha de clases simple. Para ese efecto se invoca como ortodoxia marxista la línea de una revolución antifeudal, democrático-burguesa y antiimperialista. Esta mistificación como algunas de las anteriores utiliza argumentos revolucionarios para legitimar políticas conservadoras e incluso reaccionarias. Quinta: desde posiciones nacionalistas y paternalistas, a menudo ligadas al aburguesamiento del Estado nación que surgió de la revolución liberadora, una quinta forma de mistificar la realidad social, consiste en rechazar el concepto de colonialismo interno con argumentos propios de la sociología, la antropología o la ciencia política estructural-funcionalista, por ejemplo al afirmar: a) que se trata de un problema eminentemente cultural de la llamada “sociedad tradicional”, el cual se habrá de resolver con una política de “modernización”; b) que se trata de un problema de “integración nacional” para construir un Estado-homogéneo que llegará a tener una misma lengua y una misma cultura. En estas posiciones se sostiene, de una manera u otra, que el colonialismo interno, en caso de existir, se acabará mediante el “progreso”, el “desarrollo”, la “modernidad”, y que si algo hay parecido al

“colonialismo interno” la semejanza se debe a que sus víctimas, o los habitantes que lo padecen, se hallan en etapas anteriores de la humanidad (“primitivas”, “atrasadas”). El darwinismo político y la sociobiología de la modernidad se utilizan para referirse a una inferioridad congénita de esas poblaciones que son “pobres de por sí” y que “no están sometidas a explotación colonial ni a explotación de clase”. Los teóricos del Estado centralista sostienen que lo verdaderamente progresista es que todos los ciudadanos sean iguales ante la ley y afirman que los problemas y las soluciones para las minorías y las mayorías corresponden al ejercicio de los derechos individuales y no de supuestos derechos de los pueblos o las etnias de origen colonial y neocolonial. Otros, invocan la necesidad de fortalecer a la nación-estado frente a otros Estados y frente a las potencias neocoloniales acabando con las diferencias tribales que aquéllas aprovechan para debilitar el legado y el proyecto del Estado nación a que uno pertenece. Semejantes argumentos se acentúan en la etapa del “neoliberalismo” y la “globalización” por gobiernos que colaboran en el debilitamiento del Estado nación, como los de Guatemala y México.

Las tesis que distorsionan o se niegan a ver el colonialismo interno, se enfrentan a planteamientos cada vez más ricos vinculados a las luchas contra la agresión, explotación y colonización externa e interna.

Entre las zonas o regiones donde se ha discutido con más profundidad el problema del colonialismo interno se encuentran África del Sur y Centroamérica. El Partido Comunista Sudafricano ha afirmado: “La Sud-África de la población que no es blanca es la colonia de la población blanca de Sud-África”. Ha hecho ver cómo el capital monopólico y el imperialismo se han combinado con el racismo y el colonialismo para explotar y oprimir a territorios que viven bajo un régimen colonial o neocolonial. El planteamiento ha dado lugar a grandes debates, muchos de ellos formales, en que se niega el colonialismo interno afirmando que “desde una perspectiva marxista (per se) la clase obrera bajo el capitalismo no puede beneficiarse de la explotación colonial”. El problema se ha complicado con la mistificación de buscar la independencia de “subestados” o “estados étnicos” sin capacidad real de enfrentar el poder de la burguesía y el imperialismo. El oscurecimiento ha sido aún más grave con el uso del concepto de colonialismo interno por el pensamiento conservador y paternalista, que pretende dar la bienvenida a

la fingida independencia de los batustanes. En ocasiones el debate se ha hecho tan complejo que muchos autores progresistas y marxistas han recurrido más al concepto de racismo como mediación de la lucha de clases que al concepto de colonialismo interno. O'Meara ha expresado este hecho de la manera siguiente: "la política racial es un producto histórico diseñado sobre todo para facilitar la acumulación de capital, y ha sido usado así por todas las clases con acceso al poder del Estado en Sud-África". Con el racismo, como ha observado Johnstone "Los nacionalistas y los obreros blancos logran la prosperidad y la fuerza material por la supremacía blanca". Todo eso es cierto, pero con el sólo concepto de racismo se pierde el de los derechos de las "minorías nacionales" o "etnias" dominadas y explotadas en condiciones coloniales o semicoloniales y que resisten defendiendo su cultura y su identidad. Con el solo concepto de "racismo" se pierde el del derecho que tienen las etnias a regímenes autónomos.

La noción de etnias ligada a la revolución de todo el pueblo y al poder de un Estado que reconozca su autonomía es la solución que encontró el gobierno revolucionario de Nicaragua finalmente derrocado por la "contra" y por las claudicaciones de muchos de sus dirigentes. En 1987 fue promulgada en Nicaragua una nueva Constitución que en el artículo 90 incluye los derechos de las etnias a la "autonomía regional". El concepto de autonomía y su formulación jurídica lograron precisar con toda claridad la diferencia entre "autonomía regional" y soberanía del Estado nación. Para fortalecer al Estado nación y respetar la identidad y los derechos de las etnias se buscó resolver a la vez el "problema étnico-nacional". Se "reconoció la especificidad lingüística, cultural y socioeconómica de las etnias o minorías nacionales" a las que con frecuencia trata de ganar para sí la contrarrevolución y el imperialismo. El planteamiento no logró, sin embargo, vincular suficientemente las luchas de las etnias con las de las demás fuerzas democráticas y liberadoras. La tendencia a plantear la lucha por la "autonomía" de los pueblos indios sin vincularlas a las luchas por las autonomías de los municipios, y de las organizaciones de pueblos, trabajadores y ciudadanos, haría de ese esfuerzo un ejemplo que sólo sería superado por el movimiento de liberación de Guatemala y, sobre todo, por los zapatistas de México.

Frente al "indigenismo marxista que no contempló ninguna reivindicación étnica" o frente al que pretendió oscurecer la lucha de clases con las

luchas de las etnias, desde la década de los ochentas los revolucionarios centroamericanos, en particular los de Nicaragua y Guatemala aclararon considerablemente la dialéctica real de la doble lucha. “Para nosotros —dice un texto guatemalteco— el camino del triunfo de la revolución entrelaza la lucha del pueblo en general contra la explotación de clase y contra la dominación del imperialismo yanqui, con la lucha por sus derechos de los grupos étnico-culturales que conforman nuestro pueblo, complementándolos de manera dialéctica y sin producir antagonismos”.

CONCEPTOS DE LA LUCHA Y DE LOS ESPACIOS DE LA LUCHA

A la presencia del colonialismo interno en el concepto de la lucha de clases y por la liberación nacional se añade la de los espacios de la lucha de clases y de la liberación nacional. Si en un caso el colonialismo interno enriquece la comprensión y la acción de las luchas de los trabajadores y de los pueblos oprimidos, en otro plantea el problema de las diferencias y semejanzas de los campos de lucha que no sólo interesan a los trabajadores o a los pueblos oprimidos sino a todas las fuerzas interesadas en construir un mundo alternativo desde lo local hasta lo global, desde lo particular hasta lo universal. La diferencia entre precisar la lucha y precisar los campos de lucha se aclara a partir de algunos textos de Mariátegui, de Gramsci y de Henri Lefebvre.

Mariátegui coloca a los pueblos indios en el centro de la problemática nacional. La originalidad de su planteamiento y la dificultad de reconocerla se percibe mejor si se coloca el problema de las etnias entre los problemas centrales de la humanidad. La idea resulta políticamente chocante y epistemológicamente desdeñable. Para la mayor parte de las fuerzas dominantes en Perú y en el mundo los problemas de los indios, de las minorías, de las etnias son problemas “particularistas”, no universales. El planteamiento de Mariátegui poco tiene que ver con buena parte de la izquierda de ayer y de hoy para las que los indios y las etnias sometidas “no se ven”, no existen como actores ni en la problemática de la lucha de clases ni en la lucha nacional contra el imperialismo, ni en el proyecto de una revolución democrática y socialista.

Mariátegui plantea, por su parte, la imposibilidad (sic) de una política en Perú en que los principales contingentes no sean los pueblos indios. Si generalizamos su reflexión, Mariátegui plantea en cada país o Estado nación pluriétnico la imposibilidad de una política alternativa que no tome en cuenta entre los actores centrales a sus etnias, o pueblos oprimidos, aliados e integrados a los trabajadores y a las demás fuerzas democráticas y socialistas. Yendo más allá de los planteamientos populistas de su tiempo y de su país, propone una lucha nacional e iberoamericana en que lo indonacional y lo indoamericano se inserten en la realidad mundial de la lucha de liberación y de clases.

José Carlos Mariátegui (1894-1930), fundador del Partido Socialista del Perú, que perteneció a la Tercera Internacional, se opuso con razón al proyecto populista de “formación de las Repúblicas independientes” con los pueblos indios. Al mismo tiempo reconoció como actor central en la lucha nacional y de clases a los indios unidos con los trabajadores. Y esto no fue nada más un decir, o una reflexión quijotesca y dogmática de indianismo y obrerismo. Fue una reflexión de realismo político y revolucionario. Mariátegui indianizó la lucha de clases; indianizó la lucha antiimperialista y planteó la necesidad de hacer otro tanto en cualquier país o región donde hubiera poblaciones colonizadas, etnias, pueblos oprimidos, minorías o nacionalidades en condiciones de esa explotación, discriminación y dominación que distingue a los trabajadores de las etnias dominantes, o “asimilados”, frente a los trabajadores de las etnias dominadas, discriminadas, excluidas.

En Mariátegui los espacios sociales y las particularidades de la lucha de clases y de liberación aparecieron en relación a un determinado país, a un determinado Estado nación, sin que ese autor precisara los diferentes espacios de dominación y explotación en el país ni las categorías colectivas distintas que podían y debían integrarse o asociarse a la clase trabajadora y sus frentes de lucha. Gramsci y Lefèbvre llenaron algunos de esos vacíos a partir de las propias experiencias europeas. En ese mismo terreno los seguiría Renée Lafont.

Entre las contribuciones de Gramsci al estudio de los campos de lucha destaca sin duda su estudio sobre las relaciones entre el Norte y el Sur de Italia. Un párrafo de sus *Cuadernos de la cárcel* sintetiza en forma magistral su pensamiento. “La miseria del Mezzogiorno fue “inexplicable” histórica-

mente para las masas populares del Norte; éstas no comprendían que la unidad no se daba sobre una base de igualdad sino como hegemonía del Norte sobre el Mezzogiorno, en una relación territorial de ciudad-campo, esto es en que el Norte era concretamente una “sanguijuela” que se enriquecía a costa del Sur y que su enriquecimiento económico tenía una relación directa con el empobrecimiento de la economía y de la agricultura meridional. El pueblo de la Alta Italia pensaba por el contrario que las causas de la miseria del Mezzogiorno no eran externas sino sólo internas e innatas a la población meridional, y que dada la gran riqueza natural de la región no había sino una explicación, la incapacidad orgánica de sus habitantes, su barbarie, su interioridad biológica. Estas opiniones muy difundidas sobre “la pobreza andrajosa napolitana” fueron consolidadas y teorizadas por los sociólogos del positivismo que les dieron la fuerza de “verdad científica” en un tiempo de superstición en la ciencia”. El texto es impecable. Permite comprender cómo en un solo país, Italia, se planteó el problema del colonialismo interno. Pero ese problema no se piensa entre “los hombres del pueblo” ni entre los “científicos” como colonialismo ni como interno. Con el habitual oportunismo epistemológico en la manipulación y mutilación de categorías, “el colonialismo”, como explicación, es sustituido por los “sociólogos”. Para ellos “la inferioridad racial” de los italianos del Sur y la superioridad de los del Norte constituye “el factor determinante”. Lo interno del país llamado Italia es sustituido por lo interno inferior propio del Sur y por lo interno superior propio del Norte. Oculta las relaciones entre Norte y Sur.

Gramsci usa la metáfora de la sanguijuela para hablar de la explotación regional. Aborda, como contraparte el problema de la unidad en la diversidad para la formación de un bloque histórico que comprenda la necesidad de la unidad con respeto a las autonomías. Rechaza el temor de los reaccionarios que en el pasado vieron en la lucha por la autonomía de Cerdeña un peligroso camino para la mutilación de Italia y el regreso de los Borbones. Defiende las luchas por la autonomía del pasado y el presente.

En todo caso, como ha observado con razón, Edward W. Soja, la explotación de unas regiones por otras sólo se entiende cuando en las regiones se estudian las relaciones de producción y de dominación con sus jerarquías y sus beneficiarios. De llevarse a cabo ese análisis aparecen, entre otros fenómenos, los del colonialismo interno tanto en la intensificación de la

dominación del capital nacional e internacional como en la ocupación de los espacios territoriales y sociales de un país a otro o en el interior de un mismo país. La explotación, dominación, discriminación y exclusión de los “trabajadores coloniales”, por el capital nacional y extranjero se da en el interior de las fronteras políticas nacionales, o fuera de ellas. Plantea diferencias económicas, políticas y jurídicas significativas entre los trabajadores “coloniales” o inmigrantes que viniendo de las periferias a los países o regiones centrales compiten con los trabajadores residentes, vendiendo más barata su fuerza de trabajo. Las discriminaciones y oposiciones también se dan entre los trabajadores de las etnias dominantes y los trabajadores de las etnias dominadas. Superar esas diferencias en frentes comunes sólo es posible cuando se reconoce la unidad de intereses y valores en medio de la diversidad de etnias y trabajadores residentes e inmigrantes.

Henri Lefèbvre y Nicos Poulantzas critican al marxismo que descuida la ocupación y la reestructuración del espacio. Precisan el vago método del análisis concreto de las situaciones concretas actuales. Se refieren, aun sin decirlo así, a la necesaria consideración de distintas situaciones tanto a lo largo de los tiempos como a lo ancho de los espacios de dominación y apropiación.

Lefèbvre hace ver que la ocupación del espacio, y la producción de espacios por el capitalismo es lo que le permite disminuir sus contradicciones. Analiza la manipulación física y teórica de los espacios de la clase obrera, desde Haussmann con sus “bulevares” hasta el actual mercado mundial. Y añade: “hay un semicolonialismo metropolitano que subordina a sus centros los elementos campesinos y de obreros extranjeros [...] todos sometidos a una explotación concentrada [...] y que mantiene la segregación racial”. Observa que “agrupando los centros de decisión, la ciudad moderna intensifica la explotación organizándola en toda la sociedad y no sólo en la clase obrera sino en otras clases sociales no dominantes” (Esas “clases sociales no dominantes” son las de los medianos y pequeños propietarios, artesanos, y “clases medias pobres”, las de los “marginados” y excluidos, base de los “acarreados” de los frentes populistas y socialdemócratas, hay elementos de lucha contra el neoliberalismo y por la democracia incluyente).

El rico significado del “colonialismo interno” como categoría que abarca toda la historia del capitalismo hasta nuestros días y que, con ese u otro

nombre, opera en las relaciones espaciales de todo el mundo es analizado por Robert Lafont en su libro sobre *La revolución regionalista*. Lafont analiza el problema en la Francia de De Gaulle, pero lleva el análisis mucho más allá de las fronteras de ese país centralizado, cuyas diferencias étnicas o regionales son a menudo olvidadas, y de un “Estado benefactor” particularmente pujante y avanzado. Sus reflexiones generales se ven ampliamente confirmadas en países con muchas mayores diferencias regionales como España, Italia, Inglaterra, Yugoslavia y Rusia en la propia Europa, no se diga ya en la inmensa mayoría de los países de la periferia mundial. También se ven confirmadas y acentuadas en la gran mayoría de los países postsocialistas, que vivieron bajo regímenes de socialismo de Estado. Su peso alcanza magnitudes sin precedente con el paso del “Estado de bienestar” o del “Socialismo de Estado” al Estado neoliberal que surgió en Chile desde el golpe de Pinochet, y que se instaló en las metrópolis con los gobiernos de la Thatcher y de Reagan. Las políticas neoliberales adquirieron perfiles cada vez más agresivos en el desmantelamiento del “estado social”, y desataron “guerras humanitarias” y “justicieras” para la apropiación de posiciones militares, de vastos territorios y de valiosos recursos energéticos, como las que han ocurrido desde las invasiones de Kosovo, Palestina, Afganistán, hasta las de Irak todas las han aprovechado y manipulado las luchas entre etnias para invadir a los Estados nación y someter a sus pueblos. La declaración de una guerra permanente o “sin fin previsible” por el gobierno de Estados Unidos abrió una nueva época del “estado terrorista”, y una nueva época de conquistas y colonizaciones transnacionales, internacionales e intranacionales. En todas ellas el colonialismo interno tiende a articularse con el colonialismo internacional y con el transnacional, con sus redes de poderosas empresas oligopólicas y sus empresas paramilitares o gubernamentales.

Analizando a la Francia de los años sesenta Robert Lafont observó un aplastamiento en curso, de las estructuras regionales subsistentes. La invasión colonizadora, nacional-francesa o extranjera, es la conclusión lógica del subdesarrollo mantenido por la forma del Estado y por el régimen del gran capital que actúan conjuntamente.

Lafont no se refiere sólo al colonialismo interno sino a la colonización que se halla en proceso de aumentar en un Estado nación, y que está a cargo tanto del capital nacional como del extranjero. El perfil que da del colo-

nialismo se puede actualizar y reposicionar. Colonialización internacional y colonización interior tienden a realizar expropiaciones y despojos de territorios y propiedades agrarias existentes, y contribuyen a la proletarianización o empobrecimiento por depredación, desempleo, bajos salarios, de la población y de los trabajadores de las zonas subyugadas. Al despojo de territorios se añade la creación de territorios colonizados o de enclaves coloniales; al despojo de circuitos de distribución se añade la articulación de los recursos con que cuentan las megaempresas y los complejos; a la asfixia y abandono de la producción y los productos locales se agrega el impulso de los “*trusts*” extranjeros unidos al gran capital privado y público nativo.

La redemarcación de territorios y regiones rompe y rehace antiguas divisiones geográficas y crea nuevos límites y flujos. Abre al país. Mueve, por distintos lados, el “frente de invasión”. Elimina a buena parte de los medianos y pequeños empresarios y se ensaña con los artesanos y con las comunidades. Crea una “conciencia colonizadora” entre las distintas clases con pérdida de identidad de los nativos. Lleva a un primer plano las industrias extractivas frente a las industrias de transformación, y a éstas las reduce a “maquilas” en que los trabajadores reciben bajos sueldos, realizan grandes jornadas de trabajo, se someten a procesos de producción intensiva, todo con bajos márgenes de seguridad y salubridad, carencia efectiva de derechos de asociación, y control represivo por sindicatos y policías patronales.

La debilidad de los trabajadores aumenta en tanto las unidades de producción situadas en un mismo lugar elaboran “partes” de aparatos, máquinas y productos que se producen y ensamblan en lugares distintos y distantes, y en tanto las instalaciones pueden ser fácilmente desmontadas y removidas por los gerentes y propietarios. Así “se crean regiones enteras que dependen de una sola compañía y que están sometidas a sus objetivos” y a su dominación, no sólo corporativa, económica, parapolicial, sino psicológica, cultural, social, política, judicial [...] Las compañías dominan fábricas y dominan regiones. Esa dominación es muy difícil de romper, pero de ocurrir un rompimiento, las compañías tienen muchos recursos, incluidos los de la represión, de preferencia selectiva, con operaciones encubiertas o con acciones legitimadas por un estado privatizado. En todo caso, la alternativa de “sumisión con expoliación o de desempleo con exclusión” se plantea como “la opción racional” a los trabajadores y a sus familias.

Por otra parte, las conexiones y circuitos de distribución se hacen directamente de unas empresas a otras o en una misma megaempresa con sus sucursales y sus proveedores, sin que los flujos de importación-exportación-realización sean contabilizables a nivel internacional o nacional, y sin que puedan darse interferencias fiscales o laborales. Los circuitos internos de las compañías se benefician de la compra a los proveedores locales, con precios castigados, que en el caso de las regiones periféricas están muy por debajo del valor que alcanzan los mismos bienes y servicios en el mercado formal nacional o internacional.

Las compañías son enclaves territoriales y llegan a privatizar de tal modo el poder en regiones y países enteros que desaparece el monopolio de la violencia legal del Estado cuando así conviene a los intereses de las compañías o de los funcionarios estatales asociados y subordinados. En caso de conflicto con el gobierno local o con los trabajadores y los movimientos sociales y políticos, las “compañías invasoras” recurren al estado provincial, o al nacional, y si estos no atienden sus intereses y demandas, se amparan en las “potencias invasoras”. La lógica de que “lo que le conviene a las compañías le conviene a la nación y al mundo” (*“What is good for General Motors is good for the World”*) se impone de arriba abajo entre funcionarios, directivos, gerentes y empleados de confianza, o que aspiran a serlo. Corresponde al sentido común de una colonización internacional que se combina con la colonización interna y con la transnacional. En ella dominan las megaempresas y los complejos empresariales-militares. Todos actúan en forma “realista” y pragmática sobre las bases anteriores y se ilusionan o engañan pensando que la única democracia viable y defendible es la de los empresarios, para los empresarios y con los empresarios como dijo el presidente de México, Vicente Fox.

Lafont habla de “la Francia de las relaciones humanas concretas”. Su contribución al estudio analítico de lo concreto no sólo permite ver las diferencias entre el país formal y el país real, sino entre sus equivalentes mundiales y locales. Permite también ver lo concreto en relación a distintos tipos de organizaciones como los gobiernos y las compañías, y lo concreto de categorías como las clases, las potencias, las naciones inviables y los complejos con sus redes y jerarquías. El suyo es un análisis particularmente útil para determinar las causas o el origen de los problemas en distintas

etapas, regiones, estructuras y organizaciones. También lo es para plantear las alternativas, las alianzas, los frentes, los bloques y sus articulaciones en movimientos, organizaciones, redes y partidos o sus combinaciones y exclusiones en contingentes de resistencia y liberación en la lucha actual contra el sistema de dominación, acumulación, explotación, exclusión, opresión y mediación internacional, intranacional y transnacional.

Lafont plantea los problemas de la “revolución regionalista” advirtiendo que las regiones —como el tiempo histórico y el capitalismo— tienen un punto de ruptura. Él mismo esboza un proyecto de poder regional y de luchas democráticas y revolucionarias con autonomías. Propone que los sindicatos y otras organizaciones construyan una ciudadanía completa que incluya un humanismo regional en un mundo de pueblos.

COLONIALISMO INTER, INTRA Y TRANSNACIONAL

Con el triunfo mundial del capitalismo sobre los proyectos comunistas, socialdemócratas y de liberación nacional, la política globalizadora y neoliberal de las grandes empresas y los grandes complejos político-militares tiende a una integración de la colonización inter, intra y transnacional. Esa combinación le permite aumentar su dominación mundial de los mercados y los trabajadores, así como controlar en su favor los procesos de distribución del excedente en el interior de cada país, en las relaciones de un país con otro, y en los flujos de las grandes empresas transnacionales.

La política globalizadora y neoliberal redefine las empresas y los países con sus redes internacionales, intranacionales y transnacionales. El mundo no puede ser analizado si se piensa que una categoría excluye a las otras. En cuanto a las relaciones de dominación y explotación regional, las redes articulan los distintos tipos de comercio inequitativo y de colonialismo, así como los distintos tipos de explotación de los trabajadores, o las distintas políticas de participación y exclusión, de distribución y estratificación por sectores, empleos, regiones.

Las categorías de la acumulación se han redefinido históricamente. Procesos iterativos ampliados se consolidan con políticas macro de las fuerzas dominantes. Éstas impulsan las tendencias favorables al sistema. Frenan o

desarticulan las tendencias que les son desfavorables. Aunque ese proceder esté lejos de acabar con las contradicciones del sistema, e incluso en plazos relativamente cortos lo coloque en el orden de los “sistemas en extinción”, durante la etapa actual, cuya duración es difícil calcular, le da una fortaleza innegable.

La fortaleza del sistema dominante proviene de la desarticulación de categorías sociales como “la clase obrera”, el “Estado nación”, el “Estado benefactor”, el “Estado independiente” surgido de condiciones coloniales y que se vuelve o resulta ser dependiente, el “Estado socialista” o “Nacionalista”, surgido de los movimientos revolucionarios y de liberación nacional que se vuelve o resulta ser capitalista y neoliberal y que hasta se inscribe en los países endeudados sujetos a las políticas del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, y la Tesorería del Gobierno de Estados Unidos.

La fortaleza de los centros de poder mundial y de los antiguos países imperialistas también proviene de la estructuración y reestructuración de mediaciones en los sistemas sociales con refuncionalizaciones “naturales” e inducidas de las clases, capas y sectores medios y de políticas de distribución que incluyen desde “estímulos” especiales al gran capital y sus asociados hasta políticas de marginación, exclusión y eliminación de las poblaciones más discriminadas y desfavorecidas, todo combinado con políticas de premios y castigos que en los Estados benefactores corresponden a derechos sociales, y en los neoliberales a donativos focalizados y acciones humanitarias.

La fortaleza de los centros de poder del capitalismo mundial también se basa en la articulación y combinación de sus propias fuerzas desde los complejos militares-empresariales y científicos, pasando por sus redes financieras, tecnológicas y comerciales, hasta la organización de complejos empresariales de las llamadas compañías transnacionales y multinacionales que controlan desde sus propios bancos pasando por sus medios de publicidad hasta sus mercados de servicios, mercancías, territorios y “conciencias”.

Para la maximización del dominio y de las utilidades, la articulación de los complejos militares-empresariales y políticos es fundamental. Todos ellos trabajan en forma de sistema autorregulado, adaptativo y complejo que tiende a dominar al sistema-mundo sin dominar las inmensas contradicciones que genera. Dentro de sus políticas caben los distintos tipos de

colonialismo organizado que se combinan, complementan y articulan en proyectos asociados para la maximización de utilidades y del poder de las empresas y de los estados que las apoyan.

En esas condiciones fenómenos como el colonialismo operan en sus formas internacionales clásicas; en las intranacionales que aparecen con el surgimiento de los Estados Nación que han hecho objeto de conquista a pueblos vecinos —como Inglaterra hizo con Irlanda, o como España hizo con el País Vasco— o que viniendo de una historia colonial tras las guerras de Independencia mantienen con las antiguas poblaciones nativas las mismas o parecidas relaciones de explotación de los antiguos colonizadores. Y a ellas se añaden hoy las empresas transnacionales y las regiones transnacionales controladas por la nueva organización expansiva del complejo militar empresarial de Estados Unidos y asociados internos y externos. La estrecha articulación de esas fuerzas es percibida cada vez más por las etnias, nacionalidades o pueblos que se enfrentan a las oligarquías y burguesías locales, nacionales, internacionales y a las empresas transnacionales.

Los movimientos alternativos, sistémicos y antisistémicos no pueden ignorar los grandes cambios que han ocurrido en las categorías sociales del sistema de acumulación y dominación capitalista, hoy hegemónico a nivel mundial. Y si el reconocimiento de esos cambios se presta a formulaciones que dan por muertas categorías anteriores como el imperialismo, el Estado nación, o la lucha de clases lo cual es completamente falso, y más bien corresponde a las “operaciones encubiertas” de las ciencias sociales y al uso de lenguajes “políticamente correctos” de quienes dicen representar a una “izquierda moderna”, sistémica o antisistémica, el problema real consiste en ver cómo se reestructuran las categorías de la acumulación y dominación, y en qué forma aparecen sus redefiniciones actuales y conceptuales en los nuevos procesos históricos y en los distintos espacios sociales.

En medio de los grandes cambios ocurridos desde el triunfo global del capitalismo, el colonialismo interno, o intracolonialismo, y su relación con el colonialismo internacional, formal e informal, y con el transnacional, es una categoría compleja que se reestructura en sus relaciones con las demás, y que reclama ser considerada en cualquier análisis crítico del mundo que se inicie desde lo local o lo global.

Si los fenómenos de colonización externa en los inicios del capitalismo fueron el origen del imaginario eurocentrista y antimperialista que no dio el peso que tenía al colonialismo en el interior de los Estados nación estructurados como reinos, repúblicas o imperios, hoy resultaría del todo falso un análisis crítico y alternativo de la situación mundial o nacional que no incluya al colonialismo interno articulado al internacional y al transnacional.

A la necesidad de reconocer la enorme importancia de las luchas de los ciudadanos contra el estado tributario que hacía de ellos meros “sujetos”, o a la necesidad de incluir las luchas de los trabajadores contra los sistemas de explotación y dominación del capital, o las de los pueblos colonizados y oprimidos que luchan por la independencia soberana del Estado nación frente al imperialismo y el colonialismo internacional, se añade la creciente lucha de los pueblos que dentro de un Estado nación, se enfrentan a los tres tipos de colonialismo, el internacional, el intranacional y el transnacional.

Las nuevas luchas que libran los pueblos rebeldes o en resistencia contribuyen a esclarecer la complejidad o interdefinición que han alcanzado las categorías del capitalismo y hacen acto de presencia en todas ellas. También registran las amargas experiencias de mediación, cooptación y corrupción que las distintas revoluciones sufrieron con la integración de los movimientos revolucionarios y reformistas a los sistemas políticos del estado, fuera éste liberal, socialdemócrata, nacionalista, socialista o comunista.

Las nuevas fuerzas emergentes también llevan a replantear la democracia, la liberación y el socialismo dando un nuevo peso a la lógica de la sociedad civil frente a la del Estado, a los valores ético-políticos de las comunidades y las organizaciones autónomas de la resistencia o de la alternativa, frente a un capitalismo que ha “colonizado el conjunto de la vida cotidiana”.

En los planteamientos emergentes se pone el acento en la formulación moral y política del respeto a uno mismo, a la propia dignidad y autonomía de la persona y también de la colectividad a que se pertenece a fin de construir un poder alternativo indoblegable que basado en las unidades autónomas y sus redes, redescubra, por sus recuerdos y experiencias, la lucha encubierta de clases, hoy convertida en guerra por “los ricos y los poderosos”, y que los ciudadanos, los pueblos y los trabajadores descubren o redescubren por experiencias propias conforme las crisis se agudizan y los movimientos alternativos se fortalecen.

La presencia del nuevo colonialismo internacional, interno y transnacional encontró una importante confirmación en el terreno militar desde que a la guerra internacional se añadió la “guerra interna” hasta convertirse en el objetivo central teórico-práctico de las fuerzas político-militares hegemónica. La “guerra interna” fue considerada desde los años sesenta por los complejos militares-empresariales de las grandes potencias como la forma principal de la guerra mundial. El cambio implicó una importante innovación en las artes y las tecnociencias militares al articular los ejércitos de ocupación nacionales, con los multinacionales y transnacionales. El cambio se dio en las guerras abiertas y encubiertas, y en las fuerzas convencionales y no convencionales, militares y paramilitares. En todos los tipos de guerras y de guerreros, de soldados y de agentes se articuló lo nacional, lo internacional o multinacional y lo transnacional. Los pueblos oprimidos por un colonialismo descubrieron todos los colonialismos. Su dura vivencia fue parte de su inmensa capacidad teórica, de un sentido y una práctica muy lejanos a la “sociedad tradicional”.

La guerra interna apareció originalmente asociada a la guerra contra-insurgente del llamado Tercer mundo; pero de hecho quedó incluida en la nueva teoría de la “guerra de variada intensidad” que hoy se libra en el mundo entero, con previsiones de inclusión de la misma en los países metropolitanos, hecho contemplado desde los años sesenta y que se puso en marcha desde el 11 de septiembre del 2001.

La “guerra interna” no sólo mostró su carácter internacional, intranacional y transnacional como guerra contrainsurgente sino como nueva guerra de conquista que combina la ocupación violenta y pacífica de los territorios de la periferia con las nuevas guerras de conquista contra los Estados nación del ex Tercer mundo y sus distintas etnias.

La “guerra interna” como guerra muestra que la mayoría de los Estados nación y sus clases dominantes juegan predominantemente como cómplices o asociados en las acciones contra los pueblos, sin que por ello dejen de existir enfrentamientos entre los Estados Nación de las grandes potencias.

Las etnias ven la unidad de sus opresores en la preparación de los ejércitos nacionales que van a las escuelas metropolitanas, que reciben el entrenamiento de sus expertos para usar las armas que esos países les venden a los ricos y poderosos del propio país o provincia donde viven. Descubren

cómo esa unidad se extiende a los paramilitares nativos que reciben entrenamiento y armamento de caciques, gobiernos nacionales y extranjeros, hasta formar verdaderos complejos transnacionales, con sus jerarquías y autonomías relativas, convencionales y no convencionales.

Con las guerras internas y las de baja intensidad los pueblos adquieren una conciencia creciente del carácter internacional de sus luchas, y aunque ven la conveniencia de apoyarse en los Estados que simpatizan con ellas, sus referentes principales se hallan en la sociedad civil de los pobres y empobrecidos, de los marginados y los excluidos en sus movimientos y organizaciones.

Durante la nueva etapa de la conquista del mundo, cada vez más abierta y sin freno, en que el complejo-militar de Estados Unidos, sus asociados y subordinados muestran disponer de una inmensa fuerza para destruir, intimidar, disciplinar y comprometer a casi todos los gobiernos del mundo, y para dividir y enfrentar a los pueblos, ya no sólo cobran especial relieve las luchas y guerras entre etnias que desde Kosovo hasta Irak se vuelven instrumentos del imperialismo, sino los nuevos movimientos sociales por un mundo alternativo que profundizan sus luchas contra el imperialismo, el neoliberalismo, el capitalismo y contra las más distintas formas de opresión laica o religiosa, que impiden alcanzar ciertos valores universales de democracia, justicia y libertad.

Esos movimientos de nacionalidades, pueblos y etnias constituyen la avanzada del movimiento histórico mundial desde el fin del Estado benefactor, socialista o populista, y manifiestan en sus llamados y comunicados un nivel de conciencia sin precedente que no sólo obedece a la lectura que han hecho de las rebeliones de fin de siglo, ni a la reformulación de los legados de experiencias anteriores sino a una contradicción necesaria de los estados socialdemócratas, populistas o desarrollistas y del socialismo de Estado. En muchos de los países periféricos, durante los gobiernos populistas o socialistas, se dio una política educativa que incluyó entre sus beneficiarios a muchos jóvenes de las nacionalidades y minorías étnicas. Ligados a sus pueblos originales, buen número de jóvenes de las etnias o nacionalidades fueron capaces de captar lo universal concreto en sus variedades, en sus especificidades y en sus novedades históricas. Descubrieron el nuevo mundo sin encubrir el pasado. Descubrieron el mundo actual y las líneas de un

mundo alternativo emergente y a construir. El cambio ocurrió en las regiones periféricas y centrales. Se dio entre los pobladores urbanos marginados, entre los movimientos de jóvenes, mujeres, homosexuales, desempleados, endeudados, excluidos, y en algunos de los viejos movimientos de campesinos y trabajadores o de revolucionarios y reformistas, pero entre todos ellos destacaron los movimientos de las etnias, de los pueblos indios que captaron la vieja y nueva dialéctica del mundo desde las formas de opresión, discriminación y explotación local, hasta las transnacionales, pasando por las nacionales e internacionales.

La lucha por la autonomía de los pueblos, de las nacionalidades o las etnias no sólo unió a las víctimas del colonialismo interno, internacional y transnacional, sino que se topó con los intereses de una misma clase dominante, depredadora y explotadora, que opera con sus complejos y articulaciones empresariales, militares, paramilitares y de civiles estos organizados como sus clientelas y allegados en un paternalismo actualizado y un populismo focalizado.

En sus formas más avanzadas los nuevos movimientos plantean una alternativa distinta a la estatista revolucionaria o a la reformista, y también a la anarquista y libertaria. Ni luchan por reformar al Estado, ni luchan por tomar el poder del Estado en una guerra de posiciones y movimientos, ni luchan por crear aldeas o regiones aisladas dirigidas por sus comunidades al estilo de aquellos anarquistas del Perú o de Cataluña que declararon que en su pueblo había desaparecido el Estado, y más pronto que tarde el Estado acabó con ellos.

En los nuevos movimientos el planteamiento de los zapatistas está combinando las antiguas formas de resistencia de las comunidades con su articulación a manera de redes muy variadas. Las redes no sólo incluyen a distintos pueblos indios que antes se enfrentaban entre sí y que ahora actúan conjuntamente para resistir y gobernar, sino a muchas minorías, etnias o pueblos de las mismas provincias o países, y de regiones como Mesoamérica o Indoamérica, y hasta otras mayores y más lejanas con las que al menos entran en comunicación por vía electrónica. Las redes también incluyen a los campesinos que no se identifican por una cultura o lengua distinta de la nacional. Incluyen a los trabajadores, a los estudiantes, a los intelectuales, a las poblaciones marginales urbanas y a otros llamados nuevos movimientos

como los de género, los ecologistas, los de deudores y jubilados, y en general los de los empobrecidos, marginados, excluidos, desempleados, desplazados, y amenazados de extinción.

La formación de redes y organizaciones autónomas plantea una nueva alternativa de lucha con crecientes capacidades de enfrentar al sistema dominante en tanto articule y reestructure a fuerzas heterogéneas que no sólo den un valor primordial a la autonomía necesaria sino a la dignidad, irrenunciable, de personas y colectivos. Esos planteamientos no sólo incluyen un nuevo uso de los medios electrónicos y de masas, sino comunicaciones también presenciales. A través de unos y otras la lectura y el diálogo colectivos combinan los espacios de reflexión, creación y actuación de pequeños grupos con los actos de masas con discursos dialogales. Además, transmiten el proyecto en distintas formas de razonar, sentir y expresarse, esto es, en una mezcla de géneros literarios y de artes pedagógicas y retóricas que no permite separar los discursos histórico-políticos de los filosófico-científicos unidos, sin perder mucho de lo que se está viviendo y creando. El conjunto de un fenómeno de diálogo integral, o de pensar-sentir-hacer, que desde siempre ha existido, adquiere un relieve especial como si sus articulaciones fueran en gran medida intuitivas y deliberadas. La comunicación interactiva e intercultural se vuelve posible por un respeto al diálogo de las creencias, de las ideologías, y de las filosofías ligado a la descolonización de la vida cotidiana y de los “momentos estelares” de la comunidad creciente, esbozo de una humanidad organizada. La búsqueda de lo universal en lo particular, de la unidad en la diversidad recoge y combina las experiencias revolucionarias, reformistas y liberadoras o libertarias anteriores, mientras enlaza viejas y nuevas utopías, más asequibles a una práctica alternativa y más dispuestas a comprender sus propias contradicciones y algunas formas de superarlas.

Entre los zapatistas, el proyecto de redes como proyecto de gobierno que articula autonomías se ha materializado con la transformación reciente de zonas de solidaridad en “municipios autónomos en rebeldía”, que no sólo se articulan entre sí sino con el exterior, con la nación, y un poco, por ahora, con el mundo. El centro del proyecto radica en construir las autonomías de la alternativa desde las bases, y en articular comunidades y colectividades

autónomas decididas a resistir las políticas neoliberales que combinan represión, cooptación y corrupción para la intimidación y la sujeción.

Los nuevos movimientos y muchos de los pobladores que son sus bases de apoyo saben que el control del Estado llega a los partidos políticos y a los medios de comunicación, de alimentación, de salud, de educación, de intimidación, de persuasión, e implica una lucha por la alternativa que se plantee el problema de la moral colectiva como una de las fuerzas más importantes para la resistencia pacífica de los pueblos, una resistencia armada de valor e inteligencia, más que de fusiles, y dispuesta a negociar sin claudicar, construyendo fuerzas de tal modo articuladas y autónomas que impongan una política de transición hacia un mundo capaz de sobrevivir y de vivir. En ese terreno los nuevos movimientos, se reencuentran con el único de los anteriores, el del “26 de julio”, que ha logrado subsistir no sólo frente a la ofensiva que el capital neoliberal y oligopólico ha desatado en los últimos veinte años sino frente al asedio y bloqueo que el gobierno de Estados Unidos le impuso desde hace medio siglo.

Aislar categorías como el colonialismo interno de otras como la lucha por las autonomías y la dignidad de los pueblos y las personas es un acto de inconciencia intelectual tan grave como aislar la sobrevivencia de Cuba y los inmensos logros sociales y culturales logrados por su pueblo-gobierno, de la fuerza moral que le legó Martí, a quien con razón se llama el autor intelectual de la revolución cubana. Los aislamientos de categorías pueden ser la mejor forma de no definir las categorías. Son la mejor forma de no entender las definiciones históricas de la clase trabajadora y de la lucha de clases cuidadosamente encubiertas o mediatizadas por las estructuras actuales y mentales del capitalismo realmente existente.

Pablo González Casanova

El colonialismo interno.

Origen, desarrollo y vigencia de un concepto

editado por la Coordinación de Humanidades

y el Instituto de Investigaciones Sociales

de la Universidad Nacional Autónoma de México,

se terminó de imprimir en febrero de 2026.

La composición tipográfica se hizo en PT Serif Pro

de 10/14.5, 11/14.5, 10/12 y 8/10.

El colonialismo interno es uno de los temas constantes en las investigaciones del doctor Pablo González Casanova y del Valle (1922-2023) durante toda su vida. En la presente antología publicamos ocho textos del exrector de la UNAM, en ellos pueden seguirse las continuidades, rupturas y descubrimientos que tuvo en relación con el colonialismo interno. Se puede observar, igualmente, cómo don Pablo era un hombre que no se enamoraba de sus ideas, que estaba dispuesto a abandonar lo que fuera necesario, a corregir donde había errores y a profundizar donde la idea llevaba a un nuevo planteamiento. La antología también nos ayuda a ver a un intelectual preocupado por los problemas de su tiempo, capaz de pensar los problemas locales vinculados a problemas globales. Sirva esta antología como homenaje a Pablo González Casanova, quien es, al igual que el concepto de *colonialismo interno*, un clásico de la teoría social.



COORDINACIÓN
DE HUMANIDADES



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES
SOCIALES

